

LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE CABALLO LOCO

Dan O'Brien

Título original: The Contract Surgeon
Traducción: Luis Murillo Fort
1ª edición: marzo 2001

© 1999 by Dan O'Brien
© Ediciones B, S.A., 2001
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Publicado por acuerdo con el autor.

Printed in Spain
ISBN: 84-666-0106-6
Depósito legal: M. 3956-2001

Impreso por BRDSMAC, S.L.
Crta. Villaviciosa a Móstoles Km. 1
28670 VILLAVICIOSA DE ODÓN (Madrid)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición Digital Septiembre 2004 por Kory



A la memoria de
OLD HEMLOCK MELVILLE
(1991-1999)

Dormía junto a mi silla mientras yo tecleaba. Fue un buen crítico.

Agradecimientos

Son muchas las personas que me ayudaron a concretar los datos históricos que aparecen en este libro, pero sobre todo quisiera dar las gracias a Bob Preszler, director del Minnilusa Pioneer Museum, y a Julie Moore, de la Biblioteca Pública de Sturgis. Mi agradecimiento también para Arlene Swift por traducir mi galimatías a un lakota correcto.

Nota del autor

Con pocas excepciones, las personas y sucesos de este libro pueden encontrarse en muchos libros de historia que se han escrito sobre la Gran Guerra Sioux. En muchos casos me he apropiado de las palabras exactas de ciertos personajes tal como aparecen en documentos oficiales o relatos de primera mano. Pero aunque el contenido de *Los últimos días de Caballo Loco* se ciñe en general a la verdad histórica, no debe leerse como un libro de historia. He utilizado licencias literarias, sobre todo al recrear el ambiente de los lugares en que sucede la acción, carente en documentos militares o ensayos académicos. Por exigencias de la trama, la historia ha sido simplificada. Los acontecimientos que se relatan, sus causas y ramificaciones, son terriblemente complejos; para una mejor comprensión de los mismos recomiendo las siguientes lecturas: *On the Border with Crook*; *Indian Fights and Fighters*; *The Fetterman Massacre*; *The Killing of Crazy Horse*; *Son of the Morning Star*; *Boots and Saddles*; *The Sioux Wars*; *Hokahey! A Good Day to Die!*; *Red Cloud's Folk*; *Blood on the Moon*; *Red Cloud and the Sioux Problem*; *A Good Year to Die*; *Crazy Horse. Strange Man of the Oglagas*; *Black Elk Speaks*; *Fields of Battle*; *To Kill an Eagle* y *Crazy Horse and Custer*.

Introducción

Los indios sioux del siglo XIX eran un grupo no muy unido de jinetes nómadas compuesto por varios subgrupos que hablaban una lengua de raíces comunes. Tras la adquisición del caballo, los lakotas, el más tenaz de estos subgrupos, empujaron hacia el sur, oeste y norte a los pobladores menos agresivos de las Grandes Praderas. En menos de cien años dominaban ya una gran parte de la altiplanicie que se extiende entre el río Missouri y las montañas Rocosas. Los lakotas eran de por sí un pueblo combativo, y antes incluso de que Estados Unidos tomara posesión de la Luisiana en 1803, se habían convertido en enemigos mortales de casi todas las otras tribus de la zona.

Los lakotas se mostraron desafiantes desde su primer contacto con representantes estadounidenses. Exceptuando algunos pequeños robos por parte de tribus de la Costa Oeste, Lewis y Clark sólo tuvieron problemas con los lakotas, que cortaron su avance a lo largo del Missouri y guerrearon contra las naciones indias que estaban pactando con Estados Unidos.

Entre la expedición de Lewis y Clark y la apertura de los yacimientos de oro en Montana, los lakotas concentraron sus energías en recordar constantemente a los crow, los shoshones, los arikaras, los pawnees y demás tribus que los lakotas eran los dueños de los fértiles terrenos de caza de la llanura septentrional. Pero tan pronto el pueblo de Estados Unidos empezó a trasladarse a ese mismo territorio, los lakotas se vieron forzados a desviar gran parte de sus recursos hacia la tarea de cerrar el paso al flujo de colonos blancos.

En los años sesenta del siglo XIX un jefe de la banda de los oglagas que respondía al nombre de Nube Roja se erigió en líder y condujo a los lakotas y a sus aliados a una victoriosa campaña contra Estados Unidos que frenó la inmigración de pioneros a Montana por la ruta Bozeman. Después de dos años de combates, Nube Roja y Cola Manchada, de la banda de los brules, firmaron el tratado de 1868 que excluía a los blancos de su territorio, y, tras varios viajes a Washington, se asentaron en reservas o «agencias» fijadas para ellos en el noroeste de Nebraska. Se los conocía como indios «amistosos», vivían en las reservas y a cambio de su pasividad recibían dietas del Gobierno estadounidense. Nube Roja y Cola Manchada habían ganado esa guerra, y Estados Unidos los reconocía como jefes supremos de su pueblo. Pero la estructura política de los sioux lakotas era muy diferente de la de Estados Unidos. Un jefe lakota sólo era jefe si su pueblo le seguía, y el hecho de que dos caciques se hubieran retirado a sendas reservas no significaba que los lakotas abandonaran sus hostilidades contra Estados Unidos o cualesquiera otras naciones de la llanura septentrional.

Los lakotas, ahora con otros jefes, siguieron guerreando contra sus vecinos, pieles rojas o rostros pálidos. Dos de los jefes que emergieron en los años setenta del siglo XIX fueron Toro Sentado, de la banda de los hunkpapas, y un joven y carismático guerrero oglaga: Caballo Loco.

Los llamados sioux «hostiles» combatieron sin apenas tregua al ejército de Estados Unidos en la Gran Guerra Sioux de 1876. Pero los superiores recursos estadounidenses consiguieron doblegar a los indios. En el invierno de 1876 Toro Sentado se batió en retirada hacia el Canadá, pero Caballo Loco y sus arrogantes y famélicos oglagas continuaron las hostilidades en el norte hasta la primavera del año siguiente. Caballo Loco se convirtió en un símbolo de resistencia para su tribu y asumió el rango de jefe sin haberlo heredado, siendo tenido en gran estima por algunos de los suyos mientras que otros le detestaban o envidiaban.

Por parte de Estados Unidos la campaña fue dirigida por una serie de generales que habían ganado fama durante la guerra de Secesión. A la cabeza del ejército estaba el general Sherman, y a las órdenes de éste, Sheridan. Por debajo de Sheridan, entre otros, estaban los generales Crook, Gibbon, Terry y Custer.

El más experimentado de estos generales, tanto en combatir a los indios como en el ejercicio del mando, era, posiblemente, Crook. Había servido en el Oeste y recientemente había conseguido someter a los apaches en Arizona. Se trataba de un hombre justo, los indios le respetaban, pero era tosco y un contrincante muy tenaz en la batalla. Se le conocía por sus campañas de invierno y sus eficaces escoltas a trenes de suministros, y no le inquietaban las largas marchas nocturnas ni los ataques al rayar el alba. Entre sus selectos oficiales para la campaña de 1876 se encontraba un joven médico civil, contratado temporalmente por el ejército de Estados Unidos, de nombre Valentine Trant McGillicuddy.

McGillicuddy acabaría siendo agente de los indios para la reserva Nube Roja (que más tarde se llamaría reserva Pine Ridge) en el nuevo estado de Dakota del Sur. Fue asimismo uno de los firmantes de la Constitución de dicho estado, primer director de la Escuela de Minería de Dakota del Sur, hombre de negocios, inspector médico en jefe para el estado de Montana, uno de los primeros médicos del nuevo estado de California y voluntario en Alaska durante la terrible epidemia de gripe de 1919; finalmente se jubilaría como médico interno del Claremont Hotel, en Berkeley (California)

Crook, que pudo elegir a todos sus oficiales y médicos para la campaña contra los sioux, hizo venir de Washington al recién casado McGillicuddy. Es verdad que éste, no cumplida aún la treintena, había formado parte del gabinete topográfico que levantó mapas de la mayor parte de la región que Crook planeaba recorrer, pero el general nunca se sirvió de su experiencia. Crook y McGillicuddy no eran viejos conocidos, sus caminos se habían cruzado apenas una o dos veces, pero Crook tenía fama de ser muy buen conocedor de la naturaleza humana. Algo debió de ver en aquel joven médico que le hizo pensar que desempeñaría un papel clave en los turbulentos años que tan sólo acababan de empezar.

Cronología de los acontecimientos

1841, otoño: Nace Caballo Loco, hijo de la hermana de Cola Manchada, jefe de la banda brule, en Bear Butte, en la vertiente norte de las Black Hills, en lo que ahora es Dakota del Sur.

1849, 14 de febrero: Valentine Trant McGillicuddy nace en Racine (Wisconsin) hijo de inmigrantes irlandeses presbiterianos. Poco después, su familia se traslada a Detroit (Michigan).

1854, 19 de agosto: El teniente John L. Grattan, veintinueve soldados y un civil mueren al intentar arrestar a un indio responsable del robo de una vaca. El jefe brule, Oso Conquistador, resulta mortalmente herido. La matanza es presenciada por Caballo Loco, que a la sazón tiene trece años y es conocido como Curly (Rizos).

1855, verano: Caballo Loco mata a su primer ser humano, una mujer omaha.

1858, verano: Caballo Loco resulta herido en combate; mata a dos guerreros arapahoes a la vista de todo el grupo atacante y se gana su apodo.

1865, 9 de abril: Fin de la guerra de Secesión. Los rebeldes se rinden en el palacio de justicia de Appomattox, dejando las manos libres al mayor ejército del mundo para pacificar la frontera del Oeste.

1865, verano: Caballo Loco se convierte en jefe y jura conducir a los guerreros a la batalla, mantener el orden en su tribu y garantizar que sean respetados los derechos de los miembros más débiles de la misma. Su camisa está decorada con 240 mechones de pelo, cada uno de los cuales representa una acción valerosa.

1866, primavera: Estados Unidos decide proteger la ruta Bozeman, que conduce a los yacimientos de oro de Montana, con la construcción de una serie de fuertes. El jefe oglaga Nube Roja organiza la resistencia.

1866, Septiembre: Valentine McGillicuddy ingresa en la facultad de Medicina del Marine Hospital, en Detroit, a los diecisiete años.

1866, 21 de diciembre: El capitán William J. Fetterman y ochenta hombres caen en una emboscada y son exterminados por los sioux, probablemente comandados por Caballo Loco.

1867: La ruta Bozeman queda definitivamente cerrada por los guerreros de Nube Roja.

1868, 29 de abril: Firma del tratado del fuerte Laramie («tratado del 68») que pone fin a la guerra con Nube Roja. En él se establece, además del cese de las hostilidades, que el Gobierno de Estados Unidos castigará a toda persona que cometa un delito contra los sioux; que todo sioux que cometa un delito contra ciudadanos estadounidenses deberá ser entregado a la justicia; y que se abrirán todas aquellas vías que Estados Unidos considere necesarias (a excepción de la ruta Bozeman). El tratado prevé el pago de anualidades a los sioux a cambio de la paz. Los niños indios serán escolarizados por Estados Unidos, que proporcionará a la tribu tierras de cultivo y herramientas al efecto. Se crea asimismo una reserva india, formada por todas las tierras al oeste del río Missouri en lo que es ahora Dakota del Sur. La reserva incluye las Black Hills y establece que ningún hombre blanco «podrá cruzar ese territorio ni establecerse o residir jamás en él...». Además, el tratado prevé que la región al norte del río North Platte y al este de los montes Big Horn será considerada territorio indio no cedido; la presencia blanca sólo será posible previa autorización sioux. No todos los sioux firmaron el

tratado de 1868. Los guerreros de Caballo Loco, Toro Sentado y otros jefes continuaron hostigando a los colonos y batallando contra las tribus amigas de Estados Unidos.

1868, Junio: Valentine McGillicuddy obtiene su licenciatura en medicina e ingresa en la facultad del Marine Hospital de Detroit.

1868, 27 de noviembre: El general George Armstrong Custer acaba con los cheyenes del jefe Cacerola Negra en las orillas del río Washita, en lo que ahora es Oklahoma. El poblado es atacado sin previo reconocimiento, al amanecer, mientras los indios duermen. Más de un centenar de hombres, mujeres y niños son aniquilados a medida que salen de sus tiendas.

1871: McGillicuddy participa en la expedición a Great Lakes y dirige el equipo que levantará un nuevo plano de Chicago tras el gran incendio de 1871. Empieza a cortejar a Fanny Hoyt.

1873, 6 de abril: El general George Crook acepta la rendición incondicional del jefe mojave (apache) Chalipun. La pacificación del suroeste se consiguió empleando a indios como exploradores y soldados en contra de su propio pueblo. Crook cobra fama de ser el principal azote de los pieles rojas.

1873, primavera: McGillicuddy acepta un puesto de topógrafo y cirujano en el peritaje internacional de la frontera entre Estados Unidos y la Norteamérica Británica. Es su primer contacto con los sioux y su estilo de vida.

1874, 2 de julio: La expedición a Black Hills, comandada por Custer, parte del fuerte Abraham Lincoln, en la actual Dakota del Norte. Su objetivo es reconocer las colinas en busca de yacimientos minerales, lo que constituye una clara violación del tratado del fuerte Laramie.

1874, 25 de julio: Custer penetra en las Black Hills.

1874, 27 de julio: Custer encuentra oro en las colinas y divulga la noticia a toda la nación.

1874, 2 de agosto: Nube Roja traslada a su pueblo a la reserva que lleva su nombre. Se instalan cerca de Camp Robinson (Nebraska), a unos cincuenta kilómetros de Cola Manchada, que se había establecido en su reserva seis años antes. Se crea una línea de demarcación entre los indios de las reservas (al mando de Cola Manchada y Nube Roja) y los hostiles, o indios del norte (al mando de Caballo Loco, Toro Sentado y otros jefes). Se producen constantes escaramuzas entre los pobladores blancos y los indios hostiles (ayudados en ocasiones por indios de la reserva).

1875, junio: McGillicuddy entra por primera vez en las Black Hills como miembro de la expedición Newton-Jennings. Es el primer blanco que escala el Harney Peak, punto más elevado de la zona y lugar sagrado para los lakotas.

1875, otoño: McGillicuddy se casa con Fanny Hoyt en Detroit.

1875, otoño e invierno: Llegan mineros a las Black Hills en flagrante violación del tratado de 1868; los conflictos entre blancos e indios aumentan.

1875, 6 de diciembre: Los indios hostiles son conminados a trasladarse a las reservas bajo amenaza de acciones militares.

1876, 31 de enero: Termina el plazo para que todos los indios del norte entren en las reservas. Pocos obedecen.

1876, 1 de febrero: Debido a los rumores sobre un inminente ataque contra los mineros de Black Hills, todos los asuntos indios son traspasados al Ministerio de la Guerra. Los agentes son sustituidos por militares y finalmente se declara la guerra a los indios concentrados en lo que es ahora el sureste de Montana.

LA CAMPAÑA DE YELLOWSTONE

1876

21 de febrero: Empieza la campaña de Yellowstone. El general Crook parte del fuerte Laramie con 800 hombres rumbo al norte. Son una de las tres columnas que intentan atacar a los sioux y cheyenes hostiles acampados al nordeste de los montes Big Horn.

17 de marzo: El coronel Joseph J. Reynolds ataca y destruye un poblado cheyene a orillas del río Powder. Caballo Loco proporciona alimentos y refugio a los supervivientes, que sufren temperaturas bajo cero.

3 de abril: El coronel John Gibbon inicia su marcha hacia el este desde Bozeman al mando de 450 hombres.

17 de mayo: El general Alfred Terry, con el entonces teniente coronel George A. Custer y 925 hombres, parte hacia el oeste desde el fuerte Abraham Lincoln, en el territorio Dakota.

26 de mayo: McGillicuddy deja Washington (donde está trazando mapas a partir de notas de campo tomadas en las Black Hills) a fin de unirse a la columna de Crook, que ha retrocedido para acampar al este de Big Horn.

29 de mayo: Crook vuelve a partir hacia el norte.

9 de junio: Crook ataca al enemigo a orillas del Tongue.

16 de junio: Crook ataca al enemigo, encabezado por Caballo Loco, en Rosebud Creek. Crook se ve obligado a replegarse, y McGillicuddy, que acaba de unirse a la columna, se hace cargo de 56 heridos.

25 de junio: Custer ataca un gran poblado hostil a orillas del río Little Big Horn sin prudencia ni previo reconocimiento. La contraofensiva de los indios hostiles produce numerosos heridos; Custer y sus tropas son mutilados después de muertos. Entre los jefes de la contraofensiva se encuentran Caballo Loco y Toro Sentado. Caballo Loco vuelve a las Black Hills y Toro Sentado se retira hacia el norte.

14 de julio: El tratado del fuerte Laramie es anulado por el Congreso de Estados Unidos.

26 de agosto: Crook, con refuerzos del contingente de Terry, parte tras el rastro de Caballo Loco. McGillicuddy manda la columna de narrias que transporta a los heridos. Las raciones disminuyen. Los caballos empiezan a morir de extenuación y falta de forraje. La expedición, de casi 600 kilómetros, será conocida como la Marcha del Hambre.

31 de agosto: La columna sobrevive con medias raciones. Los 2.000 soldados empiezan a comer carne de caballo a medida que los animales perecen.

9 de septiembre: Indios pertenecientes al grupo de Caballo Loco son obligados a esconderse en los Slim Buttes. El teniente Philo Clark lanza una ofensiva con éxito. El jefe Caballo Americano y muchos guerreros, mujeres y niños resultan muertos. Mueren varios

soldados y muchos heridos graves se suman al convoy de narrias. Se acaban las provisiones. La tropa se ve obligada a matar a los caballos para sobrevivir.

13 de septiembre: Crook alcanza el río Belle Fourche y recibe refuerzos procedentes de Crook City, en las Black Hills. Termina la llamada Marcha del Hambre.

21 de octubre: El coronel Nelson Miles derrota a Toro Sentado en Cedar Creek.

8 de noviembre: McGillicuddy deja Camp Robinson en compañía del soldado raso John Holden. Recogerá a Fanny en Chicago y entregará a Holden al Manicomio Nacional en Washington.

25 de noviembre: El coronel Ranald Mackenzie derrota a los últimos cheyenes hostiles comandados por Cuchillo Romo. El ataque se produce en durísimas condiciones climatológicas. Los supervivientes huyen al poblado de Caballo Loco, pero éste no está en condiciones de acogerlos.

16 de diciembre: Exploradores crow matan a 30 jefes y guerreros miniconjous cuando éstos intentan rendirse bajo bandera blanca. Su gente es abandonada a los elementos y debe volver al campamento de los indios hostiles de Caballo Loco.

18 de diciembre: El teniente Frank Baldwin, que ha conseguido por dos veces la Medalla al Honor, destruye el campamento de Toro Sentado en Ash Creek, en la actual Montana. Se producen numerosas víctimas, y muchas mujeres y niños cautivos pierden sus extremidades debido a la congelación. Toro Sentado consigue huir al Canadá.

1877

8 de enero: El coronel Miles ataca el campamento de Caballo Loco en Wolf Mountain. Los sioux son derrotados y dejados a merced de los elementos, sin comida ni refugio.

6 de mayo: Caballo Loco se rinde al coronel Philo Clark cerca de Camp Robinson (Nebraska).

6 de septiembre: Caballo Loco es atacado a bayonetazos por el soldado raso William Gentles frente a las oficinas de la administración militar del fuerte Robinson. Muere cinco horas después.

1879, 29 de enero: Valentine Trant McGillicuddy es nombrado agente indio en la reserva Nube Roja, que pasaría a llamarse Reserva India de Pine Ridge.

1886: McGillicuddy es relevado de sus obligaciones como agente. Se traslada a Rapid City (Dakota del Sur), donde es elegido alcalde y ejerce funciones de decano en la Escuela de Minería de Dakota del Sur.

1890, 29 de diciembre: Una banda de sioux renegados al mando de Pie Grande se rinde cerca de Wounded Knee Creek, en la reserva de Pine Ridge. La rendición resulta una chapuza. Mueren 200 indios y 60 soldados, y muchos más resultan heridos.

1890, 30 de diciembre: Tras cabalgar toda la noche desde Rapid City, McGillicuddy organiza un puesto médico de socorro para los supervivientes de la matanza de Wounded Knee.

1897: Fanny Hoyt McGillicuddy muere de una apoplejía en su casa de Rapid City.

1898-1912: McGillicuddy trabaja como inspector médico para la aseguradora Mutual Life Insurance en la zona de Montana y la costa del Pacífico.

1915-1917: McGillicuddy es movilizado de nuevo como médico militar durante la epidemia mundial de gripe. Sirve en los campamentos mineros de California y posteriormente en Alaska con los indios aleutas.

1939, 6 de junio: Valentine Trant McGillicuddy muere en el Claremont Hotel de Berkeley (California), del que era médico.

1

Nunca he necesitado dormir mucho. Ya de pequeño me bastaban unas pocas horas para descansar, y ahora, después de casi noventa años de vida, es raro el día en que duermo más de varios minutos seguidos. Ser capaz de echar un sueñecito de vez en cuando es una bendición. Tener la necesidad de dormir es un don de Dios. No me creerán, pero a veces se echa de menos estar completamente exhausto.

Durante muchos años el suave balanceo de la silla de montar sobre la que recorría onduladas colinas podía renovar mis energías de tal manera que, incluso tras una marcha de treinta kilómetros, era capaz de apearme del caballo sin la menor sensación de cansancio. Ahora nadie va a caballo. Se ha convertido en una rareza. Todo son trenes, automóviles, incluso aviones, y yo ya no me siento en otra cosa que en esta inerte mecedora de nogal. Y así paso las noches.

Más allá del cristal ondulado de la ventana de esta habitación, las luces de los barcos mercantes iluminan un agua negra en sus idas y venidas entre los puertos de San Francisco, Oakland, Berkeley y las poblaciones que están más al sur. Pero cada vez hay más buques de guerra, convoyes de tropas, navíos de destrucción. Otra gran contienda está a punto de iniciarse y me alegra pensar que probablemente no sobreviviré a ella. Ya he visto suficientes guerras. He visto lo que una nación puede hacer a otra, lo que se puede llegar a hacer en nombre del amor a la patria.

Unas noches hay hasta cincuenta barcos, otras apenas unos pocos. Los que se hacen a la mar no parecen seguir ninguna pauta en su peregrinaje y, en cierto modo, esto me tranquiliza. Ésos son los barcos que más me interesan. Los observo echado hacia delante, sin mecarme, conteniendo la respiración hasta que sus luces se pierden en la oscuridad.

No empecé esta vida siendo una persona imaginativa, pero ahora me resulta fácil recordar sensaciones pasadas. Vuelvo a mecarme y pienso en los hombres que viajan a bordo de esos barcos. Siento sus mismos temores y medito sobre las esposas y novias que quedan en tierra. Veo a los jóvenes en las cubiertas mecidas por el oleaje, huelo la podredumbre de las algas marinas, saboreo la sal que salpica sus rostros y noto la caricia del viento en el pelo de quienes llevan la cabeza descubierta. Rememoro la sensación de que la tierra se escurre bajo tus pies. Aunque no he pasado mucho tiempo en alta mar sí he vivido en la pradera, otra clase de océano. Siento la fuerza del viento que levanta olas de hierba exuberante, y sé que esta hierba es el lecho de todo cuanto pugna por sobrevivir en esas crueles y hermosas llanuras.

El hotel donde resido y trabajo como médico interno suele estar tranquilo a medianoche y a veces oigo, o creo que oigo, ronronear los motores diesel en los cascos de los navíos, la tensión del movimiento contra la quilla de hierro, el crepitar de las radios de barco a costa. Pero cuando entorno los ojos, mezclados cada vez más con esos sonidos modernos hay otros sonidos que me resultan más naturales, la agradable monotonía de un profundo redoble de tambor, el lamento fúnebre de lejanas mujeres frenéticas, el crujir de la artemisa bajo las botas gastadas. Oigo el crujido de las sillas de montar y los arneses, las puntas de sable chocando contra las espuelas, el relinchar espontáneo de caballos sanos. Cuando oigo estos sonidos tengo la impresión de trasladarme en el tiempo del mismo modo que los marinos avanzan mar adentro, y me preparo para los recuerdos que constituyen ahora toda mi vida.

Hubo cierta batalla que los sioux denominaron «Donde la muchacha salvó a su hermano», y he pensado a menudo en ella en los más de sesenta años transcurridos desde aquel día de junio de 1876. La historia me la explicó uno de los heridos del batallón del

capitán Henry. Su misión era castigar a los indios que habían atacado a nuestros piquetes mientras pernoctábamos en Rosebud Creek. Henry había perseguido a los sioux mientras la columna principal trataba de organizarse. A cada carga de la infantería los sioux retrocedían. Eso puso en evidencia que Henry estaba persiguiendo a Caballo Loco y que éste le estaba conduciendo a la misma trampa que diez años atrás había empleado para acabar con el capitán William Fetterman y sus ochenta soldados. Sólo la intuición de Henry evitó que se repitiera la matanza.

Trajeron a mi hospital de campaña a un soldado con una herida en la cabeza. Este tipo de heridas siempre sangra mucho, de manera que el soldado tenía la cara cubierta de sangre medio seca, aunque la herida no era grave. El soldado yacía entre otra veintena de hombres, la mayoría más graves que él. Seguían llegando heridos, y allá en las colinas, del otro lado del arroyo, sonaban chillidos y pistoletazos como en un grotesco juego infantil. Era el primer combate al que yo asistía y al principio estaba paralizado de terror. Pero el trabajo iba en aumento, y pronto me olvidé del combate para concentrarme en mi tarea. Un torniquete aquí, un poco de morfina allá, suturas y vendajes. Morfina, más morfina, hasta que la provisión de drogas se agotó y los siniestros escopetazos seguían produciendo más heridos para mi improvisada clínica.

—¡Esos cerdos acabarán con nosotros! —gritó un hombre, muy ofuscado—. Los hay a miles. Acabarán con nosotros.

Un coro de gemidos siguió a las palabras del soldado que deliraba, pero el hombre de la herida en la cabeza se puso a contar atropelladamente que una mujer había arrojado una ráfaga de carabina para izar a su caballo a un guerrero indio que estaba acorralado.

—Teníamos a ese hijoputa y la maldita india lo salvó —farfulló el soldado con resentimiento—. Ya era nuestro. Maldita mujer... —Hablaba como si todo el hospital le estuviera escuchando.

El general Crook mandaba nuestras fuerzas y todos pensábamos que tenía controlada la situación, pero no había enviado exploradores por delante y la consecuencia fue que los sioux nos sorprendieron. Me vi obligado a realizar proezas de las que nunca me habría sentido capaz. Un recluta con el brazo cortado por encima del codo miraba al frente con ojos desorbitados mientras yo suturaba las arterias de su sanguinolento muñón.

—Dios del cielo —susurró el herido—. Ese salvaje se me ha llevado el brazo.

—Sí —admití, trabajando a toda velocidad para cortar la hemorragia—. Sí, pero al menos la herida es limpia.

—No —dijo el hombre—. Quiero decir que se me llevó el brazo. Lo cortó con un hacha, lo agitó sobre su cabeza y se alejó a caballo gritando como un demonio.

Más adelante, mientras daba tumbos en una desvencijada narria tirada por un caballo exhausto, el soldado murió. Yo, encargado de trasladar a cincuenta y seis heridos por los casi ochenta kilómetros que nos separaban de un lugar seguro, estaba agotado más allá de lo humanamente posible. Achaqué a la fatiga el alivio que me produjo el fallecimiento del soldado mutilado. Sin embargo ahora, a mi avanzada edad, no estoy seguro de que el cansancio influyese para nada en esa reacción de alivio. Me parece razonable que la muerte sea preferible a vivir con la visión de tu brazo cortado sostenido en alto por otro ser humano que se aleja triunfante. Eso para mí es crueldad pura y absoluta.

Pero no todo ha sido crueldad, nada de eso. Lo mejor de mi vida sucedió hace mucho tiempo, cuando Fanny aún vivía. Ella fue mi dulce esposa, la única mujer a la que amé de verdad, y siempre está en mi pensamiento. Pero soy viejo y he amado muchas otras cosas. De

eso es de lo que quiero hablar: de cómo el amor, sea cual sea su especie, puede transformar una vida.

El acontecimiento crucial en la existencia de una persona debería llegar cuando uno es viejo y puede tomar una decisión con conocimiento y sabiduría. No fue así en mí caso. El punto de inflexión de mi vida se presentó de pronto el 6 de septiembre de 1877. Los amores que me han consolado desde entonces empezaban tan sólo a manifestarse, por eso no acerté a comprender que las Grandes Praderas de Norteamérica ya no volverían a ser las mismas.

2

Nací en la región de los Grandes Lagos, pero se diría que siempre me vi arrastrado hacia el Oeste. Con veintitantos años, mis ansias de moverme y de hacer cosas eran insaciables. Era joven y ágil, confiado hasta la arrogancia. Yo entonces ya tenía el título de médico, pero trabajaba como topógrafo para el Gobierno de Estados Unidos. Era como el potro impulsado por una avidez que no sabe identificar.

Un día, corría el verano de 1873, encontré un sentido a mi avidez en los llanos que se extienden al noroeste del fuerte Lincoln en lo que era entonces el territorio Dakota. Habíamos hecho marchas de cuarenta kilómetros diarios bajo un cielo desacostumbradamente borrascoso y habíamos llegado de anocheada al bullicioso poblado de Bismarck. Nuestra misión era levantar un plano de la frontera entre Estados Unidos y la Norteamérica Británica, habíamos terminado la parte que forma el límite septentrional del estado de Minnesota e íbamos hacia nuestra nueva base en fuerte Lincoln. Al día siguiente debíamos cruzar el río Missouri, y yo era consciente de que en cuanto mis pies pisaran la orilla occidental, estaría entrando en un país nuevo. Más allá del río estaba la meseta de Norteamérica. Pensando en cómo serían aquellas praderas me sentía como el colegial que contempla los satinados cabellos de la chica sentada delante de él.

La noche de nuestra llegada a la orilla oriental del Missouri, fuimos a calentarnos y a tomar un trago a una tosca cantina. En nuestro grupo nadie sabía mucho sobre las Grandes Praderas y yo acabé prestando oídos a las historias de un irascible trampero que se había unido a nuestro grupo. Acababa de llegar del Oeste y tenía mucho que contar sobre lo que, por lo visto, nos esperaba allá. Prometió que veríamos búfalos, antílopes, alces, osos grises; que habría montañas y ríos de aguas frías repletos de truchas. Habló del viento y de la hierba, del cielo que ocupaba medio mundo. Y habló en voz queda de los sioux lakotas, indios con los que era preferible no bromear.

Yo entonces aún bebía, y de madrugada el trampero y yo seguíamos sentados a una mesa hecha de tablas de álamo frente a un fuego del que apenas quedaban ascuas. Las botas del cantinero sobresalían al extremo de un banco. Una segunda mesa ocultaba su cuerpo a nuestra vista, pero su rítmica respiración nos garantizaba que aún seguía con vida, al menos físicamente. Yo tenía veinticuatro años, era médico y científico, pero joven y falto de experiencia. No había sido puesto a prueba. No había visto a nadie morir por congelación o de una herida de flecha. No había presenciado una batalla. No había visto búfalos ni indios salvajes. Pero el viejo trampero, que se llamaba Gifford, lo había visto todo y yo absorbía su saber como la mariposa liba el néctar.

Tenía el pelo largo y sus trenzas le colgaban hasta media espalda. Era tuerto y su ojo malo miraba inexpresivamente hacia las sombras oblicuas de la cantina. Como a todos nosotros, le daban pánico los indios. Los lakotas eran los peores, según él, y si nuestro grupo veía algún indio en la llanura al Oeste del Missouri, seguro que sería un lakota. Las tribus que se arriesgaban a traspasar los límites de la zona de caza de los lakotas lo pagaban con la vida.

—Es mejor no dejarse ver —dijo Gifford—. Agachar el culo y procurar que no te vean. — Me miró de arriba abajo y meneó la cabeza antes de añadir—: Si capturan a un joven enclenque como tú, harán cecina contigo. Les encanta usar el cuchillo.

En aquel momento Gifford me pareció un viejo —debía de tener cerca de cuarenta y cinco años—, y aunque estaba convencido de que exageraba mucho, estimulado por el whisky al que yo le invitaba, el pelo del cogote se me erizó.

—No son cristianos, ¿sabes? —prosiguió—. No entierran a sus muertos sino que los ponen sobre unas plataformas entre las ramas de un árbol. Huesos y pellejos, como si el mismísimo diablo los hubiera dejado allí.

La anatomía había sido una de mis asignaturas preferidas en la facultad, y en especial la frenología.

—¿Ha visto usted esos lugares? —pregunté—. ¿Ha visto esqueletos y calaveras?

—Sí. Derribé una de éstas no hará ni una semana. Esparcí los huesos en todas direcciones.

—¿Y cráneos?

—Uno grande y uno pequeño envueltos en la misma manta.

Debían de ser los de una madre y su hijo. La idea de medir aquellos cráneos, de sopesarlos en mis manos y estudiar el modo en que moría aquella gente me excitó.

—¿Dónde?

Gifford me dibujó un mapa con un tizón apagado del fuego ya consumido. El lugar estaba a dos días de camino al noroeste de Bismarck, a menos de veinte kilómetros de nuestra ruta. Gifford me acercó el papel como si contuviera algo abyecto.

—Ese es el sitio —dijo—. Pero eres tonto si piensas ir hasta allí.

Al día siguiente cruzamos el Missouri en un tosco transbordador sujetado por una cuerda y jalado desde la orilla oeste por una soga atada a un tiro de cuatro mulas. Nuestros cuatro caballos y el material cruzaron el río en un solo viaje. Íbamos apretujados en la burda plataforma de troncos y el agua fangosa del río nos ensució las botas. La fuerza de la corriente nos empujaba aguas abajo, y la cuerda de maniobra estaba muy tensa. Al extremo de la soga las mulas tiraban con fuerza avanzando orilla arriba a sacudidas. El transbordador consiguió atravesar el río, hundiendo el morro en el agua como una comadreja hociaría la sangre de su presa. A mitad de camino sentí que el mundo cambiaba, como si hubiéramos cruzado una línea de falla oculta por el gran río impetuoso. Dos minutos después el transbordador tocaba la orilla de las Grandes Praderas.

Descargar el material y prepararnos para subir por la ribera y dirigirnos al fuerte Lincoln requirió una febril actividad. Pero finalmente puse el pie en el estribo de mi caballo y monté. El caballo empezó a trepar por el ribazo que las mulas habían escalado antes, y de pronto me encontré en las Grandes Praderas del continente americano. El mundo se me apareció más amplio que nunca e inmediatamente me sobrevino una deliciosa tensión. La sensación era tan palpable como el sabor de los cerezos silvestres o el olor a humo de leña. Pareció posarse en mí desde aquel cielo gigantesco, y desde el principio supe que tenía algo que ver con la distancia, con los pastos interminables, con el azote eterno del viento.

Aquel día, al llegar el ocaso, salí a caminar y a fumar un cigarro. Mientras en el horizonte el sol se colaba bajo las nubes, la cara inferior de éstas quedó iluminada de un modo que me resultaba peculiar. No era la primera vez que me fijaba en una puesta de sol, claro está, pero sí la primera en que comprendí que lo que creaba esos tonos rosas y lavandas era el reflejo del sol en la panza de las nubes. Los colores irradiaban hacia lo alto y hacia levante. Me sentí minúsculo, y pasmado de haber descubierto una verdad tan simple. ¿Cómo no me había percatado antes de una cosa así? Pero entonces se me ocurrió que era la primera vez que observaba una puesta de sol sin obstáculos de por medio. Hasta entonces siempre había visto

el ocaso desde las colinas y los vallecitos del Medio Oeste. Caí en la cuenta de que me hallaba en un mundo distinto, y de que ahora podía disfrutar de todo el cielo para mí solo.

Durante tres días no hicimos otra cosa en el fuerte Lincoln que ultimar detalles, pero yo sólo pensaba en volver a montar y cabalgar bajo aquel cielo inmenso. A cada momento me ponía a mirar el cielo desde los muros del fuerte, me asomaba a la puerta cuando la hallaba abierta e interrogaba a gente que había pasado años en la pradera. Esta tierra nueva me parecía tan exótica como la luna, era una tierra en marcha, y yo quería formar parte de ella.

Cuando por fin partimos rumbo al noroeste lo hicimos escoltados por un destacamento de soldados. Cabalgamos durante dos días. Yo llevaba el mapa de Gifford en la alforja, y cuando la columna acampó en la confluencia de los dos ramales del río Knife, comprendí que estábamos muy cerca del lugar sagrado de los indios que Gifford había descubierto. Antes de ir a investigar habría debido pedir permiso al teniente que mandaba nuestra escolta, pero estaba seguro de que me diría que no. Así que a la mañana siguiente decidí rezagarme un poco de los demás y partir en busca del lugar por mi cuenta y riesgo. Calculé que tardaría un par de horas en dar con él; podía reintegrarme a la columna antes de que anocheciera.

La arrogancia de un joven que ha estudiado ciencias puede ser absolutamente exasperante. Años más tarde estuve al mando de jóvenes así y les diré que no hacen más que complicar las cosas. Ahora me encojo de miedo sólo con pensar en el peligro que corrí aquella mañana, no sólo yo sino toda la columna. Pero entonces era egoísta y me moría de ganas de adentrarme a solas en aquel mar de hierba.

El caballo que montaba era bueno y le dejé ir a su aire mientras recorríamos la loma que bordeaba el brazo septentrional del Knife. Es difícil imaginar lo que fue para mi caballo, un animal del bosque de Wisconsin, avanzar durante kilómetros por una hierba fresca y tan alta que iba rozando su vientre a cada paso. Las Grandes Praderas deben de parecerle a un caballo un interminable y pantagruélico banquete, un país de sueños equinos que despierta sus dos mayores deseos: el de comer hierba fresca y tierna y el de avanzar sin trabas. El caballo y yo disfrutábamos de nuestra libertad, y a medida que pasaba la mañana nos fuimos olvidando de la columna que se dirigía al oeste mientras avanzábamos en dirección nordeste. Ni mi montura ni yo creíamos correr ningún peligro.

El mapa de Gifford era inexacto en un aspecto crucial: estaba hecho a escala exageradamente reducida. Fue mi primer encuentro con la percepción que un hombre blanco tenía de las praderas. Más tarde comprendí que las distancias estaban casi siempre subestimadas. No había llegado aún al camposanto cuando el sol ya estaba casi en su cenit y sus rayos caían a plomo sobre mí con una crueldad que me sorprendió tras la apacible mañana. Pasé junto a un meandro del brazo norte que formaba un pequeño lago que se adentraba en la zona ribereña. El remanso era apenas visible entre los álamos y sauces de la orilla, y a los ojos de un irlandés de piel blanca achicharrado por un sol más fuerte del que conocía no podía ser más seductor. Pero el sitio señalado por Gifford estaba pasada la colina y seguí adelante impulsado por una curiosidad que ha sido siempre una bendición a la vez que una maldición.

En los detalles pequeños el mapa era preciso. Los dos álamos que habían servido de soporte al andamiaje eran como Gifford los había descrito: crecían solitarios, en un terreno alto donde no es fácil encontrar humedad suficiente para esa clase de árbol. La profanación que había sufrido el lugar se ajustaba también a las explicaciones del trampero. Los cuerpos habían sido arrancados de las ramas, las mantas y los huesos esparcidos. Reconocí el fémur de un niño y vi que lo habían roído los coyotes o lobos que habían llegado antes que yo a aquel paraje ventoso. Pese al calor sofocante, noté un escalofrío, y cuando miré a mi alrededor no vi más que la hierba batida por un viento persistente. No suelo creer en lo sobrenatural, pero juro que los espíritus de los muertos rondaban por allí. Parecía que me

faltaba el aire mientras figoneaba entre los huesos en busca de cráneos que yo sabía podían tener gran interés, no sólo para mí sino también para el National Museum. De repente pensé lo que sería de mí si me descubrieran los descendientes de aquellas personas cuyos cadáveres yo estaba mancillando, pero mi ansiedad me impulsó a seguir.

Me creí muy afortunado por el hecho de que los cráneos de la madre y el niño no hubieran sido pasto de los carroñeros, como había ocurrido con varios de los otros huesos. Al abandonar a mis camaradas aquella mañana había tenido la previsión de llevar conmigo un saco de harpillera. Al coger los cráneos para meterlos dentro, los inspeccioné someramente. No eran recientes. La piel y el pelo que aún quedaba estaban tiesos como un parche de tambor.

Normalmente habría invertido más tiempo en mis pesquisas. En la silla de montar llevaba instrumentos para medir la estructura craneal y comprobar el estado de la dentadura, pero de repente sentí la necesidad de alejarme de aquel sitio. Un temor supersticioso se apoderó de mi ánimo mientras procedía a cerrar el saco con una tira de cuero y atarlo al pomo de la silla. Monté en mi caballo dispuesto a olvidar esos misticismos absurdos y descendí la loma en dirección al río Knife para reincorporarme a mi columna.

Cuando llegué al río llevaba ya bastante retraso sobre lo previsto: tendría suerte si alcanzaba la columna cuando apagaran las fogatas y se dispusieran a dormir. Sin embargo, me lo tomé con calma. En cuanto me hube alejado de aquel lugar, el encanto de las praderas se apoderó de mí una vez más y mi estado de ánimo recuperó la despreocupación de la mañana. El sol caía a plomo y yo tenía la cara y el abdomen empapados en sudor. La tierra irradiaba calor hacia lo alto y el dulce aroma a caballo colmaba mi olfato.

Al pasar de nuevo junto al recodo del Knife, el pequeño lago me atrajo más aún que la primera vez. El agua plateada rielaba entre los árboles y, como un adolescente, fui incapaz de resistir la tentación. Las riendas apenas hubieron de rozar el pescuezo de mi montura para que ésta se desviara hacia el frescor que ya se adivinaba entre los árboles. Serpenteamos entre los sauces hasta el borde del río y yo desmonté mientras el caballo agachaba la cabeza para beber.

Siempre me ha sosegado el sonido que hace un corcel al beber. No hay en él ese ansia que muestra el perro cuando sorbe a lengüetazos: es más bien un tragar mecánico, eficaz y uniforme. El agua sube impulsada hacia la garganta como la sangre por las arterias. Mientras me quitaba la ropa observé a mi caballo engullir el agua del río y me maravillé de que ese líquido, mezclado con nada más que hierba a todo lo largo del camino, pudiera servirle de carburante.

Cuando dejó de beber y me miró, el caballo sacudió hacia atrás la cabeza, resopló y pateó el agua. Me dio risa suponer que la blancura de mi cuerpo desnudo le habría sobresaltado. El animal no había visto nada tan enclenque desde el espantapájaros de la granja en que se había criado, ni nada tan blanco desde la nieve del último invierno. Poca cosa hay más casera que un irlandés desnudo, y nada más susceptible a las quemaduras. Rápidamente me deslicé en las acogedoras aguas del Knife, pero el caballo no se calmaba. Verle enderezar las orejas de aquel modo me hizo sonreír. «Tranquilo, muchacho, estoy a cubierto.» Me zambullí en el agua y me dirigí hacia el centro del remanso. Nadé como una nutria hasta la parte más profunda del río y luego me capucé bruscamente. Enseñar al cielo mi trasero iridiscente me produjo una alegría infantil.

Salí a la superficie a unos diez metros de la orilla. Estaba sonriendo y giré la cabeza para apartarme el pelo de la frente y los ojos. Cuando pude enfocar de nuevo la vista advertí que mi caballo seguía con las orejas enhiestas. Y mientras yo lo observaba un segundo caballo se aproximó trotando; iba sin jinete y con una solitaria pluma trenzada en su crin. Ambos animales se saludaron con sendos relinchos antes de que yo me zambullera y, aterrorizado,

empezara a nadar bajo el agua para ponerme al abrigo entre las espadañas que crecían en la orilla.

Supe instintivamente que mi única salvación consistía en ocultarme allí hasta que pudiera salir del agua y alejarme del río, ya fuese a pie o, con suerte, a caballo. Cuando alcancé la orilla tenía los pulmones a punto de reventar pero no me atrevía a sacar la cabeza para respirar. Con el máximo sigilo de que fui capaz saqué la nariz a la superficie e inspiré todo el aire que pude. Las carnosas hojas de las espadañas con sus espigas como escobillas me ocultaban bien, y decidí permanecer escondido hasta estar seguro de que nadie me vería salir del agua en dirección a mi caballo. Dejé asomar la barbilla sobre el agua y noté que jadeaba. Hice un esfuerzo por calmarme y lentamente me di la vuelta para echar un vistazo a la ribera sin exponerme demasiado.

Esperaba encontrar a un grupo de guerreros sioux descansando en esta zona umbría para protegerse del sol abrasador. Pero en la orilla que quedaba a mi izquierda no había nada. Giré un poco más y observé a los dos caballos. Se habían hecho amigos y estaban lado a lado, sacudiéndose mutuamente las moscas con la cola. Ninguno de los dos daba señales de percibir una presencia humana. Por un momento pensé que aquel caballo se habría extraviado y que no había ningún sioux en varios kilómetros a la redonda. Pero cuando me volví hacia mi derecha, descubrí que el primer sioux estaba muchísimo más cerca de lo que yo creía.

Al principio no lo distinguí entre las espadañas, y aunque estaba a escasos metros de mí tuve que guiñar los ojos para asegurarme. Incluso mojado, su pelo era de un color mucho más claro que el que yo adjudicaba a esa tribu. Tampoco sus ojos eran de ese negro azabache del que me habían hablado. Era un hombre joven, pocos años mayor que yo, y estaba también acuclillado en el agua, confiando en que yo no lo hubiera visto. Nuestras miradas se encontraron y durante unos momentos angustiosos pensé que se lanzaría sobre mí empuñando un cuchillo. La sensación fue horrible, y estuve a punto de vomitar. Entonces me di cuenta de que el indio, al igual que yo, no podía sacar ningún cuchillo. Ambos estábamos desnudos, ya que habíamos acudido por las mismas razones a este oasis y disfrutábamos por igual de su frescor.

Es difícil decir cuánto tiempo estuvimos paralizados por nuestras respectivas miradas, pero en un momento dado un mirlo de alas rojas vino a reclamar su territorio posándose en una espadaña a un palmo por encima de mi cabeza. No podía verlo pero supe que era un macho por su sonoro chec, chec, tiii-rrr. No creo que tuviera la menor idea de que dos seres humanos sopesaban, desde las ramas bajas de sus dominios, la posibilidad de acometerse, pero si lo notó su respuesta fue muy adecuada. El mirlo emitió otro chec, chec y levantó la cola. Yo, por supuesto, no podía ver lo que estaba pasando, aunque el sioux sí, y una pequeña sonrisa involuntaria malogró su siniestra mirada en el momento en que yo noté el contacto de la materia fecal en mi frente. Tan involuntaria como la sonrisa del indio, mi mano subió rauda para desalojar el excremento. El pájaro alzó el vuelo soltando un graznido y mi amigo el indio me dedicó una sonrisa llena de dientes. Advertí que llevaba una piedra pequeña atada detrás de la oreja mientras que de sus labios —que él trataba de mantener en el agua— irrumpían unas burbujas. Un segundo después los dos nos partíamos de risa, con tal alboroto que provocamos sendos bufidos a nuestros asustados caballos.

En ese momento el sioux se levantó y me señaló con el dedo, diciendo:

—Zint kala tunkhee.

Yo no sabía nada de lakota y él nada de inglés, pero entendí perfectamente el significado de sus palabras. Le señalé a mi vez y dije:

—Cagarrutas, tú.

El indio se rió de nuevo y se zambulló cuan largo era hacia el centro del remanso. Aunque su trasero no era tan blanco como el mío, me sorprendió ver que no tenía el tono dorado oscuro del resto de su cuerpo. Llevaba una segunda piedra atada bajo el brazo izquierdo pero nada más, Era más bajo que yo y, aunque muy nervudo, no tan flaco. No tenía el pecho hundido ni los codos nudosos como yo. Era lustroso y duro, ágil y bien formado, y por un momento me dio vergüenza mostrar mi cuerpo. Pero el centro del pozo me seducía, de modo que de un salto me zambullí en el agua y luego empecé a bracear hacia donde estaba el indio.

Nadamos el uno alrededor del otro, pero no como si nos enfrentáramos sino más bien como si fuéramos dos miembros de un cuerpo de ballet acuático que creyeran estar solos. Nos movíamos y descansábamos a la vez: primero nadábamos echados sobre un costado dando suntuosas brazadas, luego boca arriba soltando chorros de agua como leviatanes de agua dulce. Finalmente regresamos a la orilla y nos sentamos a escuchar los sonidos de la ribera. El sol abrasaba, y aunque mi cara y mis manos estaban ya tostadas por la exposición al sol, los hombros empezaban a dolerme. Necesitaba sombra, pero me sentía demasiado cohibido para levantarme y dejar que el indio me viera de cuerpo entero. Pensé que habíamos llegado a otro punto muerto hasta que el indio, en el momento en que oímos un extraño ca-ca-ca entre los matorrales, se levantó sin dudar y salió del agua con el garbo de un visón.

Todo su cuerpo quedó expuesto a mis ojos, y yo traté de no mirar. Vi cómo se movían los músculos de sus piernas y de su abdomen al trepar él a la orilla en dirección a las matas de donde salía el ca-ca-ca. No tenía un solo pelo en el pecho, los brazos ni las piernas. Su pene sin circuncidar, encogido por el agua fría, no se alojaba en un nido de pelo sino que sobresalía de una reluciente y pelada zona púbica. El indio agarró unos guijarros camino del matorral, y el verle tan cómodo en su desnudez me dio valor. Cuando salí del agua para ir detrás de él, traté de no pensar en el ensortijado nido pelirrojo que adornaba mis ingles.

Metidos ya entre las matas, el indio levantaba de vez en cuando la mano para hacerme parar en espera de que sonara otro ca-ca-ca. No dábamos un paso sin que él examinara el terreno. Por último, al borde de la zona ribereña, justo donde empezaba el sorgo, vi que achicaba los ojos, y siguiendo la dirección de su mirada divisé toda una familia de gallos de pradera justo cuando la primera piedra impactaba limpiamente en el que iba en cabeza. El segundo lanzamiento falló, pero la tercera piedra consiguió romperle un ala a otro gallo. Los que quedaban optaron por alzar torpemente el vuelo. Atrás dejaban un gallo muerto y otro lisiado, que un segundo después sufrió la misma suerte del primero. El indio estaba alborozado con su hazaña, y debo admitir que yo también rebotaba entusiasmo. Nos pusimos a bailar desnudos, sosteniendo en alto los gallos de la pradera.

Di una palmada a mi amigo y exclamé:

—¡Así se hace!

—Lila oyul waste —dijo él, y se relamió. Luego se echó a reír, frotándose la barriga.

Me puse el uniforme de paño grosero y el indio se embutió en su prenda de ante mientras la lumbre de ramas de fresno se reducía a brasas. Después nos comimos los pájaros, asados sobre rojos rescoldos, con toda el agua fresca y limpia que fuimos capaces de beber. Mi primera comunión en mi tierra adoptiva.

4

En el fondo, yo sabía que a esas alturas el teniente que mandaba nuestra escolta habría descubierto mi ausencia y a buen seguro estaría muy nervioso. Pero aun así me costaba abandonar el pequeño campamento donde el indio y yo estábamos tumbados haciendo la digestión. Sin hablar, nos las arreglábamos para comunicarnos lo más importante. Se estaban formando nubes por el oeste y el aire había empezado ya a refrescar.

Cuando me levanté y fui hacia mi caballo, el indio se levantó también. Permaneció detrás de mí mientras yo ajustaba las cinchas y colocaba el bocado a mi montura. Luego le tendí la mano, pero él no parecía saber qué significaba aquel gesto. Hube de cogerle la suya para estrechársela. Eso le hizo sonreír, y yo le devolví la sonrisa antes de poner la bota izquierda en el estribo y asentarme en la silla de montar. El indio me miró desde abajo. Para mi horror, vi que apoyaba la mano en el saco donde estaban los huesos. En ese momento un viento fresco agitó las hojas de los álamos y llegó hasta nosotros. Quería apartarle la mano, pero lo que hice fue tirar de las riendas sin miramientos y alejarme de él. El indio no lo tomó como una grosería. Se echó a reír y dio una palmada a la grupa del caballo cuando ya partíamos por entre los árboles.

Al remontar la ribera y llegar a la meseta, noté en la cara otra ráfaga de viento frío. La temperatura había descendido radicalmente desde nuestra zambullida y unas nubes de tormenta amenazaban ya por el oeste. El día se estaba tornando desapacible a ojos vistas, pero yo dirigí mi caballo hacia el sur de los nubarrones y me encaminé en busca de mi columna.

Diez minutos después empezó a llover. Al principio unos cuantos goterones, luego viento y más agua. Detrás de mí el cielo era azul, pero encima de mí era púrpura. Por occidente, los negríssimos nubarrones que se amontonaban con rapidez mostraban un matiz verdoso en los bordes que el viento desfleaba. Me calé el sombrero y agaché la cabeza contra las rachas que descargaban torrentes de lluvia sobre la hierba inclinada. Todo estaba mojado: la silla, el caballo, el saco de harpillera con los cráneos. No habíamos recorrido un kilómetro y ya estaba empapado como después de haber nadado con el indio, sólo que ahora el frío me hacía tiritar. Pero aún quedaba lo peor.

En el transcurso de unas horas la pradera había pasado de ser un paraíso a un proceloso y helado infierno. La furia de la tempestad cegaba mis ojos. El granizo iba aumentando de tamaño a medida que la temperatura descendía. El caballo relinchaba al ser golpeado por el pedrisco, era evidente que teníamos que ponernos a cubierto enseguida. El refugio junto al río quedaba demasiado atrás y no había otros árboles a la vista. Yo estaba bastante desorientado, hasta que a mi derecha el terreno empezó a ascender de un modo que me resultó familiar. La loma que conducía al lugar sagrado se erguía al norte de mi posición. Teníamos que ir hacia el sudoeste, pero los árboles funerarios estaban apenas a unos cuatrocientos metros y, aunque no era ésa la dirección que yo debía tomar, parecía nuestra única alternativa. Hice girar al caballo, piqué espuelas y, en el momento en que empezaba a galopar, noté que el saco de los cráneos me golpeaba dos veces el muslo.

El granizo formaba ya una gruesa capa en el suelo y mi caballo resbalaba mientras nos acercábamos a la cumbre. Ambos estábamos magullados y tiritando de frío cuando alcanzamos el relativo cobijo de los álamos. La mayor parte de las hojas y algunas ramas habían sucumbido ya a la fuerza del granizo, de manera que nos apretujamos de cualquier manera contra un tronco mientras yo rezaba para que la tormenta amainase.

Mis súplicas no sirvieron de nada. El viento arreciaba y el granizo me golpeaba desde todas las direcciones. Los truenos y los rayos eran espeluznantes. Viendo que los álamos no me resguardaban, me apretujé contra el pobre caballo. Y al hacerlo mi cara chocó con los cráneos y me sobrevino un miedo supersticioso. Me aparté de un salto, pero el granizo me hizo retroceder. Me di de bruces contra el niño y su madre y ya no pude soportar más. Abrí el saco, cogí un cráneo en cada mano y me subí al caballo hasta quedar de pie en la silla, azotado por el viento y el pedrisco. Conseguí alcanzar la primera horcajadura del álamo, y allí deposité los cráneos como si fueran huevos de un ave horrible.

Bien, no espero que se lo crean, Dios es testigo de que yo mismo no pensé durante años que fuera sino una coincidencia, pero a los pocos minutos de haberme librado de los cráneos el viento empezó a amainar. El granizo pasó a ser lluvia y ésta fue menguando hasta cesar por completo. Mi caballo y yo estábamos bajando aquella resbaladiza loma cuando el sol empezó a asomar por el oeste y la temperatura empezó a subir otra vez. Fue una especie de iniciación: iniciación a un clima que te deja impotente, que te castiga a placer, pero que te nutre al proporcionar lo que tú necesitas en dosis lo bastante pequeñas para que te vuelvas agradecido.

Cuatro años después, el 6 de septiembre de 1877, yo cumplía veintiocho años. Muchas cosas habían cambiado desde mi primera experiencia de las Grandes Praderas. Había sobrevivido a la guerra contra los sioux; había cabalgado con el general Crook en su fatídica Marcha del Hambre; había visto la oscura panza de los pastos. Pero en muchos sentidos todavía era un muchacho, y es posible que la poderosa emoción que me sobrevino cuando puse el pie en la vasta pradera aquella fatídica mañana de septiembre no fuera resultado de mi inexperiencia sino de una ingenuidad hereditaria. Soy un McGillicuddy, de la ciudad de Detroit. Como nací el día de San Valentín de 1849, mis padres decidieron ponerme ese nombre de pila. Ha sido duro llamarse Valentine; siempre hay algún conserje o alguna taquillera que te mira con extrañeza, pero más duro todavía resulta bregar con el legado de una educación protestante e irlandesa. Somos grandes sufridores, culpables ya desde la cuna, y esperamos de nosotros mismos cosas impensables. Somos, además, entusiastas de la belleza. Cuando pienso en las Grandes Praderas que me rodeaban aquel día de septiembre, todavía se me hace un nudo en la garganta y mis ojos se cierran suavemente hasta el punto de notar el contacto de un párpado con el otro.

La música y las puestas de sol siempre me han colocado al borde del llanto. Me río con facilidad, y siempre he de controlar mi mal genio. Si mis presbiterianos padres no hubieran hecho tanto hincapié en la necesidad de dominarse, habría acabado siendo boxeador. Aunque siempre he sido alto, delgado y escaso de fuerza bruta, apenas ha pasado un día sin que haya pensado en darle un puñetazo a alguien. Sigo maldiciendo más de la cuenta, y en mañanas como la que estoy recordando ahora todavía echaba de menos el whisky. Hacia tres años que no tomaba un trago, pero nunca había dejado de anhelar la punzada del alcohol en el borde de la lengua.

Los médicos contratados como yo éramos privados pero los pantalones, la camisa blanca y la casaca que vestíamos eran propiedad del Estado. De hecho había poca diferencia entre nosotros y el ejército regular. De pie en el porche de la primera de una fila de ocho casas reservadas para oficiales, supongo que mi aspecto era el de un teniente cualquiera a las seis y media de la mañana. Llevaba los tirantes colgando, el cuello todavía desabotonado. Habían tocado diana hacia unos minutos, y los soldados empezaban a salir de los barracones. Estábamos en Camp Robinson, en Nebraska, un conjunto de toscos edificios entre lomas lejanas y cerros de piedra arenisca. Hacia el sur los cedros trepaban por las barrancas hasta su parte más alta, proporcionando a las prominencias rocosas un verde y frondoso marco y convirtiendo Camp Robinson —una avanzadilla de la civilización— en algo insignificante.

Nuestra vivienda era poca cosa más que una cabaña de troncos. El suelo era de tierra apisonada y el cristal de las dos ventanas estaba anublado y lleno de imperfecciones, pero las paredes habían sido encaladas y el edificio era lo bastante sólido para que no entrara viento ni lluvia. Yo me sentía afortunado de vivir allí. Si el general Crook no hubiera dispuesto lo contrario, me habrían alojado al otro extremo de la plaza de armas junto con los oficiales de menor graduación y no habría existido la menor oportunidad de hacer venir al puesto a mi joven esposa. Todo había ido sobre ruedas, y ahora que tenía a Fanny conmigo no podía pedir nada más.

Fanny había restregado el piso de tierra hasta darle el brillo de la madera barnizada. Había puesto cortinas y pintado la puerta y los marcos de las ventanas. Nuestra cabaña era muy distinta de la palaciega casa de su infancia, pero ella la había hecho lo más cómoda posible con los escasos recursos de que disponíamos. En Camp Robinson había otra docena de esposas de oficiales, y Fanny se había hecho rápidamente un sitio en la minúscula sociedad que pugnaba por sobrevivir allí. Montaba a caballo casi cada día con algunas de las mujeres. Era requerida en todas las fiestas, conocía un centenar de juegos de cartas, había ayudado a

crear un club literario, colaboraba voluntariamente en la clínica y era una de las favoritas entre mis superiores. Sin embargo, en el fondo yo me preguntaba cuánto tiempo le duraría la felicidad en aquel entorno. Contra los deseos de sus padres Fanny se había casado con un cirujano contratado por el ejército y, aunque no lo había dicho nunca, muy probablemente consideraba la estancia en Camp Robinson una broma pasajera. ¿Cómo no iba a esperar que fuera sólo una etapa previa a instalarnos en un centro médico de la envergadura de Detroit, Washington o Chicago, donde existía una sólida y floreciente cultura?

Pero aquella mañana no pensaba en mi matrimonio. Había cierta tensión en el aire fresco y seco; recuerdo bien cómo penetraba en mis pulmones. La vivienda del primer oficial, el coronel L. P. Bradley, estaba unos seis metros más al Oeste, y la sombra de nuestra cabaña cortaba en diagonal la pared blanqueada de esa casa. El contraste de luminosidad anunciaba la salida del sol; me volví para ver asomar el disco sobre la loma erizada de cedros que se elevaba hacia el este. La noche había sido fría —casi había helado—, pero este sol prometía que la jornada iba a ser otra vez calurosa y seca. Más reclutas iban saliendo de los barracones en las alas este y oeste de la plaza de armas. Un centinela se paseaba por delante de aquéllos y, del otro lado del campo, otro desfilaba entre las oficinas y el cuerpo de guardia. En el extremo sur los caballos se arracimaban dentro de un corral inmenso y un oficial montó en un bonito caballo tordo que se ladeó ligeramente bajo su peso, agitando la cabeza.

La consabida tropa de sioux y cheyenes ociosos instalados en torno al campamento en algunos tipis harapientos y otros refugios estaba empezando a despertar aunque varios de los más sonados miembros de tan lamentable grupo dormían envueltos apenas en mantas directamente sobre el suelo. Una pequeña fogata despedía hacia el aire un hilo de humo recto. Cuidaba de la lumbre una anciana a la que ya había visto varias veces en el hospital. Era alcohólica y tenía sífilis. Entre los ociosos no desentonaba. Ya no tenía ánimo para nada, carecía de amor propio. La primera vez que como médico la exploré, descubrí en sus muslos varias cicatrices alargadas. Se las había hecho ella misma y significaban que su esposo había muerto en combate. Los dedos que faltaban en sus manos significaban que también había perdido a varios hijos. La anciana se había negado a hablar, de modo que no supe si sus allegados habían encontrado la muerte durante alguna acción en la que yo hubiera tomado parte.

Aparte de la chusma que rondaba el campamento había un pequeño grupo de indios en la esquina nororiental de la plaza de armas. Eran cuatro, y todos tenían caballo. Dos estaban montados y observaban con reserva la actividad del campamento. No venían en busca de whisky o caridad. Eran tipos principescos, guerreros de las bandas del norte que habían llegado a principios del verano. Su atuendo no era tan vistoso como lo había sido en la batalla. Sus mocasines estaban medio rotos, el cuero descolorido y las plumas raídas. Ellos mismos estaban muy maltrechos. Se habían ganado el respeto de los soldados blancos y de los indios de la reserva. Permanecían en la periferia del campamento, atentos a todo, sintiendo sin duda alguna las mismas sensaciones que recorrían mi cuerpo como la electricidad.

Oí el chisporroteo del tocino en el perol de hierro, dentro de la cabaña. Fanny era muy trabajadora y cada mañana se levantaba conmigo aunque no había ninguna necesidad. Se enorgullecía de atender nuestro humilde hogar y, supongo yo, también a mí. Aunque hacía años que yo me las arreglaba solo, sus atenciones me encantaban.

No me daba tiempo a pasar por el hospital para ver a mis pacientes antes del desayuno, pero sí tenía unos minutos para disfrutar de la mañana. Bajé del porche y busqué un cigarro en el bolsillo de mi camisa. Quedaba uno, pero no tenía fósforos. Saboreé el cigarro con la lengua y volví a acordarme del whisky. Me fue imposible no preguntarme por enésima vez si algún día dejaría de echar en falta su sabor.

Otro oficial salió de su alojamiento dos puertas más abajo. Era el teniente Philo Clark, un hombre apuesto e inteligente, de ojos penetrantes y pelo castaño ondulado. Era de estatura

mediana pero bastante robusto, y tenía unos andares confiados. Su marca de fábrica era un sombrero stetson de color blanco. Los exploradores indios, que estaban bajo sus órdenes directas, le llamaban Sombrero Blanco. Se le tenía por el oficial joven más prometedor del ejército, destinado a alcanzar puestos de alto mando, y en lo referente a los indios se le consideraba un prodigio. Hablaba varias de las lenguas de los indios de la pradera y empleaba su lenguaje de signos tan bien como ellos mismos. Mi modesta capacidad para comunicarme con los sioux y los cheyenes se debía en parte a las muchas noches que había pasado en torno al fuego en compañía de Philo. Como consecuencia de estas y muchas otras habilidades, el teniente se había ganado un puesto especial en el equipo del general Crook pese a su juventud. Recibía órdenes directas del general y estaba al corriente de asuntos de alto nivel y de decisiones que no se ajustaban a su rango.

Philo y yo teníamos la misma constitución, y el aire fresco de la mañana parecía ser tan necesario para él como para mí. Por añadidura, éramos compañeros de campaña y nos llevábamos bien. Cuando Philo miró hacia donde yo estaba, me quité el cigarro de la boca y lo sostuve en alto. Él estaba a punto de sacar uno de los suyos y me hizo señas de que me acercara.

—Al parecer necesita usted fuego, doctor —dijo en tono de chanza.

—Así es, señor —admití—. Pero no vaya a pensar que soy un cromañón.

Encendió una cerilla en la barandilla del porche de su casa y me la acercó.

—En absoluto —dijo—. El volumen de tu masa encefálica lo hace muy improbable.

Hice girar el cigarro contra la llama y di unas caladas hasta que el tabaco se puso rojo.

—¿Quieres decir que tengo demasiado o demasiado poco?

Philo sonrió y aplicó la cerilla a su veguero. Una vez encendido nos apoyamos en el porche y contemplamos la plaza de armas en donde el grupo de infantería acababa de formar, y un sargento, con una cabeza tan grande que destacaba incluso a cien metros de distancia, se paseaba delante de ellos. Por lo general no nos faltaban temas de conversación. Habíamos servido juntos a las órdenes de Crook en la campaña de Yellowstone y compartíamos esas experiencias que facilitan la charla entre dos hombres. Pero aquella mañana, después de nuestras bromas iniciales, ninguno de los dos supo qué más decir. Los dos días precedentes habían sido muy duros para Philo. El teniente había sido clave en el drama que venía desarrollándose desde hacía meses; no, debería haber dicho generaciones.

Las dificultades se centraban en torno al jefe Caballo Loco, el cual, con su banda de más de once mil personas y cerca de dos mil quinientos caballos, se había instalado en la reserva de Nube Roja cuatro meses atrás. Ellos eran los últimos en rendirse, y se confiaba en que con eso hubiera terminado definitivamente la guerra contra los sioux. Philo había sido encargado de aceptar la rendición de Caballo Loco y cuando llegaron a la reserva, yo había ido a examinar profesionalmente a la joven esposa del jefe, Chal Negro, que estaba enferma. Después de la matanza de Custer, la reputación de Caballo Loco había aumentado mucho, como antes la de Custer. En el momento de su rendición el jefe sioux era quizás el más temido y odiado de toda su tribu. Estábamos ansiosos por verle en carne y hueso.

Fuimos al encuentro de la columna india a unos once kilómetros al norte de Camp Robinson. Se nos hizo evidente que habían sufrido penurias inimaginables durante dos años de guerra y un invierno excepcionalmente crudo, con gran escasez de comida y refugio. Los rostros de las mujeres y los niños estaban demacrados por el hambre. Los guerreros montaban caballos escuálidos, y yo me dediqué a mirarlos tratando de identificar a Caballo Loco. Todos esperábamos que fuera en cabeza de la columna, o que se adelantara al galope

en señal de poderío. Pero ningún indio se movió. Observé detenidamente a aquellos guerreros vencidos y vi en ellos síntomas de desnutrición, algunos habían perdido un brazo o una pierna en la batalla o como resultado de la congelación. Se habían vestido para la ocasión con lo mejor que les quedaba: camisas y polainas de cuero, abalorios, plumas, pintura en las hundidas mejillas, y algún que otro tocado de plumas de águila que colgaban hasta el suelo. Creíamos que Caballo Loco iba a surgir de entre esos indios tocados con plumas, pero nadie se movió. Una vez más, recorrí con la mirada la hilera de guerreros sioux y me chocó ver una cara que me resultaba conocida. Aquellos ojos claros me miraron a su vez como si él también tratara de recordar en dónde había visto mi cara. Philo detuvo su caballo a mi lado, y noté que estaba nervioso por no saber de quién debía aceptar la rendición. Requirió la presencia de Nube Roja, que era primo de Caballo Loco, para que identificara al jefe. Yo no podía apartar los ojos de aquel hombre cuyo rostro tanto me sonaba. Era uno de los guerreros corrientes, más bajo que la mayoría, sin plumas ni pinturas vistosas, y me miraba con las mismas ganas de reconocermelo que yo a él.

Hasta que Philo y Nube Roja se adelantaron a caballo no comprendí que, efectivamente, yo había visto a aquel guerrero, varios años antes de la guerra, en la orilla del brazo norte del río Knife. Había envejecido, ahora debía de tener unos treinta y cinco años, pero parecía mayor. Llevaba una sencilla camisa de ante y una solitaria pluma de águila en el pelo. Su ropa y su poni carecían de decoración, señal evidente de su pobreza dentro de la tribu, de modo que todos los soldados de la columna se quedaron pasmados cuando Nube Roja condujo al teniente hasta aquel hombre. Había docenas de guerreros que se ajustaban a la imagen que teníamos de un jefe, pero el hombre a quien yo había visto nadar en aquel pozo cuatro años antes era el famoso Caballo Loco.

De momento, no parecía nada imponente. Sin embargo, su porte atraía todas las miradas. Caballo Loco fijó sus ojos en mí y así estuvimos unos momentos; ninguno de los dos dejó entrever que una vez nos habíamos encontrado. Al reconocerle caí en la cuenta de que había interpretado mal la naturaleza de su poder. No estaba en sus brazos y piernas nervudos sino en la fuerza de su carácter, que se traslucía en su manera de moverse. Desmontó de un solo movimiento y aparentemente sin esfuerzo alguno, cubrió la distancia entre los ejércitos que se habían enfrentado durante años de terribles combates y le tendió a Philo la mano izquierda.

—Amigo —dijo en lakota, con voz queda—, te doy esta mano porque en este lado tengo mi corazón; quiero que la paz dure para siempre.

Aquel hombre poseía una dignidad singular y serena. Su rostro carecía de los típicos pómulos altos de los sioux. Era melancólico, y había en él una humilde resignación ante el destino. Pero la expresión de sus ojos pálidos denotaba que se rendía porque su pueblo se moría de hambre y que, de haber sido por él, Caballo Loco habría seguido luchando hasta el fin.

Philo había hecho venir diez carros con raciones y un centenar de reses para alimentar a la columna de indios, y según la costumbre de ese pueblo los hombres se negaron a comer hasta que las mujeres y los niños se hubieran alimentado. Aquella noche murió uno de los guerreros, pero no de desnutrición. Falleció por atiborrarse demasiado cuando por fin se permitió comer. Me habría gustado abrirle el abdomen para aliviar la presión que finalmente acabó con él. Aunque lo había visto hacer una vez en un hospital del Este, este tipo de operaciones eran desconocidas entonces en la pradera y mi superior, el doctor Munn, me lo prohibió.

Cuando por fin la procesión llegó a Camp Robinson, millares de indios de la cercana reserva de Nube Roja, que se habían rendido hacía tiempo, se presentaron para vitorear a Caballo Loco. Aunque no disponían ya de caballos ni de armas, se les veía enardecidos por los llameantes ojos de Caballo Loco. La comitiva se extendía a lo largo de tres kilómetros, y

cuando la vanguardia se acercó a la muchedumbre que esperaba junto al camino, los guerreros vencidos empezaron a entonar la canción más fúnebre que he oído en mi vida. Aquella melodía me llegó al corazón. Cuando a las voces de los guerreros se sumaron, primero las de las mujeres y los niños de Caballo Loco, y luego las de los indios de la reserva que habían acudido para rendirles honores, hube de morderme los carrillos para que me dejaran de temblar. Tenía miedo de dejar de mirar al frente, así que no supe cuál de los oficiales llegó hasta mi lado a caballo y me dijo en voz baja:

—Dios mío, esto no es una rendición, es una jodida marcha triunfal.

6

El verano estaba dando paso al otoño; Philo y yo nos quedamos apoyados en el porche sin decir palabra. Estoy seguro de que ambos pensábamos en las promesas que aquel día se le hicieron a Caballo Loco. Miré a Philo a la cara pero sus facciones no dejaban traslucir la menor expresión. Esa capacidad de no revelar ninguna emoción era uno de los talentos que hacían del teniente Philo Clark un hombre idóneo para la política de la vida castrense. Le daba una clara ventaja cuando mandaba a los exploradores indios y le garantizaba un futuro sin duda prometedor. Pero el destino nada sabe de estas habilidades. Philo escribiría después un estupendo estudio sobre el lenguaje indio de señales. Estaba en la senda de un rápido ascenso, pero nunca llegó a general como todos pensábamos que llegaría. Murió, en cambio, de una extraña dolencia cerebral a los treinta y nueve años de edad. Resulta misteriosamente irónico que yo le haya sobrevivido casi cincuenta años.

Azuzar a unos indios contra otros fue una de las mejores tácticas del general Crook, de ahí que el teniente Philo fuese uno de los artífices de aquella estratagema. Era fácil suscitar viejas rivalidades y odios de sangre entre los pueblos indígenas, pero manejar aquellas antiguas animadversiones era ya otro cantar. Que Crook hubiera encargado a Philo una misión táctica tan importante era un síntoma de que confiaba mucho en él. Philo actuaba además como edecán del general Crook; tanto confiaba Crook en él que, al partir de Camp Robinson dos días antes, le había encargado la misión de arrestar a Caballo Loco. No había cargos oficiales contra Caballo Loco (habrían sido necesarios para arrestar a un blanco), sólo una acusación vaga de que su presencia perturbaba a los indios de la reserva.

Dirigí la mirada hacia la cara de mi amigo. Philo lo notó y se volvió hacia mí con una sonrisa triste.

—Hoy va a pasar algo —dijo—. Caballo Loco altera los ánimos. La mitad de la reserva le ama y la otra mitad le odia. Y todos le envidian. —Philo achicó los ojos—. Mi arresto de ayer fue un desastre. Caballo Loco hizo justo lo que Jesse Lee me dijo que no le dejara hacer. Salió corriendo hacia la reserva de Cola Manchada y Lee le arrestó por la noche. Un correo llegó esta mañana con la noticia.

—Santo Dios —dije.

El teniente Lee pertenecía al ejército regular pero además era el agente de la reserva de Cola Manchada situada cuarenta kilómetros al noreste. Él y su esposa Lucy eran amigos de Fanny y míos. Lee se distinguía también por tener gran confianza en sí mismo, y yo sabía que no le encantaría hacerle saber a Philo que su plan para arrestar a Caballo Loco había fallado. El hecho de que Caballo Loco hubiera huido a la reserva tenía sentido, porque el viejo jefe Cola Manchada era tío suyo por matrimonio. Sin duda alguna, Jesse había prevenido a Philo contra esa posibilidad, y ahora utilizaría lo sucedido para pasárselo por la cara.

Philo dio una calada a su cigarro y contempló la plaza de armas. Venido de no sé dónde, había aparecido un nuevo grupo de indios del norte. Descansaban ensimismados sobre sus ponis, pero nosotros sabíamos que aquella postura era más un signo de absoluta comodidad sobre el caballo que de descuido. Eran guerreros que habían sufrido junto a Caballo Loco durante aquel terrible invierno en el norte.

—Ya cometí un error —dijo Philo—. No quise cometer otro.

Se refería al consejo que había dado a Crook. Desde que Caballo Loco se rindiera en la primavera anterior habían corrido rumores de que éste planeaba ponerse de nuevo en pie de

guerra. Yo estaba convencido de que tales rumores eran el sueño de un pueblo derrotado. Por lo demás la gente de Nube Roja veía con malos ojos la creciente popularidad de Caballo Loco, como consecuencia de lo cual la reserva estaba inquieta. Pero cuando se divulgó otro rumor acerca de que Caballo Loco pretendía matar al general Crook, Philo había aconsejado a éste que no se acercara al campamento del jefe sioux. Y Crook dio orden de que arrestaran a Caballo Loco.

—Su presencia hacía la situación demasiado peligrosa —dijo Philo.

—Tú no podías correr ese riesgo —afirmé, aunque en el fondo sabía que Caballo Loco jamás habría tramado matar a Crook.

—Después de todos los rumores sobre que reemprendería la caza del búfalo, que haría la guerra a los crow, que se uniría a Toro Sentado en el Canadá, la amenaza de matar al general (cierta o no) ha sellado su destino.

—¿Jesse va a traerle aquí?

—Sí. Probablemente ya se habrán puesto en camino.

Philo concentró la mirada en el extremo opuesto de la plaza de armas. Observó a un grupo de cinco guerreros que venían al trote por el este. A unos cuarenta metros ganaron velocidad, y llegados a la plaza de armas describieron un círculo. Luego lanzaron vítores y, como habían sido desarmados cuando la rendición, agitaron palos en el aire. Formaban parte del viejo grupo hostil, y varios indios de la reserva les reprendieron cuando dieron otras dos vueltas a la plaza. Varios de los exploradores de Philo, que iban bien armados, se adelantaron para retar a los jinetes indios.

—Están notando algo —dijo Philo.

Reparé en su rostro tenso, aunque quizá su tensión sólo era visible para un amigo como yo.

—Has hecho un buen trabajo, Philo.

—La situación es difícil. —Lo dijo tanto para sí como para mí—. Sé que estarás de acuerdo en que ese hombre merece nuestro respeto, por su extraordinaria bravura. El problema es que su gran firmeza es tan buena como mala.

La verdad de sus palabras me afectó entonces y todavía me afecta más ahora. Desvié la vista hacia la pradera y me pregunté cómo diablos había llegado yo a este sitio y en este momento. Había estudiado medicina en el Marine Hospital, de Detroit. De hecho, fui uno de los profesores más jóvenes de la institución. Cosas del destino, a mis veintiún años me vi trabajando en calidad de médico en un equipo de ingenieros que debía levantar el plano de los Grandes Lagos. La sensación que me acometió a bordo de nuestro barco en aquellos lagos gigantescos jamás me ha abandonado. La inmensidad que rodeaba el barco y la conciencia de que debajo del mismo había algo desconocido era profunda, pero resultaba insípida comparada con el hecho de saber que, más allá de las rocas erizadas de pinos que protegían y empequeñecían Camp Robinson, había un viento intenso que empujaba oleadas de hierba hacia el horizonte. Me notaba a mí mismo, y al campamento entero, como flotando a la deriva en ese mar interminable.

—¿Doctor? —Era Fanny. Siempre me llamaba «doctor»—. Teniente Clark. Una mañana preciosa. —Hizo una reverencia y Philo se llevó la mano al sombrero—. Tu desayuno está a punto —dijo dirigiéndose a mí—. Los huevos casi están hechos.

Mi mujer era fascinante. Su encanto me distrajo de mis aciagos pensamientos. Después de saludar a Philo, me miró, y la acuosa profundidad de sus ojos me produjo un verdadero temblor de pasión. Ahora parece una tontería, pero esa oleada de deseo me amilanó. Yo era lo bastante ignorante para preferir creer que su habilidad para excitarme no era intencionada. Quería creer que Fanny era una joven recatada y sencilla. Ahora doy gracias a Dios de que no lo fuera. Ojalá hubiera cedido al impulso, ojalá me hubiera puesto entre ella y Philo y hubiera deslizado una mano subrepticia por debajo de su vestido.

Fanny sonrió como si hubiera leído mi pensamiento y volvió a entrar en la cabaña.

—Bonito día —dijo Philo.

—En efecto —respondió ella. Echó un último vistazo a los dorados riscos antes de entrar, y el modo en que sus ojos enfocaron la lejanía me encendió de nuevo.

Traté de recobrar la compostura y pregunté:

—¿Quieres desayunar con nosotros, Philo?

Apagué el cigarro en el tacón de mi bota negra, toqué la punta para asegurarme de que no estuviera encendido y lo guardé de nuevo en el bolsillo de mí camisa.

—No, gracias —repuso Philo—. Creo que iré hasta la oficina del ayudante para enterarme de si se sabe algo de Lee. Pero gracias. —Estaba preocupado y se alejó del porche con las manos a la espalda—. Vente a almorzar con nosotros los oficiales, Mac. Sobre las doce y media. Supongo que para entonces tendremos noticias.

—De acuerdo —dije.

Philo se enderezó el sombrero y dijo sin mirarme:

—A estas horas ya deben de haber partido. —Estaba observando a otros dos guerreros que venían del sur cabalgando despacio. Era la dirección opuesta a la reserva de Cola Manchada, pero de alguna manera se habían enterado de que Caballo Loco iba a venir bajo arresto a Camp Robinson. Querían estar presentes cuando llegara.

Philo parecía incapaz de moverse. Observó a los indios y entornó los ojos, pensando.

—No creo que tarden —dijo al cabo—. Jesse se ocupará de que todo salga a pedir de boca.

—Todo será para bien —dije—. Siempre es así —dije tocándole el brazo para tranquilizarle.

Philo se volvió.

—Tu actitud es extraordinaria, Mac —comentó sonriendo—. Ojalá pudiera compartirla.

Saludó con un movimiento de cabeza y cruzó la plaza de armas rumbo a la oficina: un hombre sumido en un sueño.

Era lógico que Philo estuviera inquieto. Su buen nombre y su carrera dependían del resultado del arresto del jefe sioux. A mí me pareció ya entonces un mal paso porque yo, más que ningún otro hombre blanco, sabía como pensaba Caballo Loco. El día después de su

rendición cabalgué hasta su campamento —a unos dos kilómetros del fuerte— con mi ayudante Johnny Provost, que era medio sioux y hablaba bien el lakota.

Las mujeres lakotas habían montado el campamento durante la noche, y cuando llegamos todo estaba en orden. Johnny y yo causamos cierta sensación al pasar entre las tiendas. Algunos guerreros nos miraron con aire retador, mientras que otros exhibieron sonrisas tristes. Las mujeres huían de nosotros y los niños parloteaban como ardillas nerviosas, pero todos seguían a nuestros caballos. Formábamos casi una procesión, y cuando llegamos al tipi de Caballo Loco el campamento entero estaba al corriente de nuestra presencia. Caballo Loco salió a recibirnos. Johnny hizo los honores y me presentó como doctor McGillycuddy, el hechicero blanco. Caballo Loco me tendió la mano y yo sonreí al recordar su reacción cuando le había ofrecido la mía años atrás, cuando él no sabía qué significaba aquel gesto.

—Magillicutti —repitió él como si paladeara la palabra.

—Caballo Loco —dije, estrechándole la mano.

Me di cuenta de que se acordaba de nuestro primer encuentro en el río. Sonrió ligeramente pero luego meneó la cabeza.

—Mita wicu ki.

—Quiere que examine a su esposa —tradujo Johnny.

Caballo Loco tenía la mano todavía en la mía y nos estábamos mirando a los ojos. Aproveché la oportunidad para estudiarle a fondo. La tersura de su piel juvenil había cedido paso a las arrugas en torno a los ojos, pero su rostro conservaba una innegable fuerza callada.

—Desde luego —dije. Fui hacia su tienda.

En el tipi hacía frío. No se habían tomado la molestia de encender fuego aunque la temperatura nocturna rayaba los cero grados. Chal Negro estaba sentada sobre un manto de búfalo cosiendo un mocasín. Al verme, se puso en pie de un salto. Tratar a una sioux solía ser difícil; como temían al hombre blanco, no querían parecer débiles ni vulnerables.

Le toqué la frente esperando encontrar fiebre alta. Ella no se apartó al contacto de mi mano. Me pareció que estaba casi normal. La tomé de la mano y la hice salir a la luz del día, le miré los ojos y apoyé la oreja en su pecho. Noté mucha congestión en los pulmones; probablemente era tisis, una enfermedad bastante corriente entre los lakotas.

—Johnny —dije—. Vaya a por mi maletín. —Volví a examinar los ojos de Chal Negro, tratando de ver si sufría más de lo que quería aparentar—. Le daremos sulfato y un poco de quinina. Es posible que tenga también malaria.

Hizo falta más de un minuto para que alguien nos trajera agua, pero Chal Negro se tomó la medicina como un buen soldado.

—Ahora dígame que descanse. —Me dirigí a Caballo Loco—: Tienes que dejarla descansar.

—Asnikiyl kiya yo —dijo Johnny.

Caballo Loco asintió con la cabeza. Ya no era un salvaje jefe indio; se había convertido en un marido preocupado. Dijo «Han» y se llevó a su mujer a la tienda. Entonces Chal Negro, que había guardado absoluto silencio, nos sorprendió a todos.

—Gracias —dijo, y desapareció en el interior del tipi.

Caballo Loco nos miró con orgullo. Sonrió y volvió a tender la mano.

—Magillicutti —dijo—. Kuna nita wicu ki glo ti hoo. —Me sonrió al tiempo que saludaba con la cabeza. Yo miré a Johnny.

—Dice que vuelva otro día.

Asentí para indicar que lo entendía y Caballo Loco asintió también.

—De acuerdo —dije.

Cuando regresé la tarde siguiente, Chal Negro estaba mucho peor. Sin duda la adrenalina la había mantenido durante todo aquella terrible huida invernal, pero ahora, en la relativa comodidad de la reserva, su organismo se desmoronaba. Permanecí con ella y con Caballo Loco durante los peores momentos, temiendo por su vida.

Días después, cuando la fiebre remitió y Chal Negro empezó a recuperarse, Caballo Loco y yo nos fuimos turnando para velar por ella.

Visité su campamento siempre que me fue posible durante los pocos meses que transcurrieron entre la rendición de Caballo Loco y el fatídico día en que Philo y yo nos quedamos mudos de asombro apoyados en el porche de su vivienda.

Había hablado con Caballo Loco centenares de horas acerca de la topografía de las praderas, de nuestro amor a los caballos, de la hierba silvestre y los animales que tan importantes eran para ambos. Había observado su humildad y su incansable atención a las necesidades de su pueblo. Sabía de su amor a los niños. Yo había reconocido su país palmo a palmo. Era el primer hombre blanco que había subido al punto más alto de las sagradas Black Hills, involuntario precursor de las minas de oro que se abrirían después.

Aunque la presencia de Caballo Loco pudiera constituir una amenaza para el orden en la reserva, esa amenaza no iba a desaparecer por el mero hecho de arrestarle. En realidad, la medida tomada por Crook era más que nada una demostración de autoridad. Yo creía que Caballo Loco recibiría una reprimenda por no doblegarse ante el hombre blanco y luego sería puesto en libertad.

Fui un ingenuo al no sospechar que se estaba tramando algo mucho más maquiavélico.

7

En lo que a alimentos respecta, Camp Robinson tenía muy poca variedad. Mi desayuno era casi siempre el mismo: un solo huevo —porque escaseaban—, un poco de tocino frito, unas tortitas y un vaso de suero de leche. Podría haber pasado sin esto último, pero Fanny insistía en que me lo tomara. Decía que así mi piel se mantendría sana. Yo pensaba que aquella fe ciega en los poderes cosméticos del suero lácteo se debía a que había crecido en Michigan. Por descontado que no había base científica para tales suposiciones. Aunque, por otro lado, existía la prueba empírica de su cutis sonrosado, famoso por su tersura. Vayan ustedes a saber.

La miré a hurtadillas mientras me sentaba a la mesa. Fanny era una mujer robusta; pesaba lo mismo que yo, pero a diferencia de mí ella era majestuosa. Tenía una gran capacidad para centrarse en tareas concretas, y aquella mañana, como era típico en ella, se dedicó a cortar su loncha de tocino a pedacitos muy pequeños. Eso me dio la oportunidad de mirarla sin inhibiciones. Su cabello presentaba un matiz rojizo pero era mucho más oscuro que el mío, sin ese toque anaranjado fruto de mi herencia irlandesa. Tenía los ojos claros, capaces de cambiar de tono según la ropa que llevaba, y las comisuras de su boca estaban siempre vueltas hacia arriba como si se dispusiera a sonreír.

Cuando montaba con otras esposas de oficiales procuraba resguardar del salvaje sol de la pradera hasta la última pulgada de su piel. Parecía un jeque árabe montado a asentadillas, pero yo no era el único que la veía hermosa incluso así. De hecho era yo quien le había aconsejado que se protegiera del sol a todas horas. Había visto sorprendentes ejemplos de lo que el sol de la pradera es capaz de hacer; aún recuerdo la angustia de hombres que habían perdido el sombrero en una batalla y regresaban como quemados por el fuego. Algunos heridos sufrían más de las quemaduras que de las flechas que tenían clavadas. Uno en concreto había sido torturado por los sioux: le habían cortado los dedos, le habían desnudado y apaleado hasta dejarlo por muerto. Tres días después de estar a mi cuidado el hombre, efectivamente, murió, pero no por efecto del tormento, sino de las ampollas que el sol había levantado en todo su cuerpo. Las ampollas reventaron rezumando líquido, se infectaron, y el soldado acabó sufriendo una terrible agonía.

Todo eso me vino a la cabeza mientras contemplaba la belleza de Fanny.

—Doctor, ¿en qué estás pensando?

—En nada. —Reí para mis adentros, y di buena cuenta de una tortita.

—¿Se trata de Caballo Loco?

—No, no. Eso se terminó. Ya es agua pasada.

—¿De veras? —Fanny parecía sorprendida—. ¿Acaso ha habido violencia? No le habrán hecho daño, ¿verdad?

—No. Jesse Lee lo tiene bajo custodia.

—Entonces Caballo Loco no corre peligro. Nunca he creído lo que se dice de él. ¡Y la pobre Chal Negro! —Meneó la cabeza. Fanny me acompañaba muchas tardes de verano y habíamos pasado horas con el jefe indio y su esposa—. Nunca he creído que él matara a Custer, tú ya lo sabes.

Tuve que sonreír ante aquel comentario tantas veces expresado.

—Oh, pues claro que mató a Custer.

—Pero a ti te cae bien. Parece que prefieres su compañía a la de los oficiales de Camp Robinson. —Asentí con la cabeza y seguí comiendo. Ella no sabía que Caballo Loco y yo nos habíamos conocido antes de la guerra—. El pobre Holden estaría de acuerdo, ¿no te parece?

Pensar en John Holden hizo que dejara de masticar.

—El señor Holden estaba bastante loco —sentenció con la pomposidad de un predicador—. Creía en cosas muy extrañas.

Fanny chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Había viajado conmigo de Michigan a Washington en compañía del soldado raso John Holden, un superviviente de lo que se había dado en llamar la Marcha del Hambre. Lo llevamos al manicomio de la capital; fue una estupenda oportunidad para visitar Washington a expensas del ejército, aunque una tarea triste y ardua. Procuré que Fanny y él no coincidieran demasiado para ahorrar a mi esposa los delirios de aquel hombre, pero me fue imposible evitarlo en un viaje de cuatro días. Le había dicho que las divagaciones de Holden eran simples quimeras. Pero de hecho, en general decía la verdad. Las cosas de las que hablaba le habían vuelto loco. Lo sé porque yo también estuve en la Marcha del Hambre.

—Entonces, ¿qué recuerdo siniestro te hace arrugar la frente, mi querido doctor?

—Oh, estaba pensado en nuestro viaje a la capital. Todo fue demasiado imponente. —Yo sabía que a Fanny le gustaba hablar de Washington. Militares y miembros reputados de la comunidad médica nos habían dedicado grandes agasajos. Incluso fuimos invitados a cenar en casa del general médico.

—Pues yo, desde luego, guardo un excelente recuerdo —dijo ella, y añadió como si hubiera estado leyendo mi pensamiento —: La velada en casa del doctor Woodworth fue lo que más me gustó.

—Lo sé. Te gustó todo: la cristalería, la vajilla, el ejército de criados —me eché a reír—, la emplumada boa de la señora Otis, el salmón ahumado, el olor de la pipa del doctor Henry...

—Y las luces del Capitolio, el carruaje que alquilaste en el hotel. —Se había levantado y estaba recogiendo los platos—. Lo guapo que estabas de uniforme, tu agudeza, y cómo te envidiaban todos aquellos doctores confinados en sus despachos. —Me sorprendió besándome rápidamente en la coronilla. Yo aún tenía pelo, pero me empezaba a ralear a pasos agigantados desde mi entrada en el ejército. Noté el contacto de su pecho en mi hombro y cuando me aparté, ella se rió—. Es hora de que vayas a hacer la ronda, doctor.

—Tienes razón —dije poniéndome de pie—. Almorzaré con Philo y sus colegas.

—Oh, ¿de veras? —bromeó Fanny.

Se me acercó tanto que su cara me pareció borrosa. Entonces me reí y alargué el brazo para atraerla hacia mí. Ella me besó en el cuello, y casi puedo notar aún el calor de sus labios.

—Pues sí —dije.

Cerré los ojos mientras me sobrevení una oleada de aquello de lo que sufría Holden. No podía soltarla y seguí abrazándola hasta que ella dejó encima de la mesa el plato que

sostenía. Entonces me rozó la nuca con una suavidad y una sabiduría que no se ajustaban a su edad.

Finalmente la solté y me aparté lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Algún día volveremos a Washington. —Lo dije porque sabía que a ella le gustaría oírlo. Pero la mentira me quemó la garganta, pues a pesar de toda la hostilidad de las Grandes Praderas yo había acabado amando esa tierra azotada por el viento hasta el punto de no querer abandonarla nunca.

—Sí —dijo—. No se me olvida la imagen de cuando saliste aquel día de la sala de operaciones. Parecías tan profesional y tan digno con tu larga bata blanca...

Fanny dio un paso atrás y yo me subí los tirantes a los hombros.

—Sólo era un observador —dije. Fanny me pasó la chaqueta—. Como cualquier otro estudiante.

—Tonterías. Has visto más cosas que todos esos profesores y alumnos juntos.

Me cepilló la espalda y luego la pechera.

—He visto muchas operaciones de campaña —dije, atusándome nervioso las puntas del bigote—, pero nada como aquello. Dios mío, Fanny, a aquel hombre le abrieron la barriga. ¡Lo examinaron por dentro y lo cosieron otra vez!

—Tú puedes hacer todo lo que hagan esos vejestorios. —Me besó en la mejilla—. Estás destinado a ser famoso, doctor Valentine T. McGillycuddy. Lo supe desde que te conocí.

Sonreí de forma involuntaria. Pero era tarde y saqué mi reloj del pequeño bolsillo interior por puro hábito.

Eran las siete; giré sobre mis talones y fui hacia la puerta. Por el cristal anublado comprobé que el número de indios en torno a la plaza de armas había aumentado. Los del norte estaban en el lado este y los de la reserva en el Oeste. Dudé antes de abrir la puerta.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —pregunté como si tal cosa.

—La señora Munn y yo queremos ir a merendar a la fuente que hay en la loma. El doctor Munn está enfermo y ella se siente un poco sola. ¿Podrás venir con nosotras?

Negué con la cabeza sin mirarla a ella.

—Hoy no. Mira, ¿por qué no lo aplazas hasta mañana? —Dejé que lo pensara unos instantes—. Sería mejor que te quedaras en casa, sabes. Si esperas un día, iré contigo. —Luego la miré—. ¿Me harás ese favor, Fanny?

Ella notó el apremio en mi voz, y, aunque sus ojos me interrogaban, asintió con la cabeza.

—Desde luego —dijo—. Si tú nos acompañas será cien veces mejor.

Camino del hospital pasé por delante del barracón del ala oeste. Quince o veinte sioux de la reserva estaban acucillados en corro jugando a un juego de azar que consistía en lanzar huesos al polvo dentro de un círculo. Nunca entendí qué veían en esos huesos para que rieran y se enfadaran unos con otros, pero, como a toda la gente de la frontera, a los sioux les encantaba jugar. Me demoré unos instantes junto al círculo y reí con los guerreros cuando los huesos revelaron que un joven de dieciocho años había perdido su cuchillo a manos de un guerrero mayor. Había miembros de la banda de Nube Roja y exploradores del ejército al mando de Philo. Se les permitía llevar armas y cobraban el salario de un soldado raso, lo que les convertía en ricos a ojos del resto de la tribu. La mayoría de ellos partiría en breve para combatir a los nez percé con el general Crook, lo cual les daba aún más prestigio que sus salarios.

El centinela que había estado paseándose frente al barracón dio un rodeo para observar con ansia a los jugadores. Saludé al soldado y el hombre me devolvió el saludo.

—Buenos días, doctor.

Era extranjero, pero no así su acento.

—¿Del condado de Tyrone? —pregunté.

—Sí, señor. Pasando por Nueva York y últimamente por una docena de puestos en el Oeste dejados de la mano de Dios. Pero irlandés, señor. Algo parecido a lo de usted. —Fue su manera de transmitirme que sabía que yo no era católico y que me había criado en un entorno aún más rígido del que él había conocido. No era un soldado joven, tendría cerca de cincuenta años, y su rostro atezado sugería una vida a la intemperie.

—¿Y se supone que está usted guardando este puesto? —le pregunté.

—Sí. Me queda otra hora, y luego he de ir al puesto tres. Después al puesto uno. — Señaló con la bayoneta hacia la oficina del ayudante y el cuerpo de guardia—. Seguimos un sistema de rotación, señor. —Se me quedó mirando con sus ojos grises e inexpresivos, y yo pensé que la mitad del contingente que componía el ejército de la frontera estaba formado por hombres como aquél, irlandeses marginados que no conocían otra manera de sobrevivir.

—Será mejor que siga con su trabajo —dije.

Los hombres que no me conocían intentaban a veces aprovecharse del hecho de que fuera médico. Yo procuraba que me trataran como el oficial que era. El soldado asintió y dio media vuelta, un tanto malhumorado; le vi subir el rifle al hombro y continuar su marcha frente al barracón del ala oeste. De no ser por su poca cultura y la diferencia de religión, ése habría podido ser yo años después. Qué diablos, habría podido ser yo a pesar de tales diferencias. Me pregunté si Fanny y su familia pensaban que podía terminar yendo y viniendo frente a un desolado barracón como un simple militar irlandés.

En el porche del hospital me esperaba la acostumbrada reunión de niños. Yo conocía por el nombre a la mayoría de ellos: Perro Alto, Monta Tres Veces, Oso, Voz de Flauta. Eran un grupo de tunantes no muy distintos de los muchachos con los que yo jugaba de pequeño en las calles de Racine (Wisconsin) y más tarde, cuando mi padre se trasladó por motivos de trabajo, en Detroit. Por supuesto los padres de estos niños no habían venido aquí por motivos laborales. Estas familias vivían en Camp Robinson a la fuerza, y a mí me maravillaba que los

chiquillos parecieran tan despreocupados, teniendo en cuenta las circunstancias. Los niños aguantan lo que les echen y estos pequeños sioux refán y bromeaban como cualesquiera otros niños. Su buen humor contagiaba a todo el hospital, haciendo su rutina mucho más placentera.

Johnny Provost me esperaba en la puerta. Los niños se acercaron a mí y Johnny trató de ahuyentarlos con las colas de su levita casi blanca.

—Marchaos de una vez. Dejad pasar al doctor. Iya yo. —Apartó a los chicos y dejó que yo entrara en la improvisada sala de espera. Luego cerró la puerta y se aseguró de que el pestillo quedara echado—. Buenos días, señor. —Señaló a los niños con el pulgar. Uno de ellos saltaba como un cachorro frente a la ventana—. Están nerviosos, señor, son esos rumores de que los indios del norte han desenterrado el hacha de guerra. Me han estado dando la lata toda la mañana para que jugara al dólar eléctrico con ellos. Tienen un «pez» nuevo y le han convencido para que intente conseguir la moneda.

El juego del dólar eléctrico se hacía con un vetusto generador accionado a mano — vestigio de alguna terapia chapucera contra el reumatismo—, un cubo de madera lleno de agua y un dólar de plata que se lanzaba a modo de «cebo».

—Excelente —dije—. Es muy divertido. Después de la ronda le dejaremos probar.

—Sí. La ronda. —Johnny agarró un lápiz y una tablilla que había sobre un banco sin cepillar—. Sólo los tres viejos pacientes y un tal cabo Pressler al que ayer coceó una mula. El doctor Munn hizo el ingreso, dice que es una fractura de fémur. —Johnny se encogió de hombros—. No creo que el doctor venga hoy. Me dijo que le dijera que se ocupe usted de echarle un vistazo.

Me lo quedé mirando, a la espera. Johnny volvió a encogerse de hombros y luego se metió el pulgar en la boca e inclinó la mano hacia arriba. Puso los ojos en blanco:

—Me temo que la borrachera le durará todo el día.

Íbamos por el corredor hacia la única sala del hospital, una habitación grande con una docena de camas situada al fondo del edificio. El piso era de tablones de pino procedente de las colinas cercanas, estaban sin desbastar y crujían al pisarlos. Los resquicios entre tabla y tabla eran casi de medio dedo de ancho, en invierno se filtraba por allí un aire helado; tan frío estaba el suelo, que cualquier líquido que cayera accidentalmente allí se helaba. Pero aquella mañana, mientras fuera aumentaba el calor, el aire que se colaba por debajo resultaba refrescante.

El hospital era uno de los edificios más grandes del puesto, aunque sólo contaba con nueve habitaciones. El doctor Munn disponía de un pequeño despacho cerca del pabellón de los enfermos. Al otro lado del pasillo había una sala de personal donde yo tenía un escritorio y que me servía de madriguera en mis horas libres. Había una sala acondicionada para intervenciones quirúrgicas. La cocina estaba al final del corredor, y era fácil oír al soldado Kempler maldiciendo los platos que estaba lavando.

—Carrington y Murphy han pasado buena noche —anunció Johnny. Se ajustó las gafas y consultó su tablilla—. Aquí está. Se les dio a los dos tintura de opio y alcanfor, y parece que las tripas se les han puesto a tono. Tienen mejor color, seguramente bebieron agua que estaba en mal estado.

—¿Y Simmons? —Nos detuvimos ante la puerta del pabellón y Johnny meneó la cabeza con discreción.

—No muy bien, señor.

Al entrar en la sala varios de los enfermos me saludaron en voz alta. No es aconsejable darles demasiada confianza a los pacientes, de modo que me limité a saludar con la cabeza y fui hasta la primera cama de la pared izquierda. Un soldado ya mayor descansaba con la sábana por la cintura. Tenía el pecho cubierto de una mata de pelo negro, y una cicatriz irregular le recorría la clavícula derecha.

—Tengo entendido —dije— que se encuentra un poco mejor, señor Carrington.

El soldado sonrió. Su cara era correosa como el cuero; le faltaban varios dientes en el lado derecho de la boca.

—Un poco —dijo—. Tengo el culo como una uva pasa.

—Me hago cargo —dije, mirando las notas de Johnny. Pasé a la siguiente cama—. ¿Y usted, Murphy, se encuentra mejor?

Murphy era más joven pero estaba igual de mal. El soldado asintió pero, como todos los cobardes y gandules que he conocido en mi vida, no me miró a los ojos.

—No tanto como para volver al trabajo.

—Eso lo decidiré yo, soldado. ¿Estuvieron los dos juntos cortando leña? —Los soldados asintieron—. ¿Bebieron agua de Hat Creek?

—Es que hace un calor que te asas... —soltó Murphy sin levantar la vista.

—Naturalmente, soldado. No estaba proponiendo que estén allí sin agua. —Me volví hacia Johnny—. Creo que el ganado va a pacer a Hat Creek, ¿no?

—En efecto, señor —dijo Carrington.

—Anótelo, cabo. —Volví a mirar a Carrington—. ¿Y bebieron del arroyo más abajo del rebaño?

Carrington se encogió de hombros.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Es posible que se encuentre así debido a unas criaturas diminutas que llevan en su interior otros animales distintos de ustedes.

—Yo no soy ningún animal —murmuró Murphy.

—Lo más probable es que la corriente llevara hasta ustedes esos animalitos.

Carrington sonrió como si creyera que le tomaban el pelo.

—Pero doctor, no pensaré que hemos bebido agua llena de bichos, ¿verdad? —Su carcajada halló rápido eco en su compañero Murphy.

—Son animales demasiado pequeños para detectarlos a simple vista.

—No me diga. —Murphy alzó los ojos—. Pues si tan pequeños son, ¿cómo sabe usted que existen?

Rieron de nuevo, pero hice caso omiso y me volví a Johnny:

—Cabo, creo que los soldados Carrington y Murphy ya están bien para volver al servicio. Informe al comandante de su compañía y recuérdeme las normas sobre el agua potable. —Seguí hacia la siguiente cama mientras Murphy balbucía una protesta.

—Todavía no estoy bien —dijo. Pero yo esperaba su reacción y me volví en redondo para atajarlo. Los dos soldados se quedaron petrificados en sus camas; por lo visto estaban al corriente de mi carácter desabrido y de mi escasa tolerancia ante las tonterías.

—Soldado, usted está listo para el servicio. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

La bata blanca se me había remangado en la cintura y me la estiré con furia. Después giré con parsimonia hacia la cama siguiente.

—Buenos días, Simmons. ¿Qué tal esos dedos? —Le puse la mano en la frente y con el rabillo del ojo vi que Johnny hacía señas a Carrington y a Murphy de que se levantaran y se vistieran. Sonreí y le guiñé un ojo a Simmons, que no supo a qué atenerse aunque al final sonrió también.

—Estoy ardiendo, señor —dijo. Estaba enfermo de verdad—. No sé qué me pasa. Si sólo es un rasguño...

—Yo diría que algo más. Le ha mordido una víbora. Estas cosas se pueden complicar bastante.

Retiré el vendaje que llevaba en la mano y destapé la herida de manera que Simmons no pudiera verla. El pulgar, casi tan grande como la muñeca del paciente, estaba negro y supuraba; el índice y el medio también los tenía hinchados. Todos los dedos empezaban a agrietarse.

—Está mejor, ¿verdad? A mí me lo parece. Seguro que yo también podré volver a mi compañía...

—Me temo que no, señor Simmons. —Le vendé otra vez la mano, me endecé y volví a tentarle la frente. Carrington y Murphy se habían vestido e iban ya hacia la puerta—. Creo que habrá que cortarle ese pulgar.

—No. —La cara de Simmons se contrajo al tiempo que Carrington y Murphy desaparecían.

—Sí—dije yo—. Y quizás algún otro.

—Necesito los dedos, señor.

—El veneno ha hecho mucho daño. Si no operamos, su vida correría peligro.

—Pero yo necesito los dedos... —insistió Simmons.

—Le dejaremos algunos, soldado. Se pondrá bien. —Me volví a Johnny—. Cabo, por favor, prepare al señor Simmons mientras echo un vistazo a ese fémur.

—Sí, señor.

En el otro lado de la sala había un joven muy asustado. Era el cabo Pressler, a quien una mula había coceado. Pressler tenía dolores pero acertó a sonreír.

—¿Los indios del norte han vuelto a las andadas, señor?

—No lo creo, cabo.

—Pero Caballo Loco escapó, ¿no es cierto?

—Me han dicho que está bajo custodia.

—¿Y no cree que eso los va a provocar, señor?

—No tiene de qué preocuparse.

—Y un cuerno. ¿Cree que estas paredes les impedirán entrar si se les mete esa idea en la cabeza?

—Preocupémonos de su pierna, cabo. Por lo visto se acercó usted demasiado adonde no debía.

—Pues sí, señor.

Retiré la sábana para examinarle la pierna. Al hacerlo, el olor corporal de aquel hombre saturó el aire y me fue imposible no retroceder.

—Dígame, ¿cuánto hace que no se da un baño?

—¿Quiere decir entero?

—Entero.

—Las normas dicen manos y cara una vez al día.

—Y todo el cuerpo una vez a la semana.

—Ah, eso no lo sabía.

—Pues ya lo sabe. Y le aseguro que hoy mismo se dará un baño.

La pestilencia era tal que hube de apartar la cabeza mientras echaba una ojeada al fémur del paciente. Tenía el muslo muy hinchado, y la huella de una herradura podía verse claramente en el cardenal que ya empezaba a amarillear. Levanté un poco más la sábana y vi que el pie estaba vuelto hacia un lado.

—¿Puede mover los dedos? A ver...

Pressler hizo un intento pero no pasó nada. El esfuerzo le costó una mueca de dolor.

—Esas mulas son muy tercas cuando se enfadan. Le juro que nunca volveré a insultar a ninguna.

—Creo que sería una buena idea. —Volví a taparle la pierna—. Esta tarde nos ocuparemos de usted. Después de que se haya bañado. ¿Le duele mucho?

—Bastante.

—Tranquilo. Enseguida vuelvo.

Salí de la sala y fui hasta el dispensario. De uno de los armarios saqué una jeringa, un frasco de agua destilada y otro que contenía sulfato de morfina en polvo. El procedimiento consistía en mezclar una medida de polvo con un centímetro cúbico de agua y luego extraer el líquido con la jeringa. Di unos golpecitos al cristal con la uña del dedo índice para eliminar las burbujas.

Bastaron unos minutos para que la expresión de dolor desapareciera del rostro de Pressler. También su miedo iba menguando, pero le palmeé la espalda porque sabía que el dolor no había cesado del todo.

—Nos ocuparemos de usted esta tarde.

Simmons había sido trasladado a la sala de operaciones, pero todavía se podía oír su voz. El cloroformo había empezado a actuar y el pobre deliraba sobre serpientes en el paraíso. Hubieron de transcurrir varios minutos más para que la droga hiciera todo su efecto; aguardé junto a la ventana de la sala y vi que el enjambre de niños había aumentado. Al verme, empezaron a dar la lata otra vez con el juego del dólar eléctrico. Les saludé desde el otro lado del cristal y desvié la mirada hacia la plaza de armas. Un centinela se paseaba frente al cuerpo de guardia, y más allá, media docena de sioux parlotaban montados a caballo y envueltos en las oleadas de calor que empezaban a elevarse del polvo del camino. Aunque las paredes del hospital proporcionaban cierto aislamiento contra el bochorno, la tensión en las colinas circundantes era palpable.

—Cuando usted quiera, señor —dijo Johnny.

Permanecí junto a la ventana y me froté las manos. Al mirármelas pensé en cómo se habían portado durante estos veintiocho años, y me pregunté qué otras cosas les depararía el futuro. Ahora sé, por supuesto, lo que los acontecimientos del día les obligarían a hacer, pero aquella mañana temblé ante lo que era mi deber como médico: cortarle un pulgar y quizá más dedos a otro hombre. Cuando levanté los ojos, una algodonosa nube blanca iba desarrollándose verticalmente sobre el cerro que había al este. Era probable que al anochecer se convirtiera en un nubarrón de tormenta. Me demoré un momento más para verla tomar forma y finalmente me aparté de la ventana y seguí a Johnny por el corredor en dirección a la sala de operaciones.

Una vez concluida la operación, Simmons tenía sólo dos dedos en su mano derecha. Habría sido estupendo salvar todos los dedos, pero la infección había avanzado demasiado, e incluso entonces yo sabía que era preferible cortar más de lo necesario y no arriesgarse a tener que operar por segunda vez. Johnny había hecho un comentario críptico sobre el valor de los dedos humanos mientras yo empezaba a amputar el segundo: «Son los matamoscas de Dios.» Momentos antes de perder el conocimiento, Simmons le había dicho a Johnny que prefería morir a perder esos dedos. De modo que Johnny con su comentario confiaba en que yo me arriesgara a dejar la mayor cantidad de dedos posible. Era la faceta india de Johnny entorpeciendo su normal comprensión de la ciencia. Le respondí explicando, por enésima vez, nuestra obligación de hacer cuanto estaba en nuestra mano por preservar la vida del paciente. Cuando invoqué el juramento hipocrático, Johnny bajó la vista como un colegial al que acaban de regañar.

Me temo que fui demasiado optimista sobre la capacidad de Johnny para captar afirmaciones filosóficas. Nunca me pareció otra cosa que un blanco afable, respetuoso y considerado. Pero en ese sentido fui un ingenuo, porque a diferencia de su hermano Charlie, en el fondo de su alma se sentía muy indio. En cuanto a Charlie, era de los que utilizaban su sangre para escabullirse del trabajo honrado. Y por si fuera poco, su falta de honradez rayaba en lo criminal.

Durante los cinco años que tuve a Johnny de ayudante, primero en campaña y luego en el hospital, había cometido el error de creer que su cabeza funcionaba como la mía. Ahora me estremezco al imaginar lo que estaría pensando la parte india de su personalidad. Si tuviera que empezar otra vez, no le daría la responsabilidad de ser mi intérprete y mi ayudante sino que le mandaría a la escuela. Con esa experiencia, le habría ido bien en Carlisle o quizás en Dartmouth. Pero lo que hice fue rodearle de los peores elementos de su cultura, que era tan ignorante y que a la postre resultó ser mortal.

Johnny tenía un temor desmesurado a los hábitos de su pueblo materno. Hay personas que tienen pánico de morir quemadas; otras no pueden soportar la idea de ahogarse. Lo que él más temía, y así me lo confió una noche tras haber pasado veinte horas curando a las víctimas de la batalla de Rosebud, era morir de una herida de flecha. Johnny había visto cientos de hombres con heridas múltiples de flecha. Los sioux disparaban flechas más deprisa que balas los soldados. Algunas noches Johnny soñaba con flechas que le traspasaban; oía una sucesión de silbidos, y aunque el primero no le causaba una herida mortal, sí conseguía inmovilizarle para que los siguientes acabaran con él.

La mayoría de nuestros pacientes solía venir con múltiples flechas clavadas en la espalda o en las nalgas, más alguna que otra herida en la cabeza o los hombros causada por un tomahawk. A veces las heridas eran de bala, y les habían disparado desde tan cerca que la pólvora les había chamuscado la piel. También nos habían llegado varios soldados con la cabellera total o parcialmente arrancada. Y en todos los casos el terror del combate cuerpo a cuerpo quedaba grabado en sus semblantes. Ese horror se reflejaba de inmediato en la cara de Johnny, que apenas podía seguir ayudándome. La visión de un hombre erizado de flechas le petrificaba. En tales ocasiones, yo procuraba acentuar mi flema y acosarlo con mucha suavidad a continuar hasta que el pobre conseguía dominar su histeria y ayudarme como yo necesitaba que lo hiciese.

Cuando empezaban a llegar los heridos, yo, luchando contra mis propios demonios, me quitaba pausadamente la chaqueta, la dejaba sobre un taburete, me remangaba la camisa blanca, me quitaba la corbata y me ponía el delantal más limpio disponible. Señalaba a los que traían la camilla el lugar donde quería que dejaran al primer soldado. Tratava de adoptar un

aire científico: daba un paso atrás, estudiando la mejor manera de llevar a cabo nuestra tarea. Si me atusaba el bigote era para disimular ante Johnny mi propio miedo mientras rumiaba mi decisión. Cuando me volvía hacia él, tenía que tener a punto una orden. Si hubiera mostrado el menor indicio de incertidumbre, creo que Johnny habría echado a correr.

Por mucho que le aterrorizaran las flechas —aquellos astiles emplumados, rotos y hediondos— Johnny siempre me obedecía con rapidez. Contaba con que yo era capaz de solventar cualquier situación. Después de examinar el orificio de entrada, yo debía determinar si la punta de flecha era de acero o de pedernal. Normalmente, tocando el astil podía decir si estaba alojada en la carne o en el hueso.

Los problemas más graves los daba el hueso. Las puntas de flecha se agarran como si tuvieran dientes. Al tirar del astil sólo se lograba desprenderlo de la carne, dejando la punta letal anclada en el interior de la herida. Para evitar la necesidad de operar a ciegas en ese tipo de traumatismos, me fabriqué unos instrumentos de alambre con los que podía sortear el astil y deslizarlos en la herida hasta dar con la punta. Cuando le pedía a Johnny que tirara suavemente de aquellos utensilios caseros, las puntas de flecha solían salir con el astil intacto.

Tiemblo al pensar lo que significaban para Johnny las pilas de flechas que extraíamos a los soldados después de cada batalla. A veces, tras horas de intervención, mientras seguíamos oyendo a lo lejos el fragor de la lucha, Johnny tenía que sentarse durante una hora para recobrar el ánimo. Sólo cuando las manos dejaban de temblarle estaba en condiciones de dedicarse a lo que más le gustaba, esto es a consolar a los heridos. Y cuando regresaba a la tienda me encontraba a mí, revisando con fingida serenidad lo que habíamos hecho a lo largo de la jornada.

Más tarde descubrí que mis esfuerzos por que Johnny no imitara y actuara como yo formaron una especie de escudo mortal. Y es que su faceta india nunca estuvo tan adormecida como yo pensaba. Cuando yo era incapaz de protegerle con mi ejemplo, él no tenía fuerzas suficientes para resistir.

Años después, la reserva de Pine Ridge sufrió una serie continuada de robos de ganado que amenazaban la frágil tranquilidad de los sioux y cheyenes que allí residían. El culpable era el hermano y alter ego de Johnny, Charlie Provost. Robar caballos y terneros constituía un delito grave, y Charlie ya estaba sobre aviso. Lo lógico habría sido que Charlie hubiera acabado en una celda, pero, dadas las circunstancias, y con Johnny haciendo de intérprete porque Charlie nunca había acabado de aprender inglés, se le dio otra oportunidad. Por mediación de su hermano, Charlie recibió una reprimenda de casi una hora: que si la responsabilidad, que si la honradez y el deber para con la comunidad... Aquello le afectó mucho; Charlie se fue encogiendo cada vez más envuelto en su manta hasta que, terminado el rapapolvo, se quedó sentado con la cabeza gacha, negándose a hablar siquiera. Cuando se le dio permiso para marcharse fue directo a la herrería, pidió prestada una pistola, se metió detrás del corral y se voló sin más la tapa de los sesos. Yo oí el disparo y corrí hacia allí pero ya no había nada que hacer.

Para ser sincero, no creo que se perdiera mucho. Sin embargo, cuando la noticia llegó a oídos de Johnny, algo le pasó a éste por dentro. No bien se hubo reunido una multitud en el lugar de los hechos cuando se oyó una segunda detonación. Al momento temí por la vida de Johnny, pues pensé que se habría quitado la vida porque se sentía en parte responsable de la muerte de su hermano. Pero en eso pensé como un blanco. La verdad era tan absurda que sólo ahora empiezo a comprenderla.

No Johnny Provost, sino un espectador inocente, Clementi Bernard, era quien yacía con la cabeza en un charco de sangre. Johnny estaba apoyado en la pared trasera del edificio con una pistola en la mano. Cuando le quité el arma él me miró a los ojos y dijo:

—Lo siento, señor. El cerebro me daba vueltas.

Incluso había cambiado su manera de expresarse. Al enterarse de la muerte de su hermano, había obrado no por arrepentimiento como yo había temido, sino acatando las creencias del pueblo de su madre.

—Charlie no podía viajar al otro mundo él solo —me dijo—. Ahora tendrá la compañía de Clementi.

Johnny fue procesado en Deadwood y, en cierta medida porque yo alegué circunstancias atenuantes, fue declarado culpable únicamente de homicidio. Me alegré cuando le condenaron a sólo cinco años en el Correccional de Detroit. Pero al final todos mis esfuerzos en favor de Johnny no sirvieron de nada. Murió en prisión antes de concluir su condena, una víctima más del terrible choque de culturas.

La amputación de los dedos de Simmons me dejó triste, de manera que Johnny se ocupó de vendar la herida y acompañar al paciente. Mientras me lavaba las manos para quitarles la sangre, recordé lo que debía de estar ocurriendo en algún punto entre la reserva de Cola Manchada y Camp Robinson. Caballo Loco seguramente estaría en camino, custodiado por Jesse Lee y los brules de Cola Manchada. Cabía la posibilidad de que hubiera hecho un intento desesperado de huir al norte. Yo entonces, como también ahora, tenía sentimientos encontrados acerca de qué alternativa prefería.

Mientras me cepillaba las uñas, pensé en el almuerzo con Philo. Habría un grupo de oficiales de edades diversas: los comensales variaban en función de quién estuviera en campaña. El general Crook se dirigía a Camp Brown para organizar las tropas que debían enfrentarse al jefe Joseph y los nez percé. Se había llevado con él a varios oficiales y otros partirían después, pero estarían los tenientes Delaney y Schuylei el comandante Randall, el capitán Bourke y el coronel Mason. Nube Roja, el mismísimo diablo en persona, solía asistir con frecuencia a estos almuerzos. En una época yo habría declinado cenar en compañía de Nube Roja, pero en aquel momento no tenía nada en contra del viejo guerrero y, por otra parte, se sabrían noticias de Cola Manchada.

Cuando salí del laboratorio al vestíbulo, miré la puerta y de pronto tuve ganas de estar fuera del hospital. Pero allí estaban los niños, pegados a la ventana. Había olvidado mi promesa de jugar al dólar eléctrico. Habría sido fácil pasar de largo, sin embargo el juego sólo me ocuparía unos minutos, y era un juego divertido. En el laboratorio encontré un cubo de madera y lo llené de agua. El viejo generador que algún rufián emprendedor había vendido como remedio para el reumatismo había quedado reducido a un amasijo de cables, palancas e imanes. Estaba fabricado en Toledo (Ohio) por la Peabody Company, y mientras me lo metía bajo el brazo advertí que tenía patente. Iba yo meneando la cabeza, preguntándome qué sentido tenía patentar aquel artefacto, cuando abrí la puerta y me reuní con el ruidoso tropel de chiquillos.

Tuve que darles un grito que transformé en un gruñido para tenerlos a raya. Actuar como un oso siempre hacía que los niños indios se apartaran momentáneamente asustados; empleé la treta para tener tiempo de colocar el cubo en mitad del porche. Dos cilindros estaban conectados al generador. Sumergí uno de ellos en el agua y me erguí cuan alto era con las manos bien abiertas. Quedé sumergido en una avalancha de bribones semidesnudos. Normalmente se los podía frenar extendiendo los dedos si uno tenía las manos grandes, pero ese día uno de ellos se deslizó junto a mí y se abalanzó sobre el cubo.

—¡Basta! —grité.

Los niños se quedaron inmóviles al oír mi voz, aunque sólo unos cuantos me entendían.

—Vamos a ver, ¿quién hará de pez? —pregunté. Todos me miraron boquiabiertos. Probé en lakota—: Hogan?

Los chavales sonrieron. El hijo de Nariz Afilada empujó a un chico hacia el frente y dijo algo en el sentido de: «Oso Sauce dice que puede sacar el dólar del agua.»

Oso Sauce era un muchacho grandote cuya cara hacía pensar que tenía algo de cheyene. Me miró a los ojos, cosa rara en un indio y particularmente insólita tratándose de un niño. No era una mirada desafiante, pues había en ella menos osadía que temor reverencial. Seguramente acababa de llegar del norte y estar tan cerca de un blanco le ponía nervioso.

—Te parece que puedes hacerlo, ¿eh? —Me saqué un dólar de plata del bolsillo, lo lancé al aire y lo cacé al vuelo.

Oso Sauce miró la moneda con interés, pero era evidente que estaba intranquilo, y no sé si él sabía qué era aquella moneda.

—Tu medicina es fuerte —dijo en lakota. Se me ocurrió entonces que parte de aquella expresión de temor en la cara del muchacho tenía que ver con mi fama de ser lo que él habría llamado un «hechicero».

—Quién sabe, a lo mejor la tuya es más fuerte que la mía —respondí—. Aguanta esto.

Oso Sauce cogió el segundo cilindro. Tres chicos estaban ya peleando para poder encargarse de accionar la manivela del generador. Ganó el más corpulento, y le di la señal de empezar. Oso Sauce se puso a canturrear un encantamiento y pareció sorprenderse de no notar nada en el cilindro que sostenía en la mano izquierda. Siguiendo la tradición, entoné la primera estrofa de Pat Malloy con mi voz de tenor irlandés a fin de neutralizar su melopea. Cuando la manivela estaba girando ya a toda velocidad, dejé caer el dólar en el interior del cubo. Oso Sauce cerró los ojos y, aunque cantó más fuerte, su voz denotó su nerviosismo. Ambos subimos el tono y al rato estábamos berreando a pleno pulmón. Entonces el chico abrió los ojos, metió la mano libre en el agua y acabó cayendo sentado a tres metros de distancia.

Mientras los niños se partían de risa, metí la mano en el agua para recuperar el dólar antes de que desapareciese. Johnny había salido al porche y estaba riendo a carcajadas con un par de mujeres sioux. Al principio, Oso Sauce pareció aterrorizado, pero al darse cuenta de que no le pasaba nada y de que si no recuperaba la dignidad las cosas podían empeorar aún más, se levantó, se sacudió el polvo y se sumó a las risas. Johnny, siempre dispuesto a ayudarme, recogió el artefacto y empezó a enrollar los cables. Cuando bajé del porche para ir a almorzar a casa del teniente Clark, pasé muy cerca de Oso Sauce. El chico no levantó la vista pero murmuró algo:

—Peyata suta yuke lo.

Miré a Johnny.

—Hay medicina más fuerte —dijo. No tenía sentido responder al muchacho. Yo siempre he sabido que hay una medicina más fuerte que la mía. Pensar lo contrario es una peligrosa muestra de presunción.

10

Al primero que vi nada más entrar en la vivienda de Philo fue a Nube Roja. Estaba sentado a la cabecera de la mesa con sus grandes manos sobre ésta. Sus rasgos eran muy marcados: nariz grande, pómulos prominentes y boca carnosa e inescrutable. Su cabellera negra y ondulada con algunos mechones grises le llegaba a los hombros. El único indio que había ganado una guerra contra Estados Unidos era ya un político astuto que, en su viaje a la Costa Este para ver las ciudades de los blancos, había ganado su segunda y quizá más importante guerra: la de la opinión pública. Los blancos de las ciudades del Este le adoraban, y él por lo menos fingía estar encantado con ellos y con su estilo de vida.

Saludé primero a Nube Roja y luego a Philo, al capitán Burke y al teniente Schuyler. Los otros comensales, si es que iba a haberlos, todavía no habían llegado. Los cocineros, Phillips y Boswell, estaban muy atareados en la cocina.

—Siéntese, Mac —dijo Schuyler—. Les estaba diciendo a estos tres caballeros que la situación me recuerda un problema que tuve en Rusia. —Era evidente que Schuyler estaba borracho—. Allí hace un frío de mil demonios, se lo aseguro, y todo el mundo sabe montar. Son jinetes desde que salen del vientre de su madre. En Rusia todo el mundo entiende de caballos.

—Pero Walt, ¿qué tiene que ver con esta situación el frío de Siberia o las habilidades ecuestres de esa gente? —dijo el capitán Bourke—. Estamos hablando de un renegado con gancho popular.

—Exactamente —repuso Schuyler. Dudó un instante y bebió un poco de whisky para ganar tiempo antes de formular su respuesta. Le salvó una llamada a la puerta. El teniente Delaney entró en la habitación y todos los presentes saludaron con sendos gestos de cabeza. Pero Schuyler tenía la palabra y ya había pensado algo—: Había en Rusia un bandido cosaco, se llamaba Boris, Nikita o algo así, y no había forma de capturarlo. Era como este maldito Caballo Loco, siempre profiriendo amenazas...

—¿Y alguna vez amenazó con matar a un general? —preguntó Bourke—. Pero ¿alguna vez dijo que iba a hacer la guerra al Gobierno? «Pelead hasta que no quede un solo rostro pálido.»

—Yo pensaba que ese imbécil de Grouard había reconocido que no lo tradujo bien —dijo Delaney mientras tomaba asiento y agarraba una jarra de agua que había en mitad de la mesa—. Yo le oí decir: «Pelead hasta que no quede un solo nez percé.»

Varios de los presentes miraron a Philo. Grouard estaba al servicio de Philo y éste había obrado de acuerdo con sus informes.

—El caso es que Caballo Loco es un advenedizo. No ha dejado de crear problemas desde que llegó. Su aspiración es ocupar el trono de Nube Roja.

Todo el mundo miró al jefe indio. Tras una adecuada pausa, Nube Roja habló.

—Ha puesto en peligro la seguridad del pueblo —sentenció en una mezcla de inglés y lakota. Nos quedamos a la espera, pero Nube Roja no dijo más.

El silencio de la sala fue interrumpido por Phillips, que venía de la cocina con una bandeja de estofado con patatas.

—Las verduras vendrán enseguida, pero pueden empezar con esto. —Depositó la bandeja en el centro de la mesa—. ¿Todos tienen cubiertos? Hay agua en esta jarra y leche en esa de ahí. ¿Alguien quiere más whisky?

Schuyler levantó su vaso.

—El problema es el siguiente —dijo después de pasarle el vaso al cocinero—. Tipos como ese Caballo Loco son un peligro para todos nosotros. Una amenaza para la ley y el orden. Ya habéis oído al jefe. Al decir que Caballo Loco era una amenaza para el pueblo indio nos incluía también a nosotros. —La bandeja de estofado con patatas había llegado a su altura y Schuyler hizo una pausa para servirse. Nadie se decidió a hablar, de modo que Schuyler prosiguió—: Lo que hace falta es una rápida y eficaz acción policial.

Philo no había abierto la boca y estaba mirando fijamente el plato que tenía delante. Era difícil saber cómo se estaba tomando las chanzas de Schuyler, pero yo temía que éste acabara insultándole sin más.

—No es precisamente lo que llamaríamos un criminal —me atreví a intervenir.

—Desde luego que no —dijo Schuyler—. Como militar es muy diestro, pero tiene una mirada extraña. Usted, doctor, ha sido testigo de cómo mira Caballo Loco. Es como si pensara en algo que no pertenece a este mundo.

—Dicen que es una especie de místico —apuntó Delaney—. Y que algunos sioux le veneran. —Miró a Nube Roja, cuyo rostro seguía impassible.

—Yo más bien diría que los tiene hechizados —apuntó Bourke—. Es como un actor de teatro. —Algunos de los comensales asintieron.

—Pues yo no creo que esté actuando. —Las palabras salieron de mis labios antes de que tuviera oportunidad de pensarlas bien.

—¿A qué se refiere, doctor? —preguntó Bourke.

Me llevé el tenedor a la boca mientras trataba de pensar qué había querido decir con aquello. Como antes a Schuyler, a mí me salvó la llegada de otra persona. Era el comandante Randall, y aproveché la oportunidad para cambiar de tema.

—Ah —dije—, el líder de los crow.

Randall rió de buena gana y se hizo un sitio en la mesa.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó mientras cogía la bandeja que le pasaba Nube Roja.

—Búfalo crudo —dijo el jefe con una sonrisa irónica. Se refería al episodio que había vivido Randall el invierno anterior. El comandante había conducido a doscientos cincuenta crow amigos a través de los montes Big Horn en medio de una horrenda ventisca. Les había salvado encontrar una pequeña manada de búfalos al abrigo de unas matas de artemisa. Después de matar a unos cuantos, hubieron de comérselos crudos porque no tenían medio de encender fuego. Y los animales abiertos en canal les habían servido para evitar congelarse metiendo en ellos brazos y piernas.

—Dudo que pueda comer —dijo Randall— si no tengo los pies en un lugar calentito.

Hubo más risas y yo me puse a pensar en dedos negros y congelados. Los había visto a cientos y había tenido que amputar muchos. Luego pensé en la mano de Simmons y en los dedos de niños y en un frío inhumano. Vi grandes charcos de sangre fangosa con los bordes casi sólidos. Una racha de frío invernal me azotó la cara y me obligó a borrar de mi mente aquella imagen. Cuando recordé que estaba sentado a la mesa, habían traído un pastel de carne picada y Philo se estaba excusando de que se desmoronara al servirlo.

—Boswell —dijo nuestro anfitrión en voz lo bastante alta para que éste le oyera— es un cocinero excelente. Pero su fuerte no son los pasteles de carne.

—Creo que era Oliver Wendell Holmes —dijo Bourke— quien escribió un ensayo para demostrar que la línea isoterma del imperecedero pastel de calabaza era la cota más alta de la civilización.

—Lo que convertiría nuestra unidad en un grupo incivilizado e inculto —señaló Randall al tiempo que se servía un pedazo medio deshecho de pastel. Boswell estaba junto a la puerta y parecía abatido.

—Cierto —afirmó Bourke—. Pero lo contrario de la tesis de Holmes también es verdad: no hay forma de cocinar un pastel, sea de lo que sea, salvo en el marco de un entorno estético. —Sonrió mirando a Boswell—. Entre las escalofriantes limitaciones de tanta barbarie como nos rodea, un pastel es sencillamente inviable.

Eso hizo que Boswell esbozara una sonrisa.

—Adelante, capitán —dijo—, tome un poco más. ¿Quiere usted un cucharón?

Eso provocó risas en todos los comensales. La comida se dio por terminada. Schuyler apuró su whisky y partió con Randall. Los otros salieron detrás, pero Philo me miró de reojo y entendí que quería decirme algo.

Una vez a solas, Philo suspiró y meneó la cabeza.

—Todo este asunto apesta —dijo.

Sabía que se refería a Caballo Loco, pero no estaba seguro de cuál era el sentido de sus palabras. Sintíendome honrado de que Philo me utilizara para desahogarse un poco, aseguré.

—Yo creo en los militares, Mac. Tú ya lo sabes.

—Sí.

—Sé lo que es mandar y sé que la cosa sólo funciona si las órdenes se siguen al pie de la letra. —Guardó silencio, pensando en algo muy privado y complejo.

—Te preocupa lo que podría pasar si Caballo Loco entra en este campamento —añadí.

—Oh, no me cabe la menor duda de que vendrá —dijo Philo—. Bradley ha oído decir que partieron de buena mañana.

—¿Y qué harán los indios amigos cuando él llegue?

—Sabe Dios, pero creo que podemos controlar la situación.

—Se los ve bastante inquietos.

—Supongo que sí. Ayer un oglaga llamado Sin Agua estuvo galopando hasta que mató de agotamiento a dos caballos. Quería acabar con Caballo Loco antes de que pudiera reunirse con Cola Manchada.

—Santo Dios.

Philo se puso de pie y cerró la puerta de la cocina.

—A las diez estaban en el vado del río White —dijo—. Lee envió un mensajero por delante.

—¿Quién va con ellos?

—Me temo que un buen contingente por ambos lados, pero los principales son Lee, Caballo Loco, Cola Manchada y Toca las Nubes.

—¿Toca las Nubes?

—Ya le conoces. El jefe de los miniconjous. Uno alto. Dicen que mide más de dos metros. Ha estado con Caballo Loco desde el principio. Supongo que el viejo Cola Manchada le leyó la cartilla a su sobrino cuando se presentó sin ser invitado. Se temía un levantamiento general. Yo creo que Toca las Nubes los acompaña para que no le pase nada a su camarada de toda la vida.

—¿Jesse pensó que la situación estaba bajo control?

—Ah, Jesse. Le hizo grandes promesas a Caballo Loco si venía aquí.

—Parece que siempre le prometen cosas que luego no le pueden dar. —Se había incumplido la oferta de proporcionar a Caballo Loco y su pueblo una reserva independiente. Tal vez me apresuré al hablar. Ahora lamento mi falta de sensibilidad: Philo estaba sin duda involucrado en aquella promesa hueca. Pero no tenía motivos para preocuparme. Philo no me había oído porque estaba sumido en sus pensamientos, con la vista clavada en la mesa mientras meneaba lentamente la cabeza.

—Hay aspectos políticos que tener en cuenta —dijo—. Debemos pensar en el viejo jefe indio que acaba de marcharse. ¿Qué le parecería a él esa clase de trato preferente?

Philo tenía razón. Las cosas eran muy complicadas. Pero vi que le preocupaba algo más que los sentimientos de Nube Roja. Traté de adivinarlo; sin embargo, cuando me volvió a mirar su expresión no traslucía más que cierta inquietud ante una complicación en un asunto de rutina.

—He de volver al hospital. Tengo un soldado con una fractura de fémur —dije—. Algo feo de verdad. —Me levanté y sonreí al añadir—: Quiero decir la pierna, no el soldado.

Eso hizo reír a Philo en el momento en que Boswell llamaba a la puerta.

—Usted disculpe, señor. ¿Permite que retiremos los platos?

—Desde luego. —Philo me saludó amistosamente—. Ya hemos terminado.

11

Cuando bajé del porche de la casa de Philo se habían congregado más indios en la calurosa quietud de la plaza de armas. Estaban holgazaneando al sol como gatos monteses o miraban desde la sombra de los edificios como ciervos al abrigo de unos cerezos silvestres. Ahora entre ellos había también cheyenes y arapahoes. Estas tribus habían sido tradicionalmente aliadas de Caballo Loco, pero era imposible saber cómo reaccionarían a su arresto. Mientras sacaba del bolsillo el cigarro a medio fumar, calculé aproximadamente los indios que había en el campamento. Tal vez unos doscientos. Sin duda, me dije, Bradley estaba pensando en dispersarlos.

Vi que Fanny estaba de pie en nuestro porche. Me saludó con el brazo y bajó los peldaños. Me detuve y corrió hacia mí. Aún me costaba admitir lo mucho que un hombre necesita a una mujer, de qué forma ella puede ser nuestro guía y nuestro solaz. Debí de haberlo sabido por el modo en que echaba de menos a Fanny cuando estábamos separados, pero todavía no captaba esa clase de cosas. De joven yo era así de tonto. Mientras ella cruzaba la plaza de armas en dirección a mí yo me negué a pensar en aquel cuerpo que se movía bajo el vestido de algodón. Ahora dedico mucho tiempo a recordar cada curva de ese cuerpo, imagino cómo se flexionaban sus músculos al moverse, pero entonces me distraje encendiendo una cerilla con la uña del pulgar. El cigarro quedó encendido cuando Fanny llegó a mi altura y me concentré en fumar, como si no existiera otra cosa en el mundo.

—¿Puedo pasear contigo, doctor? —preguntó ella con un gesto teatral.

Estuve a punto de estrecharla entre mis brazos, pero en vez de hacerlo murmuré «Será un placer» y seguí andando.

—Con el día que hace, y tú me obligas a estar encerrada en casa —gruñó a continuación—. Es aburrido estar sin hacer nada.

—Lo creo, pero como ves, los ánimos están agitados. —Hice un ademán abarcando el campamento.

—Los ánimos siempre lo están —dijo ella con una sonrisa. Tenía en la frente pequeñas gotas de sudor, y me aguanté las ganas de secárselas con el dedo. Nos cruzamos con un par de oficiales jóvenes, que saludaron educadamente.

—Hay que ver cómo te respetan —dijo Fanny cuando hubieron pasado de largo.

Eso es, pensé, porque no conocen al verdadero Valentine McGillicuddy.

—Es por mi labor humanitaria en el campo de las hemorroides —dije.

—¡Valentine!

El modo en que pronunciaba mi nombre siempre me hacía reír.

—Lo siento, querida —dije—. Ha sido una locura momentánea.

—¿Momentánea? —Sonrió.

Había un grupo de indios frente a la entrada del hospital, de modo que dimos un rodeo para entrar por la puerta de atrás. Johnny se nos acercó.

—Hay unas personas que desean verle, señor.

—¿Se refiere a ese grupito de la entrada?

—Sí, señor, un brujo cheyene o vaya usted a saber.

—Bien. ¿Puede acompañar a casa a la señora McGillicuddy?

Johnny sonrió como un muchacho.

—Por supuesto, señor. Encantado.

Besé a Fanny en la frente y ella me susurró:

—Espero la noche con ilusión, doctor.

Me fue difícil no sonreír.

—No se demore, cabo —advertí—. Tenemos una pierna que arreglar.

—Sí, señor. Lo tengo bien limpio y a punto. —Johnny se llevó a Fanny hacia la puerta—. Enseguida vuelvo, señor.

Cuando salí al porche delantero, el número de indios había aumentado. Media docena de guerreros estaba ahora detrás del grupo de niños de la mañana. Detrás de ellos había diez o doce mujeres. Reían con disimulo o reprendían a los hombres en lakota. Oso Sauce, el último iniciado en el juego del dólar eléctrico, se adelantó. Su timidez había disminuido. Entendí que decía algo como «Lobo Alto ha venido a probar su medicina», o algo así.

Un cheyene muy fornido se situó delante del muchacho. Como muchos de su tribu era apuesto y su porte indicaba que era consciente de su apariencia. Unas largas trenzas pendían sobre su torso desnudo y lampiño. En la cabeza llevaba entrelazadas unas diminutas plumas azules; yo sabía que eran de martín pescador, el pájaro más hermoso en unas praderas repletas de pájaros hermosos. Correas de cuero ceñían las muñecas de Lobo Alto, y al cuello llevaba un saquito medicinal. Aquel hombre gozaba de una gran consideración. Era guerrero y hechicero a la vez, se le conocía por su coraje y su arrogancia.

—Winyn wan apiya yapi takuni sni —dijo. Sanar a una mujer no significa nada.

Se refería a mi éxito con la tuberculosis de Chal Negro. El desdén evidente en su voz tenía que ver con el hecho de que Chal Negro fuese la esposa de Caballo Loco y de que, aun cuando los cheyenes solían ser amigos de los oglagas, se habían enemistado. Miré al hechicero a los ojos; aunque pudo parecer que yo me medía con Lobo Alto, en realidad sólo le estaba observando detenidamente. Hete aquí, pensé, un guerrero que ha luchado hombro con hombro con Caballo Loco en el Little Big Horn, y ahora está lleno de desprecio.

—Yo creo que sanar a una mujer es algo —dije.

Lobo Alto no podía entenderme, pero se echó a reír y yo me sonrojé ante el insulto que ello implicaba. Sin embargo, me mordí la lengua y esperé a ver qué quería. Señaló a Oso Sauce, se frotó el índice y el pulgar para indicar dinero y luego se señaló a sí mismo.

Lobo Alto quería jugar al dólar eléctrico. No pude evitar sonreír.

—¿En serio? —dije—. Estaré encantado de darte ese gusto.

Lobo Alto señaló de nuevo hacia el muchacho y dijo que su poder era mucho más fuerte que el de Oso Sauce.

—Bien, amigo mío —repuse con mal disimulado júbilo—, eso habrá que verlo.

Entré en el hospital y regresé momentos después con el generador y el cubo de madera lleno de agua. Se oyó un murmullo entre los reunidos cuando vieron el artefacto con sus cables rojos y negros. Las mujeres señalaron con el dedo a Lobo Alto. El hechicero hizo caso omiso y en cambio miró fijamente a la máquina, cosa que podría haberse interpretado como una señal de nerviosismo, pero era más bien un intento de intimidación psicológica.

—Te explicaré el juego, Lobo Alto. —Saqué el dólar del bolsillo y lo lancé al agua junto con uno de los cilindros—. Tú coges esto con una mano —sostuve en alto el otro cilindro— y agarras la moneda con la otra.

Los ojos del indio fueron de uno a otro artefacto. Asintió con la cabeza, sacó una piedra pequeña del saquito medicinal que llevaba colgado al cuello, se arrodilló y arrancó de la tierra dos briznas de hierba. Las restregó entre las manos y luego se las metió en la boca junto con la piedra. Se puso a tararear su canción mágica y miró hacia el sol, que ahora empezaba a descender. La melodía fue cobrando volumen y Lobo Alto se volvió alternativamente hacia los cuatro puntos cardinales. La multitud empezó a corear la canción. Cuando Lobo Alto se acercó y tomó el cilindro de aspecto inocuo con la mano izquierda, yo aparté a los niños y empecé a accionar el manubrio con todas mis fuerzas, mientras comenzaba a silbar Pat Malloy.

La canción medicinal sonaba cada vez más fuerte cuando Lobo Alto levantó su musculosa mano derecha. La muchedumbre se mecía enardecida por aquel ritmo vital. Estaba yo dándole vueltas a la manivela como un poseso cuando de pronto Lobo Alto descargó el brazo con tremenda fuerza sobre el canto del cubo. Con el impacto se rompieron los aros, estallaron los listones y el agua brotó en todas direcciones. La canción cesó de golpe.

Lobo Alto gritó al recibir una enorme descarga de electricidad que lanzó su brazo hacia arriba. Pero el calambre duró un instante, y cuando terminó, el dólar estaba seco entre los restos del cubo de madera. Lobo Alto alargó la mano y lo levantó. Hubo unos segundos de silencio mientras el hechicero sostenía la moneda en alto para que todos la vieran. Y cuando me la puso a dos dedos de la nariz, la multitud rugió apoyando a su líder. Lobo Alto agitó el cilindro que tenía en la mano izquierda y arrancó los cables que lo conectaban al generador. Con una carcajada, arrojó el cilindro sobre los restos del cubo. Yo empecé a acercarme, pero me detuve. Era sólo un juego. Podía quedarse con el dólar; qué más daba si así aumentaba su prestigio.

Lobo Alto y su banda de admiradores se alejaron del porche y yo me los quedé mirando mientras sus pies, descalzos o con mocasines, levantaban nubecillas de polvo en la plaza de armas. Haciendo un esfuerzo alcé los ojos y me concentré en la línea que separaba la pradera y el cielo. Por un pasillo de hierba entre los cerros del este cabalgaba otro grupo de guerreros. Venían hacia Camp Robinson. También ellos presentían que la jornada era importante.

Recogí los pedazos del generador y volví a entrar en el hospital. Johnny había estado mirando por la ventana.

—Ese maldito salvaje nos ha estropeado la fiesta —murmuró.

—Y que lo diga. —Dejé caer el generador en los brazos de Johnny—. Guárdelo. A lo mejor se puede arreglar. —Luego me sacudí unas gotas de agua que me habían salpicado. Al hacerlo mi mano chocó con el reloj, e instintivamente lo saqué y miré la hora; eran casi las dos—. Necesitaré que me ayude con el cabo Pressler —añadí.

12

Pressler estaba limpio como una patena por primera vez desde hacía mucho. Tenía el cabello bien peinado hacia atrás y se había afeitado, pero presentaba dos cortes en el mentón. Cuando me vio entrar, sonrió, aunque por su expresión era evidente que el barbitúrico ya no le hacía efecto.

—¿Qué? ¿Listo para que le enderece esa pierna? —pregunté.

—Dentro de lo que cabe. —Pressler hizo una mueca—. La verdad es que no mucho. Estaba pensando que no me vendría mal un traguito de algo más aparte de agua.

En aquel instante entraba Johnny en la habitación con una bandeja llena de utensilios. Además de correas de cuero, grapas y material para entablillar, había una jeringa hipodérmica, un vial de sulfato de morfina en polvo y una botella de whisky barato.

—Parece que el cabo Provost se ha anticipado a su sugerencia.

Johnny sonrió contento mientras servía una generosa cantidad de licor en un vaso. Luego se lo pasó a Pressler y le levantó un poco la cabeza para que pudiese beber.

—Ánimo —dijo—. Esto nos facilitará las cosas a todos.

El líquido ambarino fue descendiendo en el vaso y yo me fijé en la película que iba dejando en las paredes del recipiente. El olor de esa microscópica capa de alcohol puede ser incluso más potente que el de un vaso lleno.

Esperamos a que Pressler se terminara el whisky y seguimos con nuestro trabajo.

—Cabo, ¿puede ir a buscar al señor Kempler a la cocina mientras yo le administro algo para reforzar el efecto del whisky?

Johnny se fue a buscar a Kempler, y yo inyecté en el brazo de Pressler cinco miligramos de morfina. Mientras esperaba, miré furtivamente la bandeja con la botella de whisky, pero aparté enseguida la vista, pues no me atreví a seguir mirando. Y al girar la cabeza, juro que noté como un calor en la mejilla, como si la botella estuviera generando una energía propia.

Cuando Johnny entró con Kempler, los ojos del paciente ya estaban vidriosos. Johnny había ayudado a componer muchas piernas, de modo que procedió a atar a Pressler a la cama. Kempler lo observaba con cierta inquietud. Era un hombre rollizo y se frotó las manos en el delantal que todavía llevaba puesto. Retiré la sábana para dejar al descubierto la pierna de Pressler. Kempler achicó los ojos lleno de lástima.

—Cabo Provost —le dije a Johnny—, ¿está listo el cloroformo por si lo necesitamos?

—No, señor. Si sólo se trata de arreglar una pierna...

—Sé muy bien lo que vamos a hacer, cabo. —Miré a Pressler. Ya no estaba tan agitado, pues el dolor iba menguando a medida que la droga se extendía por el interior de su cuerpo—. Pero no es una fractura corriente. Yo creo que ese fémur está partido en tres, por lo menos. Si no podemos componerlo empleando métodos normales, quizás habrá que operar.

—¿Operar una pierna rota, señor?

—Sí, cabo. Lo vi hacer en Washington. ¿El cloroformo? —Miré a Johnny de manera que entendiese que ya había hecho suficientes preguntas.

—Sí, señor. Aquí está. Es sólo un momento. —Sacó un frasquito y una mascarilla de tela que había en una caja de madera.

—Quiero que le agarre bien del pie —indicé a Kempler—. Una mano encima del empeine y la otra bajo el talón. Apoye una bota en la cama y tiré de él bien fuerte cuando yo le diga. No dé sacudidas. Sólo tiene que sujetarlo con firmeza.

El rostro de Kempler había perdido un poco de color.

—¡Ánimo, soldado! —exclamó Pressler. Tanto Johnny como yo sabíamos que su valor no duraría mucho.

Kempler tragó saliva y a una señal mía apuntaló la bota contra la cama.

—Tenga ánimo, como dice el paciente —dije—, y sujétele bien.

Noté cómo los huesos se desplazaban y crujían bajo mis manos.

—Inclínese un poco más hacia atrás, señor Kempler. Ahora gire suavemente a la izquierda. Más. —Manipulando la pierna, traté de colocar en su sitio los trozos de fémur, pero uno de ellos quedó torcido dentro del músculo, ahora duro como la roca. Pressler gimió—. Aguante, soldado. Procure relajar la pierna. —Hice señas a Kempler de que girara un poco más.

Pressler dejó escapar un gemido agudo.

—Tranquilo —dijo Johnny—. Tranquilo.

Pasé las manos por debajo del hinchado muslo e intenté desde allí enderezar la sección de hueso desplazada, para que el fémur quedara recto. La pierna, cubierta de sudor resbalaba entre mis manos; Kempler estaba pálido como un muerto.

—¡Ánimo! —les dije a todos—. Estire un poco más, Kempler. ¡Soldado! ¡Relaje la pierna!

Pero el trozo de hueso no se ponía en su lugar.

—Muy bien —dije al final—, suéltelo suavemente, Kempler. ¿Puede oírme, soldado?

No hubo respuesta.

—Se ha desmayado, el pobre —dijo Johnny.

—¿Y usted, Kempler?

—Esto es una putada, señor.

—Ya.

Me senté junto a la cama en el taburete. Roturas como aquélla podían llegar a soldarse si se las entablillaba tal como estaban, pero la pierna siempre quedaría torcida. Pressler sería un lisiado, y, aparte de sufrir dolores perpetuos, no serviría de nada a su familia. Entablillar una pierna rota no es mucho mejor que amputarla. Pero quedaba otra alternativa. En aquella época resultaba bastante arriesgado, lo reconozco, pero una de las operaciones que yo había visto en Washington consistía en enderezar los huesos mediante cirugía, esto es, abrir el miembro y manipular físicamente los huesos hasta dejarlos en su sitio. Al doctor Munn le habría dado una apoplejía si hubiera sabido que yo estaba pensando siquiera en semejante procedimiento. Pero Munn era un médico anticuado, una reliquia de la guerra de Secesión. Y además, en ese bonito día de otoño estaba borracho.

—Cabo Provost, anestesia al paciente, por favor. —Johnny abrió desmesuradamente los ojos pero se puso a trabajar, mientras yo iba a lavarme las manos en la jofaina que había junto a la pared—. Señor Kempler, gracias por su ayuda. Puede usted volver a sus ocupaciones. Pero no se vaya muy lejos; quizá necesitemos sus bíceps otra vez.

Pressler empezó a gemir débilmente y a agitar la cabeza. Johnny le miró con la máscara de cloroformo en la mano y una expresión de hermano mayor, por no decir de madre. Cuando alzó los ojos, vi que sentía una congoja tal vez demasiado grande para la situación.

—No se apure, cabo —le dije—. Puede que esto no le haga ningún bien a Pressler, pero tampoco le va a matar. Y en cambio puede que salga entero.

Eso pareció mitigar los temores de Johnny, y cuando le pedí que empezara a echar gotas de cloroformo lo hizo con cierto alivio. En unos instantes, el olor acre fue invadiendo la habitación desde la máscara que Johnny sujetaba con fuerza sobre la cara de Pressler. Los gemidos cesaron, y el paciente pronto dejó de mover la cabeza. Johnny siguió administrando anestesia mientras yo me preparaba para hacer la incisión.

Cuando toqué el muslo del paciente me sobrevino una sensación que me resultó familiar. Tardé un poco en recordar de dónde procedía. Era la sensación que me había invadido estando a bordo de aquel barco, el primer día que salí del hospital de Detroit. La había sentido muchas veces desde entonces: en mi primera batalla, en mi primera visión de las montañas Rocosas, incluso en mi noche de bodas. Pero el momento en que la había experimentado con mayor intensidad había sido la primera vez que vi la pradera que los sioux llamaban su hogar. Era el sabor de lo desconocido, de la aventura, de las posibilidades sin fin.

La información sobre esta clase de cirugía, aunque era escasa, tenía su lógica. Una vez cortado el músculo, se podía manipular el hueso y recomponerlo mediante utensilios quirúrgicos corrientes. Una vez alineado el hueso, se podía cerrar la incisión y tratar la fisura como una fractura simple. Habría que vigilar que la herida no se infectara. Pero tanto en combate como en el campamento eran normales las laceraciones. Johnny y yo curábamos cientos de cortes mucho más profundos y graves. Con todo, era éste un procedimiento que seguramente no se habría practicado más de una docena de veces al oeste del Mississippi. Esta operación era territorio virgen y, para mí, tan excitante como una droga.

La piel estaba tirante sobre la pierna tumefacta y se resquebrajó como un melón maduro cuando el escalpelo avanzó en diagonal sobre la rodilla. La carne se abrió hacia fuera al paso de la lanceta, y Johnny restañaba la sangre. Cuando llegamos al blanco hueso nos resultó fácil ver por qué había sido imposible alinear el fémur: un trozo del tamaño de un cartucho de rifle se había anclado verticalmente entre las dos secciones principales. Cuando conseguí extraer la astilla con el fórceps, el hueso recuperó su alineamiento. No se podía reemplazar la astilla, pero el hueso parecía firme. Pressler era joven; no había motivo para que las heridas no llegaran a sanar.

Johnny silbó en voz baja:

—Liso como una cagada de ganso, señor.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Y de los mejores, señor. Si conseguimos mantenerlo limpio, seguro que se cura.

Mirando la herida, parecía la cosa más fácil del mundo. Como tantas otras: era muy sencillo, si uno tenía el coraje de hacerlo. Empecé a coser el músculo.

—¿Está lista la tablilla?

—Aquí la tengo, señor. —Johnny seguía aplicando cloroformo, pero me pasó las cosas de entablillar—. Lo que ha hecho es casi de magia, señor. Ojalá ese hechicero cheyene hubiera estado aquí para verlo.

Seguí dando puntos de sutura, sujetando bien el músculo y la piel, al tiempo que aplicaba agua jabonosa a la herida. Diez minutos después la tablilla estaba en su sitio y Johnny había dejado de administrar cloroformo a Pressler. Cuando éste empezó a volver en sí, tuvo ganas de vomitar.

—Vamos —dijo Johnny, acercando un cubo a la cabeza del soldado—. Arroja todo lo que tengas dentro. —Mientras hablaba, le acariciaba la cabeza como habría hecho con un niño.

Cuando me puse de pie, sentí a la vez júbilo y fatiga.

—Veo que lo tiene todo controlado, cabo —dije.

—Desde luego, señor. —Johnny seguía acariciando la cabeza de Pressler con sus manos pequeñas y fofas. Permitted incluso que un mechón de pelo se le enroscara en el dedo. Me emocioné—. Nunca había visto nada igual, señor.

—Bah, dentro de poco esto será algo habitual. Pero gracias, cabo. Usted también ha hecho un buen trabajo.

Johnny sonrió de oreja a oreja y yo le devolví la sonrisa mientras iba a lavarme en la jofaina las manos cubiertas de sangre. Desde allí pude mirar por la ventana. El tiempo había ido pasando. Las sombras de los edificios y de los álamos del campamento cruzaban la plaza de armas y serpenteaban sobre unos montecillos que una hora atrás no habían sido visibles. Todo estaba cubierto de una especie de bruma, y al principio pensé que era un efecto del polvo acumulado en el cristal. Pero la mugre estaba en el aire. Era polvo. Partículas de tierra flotaban en la atmósfera quieta, levantadas por cascos de caballo, botas y pies descalzos. Desorientado, me aproximé a la ventana y me sorprendió descubrir la plaza de armas repleta de indios. Centenares de guerreros. No, miles de ellos. Mujeres y niños se arracimaban detrás. Y muchos soldados, tal vez tres cuartas partes de la dotación del campamento, estaban dispuestos en filas mal formadas.

Sólo los centinelas se movían; caminaban despacio de un lado a otro, como si únicamente ellos tuvieran alguna obligación que cumplir. El campamento estaba envuelto en una niebla de polvo, y entonces descubrí que la muchedumbre de indios se agitaba como un solo organismo, hinchándose y contrayéndose. Tuve la repentina sensación de que el destino había hecho su entrada en nuestro insignificante campamento. No me molesté en secarme las manos, ni me paré para explicarle a Johnny por qué me precipitaba como un rayo en dirección al exterior.

Cuando salí del hospital, toda la escena cobró vida. Los rojos y azules de las mantas giraron ante mis ojos como un torbellino; el polvo penetró en mi nariz y me trajo el olor a caballos y cuero de vaca. Cobré conciencia del suave gorjeo de las mujeres, el golpeteo de la caballería, el silbido amortiguado de un halcón colirrojo que sobrevolaba los álamos. Cuando miré hacia nuestra casa, distinguí a Fanny de pie en el porche, y muy cerca de ella, por el callejón que separaba nuestra vivienda y la del coronel Bradley, vi aparecer una larga hilera de jinetes a cuya cabeza cabalgaba Caballo Loco, el jefe de los oglaga que acababa de ser capturado.

Lo primero que pensé fue en poner a salvo a Fanny. Su manera de inclinarse sobre la barandilla del porche me resultaba incongruente. Parecía feliz, interesada, como si aquello fuera el desfile del Cuatro de Julio. Pero los guerreros que pasaban por delante eran salvajes y más exóticos que nada de lo que el mundo volvería a ver. Quería ir a su lado, quería estar allí con ella, ponerme entre Fanny y la sinuosa ristra de guerreros con plumas y ponis decorados. Pero un enjambre de personas me separaba de mi mujer; Fanny estaba fuera de mi alcance.

Avancé unos seis o siete pasos hacia la reseca plaza de armas, desde donde pude ver a Caballo Loco dirigiéndose hacia el sur entre Jesse Lee y Cola Manchada. Detrás de ellos iban cientos de sioux, los oglagas de Caballo Loco, los brules de Cola Manchada, los miniconjous de Toca las Nubes. Pero todas las miradas estaban puestas en Caballo Loco. El jefe avanzaba impertérrito a lomos de su pequeño y recio poni moteado, e iba tan tieso que más de un jinete parecía un centauro.

Su porte era digno, pero su rostro revelaba melancolía, y aquellos ojos suyos recababan la atención de todas las tribus presentes. El jefe Cola Manchada cabalgaba a su lado con expresión grave, la cabeza erguida, las manos sobre el pomo de la silla sujetando las riendas. No miraba hacia los lados sino que parecía tener la vista clavada en el horizonte. Jesse Lee llevaba su sombrero negro de campaña y tenía el rostro muy rígido. Sentí ganas de eliminar la seriedad de todas aquellas caras y como un idiota levanté la mano en un ademán de saludo. Era imposible que ninguno de ellos hubiera reparado en mí en medio de aquel gentío; con todo, sentí como si supieran que estaba allí, y me abrí paso entre los indios tratando de interceptar la columna.

Los oglagas de Nube Roja increpaban a los guerreros del norte. Los miniconjous cabalgaban solemnes, siguiendo a Caballo Loco como lo habían hecho durante años de sufrimientos. Un oglaga enorme y feo arrojó una piedra que dio en el hombro de uno de los guerreros montados. Pero éste no se inmutó. Podía producirse un altercado en cualquier momento, lo que podía dar lugar a una guerra. Hacia el este había un grupo de guerreros, varios de ellos con tocados de plumas; en el centro estaba el mismísimo Nube Roja, mirando al frente con expresión férrea, como si contemplara una representación cuyo final conocía de antemano.

Junto a la ayudantía se habían congregado tres compañías de infantes. La cuarta estaba formada al lado del cuartel de la guardia. Sólo unos metros separaban los dos edificios, y una docena de soldados a caballo llenaban esa brecha. El ayudante, que representaba al coronel Bradley, estaba junto a la puerta de su oficina. Era el comandante Fred Calhoun, el hermano de Jimmi Calhoun que un año antes había peleado con Custer en Little Big Horn y había sufrido terribles mutilaciones. Calhoun observó unos instantes el desfile y se metió en la oficina.

En un intento desesperado por colocarme frente a la columna cuando ésta se detuviera, me abrí paso a empujones; ya estaba a unos metros del cuerpo de guardia cuando Lee y Caballo Loco frenaron sus monturas y descabalaron. De repente, cesaron todos los murmullos. La plaza de armas quedó envuelta en un misterioso silencio cuando uno de sus amigos de siempre se aproximó a Caballo Loco. Lee le indicó que permaneciera junto al jefe en calidad de escolta. Éste y Caballo Loco echaron a andar hacia las oficinas.

Un guerrero de Nube Roja rompió el silencio.

—Tenias fama de hombre bravo —declaró riendo—. Pero todo el mundo ve que eres un cobarde.

A la velocidad del rayo, Caballo Loco se abalanzó sobre él. Pero su escolta consiguió sujetarle con sus poderosas manos. Luego le susurró algo a su jefe, y como si la voz de su amigo le hubiera embrujado, Caballo Loco recobró la compostura y siguió a Jesse Lee hacia la oficina del mayor Calhoun.

—Pediré una audiencia con el coronel Bradley —dijo Lee, y se abrió paso hacia los aposentos del general. Caballo Loco esperó con los brazos cruzados. El penetrante silbido de un hueso de águila hendió el silencio. Luego sonó otro silbido, y otro, y otro más, hasta que todo el campamento vibró con el gemir del aliento sioux a través de huesos de pata de águila.

Aquel ruido no amainó hasta el regreso de Lee. Yo estaba allí mismo, y comprobé que echaba chispas. Me miró y maldijo:

—El hijo de puta no quiere saber nada. —Se volvió a Caballo Loco—. El ayudante ha recibido órdenes, tienes que entrar ahí —dijo señalando hacia el cuerpo de guardia.

Para Caballo Loco, todos los edificios de troncos eran prácticamente iguales. Mientras pasaba frente a los soldados montados a caballo, entre la muchedumbre surgió un murmullo parecido alpiar de los pájaros en la maleza. Una mujer entonó una canción con voz aguda. Cuando el jefe pasó delante de mí, nuestras miradas se encontraron y vi que me reconocía. Pero ninguno de los dos pronunció palabra. Caballo Loco parecía un hombre viejo y cansado y no el juvenil Adonis que yo había conocido cuatro años antes.

Él ignoraba por completo lo que le esperaba en el cuerpo de guardia. Pero yo sí lo sabía. Me había ocupado de hombres que habían perdido la salud en aquella ratonera. Los tenían atados con cadenas en cuartuchos sin otra ventilación que una abertura cuadrada en el techo. No los sacaban al exterior ni les quitaban las cadenas y vivían rodeados de sus excrementos. Era un lugar horrible para cualquiera, pero para alguien como Caballo Loco tenía que ser insufrible.

El oficial de guardia ese día era el capitán Kennington, un joven macizo y rubicundo, y cuando abrió la puerta un hedor increíble emergió a su espalda. Di un respingo pese a que estaba a unos seis metros de distancia. Caballo Loco se puso rígido, pero como aún no sabía lo que pasaba se dejó conducir adentro. La puerta se cerró y el gentío quedó en silencio. Nadie se movió ni abrió la boca. La brisa se negaba a agitar las hojas de los álamos. Sólo parecía existir la mujer que cantaba a lo lejos y el cielo pálido extendiéndose hasta el horizonte.

Entonces oímos un ruido de pelea detrás de la puerta. El centinela con el que yo había hablado por la mañana montaba ahora guardia frente al edificio, y lo vi tensarse al oír que el oficial de día soltaba una palabrota. Los segundos parecieron alargarse como el rastro de un caballo de carga.

La puerta se abrió con violencia y se alzó el grito de Caballo Loco. Fue un sonido primitivo, más propio de un animal, pero para nada lastimero, sino temerario y salvaje. Salió por la puerta blandiendo un cuchillo con dos soldados agarrados a su espalda, aterrorizados de estar tan cerca del jefe indio pero sin atreverse a soltarlo. Dos soldados más se sumaron a la contienda y el capitán Kennington asestó varias estocadas inútiles con su espada. Un sioux levantó el rifle para disparar sobre Caballo Loco, pero recibió un golpe de uno de los combatientes. Otro indio sujetó el brazo del jefe indio, que empuñaba un cuchillo y recibió un tajo como por arte de magia. La sangre empezó a salir a borbotones de su muñeca; el indio hizo caso omiso y consiguió sujetar los brazos de Caballo Loco al tiempo que Kennington gritaba:

—¡Matad a ese hijo de puta! ¡Matad a ese hijo de puta! ¡Dadle una cuchillada!

Caballo Loco cayó al suelo mientras la multitud empezaba a acercarse formando un círculo. Yo me aproximé un poco más y a punto estuve de tocar al centinela cuando éste arremetió con su bayoneta. El forcejeo cesó al instante y los soldados se apartaron. Caballo Loco estaba aún aprisionado contra el suelo, de bruces. Pero todos retrocedieron cuando me arrodillé al lado del jefe. Estaba muy quieto, y la mano que deslicé en su costado salió roja de sangre. Entonces Caballo Loco volvió lentamente la cabeza y me miró. Su voz sonó sorprendentemente suave.

—McGillycuddy —dijo—. Diles que me suelten. Ya me han hecho suficiente daño.

14

La multitud se estrechó a mi alrededor mientras permanecía arrodillado junto a Caballo Loco, y de pronto sentí un mareo. Me levanté con los apuros de alguien que sale del fondo del mar. El grito que dirigí al capitán Kennington tuvo la textura de un jadeo.

—Apártelos —dije—. Necesitamos aire.

El capitán, que estaba blanco de miedo, ordenó a sus hombres para que formaran una hilera y empujaran a los mirones con sus rifles. Gracias a mi estatura, vi sobre las cabezas más cercanas que la plaza de armas era escenario de un auténtico tumulto. Había más polvo que antes y una oleada de emoción fue propagándose al correr la noticia de que Caballo Loco había resultado herido por una bayoneta. Unos, aterrorizados, corrían ya hacia las colinas que rodeaban el campamento; otros se regocijaban, y muchos más estaban transidos de dolor. En cualquier momento podía producirse una batalla campal, pero procuré no pensar en términos militares. Yo, al fin y al cabo, siempre he sido médico.

Al verme libre de los indios que me tenían rodeado, respiré otra vez e hice un esfuerzo por hablar con serenidad.

—Ahora, capitán, haga que lleven a este hombre al hospital.

Kennington era tan joven como yo, pero era un tipo duro y todavía estaba encendido por la pelea. Sus grandes ojos azules expresaban a la vez temor e ira. Resopló como un toro picado por una abeja:

—Tengo orden de llevarlo al cuerpo de guardia y voy a cumplirla, señor.

—Si lo mete ahí dentro —dije, al advertir que Kennington estaba ofuscado y no pensaba con claridad— habrá una matanza. —Señalé con el brazo hacia la multitud de indios al acecho.

La infantería trataba de dispersar la multitud, y los sioux estaban formando ya dos bandos opuestos. Los indios de la reserva de Nube Roja empezaron a gritar; la gente de Caballo Loco, menos numerosa, iba juntándose en un apretado círculo a medida que los espectadores más distantes recibían confirmación de lo sucedido. Salieron rifles de debajo de las mantas y se oyó cómo amartillaban las armas. Algunas de las mujeres iniciaron un canto fúnebre.

Pugnando por mantener la compostura, repliqué alzando la voz:

—Este hombre está malherido, capitán. No puede meterle en el cuerpo de guardia.

—Es un maldito salvaje —masculló Kennington—. Y yo no recibo órdenes de un médico.

Sus ojos de granito no pestañearon en ningún momento, y aunque me dieron ganas de pegarle, yo sabía que Kennington llevaba razón. Se limitaba a cumplir órdenes. Pero esas órdenes había que cambiarlas.

—Voy a ver al comandante Calhoun. Si mueve a ese hombre, aténgase a las consecuencias. —Blandí un dedo ante la nariz de Kennington—. Usted será el responsable.

Los centinelas mantenían a la gente a raya; el camino estaba libre hasta un trecho antes de la oficina del ayudante. A lo lejos, la caballería atravesaba la multitud a fin de dispersar a las facciones opuestas. Sentí un momento de miedo al llegar al punto en que los centinelas contenían a los indios. Yo no tenía forma de saber qué iba a pasar cuando abandonara ese círculo protector. Las oficinas sólo estaban a unos metros, pero titubeé, súbitamente consciente del frenesí que reinaba más allá del perímetro de soldados. Además del exotismo de unas lenguas incomprensibles y del torbellino de colores chillones en la plaza de armas flotaba un olor bestial, que me repelía y atraía a la vez. Entonces vi a Jesse Lee a mi lado.

—Estoy contigo, Mac.

Nos abrimos paso entre los soldados y entramos en aquel mar de plumas y carne humana, de cabellos negros como el azabache y ojos de mirada penetrante. Nos increparon, pero no nos atacaron. Avanzamos siete u ocho pasos hasta el segundo círculo de infantería, que rodeaba la oficina del ayudante. Calhoun salió a recibirnos. Dirigió la vista hacia la plaza de armas y contempló el pandemónium.

—Hijos de puta —dijo entre dientes, y acto seguido desvió sus ojos hacia nosotros como si fuera un animal—. Adentro —añadió.

Las paredes de la oficina eran gruesos troncos de pino, pero a pesar de ello los gritos y gemidos llegaban hasta nosotros.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Caballo Loco está tirado en el suelo, ha sido apuñalado —informé—. Es preciso llevarlo al hospital de inmediato.

Calhoun era un buen soldado y no se alteró. Se puso a pensar en el modo de resolver la situación. Eso me dio la oportunidad de estudiar sus rasgos. Se parecía a su hermano Jimmi, y me fue imposible no recordar el parte sobre las mutilaciones que había sufrido éste. Le habían arrancado la nariz, le habían metido palos allí donde antes estaban las orejas, y le habían roto todos los dientes.

—Tiene que ir al cuerpo de guardia —dijo Calhoun, pero como si fuera otro quien hablaba. Yo no hacía más que pensar en Little Big Horn. Sin duda el ayudante sabía lo que los sioux le habían hecho a su hermano Jimmi. ¿Estaría estudiando la posibilidad de vengarse?

—Imposible —dijo Lee—. Esto va a explotar de un momento a otro. Si lo mete en el cuerpo de guardia, correrá la sangre.

Por las paredes de la oficina nos llegaba el salvaje olor de la plaza de armas, que se filtraba entre los troncos. Me pareció un olor similar al de una inminente tormenta, a entrañas de animal. Era el olor del campo de batalla en Little Big Horn. A Jimmi Calhoun le habían arrancado los ojos y en las órbitas le habían puesto sus propios testículos. Su hermano se volvió para mirarme, y tuve que sacudir la cabeza para darme cuenta de que sus ojos eran normales y castaño oscuro.

—¿Está muy mal ese cerdo?

—No lo sabré hasta que le examine —dije—. Pero si lo mete en el cuerpo de guardia morirá, y con él mucha gente.

—Quizá sea lo más conveniente —repuso Calhoun—. Quizá sea preferible acabar de una vez por todas. Hoy mismo. —Por un instante me pareció que Calhoun ya había tomado una decisión.

—No diga tonterías —intervino Lee—. Cambie las órdenes de Bradley. La situación lo exige. Hágalo de una vez, y que el doctor se lo lleve al hospital.

Calhoun nos miró con detenimiento, primero a uno después al otro.

—No puede ser —dijo—. Pero tráiganlo aquí. Yo voy a dejar el puesto. —Se encogió de hombros—. No puedo proponerles nada mejor.

Lee me miró. Ambos sabíamos que no íbamos a sacar nada más. Asentí con la cabeza y al momento también lo hizo Lee.

Mientras conversábamos en la oficina, los soldados de infantería habían roto filas para sumarse a los dos perímetros protectores. Flanqueados por la caballería, habían formado un amplio cerco en torno al cuerpo de guardia y la ayudantía. Caballo Loco yacía detrás de ellos, rodeado por una docena de soldados e indios amigos. Johnny había conseguido pasar y poner a Caballo Loco boca arriba. Ahora estaba sentado en el suelo acunando la cabeza del guerrero. Para llegar a ellos hube de apartar a varios indios.

—Dios le bendiga, cabo—dije—. Ayúdeme a llevarlo.

—Vamos —dijo Johnny a los espectadores—. Echadnos una mano.

Unos indios levantaron las piernas de Caballo Loco mientras Johnny y yo lo agarrábamos por los hombros. «Con cuidado», les conminé. Lee nos precedía apartando la gente, y de ese modo avanzamos hacia el edificio de troncos.

Cuando por fin conseguimos entrar, Calhoun se había ido a supervisar la plaza de armas para calmar un poco los ánimos. Los gritos excitados del gentío eran ahora gemidos que no llegaban a sonar verdaderamente amenazadores. Depositamos a Caballo Loco en el duro suelo y yo envié a Johnny al hospital a por mi maletín. Entonces, movido por un impulso, empecé a sacar gente de la habitación. Empujé al capitán Kennington y a Jesse Lee hacia la puerta y a varios indios detrás de ellos. Me sentía imbuido de una gran emoción; creí que me iba a poner a llorar allí mismo. Me volví más agresivo de lo necesario y me precipité con la cabeza gacha hacia los mirones que aún quedaban allí, decidido a despejar la sala antes de que Johnny regresara con el maletín. Si alguno se resistía, yo empujaba fuerte y éste cedía. Pero cuando le puse la mano encima al último hombre, un indio sin camisa, fue como si hubiera topado con una estatua de granito en medio de un grupo de gente de carne y hueso.

Mi táctica había sido empujar a los presentes a la altura del pecho, y después de hacerlos girar, impulsarlos hacia la puerta a base de empujones. Pero lo que mis manos encontraron no fue el torso que yo esperaba sino un abdomen musculoso. El hombre no se movió y, al mirarlo, descubrí que mi cabeza estaba a la altura de su pecho. Alcé la vista y me topé con los ojos serenos y retadores del indio más grande que jamás he visto. No había duda: aquel hombre era Toca las Nubes.

Intenté darle otro empujón, pero era evidente que Toca las Nubes tenía intención de quedarse, y yo ya estaba agotado. Con las manos apoyadas en el torso de Toca las Nubes, permanecí contemplando su cara alargada y tersa.

Los ojos de Toca las Nubes parecían tener un efecto hipnótico, pero hice un esfuerzo por desprenderme de su mirada y fui a ocuparme de mi paciente. Caballo Loco estaba de espaldas, con los ojos abiertos y llenos de dolor. Le rechinaban los dientes, y de muy adentro salió un gemido involuntario. «Mantas», dije señalando a un montón propiedad del Gobierno que había encima de un estante. Traté de recordar cómo se decía «manta» en lakota, pero Toca las Nubes no me dio tiempo: ya había bajado toda la pila.

Las mantas eran grises y bastas, cubiertas de polvo; sin duda alguna no las utilizaban desde la primavera pasada. Pero hicimos un lecho con ellas y trasladamos allí a Caballo Loco. La última manta, enrollada, sirvió a modo de almohada y cuando el jefe estuvo todo lo cómodo que era posible, le puse una mano en el pecho para apreciar las pulsaciones de su corazón. En cuanto hube determinado que el corazón latía con fuerza, Johnny entró por la pesada puerta con mí maletín en la mano. Detrás de él entró Jesse Lee, que se quedó en silencio apoyado en la pared cerca de donde Toca las Nubes se había sentado en el suelo y esperaba inmóvil y con las piernas cruzadas.

—Todo el campamento está alborotado —dijo Johnny pasándome el maletín—. Como si de un momento a otro fuera a estallar una guerra. —Alargó el brazo para tocar la frente de Caballo Loco.

Lee me leyó el pensamiento con una mirada.

—Ya me he ocupado de Fanny —afirmó—. Bradley ha puesto un pelotón de fusileros alrededor de las casas de los oficiales.

—Menos mal. —Asentí con la cabeza y abrí el maletín.

Lo primero que hice fue mezclar una dosis de morfina e inyectársela a Caballo Loco en el brazo. Era el procedimiento corriente ante una herida grave, y cuando Johnny le hubo despojado de la camisa, sus dientes ya no rechinaban tanto. Debajo del brazo izquierdo Caballo Loco llevaba una correa de ante de la que colgaba una pequeña piedra blanca con un agujero en el centro. Nos iba a estorbar cuando le vendáramos la herida, pero al hacer Johnny ademán de quitársela, Toca las Nubes soltó un gruñido y se abalanzó hacia nosotros. Lee retuvo al enorme indio antes de que alcanzara al pobre Johnny.

—Esta piedra forma parte de su medicina —explicó Lee—. No se la pueden quitar.

Fijé los ojos en la piedra. La había visto anteriormente, por supuesto, pero sólo entonces se me ocurrió que aquel talismán pudiera ser mágico. Cuando miré a Toca las Nubes, que se había sentado otra vez pero parecía a punto de saltar si era necesario, comprendí por su mirada que aquello no era un simple guijarro.

—Dejémoslo —dije—. Puede que nos sirva.

Pusimos a Caballo Loco de costado y le examinamos la herida a conciencia. Tenía más de cinco centímetros de largo y estaba situada como a un palmo por encima de la cadera en el lado izquierdo. La hemorragia había disminuido mucho: sólo un líquido acuoso rezumaba del corte. Había que sondear la herida, limpiarla con agua jabonosa y luego aplicarle yodo. Johnny encendió fuego en el hornillo y puso a hervir un cazo con agua. Mientras esperábamos a que el agua estuviera a punto, Lee me hizo señas de que saliera con él a fin de poder hablar sin que nadie nos oyera.

La plaza de armas estaba casi desierta. Toda la zona había sido despejada de indios, aunque las diversas facciones sólo se habían retirado hasta los límites del campamento. Varios guerreros cabalgaban raudos de un lado a otro ante sus huestes mientras emitían gritos estridentes. Lee y yo sabíamos que estaban cansando a sus ponis de forma que, si empezaba una batalla, el esfuerzo nos les pillara desprevenidos. Era más un alarde de fuerza que otra cosa; con todo, la situación era impredecible. El sol había empezado a ponerse y las sombras de los soldados que montaban guardia en el lado oeste del campamento cruzaban la plaza de armas —ahora del color del bronce— y adoptaban formas macabras y distorsionadas. Se asemejaban a imprecisas y larguissimas bayonetas.

Lee chupaba un cigarro sin encender mientras se paseaba frente a la ayudantía. Miró hacia el promontorio que había un centenar de metros más allá del perímetro del campo y observó los tipis que lo coronaban. Una fogata había empezado a arder. Del alboroto general surgía una especie de salmodia.

—¿Cómo está? —preguntó Lee.

—No lo sé. Parece grave.

—¿Se va a morir?

—Quizá. Pero tiene a su favor que es increíblemente fuerte.

Lee hincó los dientes en el cigarro y descargó un puñetazo en el quicio de la puerta.

—¡Mierda! —exclamó—. Es culpa mía. Yo le convencí para que viniera a este agujero. Le prometí que tendría un juicio justo.

—Me figuro que Bradley ya tenía órdenes concretas.

—Sí. ¡Y creo que esas órdenes procedían de cierto teniente!

Se refería a Philo Clark.

—Él representa al general Crook —señalé—. Caballo Loco es responsabilidad suya.

—Puede que el general Crook le haya otorgado esa responsabilidad, pero, desde luego, Dios no. Clark es responsable de la muerte de ese hombre.

—Todavía no ha muerto. Y, además, fue un error. Philo no ha planeado todo esto.

Lee jugueteó con una cerilla pero no intentó encender el cigarro. Se lo pasó entre los dedos y lo mordió con violencia.

—¿Qué te hace pensar que no lo organizaron todo?

—Hubo una disputa.

—Eso no significa que el arresto de Caballo Loco no tuviera la finalidad de quitarlo de en medio.

—Tal vez tengas razón —dije.

—Tú sabes que en todo este sórdido asunto han intervenido muchos espías, por parte de Philo, de Nube Roja y del propio Crook. Pues yo también tengo mis informadores, sabes, y pienso averiguar qué está pasando. No me gusta que nadie me obligue a romper mi palabra. No me gusta poner en peligro a gente inocente. Lucy está allí con Fanny. —Señaló hacia nuestra cabaña—. Están muertas de miedo, con tanta vigilancia, y para mí el responsable de todo lo que pueda pasar es Philo.

Me vino a la cabeza la conversación que yo había mantenido con Philo Clark por la mañana.

—No creo que Philo quiera ver muerto a Caballo Loco —dije.

Lee arrancó un pedazo de cigarro con los dientes y lo escupió al suelo.

—Esperemos que salga de ésta —dijo.

El agua estaba empezando a hervir cuando volví al interior de la ayudantía después de hablar con Lee. La tarde era muy calurosa, de modo que el fuego del hornillo volvía el ambiente sofocante. Johnny estaba ocupado disponiendo vendas sobre la mesa cerca de la cual yacía Caballo Loco, así que abrí una ventana. El aire era refrescante, pero hizo que los aullidos de los sioux parecieran muy cercanos. Toca las Nubes seguía sentado en el suelo al otro lado de la habitación con las piernas cruzadas y los brazos doblados sobre el regazo. Su pecho lampiño estaba cubierto de sudor. Pese a que su rostro carecía de expresión, su presencia física era tan imponente que me sentí intranquilo. Ser observado por aquel indio me hizo recordar vagamente al viejo doctor McGraw, en la época en que yo estudiaba en el Marine Hospital de Detroit.

Pero, a diferencia de Toca las Nubes, McGraw solía estar borracho. Probablemente se podría decir que fue él quien me enseñó, con su ejemplo, a aficionarme al whisky. Claro que yo ya tenía tendencia a caer en la adicción. Me gustaría achacarle esa debilidad a una reacción de adolescente ante un padre muy estricto que siempre creyó lo peor de su hijo pero le exigía lo mejor.

El viejo McGraw se quedaba apoyado en una pared de la sala mientras yo daba puntos de sutura o recomponía los huesos de algún marinero que había estado de juerga nocturna en la ciudad. McGraw nunca bebía cuando trabajaba, pero tenía siempre una botella en el cajón de su escritorio. Hacia las tres de la tarde su cara ya estaba hinchada y roja, y antes de cada frase se detenía para pensar. Pero era un buen médico y un buen profesor. Me enseñó a habérmelas con la sífilis que atenazaba a toda la ciudad portuaria y con los no poco frecuentes casos de malaria y fiebre amarilla. A diferencia de mi padre, McGraw me animaba a utilizar mi mal genio para manejar a un marinero furioso al que había que curar de algo. «Dales un puñetazo, si hace falta —solía decir—. Viniendo de un médico, se calmarán enseguida.» Al término de la guerra civil Detroit era una ciudad grande, bulliciosa y brutal: el sitio perfecto para aprender medicina. Y McGraw era el mentor perfecto. Era un hombre de ciencia con conocimientos clásicos; creía en el progreso, en el destino manifiesto, en la civilización.

¿Y cómo fue que su estimado alumno acabó en este antro de paganos, donde la brisa vespertina traía una canción salvaje que ponía los pelos de punta? En cierta manera, McGraw tuvo muchísimo que ver con eso. «La exploración del espíritu humano —decía— implica entregarse al límite a la religión, la política, la ciencia, a lo físico e incluso a nuestras más oscuras pasiones. Todos investigamos esos límites, pero los mejores casi siempre regresan al concepto de civilización.»

El costado herido de Caballo Loco apenas despedía calor; su cuerpo estaba extrañamente frío, como si no hubiera sido objeto de un acto de violencia. McGraw habría preguntado qué podía significar esa hipotermia. Al objeto de enseñarme, habría preguntado qué se podía hacer si de repente le subía la temperatura. Habríamos hablado durante días y días sobre mi posible respuesta, analizándola, modificándola, dándole vueltas una y otra vez. Pero era un lujo que yo no podía permitirme. McGraw estaba a tres mil kilómetros de Camp Robinson y no tenía forma de ayudar a su alumno. Ya había echado de menos anteriormente a mi mentor, pero aquel 6 de septiembre de 1877, arrodillado junto a Caballo Loco en el suelo de la oficina del ayudante, ansí sentí y oler su aliento a whisky en mí cara. Desde el principio me había considerado un alumno excepcional con un prometedor futuro. Yo tenía dieciocho años cuando McGraw empezó a permitirme que hiciera sus rondas. Un año después me licencié, y él hizo lo posible para que me dieran un trabajo en la ciudad cuando cumplí los veinte. Yo era lo bastante joven para creer que había encontrado mi lugar en el mundo. Pero pocos meses después de mi nombramiento, también empecé a guardar una botella en el cajón de mi escritorio.

Un solitario rayo de sol poniente había avanzado en el suelo y ahora partía en dos el cuerpo de Caballo Loco. Mientras me lavaba las manos con el agua caliente pedí a Johnny que abriera otra ventana y refrescara un poco más la habitación. Ambos tratábamos de hacer caso omiso de la presencia del estoico jefe miniconjou, sentado en un rincón de la habitación que ahora estaba en la sombra. Lo que debía de sentir Toca las Nubes era tan similar a lo que yo había sentido en aquellos años en Detroit, que a mi mente afluyeron los recuerdos de mi trabajo en el cuerpo de ambulancias de la policía de Detroit, y de mi pluriempleo en el manicomio de Deereborn.

Hasta que no le pedí a Johnny que pusiera a Caballo Loco sobre el costado no comprendí por qué esos recuerdos pugnaban por salir a la superficie.

Cuando el ebrio doctor McGraw se había dado cuenta de que mi energía estaba convirtiéndome en una versión juvenil de sí mismo, me convenció para que tomara otro rumbo y me puso en el camino que había de conducirme a este lugar y a esta ocupación de médico del ejército. De no ser porque McGraw me cogió por su cuenta una noche de exceso etílico para confiarme la tortura que era su vida, yo nunca habría llegado a ver las Grandes Praderas, jamás habría sentido la atracción de la vida nómada, ni habría tenido la oportunidad de utilizar mi pericia profesional para intentar salvar al último jefe guerrero de la nación oglaga.

—Manténgalo así, cabo, de este modo podemos aprovechar la luz de la ventana para examinar la herida.

Las manos de Johnny eran pequeñas pero sorprendentemente fuertes. No vacilaron cuando Caballo Loco gimió y volvió rápidamente la cabeza, como un gato, para mirarme. Al ver que era yo, se calmó.

—Así, tranquilo —dije—. Necesitamos ver lo que hay dentro.

Sin que se lo pidiera, Johnny retiró una mano del hombro que estaba sujetando y me acercó el cuenco de agua jabonosa para que yo pudiera alcanzarlo fácilmente. Con una torunda húmeda limpié la sangre casi seca en torno a la herida y luego, cogiendo con el fórceps otra torunda, empecé a sondear la herida propiamente dicha, que mantuve abierta con la mano izquierda. Cuando introduje la torunda enjabonada hasta donde creí oportuno, los músculos del herido se tensaron y sus dientes empezaron a rechinar, pero Caballo Loco no gritó ni se agitó. Yo notaba en la nuca los ojos de Toca las Nubes, que no perdía detalle.

Aquella noche en su despacho, McGraw me había ofrecido un trago y se había servido él también una ración generosa. Ambos estábamos extenuados tras un día de locura.

—Vete —dijo McGraw.

Yo no le entendí y creo que mi confusión se debió de notar.

—¿Perdón?

—Eres demasiado joven para trabajar como trabajas. Dentro de poco querrás casarte con la chica de los Hoyt. Seguramente ya habrás pensado en revolcarte con ella en el granero.

Me quedé perplejo. Sin duda McGraw había descubierto que al ir y venir del trabajo yo daba un rodeo confiando en ver a Fanny Hoyt en el porche de la casa de sus padres. La mera mención de su nombre me causó embarazo, y aunque no había tenido arrestos para dirigirle la palabra a la chica, me di cuenta de que McGraw conocía mis sentimientos hacia ella. Hice lo posible por cambiar de tema.

—Trabajar de firme no me matará. Sobreviviré.

—Pues claro que sobrevivirás. Pero eso no basta. Tú deberías hacer algo grande, dejar un hito en el camino de la civilización.

—¿En el campo de la medicina?

—Naturalmente. Pero no puedes hacerlo en este hospital. Para dejar una marca indeleble necesitas unos conocimientos más vastos. Necesitas otro tipo de vida. Y eso no ocurrirá si no vives experiencias en otros campos.

—Aquí me va muy bien.

—Tonterías. Mírate. Ya eres flaco cuando estás bien de salud, pero ahora pareces tan enfermo como tus pacientes. Esas ojeras que tienes hacen que tu nariz parezca un maldito percherón. —McGraw estaba más borracho que de costumbre. Normalmente no maldecía, aunque tanto él como yo soltábamos alguna palabrota—. Vete, Valentine —dijo—. Esta vida no te conviene.

Volví a tartamudear:

—No sé a qué se refiere.

—Bobadas. Trabajas doce o catorce horas al día. Esto te empuja literalmente a beber. Por el amor de Dios, muchacho, ¿de qué te escondes? Date una oportunidad para ver de qué pasta estás hecho. —Meneó la cabeza—. ¿Quieres acabar como yo? —susurró al fin.

—Yo siempre le he admirado.

—Pues tienes muy mal gusto. —McGraw alargó el brazo y me agarró de la muñeca mientras se sacaba el reloj del chaleco. Contó los latidos de mi corazón. Cuando hubo terminado, apartó la mano—. Tan regular como un leñador el día de la paga. —Sorbí pensativo un poco de whisky—. Sabes que pienso mucho en ti, y precisamente por eso te pido que te vayas. Amplía tus horizontes para que puedas ayudar a la humanidad. Echa un vistazo a las zonas no civilizadas del planeta antes de dedicarte de lleno a la medicina. Necesitas conocer al enemigo.

Yo quería protestar, pero McGraw siguió hablando:

—Sabes algo de ingeniería. Está a punto de iniciarse una gran aventura; van a hacer un reconocimiento geodésico del lago Michigan. He anotado tu nombre en la lista de aspirantes, en calidad de ayudante de ingeniería, y no creo que te rechacen.

Aqué fue el primer paso de mi peregrinación al Oeste.

No me era posible conocer la profundidad de la herida o qué órganos había afectado. Tal vez la bayoneta no hubiera alcanzado ningún órgano vital, pero habría podido perforar el hígado, el riñón o el intestino. En tal caso, la herida hubiese sido probablemente fatal. Pero en aquel momento no había forma de saberlo. Iba a ser una larga noche de espera. Mi exploración no me había permitido determinar cuál era el siguiente paso, pero al menos había limpiado la herida hasta una profundidad de casi cinco centímetros. No me atreví a sondear más, aunque no había llegado al fondo. Por las contracciones de los músculos de la espalda, era obvio que el dolor tenía que haber sido inmenso; lo último que yo quería era prolongar la agonía de Caballo Loco. Cogí una segunda torunda con el fórceps, la humedecí en el yodo y la

introduje en la herida. Una vez más, mi paciente se mantuvo impasible ante el dolor. Cuando saqué la torunda, salió empapada en sangre. Johnny presionó la herida con una bola de gasa.

La hemorragia no cesó, pero cuando vimos que disminuía un poco le vendamos la herida. Con ayuda de Johnny puse a Caballo Loco de espaldas. Antes de volver a su trabajo en el hospital, Johnny encendió una lámpara y preparó otra jeringa con morfina. La dejó sobre el escritorio al lado de las vendas.

—¿Alguna cosa más, señor?

Me senté en una silla a la luz de la lámpara con los codos apoyados en las rodillas y las manos unidas al frente. Toca las Nubes seguía sentado en el suelo al fondo de la habitación. Entre los dos, con los ojos abiertos y mirando al techo, yacía Caballo Loco.

—¿Irás a ver a la señora McGillicuddy, por favor?

—Desde luego.

—Pídele que me prepare algo de cenar. —Miré a Toca las Nubes—. Para los dos —corregí—. Y un poco de caldo para nuestro paciente.

—Eso está hecho, señor —dijo Johnny con la mano ya en el tirador de la puerta, pero se detuvo al hablar yo otra vez.

—Ah, cabo. Si la situación táctica cambia, procure que nos lo notifiquen.

—Descuide, señor. —Johnny abrió la puerta del todo. El fresco aire otoñal permitió que la misteriosa canción fúnebre que seguía sonando a lo lejos se oyera con mayor nitidez.

A su regreso, Johnny me dijo que dos centinelas apostados delante de nuestra cabaña le habían mirado con suspicacia cuando él se acercó de entre las sombras. Estaban nerviosos, y eso puso nervioso a Johnny. Pensó que se les podía ocurrir dispararle pero, cuando le reconocieron, le dejaron continuar sin más hasta el porche.

—No está bien —me dijo— que unos soldados guarden a la esposa de uno.

Al entrar en casa, Johnny se había encontrado a Jesse Lee, que se paseaba de un lado al otro, tan nervioso como los centinelas. Lucy y Fanny le miraron, sentadas en el banco de madera que nos servía de sofá. Jesse estaba tratando de calmar a las señoras.

—La situación está controlada. Hay mucha confusión, pero todo se resolverá con una especie de estabilidad militar. No hay nada de que preocuparse.

Me imaginé que Jesse decía aquello tanto para tranquilizar a las damas como a sí mismo.

Lo primero que hizo Fanny fue preguntar por mí.

—¿Se encuentra bien el doctor? —susurró.

—Sí, señora —respondió Johnny.

Jesse se acercó a Fanny y preguntó cuál era la situación en la oficina del ayudante. Según Johnny, Jesse puso cara de extrañeza y Fanny se rió cuando les dijo:

—El doctor quiere que le prepare algo de cenar.

—¿El paciente está estable? —preguntó Lee.

—Sí, señor. Todo lo bien que se podría esperar. El doctor me ha pedido comida para él y para los dos indios.

Fanny y Lucy empezaron a preparar algo de comer y le dijeron que enseguida estaría a punto. Luego Jesse Lee tomó a Johnny del brazo y se lo llevó fuera. Fanny, molesta porque no le gustó que la excluyeran, salió tras ellos al porche. Johnny y Lee se alejaron bastante, casi hasta el lugar donde estaban los centinelas, a fin de que Fanny no pudiera oírles hablar sobre la situación militar. Aunque sabía poco acerca del ejército, a ella siempre le molestaba que la trataran como a una niña y la dejaran aparte.

Johnny me dijo que estuvieron comentando los efectivos con que contaban Nube Roja y Caballo Loco, y el papel que podían desempeñar los cheyenes y los miniconjous. De pronto, uno de los guardias levantó la culata de su rifle, que tenía apoyado en el suelo, y alzó la voz:

—¡Eh! Alto ahí. ¡Quién va!

Hubo cierta confusión y el centinela estuvo a punto de llevarse el rifle al hombro, pero el muchacho indio fue más rápido y se coló entre los soldados sin darles tiempo a detenerle. Antes de que supieran qué estaba pasando, Jesse y Johnny lo tenían a su lado.

Fanny, que aún estaba en el porche, se les acercó en cuanto oyó que el muchacho pedía ayuda a Johnny.

—Wasicu wakan —dijo el muchacho mientras los centinelas le agarraban del brazo.

—Yo no soy el doctor —contestó Johnny, pues el muchacho era Oso Sauce y me buscaba a mí.

—Wasicu wakan —repitió el chico—. Tunke hoksi ynca kte lo.

Fanny exigió saber lo que decía.

—Parece ser que la hermana del chico tiene problemas —dijo Jesse Lee—. Ha creído que el cabo Provost era Mac.

Los centinelas no habían soltado al muchacho, y Fanny se les acercó.

—Dime qué es lo que pasa.

—Winyan ki kikiya un. —El muchacho señaló hacia un grupo de tipis que podía verse al otro lado del campamento.

—Son tiendas cheyenes —explicó uno de los centinelas.

—La hermana del muchacho está dando a luz —dijo Johnny—. A veces se ponen nerviosos si las cosas no van deprisa, aunque tienen sus propias comadronas y sus hechiceros.

Fanny reflexionó por un instante. Luego miró a Oso Sauce.

—¿Cuándo ha empezado el parto?

—Toban yan hwo? —preguntó Johnny.

—Hinhanni tahon.

—Esta mañana.

Según me dijo Johnny, cuando el muchacho se volvió hacia la lejana fogata, la luz se reflejó en su cara, pero cuando Fanny se arrodilló ante él, los ojos del chico brillaron con un fuego propio.

—Dile que vuelva con su hermana —dijo Fanny.

Johnny se lo tradujo y el muchacho miró a Fanny.

—Iré a hablar con el doctor —aseguró Fanny poniéndose de pie—. Ahora vete. Ve con tu hermana.

Después de relatarme todo eso, Johnny se marchó. Fue entonces cuando Fanny se enteró, por boca de Jesse Lee y su esposa, de que Caballo Loco no había querido rendirse. Le contaron que Caballo Loco había sospechado que le preparaban una encerrona y que había sido Jesse quien, sin quererlo, le había metido precisamente en ella. Como cualquier persona racional, Fanny nunca llegó a entender por qué el ejército hacía las cosas como las hacía.

Siempre me han maravillado nuestras mujeres. Sus hombres vivían en un mundo difícil; conocíamos a varias esposas de militares para las que ese mundo era insoportablemente repulsivo. Pero la mayoría de las mujeres, y Fanny en especial, parecía adaptarse bien a nuestra situación. Aunque los actos de crueldad preocupaban profundamente a mi esposa, muchas características de los hombres del campamento la fascinaban. Una vez me dijo que en cierta elemental manera eran diferentes de los que ella había conocido de jovencita en Detroit. Eran vitales y dueños de sí mismos como ninguno de aquellos muchachos privilegiados de la ciudad llegaría a ser jamás. A veces no podía evitar reírse de los chicos a los que su padre había animado a cortejarla.

Un día me contó, poniendo los ojos en blanco, las interminables horas que había pasado en el porche de su casa paterna con James Martin, cuya familia tenía importantes negocios de armamento. A los Hoyt les habría encantado tener por yerno a James. Habría sido un marido estupendo para cualquier chica, pero gracias a Dios, Fanny le dio calabazas. Yo conocía a James Martin, por supuesto, y debo admitir que me intimidaba. Era un chico culto, agradable y atractivo para el estilo de la época. Su familia era, a juicio de muchas personas (incluido yo mismo), muy superior a mi clan de inmigrantes irlandeses. Pero cuando años más tarde le pregunté a Fanny al respecto, ella se rió y dijo que desde los trece años lo que había buscado en un hombre no era que tuviera estilo ni una familia pudiente.

Una fría noche de febrero, años después del día a que me estoy refiriendo, cuando la estufa de nuestra casa en Rapid City crepitaba con fuerza para contrarrestar el gélido viento de Dakota, me confió que durante años se había sentido culpable de alimentar fantasías sobre los hombres. Eran fantasías sensuales, esas cosas que nunca se cuentan a nadie. Cuando tuvo edad suficiente para recibir a pretendientes como James Martin, Fanny empezó a aceptar tales pensamientos como parte de su modo de ser. Pero hasta al cabo de quince años de matrimonio no fue capaz de confesarme sus anhelos y sus pasiones. Aunque ambos sabíamos que esas cosas había que mantenerlas ocultas, Fanny ya no volvió a negárselas a sí misma ni me las negó a mí. Secretos y confesiones forman parte de una vida plena.

Cuando se sentaba con James Martin en el porche, Fanny sólo pretendía ganar tiempo a la espera de que pasase algo. No comprendió con claridad qué era lo que esperaba hasta la tarde en que yo pasé frente al gran porche donde ella coqueteaba con su pretendiente. El pobre James me saludó agitando el brazo y me la presentó como su novia. Fanny admitió que me había visto pasar otras veces por allí. Al tomarme la mano su penetrante mirada me atravesó hasta el fondo del alma; de haber sido yo más sabio habría adivinado al instante sus anhelos secretos. Tenía una mano cálida y fuerte, y una voz grave pero melodiosa.

—Doctor McGillycuddy —dijo—. Es un placer conocerle por fin, y lo de que soy su novia es una broma de James.

Me quedé un tanto perplejo (¿o más bien estupefacto?). Mi sentimiento de inferioridad se manifestaba en forma de timidez.

Con todo, James consiguió sonsacarme mis planes de irme a los Grandes Lagos. Fanny quedó fascinada, o lo fingió así, por el hecho de que yo fuera a ser topógrafo y además médico y viajar por aquella región, quizás hasta las Grandes Praderas. Me preguntó si creía que me gustaría dormir al raso. Lo pensé unos instantes y le dije que me parecía que sí. Como hasta entonces había dormido muy pocas veces al raso, mi respuesta fue en cierto modo una conjetura, algo para seguir conversando. Pero en esta larga vida mía, raramente he hecho una predicción que haya resultado más exacta.

A Fanny le gustó mi respuesta:

—De modo que es usted un hombre curtido acostumbrado a la vida al aire libre...

La miré a los ojos por primera vez.

—No —dije—, pero quizá llegue a serlo con el tiempo.

James Martin había quedado fuera de la conversación y ya no volvió a entrar en ella. Nuestro noviazgo empezó aquel día y siguió por correspondencia durante mi primera aventura topográfica en los Grandes Lagos. Creo que Fanny tenía hechizado a James. Más adelante llegaría un momento en que le utilizaría descaradamente como un medio para verme a mí.

Una vez que mis sentidos se acostumbraron a ella, la canción de los sioux acampados en torno a Camp Robinson me pareció agradable y apropiada. La música llenaba lo que de otro modo habría sido una estéril oficina. Las voces eran en su mayoría de mujer. Debido a la lejanía y a su tono agudo, al cabo de un rato me vi inclinando la cabeza y esforzándome en entender lo que decían.

Cuando dejé de mirar el cuerpo postrado de Caballo Loco, reparé en la rígida silueta de Toca las Nubes. Él me estaba mirando. Un escalofrío familiar me recorrió y me puse rígido. No era miedo exactamente lo que sentía, tampoco mera fascinación, pero no resultaba desagradable del todo. Era el mismo escalofrío que había notado en el tren que me llevó de Omaha, en Nebraska, a Cheyenne, en el territorio Wyoming, en la primavera de 1876, meses antes de la matanza de Custer en Little Big Horn.

Sólo las colinas de Irlanda, tal como mis padres las describían, podían haber sido más verdes que la pradera que veía desfilarse ante las ventanillas del tren. Cientos de kilómetros de hierba, a los lados de la vía, hasta el lejano horizonte desprovisto de nubes. Me había pasado el año anterior sentado en una oficina, trazando mapas de las llanuras a partir de mis notas de campo. La vida de topógrafo me había gustado mucho: después de la aventura de los lagos, había firmado un contrato para colaborar en el reconocimiento topográfico de las llanuras del norte. Pero esa tarea tenía un inconveniente: había que trazar los mapas, y eso implicaba trabajo de oficina en Washington. Cuando llegó el telegrama del general Crook fue como si me suspendieran la pena. «¿Es posible contar con los servicios de McGillicuddy para la campaña? En caso afirmativo, mándenmelo enseguida.»

La gran expedición contra los sioux, la llamada Campaña de Yellowstone, había empezado al fin. Crook estaba al mando de la pinza sur que debía avanzar hacia el norte para encontrarse con los generales Gibbon, Terry y Custer. Se trataba de converger al unísono sobre los sioux que estaban pasando el verano cerca de la confluencia de los ríos Yellowstone y Big Horn. Yo sólo había visto a Crook una vez, brevemente, el año anterior con ocasión del estudio topográfico que estábamos realizando entonces. No tenía ningún motivo para creer que hubiera impresionado al general; de hecho, él podía elegir entre centenares de médicos militares. A decir verdad, me dejó pasmado que Crook pidiera mis servicios. Ciertamente yo había colaborado a levantar planos de la mayor parte de la actual zona de guerra, pero Crook solicitaba mi ayuda en calidad de médico cirujano.

El tren en que viajé a Cheyenne estaba ocupado casi totalmente por militares que iban camino del frente; aquella guerra llevaba años cociéndose. Pero a la sazón, dado que los mineros empezaban a llegar a las Black Hills en flagrante violación del tratado de 1868, y millares de indios de la reserva se habían sumado a sus recalcitrantes primos del norte, las hostilidades estaban a la vuelta de la esquina y podían extenderse por las Grandes Praderas. La región que más amaba en el mundo tal vez cambiara para siempre. Y yo sentía la necesidad de presenciar ese cambio.

Cheyenne, la soñolienta población de colonos en el territorio de Wyoming, se había convertido en un bullicioso depósito de material bélico; éste era cargado en carros y transportado al fuerte Laramie, desde donde a su vez sería transportado hasta el campamento de Crook. El general, con mil soldados y cientos de indios amigos, acampaba un poco más al norte, cerca del lugar en donde diez años antes había sido aniquilado el capitán William Fetterman durante lo que según decían había sido una auténtica matanza; los periódicos mencionaban un nombre que yo no había oído antes: Caballo Loco. En aquel entonces Caballo Loco era sólo un subalterno de Nube Roja, pero se rumoreaba que había sido él quien urdió la estrategia que hizo salir a Fetterman del fuerte Phil Kearny para caer en la emboscada que

acabó con él y ochenta soldados. Había sido esta acción, más que ninguna otra, la que había dado la victoria final a Nube Roja.

En Cheyenne los preparativos para la guerra me tuvieron entretenido, pero en cuanto me subí a un carro de mercancías rumbo al fuerte Laramie y hube aspirado el aroma a artemisa de la pradera, me sobrevino una extraña y abrumadora sensación de bienestar.

En el fuerte Laramie corrían constantes rumores; yo hacía caso omiso de ellos. Los indios hostiles estaban acampados a cientos de kilómetros más al norte pero, entre la población civil, el miedo se extendía como la pólvora. Por el contrario, los soldados tenían gana de pelea, querían una oportunidad para ajustar las cuentas a aquellos indios que se negaban a seguir a Nube Roja a la reserva que se les asignaba. En contra del consejo de algunos soldados rasos que conocí allí, me uní a un correo que estaba a punto de partir hacia el fuerte Fetterman.

Siempre me han gustado los buenos caballos. Verlos moverse me sosiega. Montarlos es una sensación demasiado sublime para ser expresada con palabras. El mayoral del coche correo disponía de una pequeña reata de diez caballos y me dijo que eligiera el que más me gustara. Escogí un bayo grande, castrado, que tenía una estrella fina entre los ojos. Se llamaba Buford. Andaba con la cabeza alta y tenía un modo de levantar con garbo sus blancas patas delanteras como si estuviera en una parada militar. Por más kilómetros que recorriéramos en un día, Buford no bajaba nunca la cabeza; siempre tenía las orejas erguidas y estaba alerta. Al día siguiente se dejaba lazar sin dificultad. Me transportó a lo largo de los trescientos kilómetros hasta el fuerte Fetterman sin dar un paso en falso. Pero cuando llegamos, el ejército se había trasladado más al norte. Nadie sabía su paradero exacto.

Las órdenes de Crook eran que me presentara «cuanto antes» en su campamento, de modo que sondeé al mayoral del coche del correo para ver si me vendía a Buford. Era difícil encontrar buenos caballos en la frontera, y el hombre rechazó rotundamente mi oferta. Pero a la mañana siguiente, mientras me despedía de Buford apoyando mi cabeza en la del caballo y susurrándole mi agradecimiento, el mayoral recapacitó.

—Caramba —dijo—, si un tipo es capaz de querer tanto a un caballo como para besarlo, supongo que yo no debería poner pegas.

Le metí los treinta dólares en el bolsillo de la camisa y me llevé a Buford. Encontramos una caravana que iba en busca de Crook. Se dirigía hacia un valle que yo recordaba de mi época de topógrafo como uno de los más bonitos que había visto nunca: el valle de Rosebud Creek.

Buford me transportó durante otros trescientos kilómetros, y ahora recuerdo ese trayecto como una vuelta al paraíso. Una quietud absoluta nos rodeaba, las distancias eran infinitas, y entretanto yo me decía que el placer que me proporcionaban el caballo, las interminables vistas y el viento fresco era desproporcionado. Pero en realidad no lo creía así. Todo parecía tan real, tan vivo... Estábamos en primavera y los días eran cálidos. La tierra era una explosión de hierba y de flores. Por las noches refrescaba, lo justo para dormir bien, y a mí me encantaba desenrollar mi petate en el suelo y tumbarme boca arriba para contemplar el cielo y escuchar las historias de los carreteros alrededor de la hoguera. Había dejado a mi esposa en Washington, me sentía culpable de pasarlo bien cuando una guerra estaba a punto de estallar. Parecía totalmente imposible que se acercaran duras pruebas, no obstante yo sabía que era así. Cuanto más nos acercábamos al campamento de Crook, más se hablaba de indios. Y cuando los hombres mencionaban el nombre de Caballo Loco, lo hacían en voz baja.

Los meses que había pasado en Washington trabajando sentado ante un escritorio habían embotado mis sentidos, pero en pocos días aprendí de nuevo a sentir, a oler y a oír las sutilezas de las praderas. Me sentía en casa.

Fanny, que era muy inteligente, sabía que yo estaba cansado de la ajetreada vida urbana y me había animado a ir con Crook. Ella volvería a Michigan y me esperaría allí. Al subir yo al tren en Washington, Fanny me besó en la boca delante de todo el mundo. Me clavó las uñas en el cogote y desbordó su cálido aliento en mi oreja. Cuando la miré vi que estaba llorando.

—Iré andando hasta Otter Point cada domingo —susurró.

La idea de que Fanny volviera al lugar de nuestras primeras intimidades, a orillas del lago Hurón, todavía me emociona. Cuál no había sido mi sorpresa al ver que el calesín de dos caballos del pobre y embaucado James Martin bajaba hasta el campamento topográfico en la desembocadura del río Detroit. Comprobé con agrado que James y tres amigos se apeaban con cestas de merienda, pero mi corazón se aceleró de golpe cuando vi a Fanny entre ellos.

Pasamos todo el día juntos, paseando por la playa, contándonos mutuamente nuestras vidas. James aguardaba nervioso junto a la fogata, pero Fanny no le hacía el menor caso. Al anoecer, después de que James insistiera en volver a Detroit, Fanny me llevó a Otter Point, a unos cuatrocientos metros de nuestro campamento. Cuando llegamos a la roca lisa que da nombre al lugar, Fanny se me acercó tanto que su perfume me trastornó. El sol se estaba poniendo, sus últimos rayos eran tibios y suaves. Se me quedó mirando y yo me incliné hacia sus labios.

Intenté armarme de valor para pedirle un beso pero no bien se me había ocurrido esa idea cuando mis manos ya estaban en sus mejillas. La atraje hacia mí y la besé con demasiada fuerza, y durante demasiado tiempo. Cuando me aparté, Fanny sonreía.

Yo estaba asustado de mi propia pasión.

—Oh, Dios —dije—. Lo siento. —Pero ella me puso un dedo sobre los labios y a punto estuve de besárselo también.

—No —protestó—. Quería que me besaras.

—Pero no ha estado bien. Perdona.

Fanny rió.

—Estás de broma.

Ah, qué ganas tenía de explicarle el ardor que sentía. Pero de repente apareció James Martin.

—Pues yo no estoy de guasa —dijo—. Hemos de regresar inmediatamente. Se está haciendo de noche.

—Sí—dije—. Sí, tenéis que iros.

James la tomó del brazo y Fanny dejó que se la llevara hacia el calesín. Pero sus ojos no dejaban de mirarme. Estuvo sonriendo con la cabeza vuelta hasta que se perdieron de vista. Aunque mi fascinación por las Grandes Praderas me impulsó a aceptar nuevos reconocimientos topográficos, Fanny y yo tardamos menos de un año y medio en casarnos.

Veo a Caballo Loco con tanta claridad ahora como entonces. Sus rasgos eran por igual caucásicos y sioux, pero, lógicamente, eso no lo menciona nadie. Si se lo preguntaran a alguien de nuestra época, diría que Caballo Loco era la quintaesencia del indio. La esencia de lo indio es algo dinámico y maleable, además de ser un concepto resbaladizo. ¿Un indio sedentario de pura raza es más indio que un mestizo nómada? ¿Un oglaga cristiano es más indio que un noruego panteísta?

Aquel día, en la ayudantía de Camp Robinson, se me ocurrió que los dos jefes que estaban allí conmigo debieron de observar el año anterior desde los riscos distantes cómo el convoy de suministros al que yo me había unido serpenteaba en dirección al campamento de Crook. Dicho campamento estaba a orillas del río Tongue, donde el terreno es abrupto y los rosales silvestres dan un toque de color. En las primeras fases de la guerra todavía parecía un lugar tan seguro y santo como la casa de mis padres en el centro de Detroit. Los riscos que había al oeste estaban a siete kilómetros de distancia, de modo que el campamento era fácil de defender. Aunque los soldados estaban algo nerviosos, nadie esperaba un ataque de los indios. Crook había elegido un lugar seguro para esperar a sus aliados. No se movería sin contar con sus crow, sus shoshones y sus pawnees. Para ellos era la ocasión de ajustar viejas cuentas, con la ayuda de un ejército de blancos no menos fieros que los odiados sioux.

Cuando me hicieron pasar a la tienda de Crook, vi que el general estaba enfrascado en una animada partida de whist. Ese día conocí al capitán Bourke, al teniente Schuyler y al teniente Clark. Se encontraban los cuatro inclinados sobre una pequeña mesa y chillaban cada vez que jugaban una mano. Dentro de aquella tienda se respiraba un ambiente distinto del que reinaba en el resto del campamento. Cuando Crook dejó de mirar la mano que acababa de perder y se volvió hacia mí, sus sabios ojos me examinaron como si yo fuera de otro mundo. Hizo que me sintiera más joven de lo que era en realidad. Crook frunció el ceño y asintió.

—Vaya, McGillycuddy —dijo—. Viaja usted deprisa. —Luego sonrió—. Y tiene un gran sentido de la oportunidad.

Los otros oficiales rieron porque sabían que los sioux estaban cerca. Schuyler y Bourke salieron tras oír una orden. Philo Clark permaneció allí y Crook me ofreció una silla. Desde que había recibido aquel telegrama en Washington yo no hacía más que preguntarme por que me había elegido a mí. Pensé que Crook iba a decirlo.

—Se avecina una batalla —empezó—. Hemos tenido problemas para establecer contacto con nuestros exploradores crow, pero eso ya está solucionado y no tardarán en llegar. A partir de ahí, la cosa puede empezar en cualquier momento. Quedará usted asignado al Segundo de Caballería. —Esperó mi reacción. Al ver que yo no decía nada, asintió—. Me alegro de tenerle aquí —dijo. Guiñó un ojo—. El teniente Clark le acompañará a su unidad.

Eso fue todo. Me levanté al mismo tiempo que el general y le saludé un tanto envarado.

—Sígueme, doctor —dijo Philo, que ya estaba saliendo de la tienda.

Atravesamos el campamento donde estaban reunidos un millar de hombres y mil novecientos caballos. A pesar de la excitación general, la actividad se desarrollaba en perfecto orden. Escuché educadamente las explicaciones de Philo sobre la disposición del campamento y la forma en que sería trasladado en cuanto llegaran los crow. Hablamos de la campaña y de la región. Philo formuló preguntas pertinentes acerca de mi trabajo como topógrafo. Pero me resultaba difícil concentrarme en la conversación. Nadie me había aclarado aún por qué estaba

yo allí. Finalmente, tras ser presentado a los oficiales del Segundo Regimiento, llevé a Philo aparte. Nos habíamos caído simpáticos enseguida y, aunque yo entonces no era muy dado a la franqueza, aventuré una pregunta directa:

—¿Qué quiere Crook de mí?

Philo sabía muy bien por qué se lo preguntaba, y sonrió antes de responder.

—Es difícil decir lo que el general ve en la gente —dijo—. Ha estudiado los mapas que usted ha trazado. Quizá le pareció interesante el modo en que usted reprodujo esta región. — Nos habíamos detenido al pie de un fresno que subsistía gracias a que sus raíces eran lo bastante profundas para alcanzar el agua del Tongue—. A Crook le encanta este lugar. A veces pienso que lamenta tener que ensangrentarlo con una guerra. —Philo se quitó el sombrero blanco y se enjugó la frente—. Es posible que piense que usted comparte ese mismo cariño, pero que está en situación de remediar el daño que él se verá obligado a infligir.

La franqueza y la perspicacia de Philo me sorprendieron.

—Siento gran admiración por estas praderas, eso es cierto —dije.

Philo asintió como si esperara mi respuesta y volvió a ponerse el sombrero.

—El general Crook tiene un don. Conoce el paisaje y a todos los actores. Sin duda ha pensado que usted hará bien su trabajo.

—Por supuesto —dije—. Pero ¿cuál es mi trabajo?

Philo volvió a sonreír.

—Usted es un hombre de ciencia —apuntó—. Seguro que lo sabrá en cuanto se le presente.

21

Philo era un hombre muy ágil. Entró por la puerta de la oficina del ayudante y fue directo hacia Caballo Loco. El jefe tenía los ojos abiertos pero vidriosos por efecto de la morfina. Philo sonrió; Caballo Loco también esbozó una leve sonrisa.

—Sé que tendrás valor —dijo Philo.

Caballo Loco comprendió sus palabras y asintió de manera casi imperceptible. Luego, con lo que para muchos blancos habría sido una gran falta de sensibilidad, pero que en aquel caso era del todo aceptable, Philo me preguntó:

—¿Tú crees que vivirá?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Depende de lo que haya pasado dentro de su cuerpo. Tendremos que esperar.

Philo y Caballo Loco se miraron.

—¿Qué es lo que esperas ver? —preguntó Philo.

—Si la bayoneta no ha afectado a sus órganos internos, probablemente vivirá.

—¿Y si no?

—Entonces morirá.

—Sería una pena. —Su voz sonó grave y sincera. Como soldados que eran, Philo y Caballo Loco tenían una relación muy complicada. No me sorprendí cuando Philo se agachó y tendió una mano hacia la cabeza de Caballo Loco. Eso hizo que Toca las Nubes se enderezara. Philo interrumpió su movimiento. Luego pronunció tres palabras en perfecto lakota —«He mita kola»— y Toca las Nubes volvió a sentarse. Caballo Loco movió ligeramente la cabeza y pronunció el nombre de Philo. «Sombrero Blanco», dijo. Philo asintió y posó la mano sobre la cabeza del jefe como habría hecho con un camarada.

—Y en caso de que haya afectado a un órgano vital, ¿no se puede hacer nada? —preguntó.

Dudé un momento, porque recientemente había leído un artículo sobre curación de órganos internos en una revista científica. Era todo muy hipotético, y más en las condiciones de un campamento en la frontera. Pero el texto, escrito por un francés, me había fascinado tanto que se lo releí a Fanny. Recuerdo que ella estaba a mi lado en la cama, y sus grandes pechos se adivinaban bajo el camisón. Incluso ahora, con las luces de otro barco de guerra doblando el cabo de San Francisco recuerdo el calor de la lámpara de petróleo sobre la mesita de noche y la manera en que ella inclinaba la cabeza mientras yo leía.

—Correcto —le dije a Philo—. Si la bayoneta ha tocado un órgano, no hay nada que hacer.

Philo meneó la cabeza y apretó los labios.

—¿Y cuándo lo sabrás? —inquirió, acariciando la cabeza de Caballo Loco.

—Si es el hígado, el riñón o el intestino, su corazón empezará a debilitarse. Eso lo sabremos pronto.

Philo se puso de pie.

—He teleografiado al general Crook a Camp Brown y también a Sheridan, que está en Chicago. Hasta ahora ninguno de ellos ha respondido, pero estoy seguro de que si él muere se llevarán un gran disgusto.

Nos miramos y, como de común acuerdo, nos dirigimos al otro extremo de la habitación.

—Haré lo que esté en mi mano —afirmé—, eso ya lo sabes. —De pronto me invadió un sentimiento de amargura—. ¿Tú crees que a ellos les importaría?

Philo asintió con la cabeza.

—Desde luego. Lo hemos estado hablando con detalle. —Se frotó la barba de dos o tres días—. Pero no sé si tú lo entenderías, Mac.

—Venga, Philo. Ponme a prueba.

Sonrió, divertido, ante mi reacción. Acto seguido me hizo señas de que le siguiese fuera.

Dejamos la puerta entreabierta y salimos a la luz de las estrellas. En la periferia de la plaza de armas ardían varias hogueras. Los caballos seguían resoplando y sus cascos golpeaban el suelo en la oscuridad. Unas mujeres gemían a lo lejos.

—Se ha discutido mucho acerca de qué había que hacer con Caballo Loco —dijo—. Se le podría considerar un prisionero de guerra, pero no es un prisionero corriente.

—De hecho, no es ni siquiera un prisionero —añadí—. Es un indio que ha entrado en la reserva conforme con lo que estipula el tratado.

—La cosa no está tan clara, Mac. Pero en cualquier caso, no es una persona corriente bajo ningún concepto. Ningún hombre de nuestra época, a excepción de Lincoln, ha tenido tanta influencia sobre su pueblo. Tu paciente, Mac, es un verdadero símbolo de todo esto. —Movié un brazo indicando todo lo que nos rodeaba—. Su influjo es inconmensurable y peligroso.

—¿No sería mejor que muriera?

—Las órdenes son mantenerlo con vida.

—Me estás coaccionando demasiado, pero con órdenes o sin ellas yo trato a todo el mundo por igual. Procuero que nadie se muera. Es mi trabajo.

Guardamos silencio. Un redoble grave de tambor empezó a sonar desde una de las fogatas. El sonido ocupó nuestra conciencia durante un buen rato.

—En cierto modo —dijo Philo—, tienes un trabajo sencillo, ¿no crees, Mac? Las grandes decisiones ya están tomadas.

Me mostré de acuerdo con él, pero al final de la jornada ya no estaría tan seguro.

—Es preferible que a los médicos les ahorren la responsabilidad de hacer historia —dije— La historia hay que dejarla para hombres como tú.

De nuevo guardamos silencio, escuchando una voz que se había sumado al tambor. Aquella combinación de sonidos me atravesó la piel. El trino se metió en mis huesos, y momentos después me pregunté si yo seguía siendo un médico como el que acababa de describirle a Philo. Sin duda alguna, no era ya aquel joven a quien McGraw había enviado al Oeste en busca de experiencias. El cambio que se había producido en mí, acentuado ahora por efecto del tambor y del canto, era como un secreto obscuro. Lo ahuyenté de mi mente y de mi corazón. Y así, mentalmente vacío, traté de empezar de nuevo.

—¿Y Fanny? —pregunté.

—He hablado con ella —dijo Philo—. Está bien. Dice que te traerá algo de cenar.

—Entonces, ¿no hay peligro?

—De momento no.

—¿Es eso lo que tanto te preocupa? ¿Crees que habrá una sublevación si Caballo Loco muere?

Philo meditó su respuesta con los ojos entornados.

—No —dijo—, tal como están las cosas, no creo que la gente de Caballo Loco esté preparada. Me preocupa más el futuro. —Se despidió con un saludo informal—. Empléate a fondo, Mac.

—Descuida —dije sin devolver el saludo.

Philo se alejó y yo elevé la vista al cielo. La negrura presentaba agujeros blancos. Me dejé flotar en la pérdida de percepción que origina la profundidad. Quería demorarme allí porque sabía que tan pronto como volviera a entrar en la oficina sentiría claustrofobia. Desde mi primer trabajo al aire libre, paredes y techos han conspirado siempre para darme una acuciante sensación de ahogo. Incluso a mi edad debo excusarme a veces, abrir una ventana y sacar la cabeza y los hombros para que me dé el aire. Esa necesidad se presenta en momentos inoportunos, en un restaurante, en el barbero, cuando examino a un huésped del hotel. De vez en cuando la gente que pasa por la calle mira y señala, preguntándose qué le pasará al viejo de cabellos blancos que saca la cabeza por la ventana de la tercera planta.

Regresé junto a mi paciente y le palpé el pecho. El corazón latía con fuerza, pero creí detectar un debilitamiento, una falta de elasticidad en el músculo que bombeaba la sangre hacia las extremidades. Toca las Nubes me perforó con la mirada mientras yo estaba concentrado en el pulso del paciente. No levanté la cabeza. Era difícil estar seguro sobre el corazón, de manera que coloqué a Caballo Loco sobre la cadera y retiré el algodón que le había puesto debajo de la espalda. Salió ensangrentado, aunque no mucho. Lo sustituí por un algodón limpio de los que Johnny había dejado encima del escritorio. Habría que cambiar pronto el vendaje, pero todavía no. Volví a dejar a Caballo Loco como parecía estar más cómodo y me senté en cuclillas. El maletín estaba sobre el escritorio. Lo cogí y lo abrí en el suelo. De una botella de cristal vertí una medida de alcohol y cloruro de hierro en una cuchara. Los ojos empañados de Caballo Loco vieron acercarse la cuchara y me interrogaron.

—Esto dará fuerza a tu sangre—dije—. Abre la boca. —Los labios del jefe se separaron para tragar la solución.

—Gracias, McGillycuddy —dijo Caballo Loco.

—De nada —respondí—. Ahora descansa.

Habló en lakota pero de forma que yo pudiera entenderle:

—No estoy cansado —dijo—. Soy como tú.

Yo le contesté en inglés. Habíamos aprendido a comunicarnos un poco en cada idioma, y también por signos.

—Oh —dije—. Yo también me canso.

—Estuviste dos días sin dormir —dijo Caballo Loco. Se refería a cuando había tratado a su mujer durante la fase más dura de su enfermedad.

—La conversación fue lo bastante interesante para mantenerme despierto.

Nos miramos y sonreímos, recordando cómo habíamos renovado de inmediato la amistad que se había iniciado en las frescas aguas del río Knife. Después de que Caballo Loco se rindiera a Philo, habíamos estado sentados en su tipi a la luz de la lumbre, hablando —primero con intérpretes— de la tierra que había sido el tema de aquella guerra.

—Recordabas la faz de la madre tierra como si fueras un indio —dijo con una sombra de dolor en su rostro.

—Era mi trabajo. La había dibujado en papel.

—Pero conocías Crow Creek. Sabías que los patos hacen sus nidos al pie de aquellos árboles. Me contaste que el agua corre hasta el mar y que luego vuelve a través del cielo.

—Soy científico —dije.

—Sí, un hombre que no siente nada y que cree que para todo hay respuesta.

Eso me hizo reír.

—¿Te dije eso?

Las comisuras de sus labios temblaron un poco, y luego subieron ligeramente.

—No —contestó—. Lo digo yo. —La sonrisa se convirtió en una mueca.

—No deberías hablar. Es mejor que descanses.

—Sólo me gusta hablar con los niños —dijo Caballo Loco—. Pero contigo es distinto.

—No te esfuerces —le dije. Le toqué la frente y dejé mi mano allí hasta que él cerró los ojos—. Duerme —añadí sin apartar la mano de su cabeza; la tensión desapareció pronto de su cara, y al poco rato respiraba tranquilo.

El campamento de Caballo Loco estaba a una hora a caballo de Camp Robinson. Fanny y yo íbamos allí siempre que podíamos. Aquellos largos días en el campamento de los indios hostiles que acababan de rendirse fueron los más agradables de mi vida. La incidencia de la

disentería y la malaria en Camp Robinson era reducida, y la mayor parte de los heridos en la guerra habían muerto o bien mejoraban lo suficiente para que mis servicios en el hospital no fueran requeridos a menudo. Fanny y yo teníamos tiempo y decidimos pasarlo ocupándonos de Chal Negro, una mujer tímida y reservada que luchaba contra una tuberculosis que la había dejado incapacitada. A Fanny le parecía que era mayor que Caballo Loco. Sin ser especialmente bonita, tenía su gracia a pesar de su estado de salud. Cuando llegábamos, Chal Negro siempre intentaba levantarse y ofrecernos comida y agua. Fanny, por supuesto, no se lo permitía. La obligaba suavemente a volver a tumbarse sobre la piel de búfalo que le servía de lecho y trataba de preparar algo en la cocina de estilo lakota. Caballo Loco sonreía al verla ajetrearse con las piedras al rojo de la lumbre y con el odre lleno de agua. Al final Fanny aprendió, y supo calentar el agua lo suficiente para hervir un poco de carne.

Disfrutábamos los cuatro de nuestra mutua compañía. Caballo Loco y Chal Negro siguieron siendo hospitalarios después de que ella se recuperara. También venían a Camp Robinson, pero nosotros lo pasábamos mejor en la libertad del campamento oglaga que en nuestra reducida cabaña de madera. Todo aquel verano, hasta que los rumores acabaron por imponerse, Fanny y yo aprovechamos la menor oportunidad para ir a la tienda de Caballo Loco. Atendí a muchos indios de diversas dolencias, pero la mayor parte de mi quehacer profesional estuvo dedicada a Chal Negro. Era tímida y, pese a su edad, tenía una reacción infantil hacia los blancos. Evitaba en lo posible conversar con Fanny, y aunque ésta sabía que la mujer de Caballo Loco tenía muchas cosas que decir, su conversación se limitaba a hablar de niños, de cocina y de cómo fabricar telas. Por el contrario, Caballo Loco y yo nos sonsacábamos el uno al otro para obtener toda la información posible. La ciencia le resultaba tan ajena que a veces adoptaba el papel de alumno mío. El tiempo y las estrellas eran asuntos que yo dominaba. Pero cuando se trataba de hablar de los animales de la pradera, era él quien sentaba cátedra.

Una mañana, cuando el sol ya estaba alto y sus rayos atravesaban limpiamente el aire sutil de la pradera sin mengua de su poder, mencioné de pasada que me daban miedo los depredadores que acosaban las manadas de búfalos. «Especialmente los lobos», dije. Como en muchas otras ocasiones Johnny Provost me había acompañado aquel día al campamento indio. Estaba tan aletargado por el bochorno como yo mismo y tradujo mis palabras en un tono soñoliento. Pero el calor no parecía afectar a Caballo Loco, que emitió una risita. Esa clase de ironía siempre estimula mi carácter combativo.

—¿Te parece cómica mi observación? —le pregunte. No hizo falta traductor. Caballo Loco respondió con un gesto de desdén.

—No son más temibles que tú o que yo —tradujo Johnny al momento. Se había convertido en el intérprete habitual de nuestras conversaciones.

—Es posible —dije—, pero nosotros somos criaturas despreciables.

Caballo Loco se echó a reír.

—Eso será en tu caso, doctor.

—Seguramente habrás visto lobos atacar a los de su propia especie por el placer de la violencia —dije.

—Nunca —dijo Caballo Loco.

—Pues yo sí. Vi a un cazador de búfalos disparar contra un macho grande de una jauría joven. Resultó herido y los demás le atacaron como si no fuera de los suyos.

Caballo Loco se encogió de hombros.

—¿Y por qué le disparó? La carne de lobo no es buena para comer.

—No sé por qué lo hizo, pero el resto de la jauría se volvió contra el lobo herido y lo destrozó a dentelladas. —Mientras Johnny traducía mis palabras al idioma lakota, guiñó un ojo y asintió con la cabeza.

—¿Puedes explicarme eso, jefe? —añadí.

Caballo Loco estaba sentado con las piernas cruzadas y frotaba un pedazo largo de madera con una piedra. Al principio no era más que una rama; ahora se estaba convirtiendo en un arco. Serviría para alguno de los muchachos de la tribu. Caballo Loco meditó mi pregunta mientras observaba cómo la piedra arrancaba espirales de madera. Todos los reunidos esperaban su respuesta. Tras levantar unas cuantas espirales más, alzó los ojos y le dijo algo a Johnny, que hizo un gesto de asentimiento pero dudó antes de hablar.

—Los lobos sanos —tradujo finalmente— mataron al herido por el bien de la jauría.

Yo no estaba muy seguro de qué había querido decir, pero decidí pasar al ataque.

—Exactamente —dije—. Están sedientos de sangre y satisfacen su sed siempre que el cuerpo se lo pide.

Caballo Loco siguió alisando el arco.

—No —repuso. Volvió a hablarle a Johnny, muy despacio, y éste se aplicó a traducir pausadamente sus palabras con la mayor fidelidad posible.

—No querían matar a su hermano —dijo Johnny. Reflexionó durante unos segundos—. Pero cuando un lobo pierde su dignidad, todos los lobos la pierden. Hicieron lo que tenían que hacer sólo para seguir siendo lobos.

Caballo Loco asintió con la cabeza como confirmándonos que eso era lo que había querido decir. Se produjo un silencio general; tuve tiempo de meditar sobre sus palabras. Desde entonces no se me han borrado de la memoria.

En otra ocasión Caballo Loco dijo:

—Los lobos son de admirar. Cuando monto a caballo, trato de ser como un lobo. Veloz y ágil. Bien pensado, paso de hombre a lobo y al final me convierto en pájaro. Ese es el modo de moverse por la pradera sin esfuerzo.

El lakota no es un idioma bonito, sino gutural y lleno de consonantes duras. Pese a ello, en ocasiones la voz de Caballo Loco resultaba poética y evocadora.

—Si no pudiera volar así —añadió— no podría vivir.

Al mirarle tiempo después, tumbado en el suelo de la oficina del ayudante, no vi en la cara de Caballo Loco el menor asomo de salvajismo. El jefe no parecía capaz de volar, ni libre, desde luego.

Si los crow que finalmente se unieron a Crook en la campaña de Yellowstone le hubieran visto en aquel estado, se habrían alegrado muy mucho. Cuando aquellos archienemigos de los sioux llegaron cabalgando al campamento de Crook, los oficiales, soldados y carreteros se

congregaron a su alrededor. Los crow eran fieros y altivos, estaban orgullosos de la estima que les dispensaba la tropa, pero enseguida se adaptaron a la rutina del campamento. Resultaron ser menos adustos de lo que aparentaban. De hecho, tan pronto como se sintieron cómodos, se comportaron igual que adolescentes deseosos de lucirse antes que como paganos. Reían y bromeaban en mal inglés y mediante gestos. Sin embargo, cuando surgía la palabra «sioux» o el nombre de Caballo Loco, entornaban los ojos y sacaban la barbilla. Rezumaban un odio instintivo, pero no había forma de saber si era fruto del desdén, el miedo o la envidia.

Poco después de su llegada, Crook convocó a los oficiales delante de su tienda. Los miró a todos a la cara. La larga espera antes de pasar a la acción estaba a punto de terminar. Recorreríamos a diario un mínimo de treinta kilómetros. Todos debíamos estar listos para partir después del almuerzo. La primera tarde intentaríamos avanzar veinte kilómetros; los rezagados corrían el riesgo de ser atacados, capturados y torturados por los sioux.

Cuando la conferencia tocaba a su fin, los crow empezaron a dar gritos y señalar hacia el sur. Una hilera de jinetes, brillantemente ataviados, cabalgaba a todo galope blandiendo lanzas y rifles. «Shoshones», gritaron los crow. Era el jefe Washakie, feroz y exaltado, junto con ochenta y seis de sus mejores guerreros. Los shoshones cruzaron el arroyo en columnas de a dos como una compañía de la caballería regular. Portaban dos banderas americanas y sus lanzas llevaban gallardetes de colores. Iban todos bien armados y lucían capas de color escarlata. Los shoshones eran indios bien disciplinados, peligrosos, imponentes. Pensé en lo que se avecinaba; sería el primer combate de mi vida, y me alegré de que aquellos indios fueran nuestros aliados. Me animó un poco saberlo, pero me pregunté cómo serían los sioux para inspirar tamaña excitación.

Mientras la columna se organizaba, mi nuevo amigo Philo Clark habló con Cuervo Viejo, el jefe de los crow. Me sorprendió la facilidad con que Philo hablaba su lengua. Era evidente que los dos hombres se conocían bien, y entendí por qué Philo había sido crucial para ganarse la amistad de aquellos indios.

Cuando todo estuvo a punto, Cuervo Viejo se plantó ante los oficiales y el resto de la tropa. Recabó, y obtuvo, la atención de todos al mantenerse inmóvil, callado, sin pestañear, hasta que todo estuvo en silencio. Me dispuse a escuchar un largo e inmoderado discurso traducido por uno de los franceses mestizos. Pero lo que oí aquel día fue una arenga de tal fiereza que me dejó perplejo.

—Estas tierras nos pertenecen por herencia —empezó Cuervo Viejo, abarcando la región entera con un amplio ademán—. El Gran Espíritu se las dio a nuestros padres, pero los sioux nos las arrebataron. Ellos cazan en nuestros montes, pescan en nuestros ríos, nos roban los caballos, asesinan a nuestras mujeres y nuestros niños.

Cuervo Viejo tenía una voz potente. Cuando movía la cabeza, el sol arrancaba destellos grises de sus cabellos, y en su rostro atezado brillaba la pasión.

—Las tiendas de los sioux están repletas de cabelleras de crow y de rostros pálidos. Nuestra guerra es sólo contra los sioux. Queremos recuperar nuestra tierra. Queremos sus caballos para nuestros jóvenes guerreros. Queremos a sus mujeres como esclavas, para que trabajen para nosotros como nuestras mujeres han tenido que hacerlo para ellos. —La intensidad de sus palabras silenció incluso a los soldados más insolentes—. Los sioux han pisoteado nuestros corazones. Nosotros escupiremos sobre sus cabelleras.

Se alzaron unos vítores no demasiado entusiastas. De pronto sentí miedo de verdad. Estaba sucediendo algo que me resultaba totalmente desconocido. En el silencio que siguió escruté los ojos de los oficiales e indios que me rodeaban. Su expresión era pétrea y concentrada; tuve la sensación de que me había perdido algo muy importante. La situación

me superaba, aquella tierra que me había adoptado ya no me resultaba familiar porque íbamos a entrar en una dimensión nueva. Por primera vez desde que había llegado a las Grandes Praderas, me sentí extraño y fuera de lugar.

La columna de soldados e indios era espectacular en color y movimiento, en pompa y ceremonia. Hasta que Cuervo Viejo habló, me había parecido un gran desfile. Pero después del discurso, mientras la larga columna partía rumbo al norte desde Little Goose Creek, comprendí que yo nunca había tomado parte en un acontecimiento semejante. Marchábamos por la misma región que yo había recorrido durante muchos días, pero lo hacíamos con una suerte de vigor desconocido para mí. Nos esperaba un poblado con decenas de miles de sioux hostiles. Se entablaría un combate, y sentí una punzada de vergüenza al pensar que mi sangre hervía tanto como la de cualquier hombre.

Estaba sentado a oscuras en la oficina del ayudante pensando qué podía hacer yo por mi amigo malherido cuando alguien llamó a la puerta y se oyó la voz de un soldado:

—La señora McGillicuddy viene a ver al doctor.

Antes de ponerme de pie palpé una vez más la cabeza de Caballo Loco. Los ojos del jefe se abrieron al contacto de mi mano. Le pregunté si le importaba que Fanny entrase en la habitación. Para mi agradable sorpresa, Caballo Loco sonrió.

—Me gustaría ver otra vez a tu mujer —declaró.

Asentí mientras me levantaba.

—Pues la verás —dije.

El cabo que escoltaba a Fanny sostenía en una mano una bandeja cubierta por un paño y en la otra una carabina Springfield. Fanny se adelantó para echarse en mis brazos. No estaba asustada, sólo le preocupaba mi bienestar. La luz de la lámpara iluminó su cara y se reflejó en sus grandes ojos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

Asintió con la cabeza mirándome fijamente y luego se apartó, satisfecha, al parecer, de mi aspecto. Sus ojos vagaron por la estancia y se posaron, en primer lugar, en Toca las Nubes, que permanecía sentado y quieto como una estatua, y luego en Caballo Loco, postrado en su lecho de mantas. El jefe la miró a su vez. Fanny no rehuyó sus ojos, sino que parecía sentirse atraída por ellos.

—¿Entiende lo que decimos? —me preguntó.

—Un poco. Está bajo el efecto de la morfina. La herida es grave.

—Eso se rumorea.

—Vaya. ¿Sabes algo del doctor Munn?

—No —Fanny siguió mirando a Caballo Loco—. Pero he hablado con su esposa. El doctor todavía está enfermo.

—Supongo que se habrá metido en cama con otra botella de medicina.

Fanny apartó la vista de Caballo Loco.

—¡Valentine! —exclamó con reproche—. De todos modos el doctor Munn no te servirá de nada. Ya sabes lo que opina de los sioux.

Desde luego que lo sabía. A Munn siempre le había molestado que yo atendiera a los indios.

—No le necesitas, ¿verdad? —preguntó. Me dirigió una mirada curiosamente penetrante. Fanny esperaba mucho de mí, y preferí no responder a su pregunta. Entonces el cabo intervino en la conversacion.

—El teniente Lee me ha pedido que le avise de que la gente de Caballo Loco está muy nerviosa —dijo dirigiéndose a mí—. Por lo visto, algunos del grupo de Nube Roja se han unido a ellos.

«Desertores», pensé.

—¿Hay peligro de un levantamiento general?

—No lo sé, señor. Todo es muy confuso. Dicen que Nube Roja procurará mantener unidos a los suyos.

—Imagino que sí —dije—. Para eso tiene mucho talento.

—He traído un poco de caldo —dijo Fanny—. ¿Podrá tomarlo el jefe?

—No veo por qué no. Seguro que le sentará bien.

La expresión de Fanny se suavizó.

—Estupendo. Y traigo cena para ti y para... —señaló hacia la figura sedente.

—Toca las Nubes —dije—. Es un jefe. Y un camarada de Caballo Loco, seguramente son amigos de la infancia.

Fanny sonrió con dulzura al imaginarse a aquellos dos hombres siendo amigos de niños. Luego se me acercó mucho.

—¿El alto habla? —susurró.

—No —respondí.

—Bueno —dijo ella, tomando la bandeja que el cabo aún sostenía en alto—. Apuesto a que comer sí come.

Retiró el paño que cubría la cena: buey asado, patatas hervidas y las últimas mazorcas del campamento. El primer plato fue para mí, el segundo para Toca las Nubes. Cuando éste lo aceptó, el plato se vio muy pequeño sobre sus rodillas. Fanny retrocedió asombrada mientras Toca las Nubes empezaba a atacar la humeante comida con una de sus enormes manos.

Fanny le llevó el caldo a Caballo Loco. El cabo que la había escoltado pareció inquietarse cuando ella se inclinó para darle la sopa a cucharadas a Caballo Loco. El soldado hizo ademán de acudir en su ayuda, pero yo le detuve con un gesto y le hice señas de que esperara fuera. Cuando el hombre se marchó, Fanny levantó la cabeza del herido y acercó la cuchara con caldo a sus labios resecos. Caballo Loco no miró el caldo, sino a Fanny. Hizo un esfuerzo por sorber, aunque era evidente que la morfina no actuaba, porque el paciente seguía teniendo los dientes apretados.

Me senté en una silla e intenté dar cuenta de mi cena.

—Tiene pinta de sufrir mucho —apuntó Fanny.

Dejé el plato y me senté en el suelo, al lado de ella. La morfina ya no calmaba los dolores de Caballo Loco. Antes de preparar otra jeringa, le palpé de nuevo el corazón y lo encontré más débil. La bayoneta tenía que haber tocado alguna víscera.

No me resultó fácil disimular mi decepción ante Fanny. Noté que me observaba mientras yo inyectaba la morfina en el brazo de Caballo Loco.

—Habría que cambiarle el vendaje —sugerí. Fui hasta la puerta y pedí al cabo que fuera a buscar a Johnny.

—No necesitas a Johnny para eso —dijo Fanny—. Yo te ayudaré. —Me miró casi indignada—. Siempre he querido ayudarte, sabes. Quiero decir en tu profesión.

Aflojamos el largo vendaje de algodón que ceñía el torso de Caballo Loco y luego yo levanté un poco al herido mientras Fanny retiraba el apósito por la parte inferior. Sólo vimos un poco de sangre hasta que el apósito quedó totalmente expuesto a la luz de la lámpara. Aunque la hemorragia no era tan grande como yo esperaba, saltaba a la vista que la sangre del jefe indio no coagulaba con normalidad.

—¿Vas a coserle la herida?

—Imposible —respondí—. Me temo que la hemorragia viene de dentro. Si cerrara la herida la sangre se esparciría por todo su cuerpo.

Fanny estaba arrollando una venda nueva del montón que Johnny había dejado sobre el escritorio. Tenía la cabeza ladeada, señal inequívoca de que estaba pensando seriamente en lo que le había dicho.

—¿Que viene de dentro, dices? ¿De algún músculo?

—No. De más adentro. Estoy seguro de que la bayoneta le ha perforado un riñón.

Fanny continuó reflexionando.

—Pobrecillo —dijo, casi para sus adentros.

Caballo Loco estaba mirando al techo. Ella meneó la cabeza pero siguió preparando el vendaje tal como le habían enseñado a hacer cuando el año anterior trabajó de voluntaria en un hospital de Washington. Guardamos silencio mientras envolvíamos de nuevo el cuerpo enjuto y musculoso del jefe. Caballo Loco trató de incorporarse para facilitarnos la tarea, pero tuve que sostenerlo y aportar casi todo el esfuerzo. Luego Fanny le arregló la manta que le servía de almohada, y yo, después de volver a recostarlo en el lecho, le anudé el vendaje sobre el pecho y le tomé el pulso. Había un estetoscopio sobre la mesa, pero a mí nunca me gustaron esos aparatos. Era mejor apoyar la cabeza en el pecho del paciente y auscultar con atención.

Fanny se sentó en el suelo con la amplia falda a su alrededor, y acarició la cabeza de Caballo Loco. Era imposible no pensar que algunos de los oficiales, y en especial sus esposas, habrían considerado inverosímil aquella escena. Esa idea todavía me indigna, pero en aquel momento yo no estaba muy seguro de por qué sentía tanta rabia. «Al cuerno con ellos», me dije. Fanny estaba hermosa así, cuidando de un hombre herido, fuera éste blanco o indio. Pero su actitud no era simplemente femenina. Tenía el entrecejo fruncido, y yo sabía que acabaría diciéndome en qué estaba pensando.

Fanny había sido muy franca desde el inicio de nuestro noviazgo. Me refiero a que cuando tenía algo que decir, lo decía. Recibí una carta suya sólo dos días antes de la batalla de Rosebud. «Los periódicos no hablan de otra cosa que del coronel Custer. El coronel Custer por aquí, el coronel Custer por allá. Dicen que si tiene éxito en la lucha contra los sioux se presentará a presidente, como si fuera el único soldado que existe. Yo creo que es como un muchacho con ganas de pasárselo bien.» Esas cosas nunca las habría dicho en público. Su comentario estaba motivado sin duda por la sensación de que la atención que la prensa dedicaba a Custer significaba indirectamente un menosprecio hacia mi persona. Pero era algo que también se decía en voz baja en el campamento de Crook. Las aspiraciones de Custer se derrumbarían cuatro semanas después, cuando el coronel yaciera muerto y putrefacto en una loma cercana al río Little Big Horn.

La batalla que los sioux llaman «Donde la muchacha salvó a su hermano» es para nosotros la batalla de Rosebud, y fue una gran derrota para Estados Unidos. Las semanas precedentes, Crook había salido victorioso de enfrentamientos menores. Tal vez se confió demasiado, o es posible que le superara la estrategia de Caballo Loco, quien nos tendió una trampa que Crook no supo ver a tiempo. Los crow y los shoshones que acababan de unirse a nuestras filas resultaron ser más un adorno que una ayuda. Al primer contraataque, su disciplina se esfumó, así como su efectividad. El hombre que perdió el brazo llegó a mí en el inicio del combate y yo le suturé el ensangrentado muñón con puntadas precisas, del mismo modo que una anciana cosería para calmarse un poco.

Cuando me integré en el campamento de Crook, Johnny Provost me había sido asignado como ayudante. Cumplía bien sus obligaciones, pero yo tenía que darle ánimos. Existía el peligro constante de que nuestro hospital fuera atacado, y yo tenía mi revólver siempre a mano porque no disponíamos de centinelas. De hecho era un hospital improvisado; la mayoría de los heridos estaban tendidos en el suelo. Una hora después de empezar el combate, todo mi romanticismo acerca de la guerra se había desvanecido. Nunca había visto tantos hombres que necesitaran mis cuidados. Nunca había visto tanta sangre. Y después, cuando me encargué del convoy de heridos durante la retirada de tres días, y vi morir a hombres que no tenían por qué haber muerto, jamás me había sentido tan cansado. Retrocedimos hasta Little Goose Creek para curar a los heridos y restaurar el orden en nuestras filas. Sin embargo, el mando dio muestras de sumirse en un profundo sopor. Ni Crook ni sus tropas parecían dispuestos a moverse.

Un poco más al norte, Custer, Gibbon y Terry estaban cercando a los mismos indios que tan bien habían peleado en la batalla de Rosebud. Nadie sabía con exactitud dónde acampaban ni cuántos eran, de modo que existía el miedo a lo desconocido. Pero Crook y sus oficiales parecían haberse olvidado de la guerra. Enviaron destacamentos al norte con la idea de que se pusieran en contacto con los otros brazos de la pinza; todos ellos volvieron sin haber encontrado hombres blancos. Sí encontraron, en cambio, sioux y cheyenes. El enemigo parecía controlar toda la región al norte de Little Goose Creek. A través del fuerte Fetterman nos llegaba correo del sur, y precisamente debido a ese contacto con la civilización, la rutina diaria se vio deslucida por una gran tristeza. Crook se iba a cazar como si la guerra hubiera terminado; los hombres jugaban a las cartas o pescaban, cosa que yo no me atrevía a hacer. Había quien capturaba cientos de peces al día, como si le hicieran pagar su frustración a la tierra agotando sus nutrientes.

Yo cuidaba de los heridos y bregaba con la sensación de que pasaba algo que no alcanzaba a entender. Algunos días montaba a Buford y me iba a las colinas, hasta el límite de la zona segura, desde donde escrutaba la zona norte en busca de un indicio. Ninguno de los oficiales de Crook sabía que Custer se aproximaba sin pausas al Little Big Horn; pero yo, como hace un animal, presentía que algo estaba a punto de ocurrir.

Ahora, mientras observaba a Fanny, me pregunté si Caballo Loco sabía que Custer estaba acercándose a su campamento aquel bochornoso día de junio. ¿Desempeñó Caballo

Loco, como algunos afirmaron, el papel principal en la catástrofe, o todo ello fue parte de un gran mito que estaba naciendo?

—¿Tratarás de extirparle el riñón, para que no sangre más? —Como era típico en ella, Fanny se había centrado directamente en el dilema que me venía acuciando desde hacía una hora.

—Es algo que no se suele hacer —dije.

—Pero lo explicaban en esa revista que me leíste. —Me miró más como camarada que como esposa.

—Es una posibilidad, sí —dije—. Pero no estoy seguro todavía. Hay que seguir vigilando el pulso un rato más. Si empieza a fallar, operar podría ser la única alternativa.

—Tú puedes hacerlo —dijo Fanny, asintiendo.

En ese momento Johnny entró en la habitación sin hacer ruido, y Caballo Loco emitió un sonido grave que parecía el inicio de una canción. El jefe abrió los ojos y vio que Fanny le observaba. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Cerró de nuevo los ojos y ella le tocó la cara, dejando que su mano recorriera la cicatriz blanca que nacía en el labio superior, cruzaba el pómulo y terminaba en la oreja izquierda. Todo estaba en silencio. Fanny volvió a pasar los dedos por la cicatriz.

Del fondo de la habitación llegó una voz como el sonido de mil caballos corriendo en lontananza.

—Mazasu —tronó.

Desconcertados, Fanny y yo nos miramos. Ambos identificamos a un tiempo el origen de la voz y nos volvimos para mirar a Toca las Nubes. Estaba tan tieso como el palo de una lanza.

—Mazasu —repitió, señalando hacia Johnny.

—Esa cicatriz es de una herida de bala —tradujo Johnny.

—Tatanka sapawi hignaku ta mazaha ki.

—Le disparó el esposo de Mujer Búfalo Negro.

Fanny abrió unos ojos como platos y se quedó con la boca entreabierta. En el modo en que Toca las Nubes nos había proporcionado la información sobre la cicatriz de Caballo Loco había algo que daba a entender que quería seguir hablando. De pronto comprendí que el jefe deseaba hablar de su amigo.

—¿Mujer Búfalo Negro...? —dije.

Toca las Nubes empezó a explicarse y Johnny nos fue traduciendo su historia, procurando ajustarse al modo de hablar del jefe.

—Caballo Loco y Mujer Búfalo Negro eran amigos desde la infancia. Ella era sobrina de Nube Roja. —Toca las Nubes asintió ligeramente con la cabeza y entornó los ojos recordando tal vez aquellos días en que todos eran jóvenes—. Pero Caballo Loco no podía casarse porque había jurado proteger a todos los indefensos de su tribu.

Fanny dejó de acariciar la cabeza de Caballo Loco. Él estaba descansando, dormido quizá, y no parecía muy distinto de un niño.

—De modo que ella se casó con otro —dijo Fanny.

Sus palabras fueron traducidas y Toca las Nubes asintió.

—Sí—dijo Johnny—. Fue cuando Caballo Loco peleaba contra los crow. El hombre era Sin Agua.

Aquel nombre me sonaba. Había sido Sin Agua quien había agotado a dos caballos persiguiendo a Caballo Loco. Los rasgos de Fanny se habían suavizado al oír las palabras de Toca las Nubes, pero sin duda alguna ella no sabía que la historia era mucho más complicada. Yo estaba seguro de que Fanny intentaría desentrañar la maraña.

—¿Y por qué disparó Sin Agua contra Caballo Loco?

Toca las Nubes no respondió de inmediato. Esperó tanto que nos dio la impresión de que ya no iba a hablar más.

—Al final —dijo— se sentían demasiado atraídos el uno por el otro. Se escaparon. Sin Agua hubiera debido dejarla marchar. Es la costumbre entre nosotros. Pero no lo hizo. Irrumpió en el tipi y le disparó a él a la cara.

—¿Y ella? —preguntó Fanny.

—Tiene la nariz cortada pero sigue viviendo con Sin Agua, en la reserva de Nube Roja.

Fanny frunció el entrecejo al pensar en el castigo que había sufrido Mujer Búfalo Negro. Entonces se acordó de la esposa de Caballo Loco y el asombro se le notó en la cara.

—Dios mío —musitó—. ¿Chal Negro sabe lo que está pasando?

—Es probable que a estas horas lo sepa —respondí—. Supongo que los rumores habrán llegado hasta su campamento.

—¿Crees que vendrá?

Me encogí de hombros, porque no tenía manera de saberlo.

—Seguro que está en el campamento de Toca las Nubes.

Fanny le miró.

—¿Vendrá Chal Negro? —Su voz sonó apremiante, y la estoica mirada de Toca las Nubes mientras escuchaba la traducción de Johnny fue una respuesta cruel.

—Seguro que vendrá —aventuré para tranquilizar a Fanny.

—No —dijo Toca las Nubes—. Es peligroso. Sólo yo. Y Lombriz, el padre de Caballo Loco, si es que su hijo muere.

Todos miramos al herido. Tenía los ojos cerrados, pero los músculos de su mandíbula evidenciaban que el dolor no había abandonado su cuerpo. Fanny pareció leer mis pensamientos. Me daba escalofríos pensar en un hombre que sufría a solas, lejos y a la vez tan cerca de su mujer. Pensé en lo mucho que yo habría necesitado a Fanny de haber estado en la situación de Caballo Loco, y fui consciente de las tragedias que la política podía ocasionar.

—Puede morir en cualquier momento —me dijo Fanny.

—Sí, la cosa es seria —afirmé.

—¿Y qué piensas hacer?

—Mira —dije en voz baja—, no estoy seguro de cuál es el problema, de modo que no se me ocurre ninguna solución. —Me atusé una punta del bigote, un mal hábito que conservo todavía, y aparté la vista.

—Pero Valentine —dijo Fanny—, podrías hacer lo que quisieras. ¿Por qué no te decides? —Me miró, y advertí que estaba confusa y, en cierto modo, decepcionada.

Fanny se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Tienes la posibilidad de modificar los acontecimientos. No entiendo por qué nunca aprovechas las oportunidades que se te presentan.

Abrió la puerta con expresión de perplejidad.

—He de volver con Lucy —dijo más que nada para sí. El cabo, que esperaba fuera, se puso firmes—. Volveré a por los platos.

Pero antes de cerrar la puerta, Fanny me dedicó una última mirada que me fulminó.

Una ligera capa de sudor cubría la frente de Caballo Loco, pero cuando la toqué comprobé que no tenía fiebre. Era un hombre tan condenadamente sano que matarle tenía que ser, por fuerza, difícil. Presioné uno de sus bíceps con el dedo y el músculo reaccionó igual que el de un adolescente. Toda su musculatura se destacaba en relieve. A menudo me pregunto cuántas veces habrían estirado esos brazos la cuerda de un arco, cuántos ciervos y alces habrían matado. Todavía pienso en estas cosas; el mugido de los búfalos ensartados desde un caballo y el retumbar de sus pezuñas aún me hace temblar. Casi puedo rescatar la visión de aquellos guerreros cabalgando a pelo, pegados al pescuezo del caballo, y precipitándose sobre nuestra desconcertada columna cuando finalmente nos arriesgamos a salir al descubierto.

Me retrepé en el asiento y paseé la mirada desde mi paciente a Toca las Nubes.

—Cuéntame cómo peleó —pedí en mal lakota—. Cuéntame cómo ocurrió todo.

Johnny acudió en mi ayuda:

—Tasanka witko toske wica kiza hwo?

Una débil sonrisa iluminó de nuevo la cara del jefe como si también él oyera la carga de los caballos sin herrar.

—¿Era tan excepcional como dicen algunos? —pregunté.

Toca las Nubes dudó como hacen los sioux y yo me pregunté si habría captado el significado de la pregunta. Johnny me indicó con un gesto que así era.

—Nunca le ataba la cola a su caballo —explicó tras pensar un rato. Luego asintió con la cabeza como si la imagen de su amigo estuviera clara ante sus ojos—. No le importaban adornos ni plumas. Pensaba que un caballo tenía que tener la cola libre para equilibrar sus saltos y para matar moscas.

Se produjo una pausa; imagino que los tres teníamos mucho afecto a los caballos.

—¿Qué clase de hombre es, en realidad?

—La visión que tuvo de niño le marcó para siempre —dijo Toca las Nubes. La pausa que siguió a sus palabras fue desesperante. No pude aguardar más.

—¿Una visión?

Caballo Loco nunca había hablado de nada semejante, pero yo conocía bien su costumbre de prever el futuro mediante los sueños. Era una idea maravillosa; ojalá los presbiterianos tuvieran una magia similar en su doctrina. Yo le habría encontrado antes un sentido a la vida.

—Fue un niño poco corriente. Siempre estaba solo, sabía tratar a los caballos, y era muy callado. Era muy diestro en los juegos, siempre de guerra, por supuesto.

A los muchachos sioux se les daba muy bien montar a caballo, disparar flechas, robar carne de la que estaba puesta a secar. Yo mismo los había visto en sus campamentos y sabía que Toca las Nubes estaba en lo cierto: todo era un entrenamiento para la guerra: el robo de caballos, la resistencia, el coraje.

—Woihambli ki tuku bwo? —dije. ¿Y el sueño?

—Woihambli ki tuku hwo? —repitió Johnny acentuando las sílabas correctas.

Toca las Nubes mostró una expresión distante y yo lamenté mi insistencia. De repente temí que dejara de hablar. Pero el jefe sólo estaba recapacitando. Tal vez recordaba la época en que él y Caballo Loco, chicos los dos, habían ido a las colinas buscando sabiduría y profecías en el mundo de los espíritus. Todo aquello era nuevo para mí, pero desde entonces he visto muchos místicos y visionarios entre los sioux. Danzas del Sol y Danzas de los Fantasmas. Visiones que en general son una mezcla de embaucamiento y postración que conduce a tener alucinaciones. Como toda religión, es una tontería, sólo que a veces funciona.

—Oso Conquistador estaba agonizando —dijo Toca las Nubes.

Aquello me pilló desprevenido y hube de hacer un esfuerzo para recordar que Oso Conquistador fue el primer caudillo elegido por el ejército como jefe de toda la nación sioux; en cierto sentido era el progenitor de Nube Roja. Se le dio poder absoluto sobre los artículos que anualmente entregaba Estados Unidos a cambio de la paz. Los indios no comprendían el concepto de «jefe supremo», pero los militares insistieron, pensando que de este modo honraban a Oso Conquistador. Le hicieron un flaco favor al jefe sioux. Fue mortalmente herido por una descarga de treinta mosquetones disparados a quemarropa. Minutos después de que éste hubiera sido abatido, todos los fusileros y sus oficiales murieron a manos de los guerreros de Oso Conquistador. Fue el choque inicial de la primera guerra sioux. Y como en cada encuentro importante, Caballo Loco —pese a ser sólo un muchacho— estuvo allí.

—Caballo Loco ayunó durante tres días, y la tercera noche de las profundidades del lago surgió un hombre ataviado con una sencilla camisa y unas polainas. Montaba un buen caballo, pero ni él ni el animal iban pintados. El hombre llevaba una solitaria pluma de águila en el pelo, y detrás de la oreja una pequeña piedra marrón.

Todos miramos a Caballo Loco. La piedra del sueño era la misma que Fanny había tocado hacía sólo unos minutos.

—¿Era el hombre en que se convertiría después?

—Era el hombre que es, pero también era un maestro. —Toca las Nubes dudó de nuevo, y me dieron ganas de apremiarle a que siguiera. Pero no sabía cómo hacerlo, de modo que tuve que callarme.

—Le enseñó a Caballo Loco a cubrirse de polvo, y a cubrir también al caballo, antes de la batalla. Para que ninguna bala enemiga pudiera matarle en combate. Enseñó a Caballo Loco a pasar cabalgando entre sus enemigos, a mantener fresca su montura. Le dijo que su propio pueblo trataría de hacerlo caer de su caballo, pero que él siempre debería ser bondadoso con los indefensos. Le prohibió cortar cabelleras. Todo lo que ganara en sus batallas lo daría a los demás. Cazaría para su pueblo y sería el último en comer. —Toca las Nubes había estado mirando al vacío como si viera algo que Johnny y yo no podíamos ver. Dejó que el silencio perdurara y luego me miró a mí—. Todas estas cosas las ha hecho —dijo—. Sólo queda una profecía.

—¿De qué se trata?

—He taku hwo? —preguntó Johnny.

—Cuando finalmente le maten —dijo Toca las Nubes—, sus amigos se ocuparán de tomar sus armas.

—Siempre será recordado como un guerrero —dije yo—, muera como muera.

—Sí, siempre ha sido un guerrero. Mató a muchos hombres. Crow, shoshones, omahas, pawnees.

—¿Y blancos? —pregunté—. Wasicun?

—Han —respondió Toca las Nubes—. Ska wica sa otapiyelo.

Miré a Johnny esperando una traducción.

—Sí —dijo—. Muchos. Muchos hombres blancos.

A mediados del siglo XIX el sur de Michigan era un lugar civilizado con ciudades e instituciones que ilustraban lo mejor de nuestro país. Era un semillero de políticos, educadores, pensadores y, por encima de todo, paladines de una Unión que había superado recientemente una guerra como el mundo no había visto jamás. Fanny y yo éramos productos corrientes de esa cultura. Durante la guerra civil, y en años posteriores, el ciudadano más conspicuo de aquella zona vital fue el general George Armstrong Custer.

El general y su esposa Elizabeth residían en Monroe (Michigan), cincuenta kilómetros escasos al sur de Detroit. Los Custer fueron un modelo para muchas parejas jóvenes durante y después de la guerra de Secesión. Nosotros no fuimos una excepción. Cuando Custer ascendió a general de brigada yo sólo era un muchacho, y él no me llevaba muchos más años. El gallardo militar tomó el mando del Primero de Voluntarios de Michigan a la edad de veintitrés años y en plena guerra civil se convirtió en un héroe. Su coraje y sus hazañas dentro y fuera del campo de batalla eran bien conocidos de todos gracias a la cobertura informativa de la contienda. Custer era un hombre que inspiraba una tremenda confianza en aquellos ideales unionistas por los que muchos habían dado la vida. Cuando me enteré de que Custer iba a mandar el Séptimo de Caballería en la campaña de Yellowstone, me entusiasmé de verdad, porque eso significaba que iba a participar en la misma campaña que mi héroe de la infancia. Todavía no conocía la diferencia entre un héroe y un asesino legitimado por la guerra.

Escribí a Fanny una carta atolondrada prediciendo que, cuando las tres columnas se reunieran, tendría el honor de ver en persona a George Custer. La posibilidad de que Custer acabara muerto, desnudo, mutilado y enterrado en una tumba anónima nunca se me habría ocurrido.

La columna de Crook había abandonado nuestro santuario de Little Goose Creek para enfrentarse a un tórrido mes de julio. Una mañana, en algún punto de la zona próxima al río Powder llegó a la tienda de Crook un mensajero procedente del norte. Era el primer contacto que teníamos con las otras columnas desde antes de nuestra derrota en Rosebud. En el campamento empezaron a circular rumores de que los indios hostiles habían sido localizados, de que el general Terry los había atacado y de que las víctimas eran muy numerosas. Al final se filtró la noticia de que el invencible Custer y más de trescientos soldados habían resultado muertos. Aquello nos desmoralizó profundamente. En un esfuerzo por mantener unida a la tropa, Crook sentenció que la versión de la batalla no era digna de confianza. Con todo, cuando partimos hacia el norte lo hicimos con gran incertidumbre.

Durante ocho días, Crook se mostró cauto y vacilante en el mando, hasta que por fin pudo enviar un mensajero a Terry. A lo largo de aquella semana divisamos guerreros sioux en nuestros flancos casi a diario, y todos creíamos que el ataque era inminente. En el fondo, nosotros dábamos por ciertos los rumores. Custer, un semidiós dotado de muchísimo más talento y coraje que cualquier mortal, había muerto a manos del enemigo que ahora nos tenía rodeados. Los oficiales de carrera aparentaban sentirse confiados pero yo, en calidad de médico, hube de consolar a varios soldados jóvenes que estaban literalmente muertos de miedo, de hecho apenas hacían otra cosa que sollozar mientras se abrazaban a sí mismos y se mecían hacia delante y atrás.

Una tarde los exploradores shoshones trajeron varias cabelleras de sioux que habían encontrado. Desfilaron por el campamento con sus ensangrentados trofeos en la punta de las lanzas. Tuve ocasión de hablar con un guerrero joven que aseguraba haber arrancado una de ellas. El muchacho sonreía agitando ante mí aquella mata de pelos sanguinolentos. Me costaba entenderle: dijo algo sobre su propia valentía, sobre el miedo que les había entrado a los sioux

al verlo a él, y que habían echado a correr como antílopes. Aunque no le entendí del todo, sí comprendí que sus bravatas reflejaban el terror que sentía en su joven corazón. Era la manera de hablar de un muchacho asustado, y la cabellera de la que tan orgulloso estaba pertenecía, puedo asegurarlo, a una mujer.

El 8 de agosto cruzamos un enorme poblado desierto a orillas del río Little Big Horn. Varios millares de sioux habían acampado en él. Tardamos casi una hora en recorrerlo de un extremo al otro. El calor era insoportable; el polvo que levantaban los caballos quedaba flotando en el aire de forma que lo que respirábamos era mitad tierra. Hacia el este una cortina de humo negro oscurecía el horizonte, pues los sioux estaban incendiando la pradera y quemando todo el pasto a fin de que tuviéramos que abandonar nuestra persecución al vernos faltos de forraje. La columna recorrió varios kilómetros de poblado fantasma. Los armazones de tipi y los soportes para secar carne tenían un aspecto misterioso e inútil, lo mismo que los efectos personales de los indios que habían huido. Yo no me di cuenta entonces, pero ahora sé que estaba atravesando los restos de toda una cultura. Jamás tantos indios volverían a acampar en un solo lugar.

La caravana dejó atrás andamiajes fúnebres contruidos a toda prisa y un poste desnudo que había servido para la danza del sol. Largas y reseca tiras de cuero que habían sujetado a los danzantes mediante estaquillas de madera incrustadas en la carne pendían a merced del viento achicharrante. En lo alto del poste un muñeco colgaba de una tira de cuero sin curtir. Era una estatuilla de un guerrero sioux montado a caballo y desnudo, con un falo que se erguía descomunal hasta la altura de su cabeza. Un soldado arrancó el falo de un certero disparo de rifle ante los vítores de toda la columna. Un oficial que montaba cerca de mí escupió asqueado su tabaco. «Adoradores del diablo —dijo entre dientes—. Imagínese qué religión, cuando la simboliza esa cosa.» Le di estúpidamente la razón, pero ahora no estoy tan seguro de que un símbolo fálico sea peor que los símbolos de otras religiones. Al menos tiene un sentido.

La noche del 9 al 10 de agosto el tiempo cambió. A la mañana siguiente una gruesa capa de escarcha cubría a los hombres dormidos y el suelo irradiaba un frío intenso. Esa tarde, tras reunirnos por fin con el general Terry, vimos el lugar donde estaban enterrados los trescientos once oficiales y soldados que habían perecido con Custer en la batalla de Little Big Horn. Por boca de quienes los habían encontrado supe que fueron mutilados a hachazos: dedos, genitales, incluso cabezas. Cientos de flechas sobresalían de partes no vitales de los cadáveres; en el suelo se veían las largas marcas producidas por los soldados al tratar en vano de huir de sus torturadores, quienes, sin duda, debieron de seguirlos riéndose y haciendo apuestas para ver cuánto durarían vivos. Por lo visto fueron las mujeres quienes más se ensañaron con las víctimas, pero todos parecían convenir en que el ataque lo había dirigido Caballo Loco.

A media tarde estuve junto a la tumba donde, según se aseguraba, estaba sepultado el hombre a quien yo había admirado siendo un muchacho. Me invadió el pesimismo, y no pude evitar preguntarme qué habría salido mal. Algunos decían que Custer había muerto como un héroe, mientras que otros afirmaban que lo había hecho como un cobarde y un estúpido. De ser esto cierto, o incluso si no lo era, ¿qué papel desempeñaba todo aquello que él defendía? ¿Qué ocurría con la Unión, con la emancipación, con la Constitución, el coraje y el honor? ¿Había cambiado algo? ¿Acaso las leyes de la naturaleza eran distintas en la orilla occidental del Missouri?

Estuve caminando por el campo de batalla e imaginándome lo que debía de haber sido aquella masacre; luego me volví hacia el este, hacia donde los incendios estaban devorando los pastos y privando de forraje a cualquier columna que tratara de hostigar a los asesinos de Custer. Cientos de hectáreas calcinadas entre donde yo estaba y las Black Hills, situadas a unos trescientos kilómetros hacia el sureste. Los sioux estaban convirtiendo en un yermo la tierra por la que peleaban. Sentí un escalofrío como si me hubieran clavado una flecha, y por

dos razones. Primero, porque empezaba a considerar mía aquella tierra quemada, y, segundo, porque estaba casi petrificado por el miedo. Crook tendría que perseguir a esos indios. Yo no quería ir con él. Ahora, después de tantos y tantos años, sé que quien organizó aquella cortina de fuego fue Caballo Loco. Si lo hubiéramos sabido entonces, nuestro miedo se habría vuelto pánico. Los soldados se habrían amotinado.

Pero incluso sin saberlo, otros tan cobardes como yo no acertaban a ocultar su aprensión. Y muchos soldados mostraban síntomas evidentes de estar emocionalmente destrozados. Fue en aquel campamento donde atendí por primera vez al soldado Holden. Su sargento le había dicho que viniera a hablar conmigo, pero Holden no parecía saber de qué diantres tenía que hablar. Yo me afanaba atendiendo los casos de disentería y de malaria, curando a los heridos de Crook, y ahora también a los de Terry. Tenía la bata y las manos manchadas de sangre, y varios hombres me llamaban desde sus catres en pleno delirio. Pero le indiqué por señas a Holden que podía hablarme.

—El sargento Arnold insiste en que digo tonterías —empezó Holden—. Me ha enviado al capellán pero el capellán es luterano. No ha querido saber nada de mí.

Me remangué la bata preparándome para el siguiente paciente. Intentaba mantener un aspecto profesional incluso en aquellas condiciones extremas. Pero, como es natural, no lavaba la bata desde hacía más de una semana, de modo que la prenda estaba sucia de sudor y del polvo de varios días de camino, le faltaba un botón, y mostraba manchones y salpicaduras de sangre. Eso me molestaba, aunque estaba seguro de que nadie lo advertía. Le había pedido ya al cabo Provost que me lavara la bata y la camisa de recambio cuando tuviera ocasión. Pero Johnny trabajaba tanto como yo y a mi mismo ritmo, soportando el calor, así que aunque no llegaran más heridos, todavía pasarían dos días antes de que él o yo pudiéramos hacer nuestra colada.

—¿Cuál es el problema? —le pregunté a Holden mientras extraía una flecha del muslo infectado de un soldado joven y muy peludo.

—El sargento y yo tenemos ciertas diferencias políticas.

—¿Diferencias políticas?

Lo pregunté sin pensar, concentrado en mi paciente, que hacía todo lo posible por aguantar sin chistar el trabajo de mi escalpelo. El tejido muerto se separaba dejando al descubierto el pus que había debajo, pero el soldado procuraba sonreír. El rubio pelo se le pegaba a la frente, cubierta de gotitas de sudor; el pobre transpiraba no sólo a causa del calor, sino también del sufrimiento.

—Las diferencias políticas no suelen ser cosa de la medicina —dije.

—Bueno, es que son más sociales que políticas.

La precisión de aquel comentario me hizo levantar la vista. Observé a Holden: era un joven pulcro y apuesto, y su cara ancha mostraba una sempiterna sonrisa. Por lo que me habían dicho, se expresaba con mayor claridad que cualquier recluta de los que yo había conocido desde que partiera de Cheyenne. Entre oleadas de fatiga me puse a pensar que, si hubiéramos estado en un lugar civilizado y con tiempo de sobra, habría sido agradable pasar una tarde charlando con aquel hombre. Siempre me han gustado estas veladas, un buen cigarro, quizás un vaso de oporto, Fanny a mi lado, la lumbre encendida. Durante la campaña de Yellowstone anhelé más de una vez pasar una velada así. Habría sido bonito dar un largo paseo con Holden y conocer al detalle las divergencias de opinión que tenía con su sargento. Pero estaba demasiado ocupado con casos como el del joven que hacía muecas de dolor

delante de mí. En vez de sentir curiosidad por saber el tema de la discusión entre el sargento y el soldado, me irrité contra el primero por haberme mandado a su subalterno.

—Bien, ¿y qué le dijo usted al sargento, para que se molestara tanto?

—No estoy muy seguro, señor. Estábamos hablando de lo que pasó con el Séptimo de Custer y yo dije que era comprensible.

—Ninguno de nosotros puede achacar las culpas a nadie, soldado.

—No me refiero a que yo comprenda de qué forma se produjo el ataque. Esas cosas ocurren y basta. Me refiero a lo que pasó después.

En aquel momento yo estaba vendándole la herida al joven y peludo soldado. Johnny, que había acabado lo que estaba haciendo, vino a echarme una mano y le enjugó el sudor de la frente.

—¿Después de qué? —pregunté.

—Me refiero a la carnicería. Le dije al sargento que entendía que esos indios quisieran hacer pedazos a los blancos.

El soldado del pelo rizado se inclinó un poco hacia delante y se puso tenso. Luego se apoyó en un codo y miró con dureza a Holden. El ambiente estaba demasiado caldeado para dejar que éste siguiera hablando ante un hombre que podía encontrarse exactamente en la misma situación que los del Séptimo de Caballería.

—Todo va bien, soldado —le dije al herido—. El cabo Provost le dará unas sales. Haga lo que él le diga.

Johnny me leyó el pensamiento, hizo que el soldado se levantara y se lo llevó lejos de Holden. Me alejé del toldo, seguido por Holden. Aunque las noches eran muy frías, a mediodía el sol abrasaba. Fuimos a cobijarnos a la sombra de un álamo bajo el que había una mesa de madera sin desbastar. Alcancé una cantimplora que colgaba de una rama.

—Siga contándome —dije. Le hice señas de que se sentara mientras vertía agua en una jofaina posada sobre la mesa. Holden habló mientras yo me lavaba las manos.

—No hay mucho que contar, señor. Lo que yo veo es que un hombre, cualquier hombre, podría llegar a hacer cosas bastante horribles si se le pusiera en la situación de esos indios.

Me acerqué a Holden y me senté en un barrilete de madera.

—¿De dónde es usted, soldado?

—De Connecticut.

—¿Y cuánto tiempo lleva en la frontera?

—Casi un año.

Holden era sólo un poco más joven que yo. Tenía una mirada algo perturbada, pero enseguida me sentí cómodo con él.

—Le gusta esto, ¿verdad?

—Sí, señor. En cierto modo me encanta. Yo diría que este lugar le puede gustar a cualquiera. No sé, mire a su alrededor. —Holden abarcó con un ademán las colinas que rodeaban el campamento. Tenía razón en considerar hermosas aquellas colinas, y yo no pude por menos de estar de acuerdo con él. Entonces Holden se echó a reír de un modo que me hizo dudar. Fue una risa demasiado estridente, y sus ojos bailotearon bajo sus cejas arqueadas—. Mire, doctor, para Custer fue una suerte que lo destriparan en mitad de este paraje.

Aún hoy, la carcajada de Holden todavía resuena en mis oídos. Cuando estoy solo en noches como ésta me parece ver el placer en sus ojos y los brillantes dientes blancos de su sonrisa.

No quedaba otra alternativa que devolver a Holden a su compañía. Estábamos a cientos de kilómetros de cualquier asentamiento permanente y a miles de cualquier institución que pudiera proporcionar a Holden el cuidado que yo creía que necesitaba. Éramos el ejército de Estados Unidos y acabábamos de sufrir la peor derrota jamás habida a manos de los indios. Y, lo peor de todo, aún estábamos en pleno territorio enemigo sin posibilidad de recibir refuerzos. Nadie podía saber qué adversidades nos esperaban, y yo ya había tenido que ocuparme de demasiados heridos. Por su propio bien, le aconsejé a Holden que no hablara de sus opiniones con otros soldados. Bastante tendría en la próxima batalla con evitar que le clavaran una flecha en el pecho; unos pocos comentarios como el que me había hecho a mí y lo más seguro era que acabara también con una bala en la nuca. Pero me estoy adelantando.

Había que cebar la lámpara posada en la mesa de la ayudantía y me levanté para hacerlo. Cuando la llama cobró fuerza, la cara de Toca las Nubes volvió a verse con claridad. Caballo Loco tenía los ojos abiertos pero parecía traspuesto. Alargué el brazo para sacar el reloj del bolsillo de mi chaqueta. Eran casi las nueve y media. Caballo Loco había sobrevivido cuatro horas y parecía casi el mismo. ¿Quién podía negar que había una posibilidad de que viviera para siempre?

Me acerqué para tomarle el pulso. Era lento pero regular. Respiraba de un modo superficial, quizá debido a la morfina. Pero la herida todavía sangraba; no profusamente, algo le impedía coagular. Cerré los ojos y apliqué la mano a la frente de Caballo Loco para comprobar la temperatura, mientras intentaba calibrar qué funcionaba mal en el interior de su cuerpo. Estaba tan concentrado que acabé cayendo en una especie de trance. Con los años he aprendido que la ciencia médica es en realidad un arte. No lo sabía entonces; pero debí de presentirlo porque saqué todo el aire de mis pulmones y visualicé la mano apoyada en la frente del jefe como si penetrara en la piel del cráneo, hacia el gran rompecabezas que constituye la salud humana. Mi mano buscaba a tientas lo que tanto hacía sufrir a aquel hombre.

Me sobresalté al oír que se abría la puerta. Mantuve los ojos cerrados hasta que oí la voz queda de Johnny.

—Su señora le manda un mensaje —dijo—. Nos necesitan en el campamento cheyene. Me ha pedido que traiga material para atender un parto y ha dicho que se reunirá con nosotros aquí.

Abrí los ojos de golpe y me costó un momento recobrar mi dignidad profesional. De cara a Johnny pero sin mirarle todavía a los ojos, dije en un tono flemático:

—¿Qué pasa en el campamento cheyene?

Johnny se encogió de hombros.

—Es la hermana de Oso Sauce. Está teniendo un parto difícil. —Johnny me mostró la bolsa de lona que contenía el poco utilizado equipo de obstetricia. La última persona que lo había necesitado era la esposa del comandante Flannery. Había tenido gemelos un mes antes, asistida por Fanny y por mí.

—¿Y espera que dejemos esto para ayudar a nacer a un bebé cheyene?

—Me ha mandado un mensaje diciendo que la esperaríamos aquí con el material —dijo Johnny, y me mostró de nuevo la bolsa de lona.

—No creo que podamos irnos —contesté hablando más bien para mí que para Johnny.

—¿Cómo está él, señor?

—No hay muchos cambios. —Me di cuenta de que estaba meneando la cabeza. No era bueno hacerlo al lado del paciente y, aunque a Caballo Loco no le habría importado, me recompuse inmediatamente—. Me temo que está casi igual —añadí.

Johnny dudó un poco antes de hablar.

—¿Ha pensado en la posibilidad de intervenir? —inquirió. En boca de Johnny eso era toda una novedad. Pronunció las palabras casi con reverencia.

El tono de la pregunta hizo que me preguntara qué se imaginaría Johnny que era una operación de riñón. Carecía de estudios médicos y yo era consciente de que su faceta india le decía que la cavidad corporal era sagrada.

Johnny no había visto nunca el interior de un hombre vivo; seguramente había equiparado esa operación a la de vendar un alce herido.

—¿De dónde ha sacado la idea de que yo estaba pensando en intervenir?

—Eso dijo la señora McGillicuddy cuando la acompañé hasta su casa.

—Bien, pues no crea todo lo que le dice mi esposa. —Me había precipitado al hacer tal afirmación. No pretendía dar a Johnny la impresión de que Fanny y yo teníamos desavenencias. Si alguna vez no estábamos de acuerdo, algo poco frecuente en nuestro matrimonio, no era asunto de nadie más—. Además, no permito que esa clase de habladurías circulen por el campamento.

Nos llegaron voces de fuera de la habitación. Oímos al centinela saludando a Fanny, y luego la puerta se abrió.

—La señora McGillicuddy viene a ver al doctor.

Entró envuelta en un chal morado. Llevaba el pelo remetido bajo un sombrero sujeto con barbuquejo. Traía dos potes, y, tal como había hecho en su última visita, me dio un abrazo y me miró fijamente a los ojos para ver si yo estaba bien. Esta vez comprobó que estaba un poco inquieto por ella, pero soportaba la situación.

—¿Cómo está Caballo Loco? —preguntó. Yo incliné la cabeza y ella lo interpretó como que el indio seguía igual. Fue hacia él y le miró con gran detenimiento—. Le he traído más caldo —dijo distraída.

—¿Qué es eso del campamento cheyene? —pregunté.

Fanny volvió al instante la cabeza, como si hubiera olvidado el motivo de su venida.

—Hay allí una mujer que lleva doce horas de parto. Su hermano vino a pedirte ayuda.

—Fanny. —Señalé a Caballo Loco—. No puedo dejar solo a este hombre.

—Naturalmente. Por eso he venido. Yo me quedaré con él.

—Ni pensarlo —dije—. No puedes quedarte aquí con dos indios hostiles.

—A mí no me lo parecen.

—Pues lo son. O lo eran. No, olvidate de eso. De todos modos no pienso dejarle. Y además, esta noche es peligroso andar rondando por los campamentos indios.

—A ti nunca te había preocupado eso.

—Tampoco ningún blanco había herido de muerte a Caballo Loco.

—Pero ¿y la mujer? Además, ¿qué puedes hacer si te quedas?

—Vigilar. Estar aquí.

—Entonces deja que el cabo Provost vigile. Yo iré contigo al campamento cheyene.

Me costó un gran esfuerzo contenerme, pero la lógica de lo que Fanny proponía era imposible de refutar. Miré a Johnny para ver qué cara ponía.

—¿Cree que podrá hacerlo, cabo? —pregunte.

—Desde luego, señor. Yo me ocupo del paciente.

—Y envíenos un mensajero si hay el más mínimo cambio, ¿de acuerdo?

—Descuide, señor. Creo que será factible enviar a alguien a buscarle.

Asentí a pesar mío, y luego miré a Fanny y eché un vistazo a mi alrededor. Toca las Nubes miraba fijamente al vacío. Caballo Loco había abierto los ojos otra vez, y fui de nuevo a ver cómo estaba. El sudor perlaba su frente. Se lo sequé con el lienzo que le cubría el pecho. Luego le palpé el lóbulo de la oreja para comprobar si tenía calentura. El contacto de mi mano le hizo volver la cabeza y entonces nos miramos el uno al otro hasta que Caballo Loco habló.

—Ve —dijo—. Ve a ayudar a la mujer cheyene.

En mitad de la plaza de armas, mientras me dirigía con Fanny y una pequeña escolta hacia el campamento indio donde aquella mujer llevaba horas tratando de parir, la importancia de lo que Caballo Loco había dicho empezó a calar en mí. Fanny y yo no habíamos cruzado palabra mientras caminábamos, y justo entonces, cuando ella empezó a hablar, comprendí con estupor lo mucho que debía de haberle costado a Caballo Loco enviarnos al campamento cheyene.

Era bien sabido que, siendo él un muchacho, Caballo Loco había pasado mucho tiempo con los cheyenes y habían peleado juntos durante la peor de las guerras sioux. Pero el invierno anterior, cuando el coronel Ranald Mackenzie, subalterno de Crook, atacó el poblado cheyene de Cuchillo Romo, todo había cambiado. Era el momento más crudo de un invierno espantoso en las praderas altas. Pasado el río Powder, donde acampaba Cuchillo Romo, el viento era incesante y taladraba la ropa de los hombres como con agujas hipodérmicas.

Seis semanas atrás, Crook y su columna habíamos sido rescatados de la fatídica Marcha del Hambre y, tras un período de recuperación, yo había acompañado a Holden a una casa de reposo en Washington. Fanny se había reunido con nosotros camino de la capital, de modo que nos enteramos del éxito de Mackenzie en una fiesta celebrada en Washington tres semanas antes de la Navidad. El regimiento había capturado doscientos cinco alojamientos cheyenes, todos ellos equipados con las cosas necesarias para la guerra y la vida. Yo conocía bien el emplazamiento de la batalla. Incluso estando en la fiesta, pude imaginar los tipis dispuestos a lo largo del río entre los gigantescos y ancianos álamos, y la artemisa asomando por entre la nieve con sus oscuros dedos verdes. Aquella zona estaba azotada por un viento glacial.

La gélida madrugada del 25 de noviembre Mackenzie atacó con toda su caballería y cientos de exploradores shoshones y pawnees. Por si fuera poco, contaba con los servicios de un importante contingente de sioux y cheyenes desafectos, que traicionaban a su pueblo con salvaje alborozo. Schuyler, a cuyas órdenes estaban estos chaqueteros, me diría después que los hombres que él mandaba eran primero combatientes y luego miembros de una tribu o raza concretas. Yo entonces no lo entendí, pero ahora veo que en general todos los soldados son iguales.

Sacaron a los cheyenes de sus tiendas y los entregaron al crudo invierno sin otra cosa que la escasa ropa con que habían dormido. Además del jefe Cuchillo Romo estaba Lobo Pequeño, uno de los más bravos en batallas donde todos eran bravos, así como Alce Erguido, célebre por su frialdad y su determinación en los momentos álgidos del combate. Eran algunos de los mejores luchadores de la pradera, pero de poco les sirvieron sus proezas contra aquellos sigilosos guerreros amparados por Mackenzie. La contraofensiva no llegó a materializarse; el éxito de la acción fue absoluto.

Entre los prisioneros había mujeres y niños, y se capturaron setecientos cinco ponis. Aquella noche, después de que los guerreros cheyenes llevaran a las colinas a las mujeres, niños y ancianos que quedaban, se vieron obligados a sacrificar a los ponis que habían logrado conservar; necesitaban comida y el magro calor que las cavidades de aquellos animales iban a proporcionar a los pies y manos de los más débiles. Entre los indios capturados por Mackenzie, catorce bebés murieron de frío en brazos de sus madres.

Antes de quemar los tipis junto con todas las provisiones y las ropas que los cheyenes habían acumulado para pasar el invierno, el campamento fue registrado a fondo. Entre los objetos saqueados había una bolsa que contenía doce manos derechas de bebés shoshones

asesinados recientemente por los cheyenes. El espeluznante descubrimiento fue entregado a los shoshones de Mackenzie, que estuvieron llorando y gimiendo toda la noche. No aceptaron consuelo alguno, e incluso se negaron a unirse a sus camaradas pawnees para festejar sus proezas en la batalla. En otros tipis se encontraron guantes, sombreros, sillas de montar y banderolas de seda con los nombres de soldados estadounidenses y la insignia del Séptimo de Custer.

Fue el hallazgo de estos artículos lo que más interesó a los invitados a la fiesta en Washington. Afirmaban que su presencia en los tipis cheyenes demostraban la implicación directa de la tribu en la matanza de Custer, como si ese hecho justificara cualquier posible acción militar. Recién llegado del frente y todavía con pesadillas a causa de mis terribles vivencias durante la marcha de Crook, yo sabía más sobre la situación en las praderas que cualquiera de los allí presentes. Sin duda, los cheyenes habían ayudado a acabar con Custer, pero eso sólo significaba una cosa: habían peleado con Caballo Loco en la más prodigiosa victoria militar que los indios de la pradera habían conseguido jamás. Y por eso mismo me pareció tan cruel que tras la destrucción del poblado, el grupo superviviente de Cuchillo Romo se dirigiera hacia el asediado campamento de Caballo Loco con la esperanza de ser acogidos y resguardarse así del frío. Pero Caballo Loco no podía cuidar ni siquiera de sí mismo. Devolvió a los cheyenes a su gélida oscuridad, y los soldados de Mackenzie cayeron sobre la presa como salvajes.

En el campamento cheyene nadie dormía. Redoblaban tambores junto a las numerosas fogatas que enviaban chispas hacia la noche estrellada. Algunos hombres jóvenes bailaban al son de los tambores. Se pavoneaban y saltaban sobre las llamas arrojando sombras emplumadas sobre las paredes de piel de los tipis que constituían su hogar. «No te alejes de mí», le dije a Fanny. Ella caminaba con la cabeza levantada y la espalda tan erguida como las lanzas que sobresalían de la tierra frente a cada una de las tiendas. «Tú no te preocupes», me dijo.

Uno de los vigías del campamento advirtió la llegada de nuestro grupo procedente del campamento blanco, y lanzó un grito como para avisar a todo el mundo, pero su principal intención era que se fijaran en él. Observado por los guerreros más próximos, inició una marcha ritual para venir a nuestro encuentro como si fuésemos peligrosos intrusos.

El cabo que mandaba nuestra escolta hizo ademán de interceptarlo. Yo le retuve.

—Se está luciendo —dije—. Déjele que disfrute.

La fogata que había más allá del personaje iluminaba la enorme cabeza de búfalo que éste llevaba por tocado. Las astas formaban un arco que podría asemejarse a un halo, pero aquella escena era tan pagana que a un cristiano sólo podía parecerle una burla infame. El vigía portaba una maza de guerra pintada de cuya empuñadura colgaban largas plumas puntiagudas. Sostenía el arma en alto y la hacía chocar ruidosamente contra las astas de su amenazadora testa de búfalo.

—Tranquilo —dije—. Es una especie de juego.

Los guerreros para quienes se estaba representando aquella pantomima se situaron detrás del vigía. Me dirigí a uno de ellos.

—¿Y la mujer que está dando a luz? Venimos a verla.

—La hermana de Oso Sauce —precisó Fanny, y su voz sonó sorprendentemente vigorosa.

Como ninguno de aquellos cheyenes sabía inglés les hablé de nuevo en una mezcla de lakota y ademanes. Los jóvenes, que vestían prendas de ante finamente curtido y llevaban figuras de animales pintadas en la cara, al principio se mostraron fríos y reservados, pero en cuanto comprendieron lo que les decía prorrumpieron en parloteo alborotado. Ahora sabían quién era aquel hombre alto, flaco y bigotudo. Era el doctor blanco, y el saco de lona era su bolsa medicinal. Nos indicaron que les siguiéramos y dejamos allí al vigía, que seguía agitando la maza de guerra sin dejar de pavonearse. A medida que íbamos rebasando tiendas se nos unían otros guerreros. Algunas ancianas se sumaron a la fila y un enjambre de niños excitados nos rodeó cual pequeños satélites humanos.

Fanny observó a los pequeños.

—Están desmandados —dijo.

—Más bien confusos —repliqué sin dejar de andar—. Y no sólo los niños. Es una noche que todos recordarán aunque no lleguen a comprender qué está pasando.

Fanny debió de notar por el tono de preocupación de mi voz que yo mismo pugnaba por entender lo que pasaba. En un principio tal vez creyó que sólo se trataba de que uno de los jefes guerreros acababa de enterarse de algo, tal vez de la muerte de otro amigo, el nacimiento de un bebé. Pero aquella noche se cocía algo más. Todos lo presentíamos y todos tratábamos de comprender su significado. Fanny era una mujer muy observadora; mientras la miraba con el rabillo del ojo vi que había decidido prestar mucha atención, estar preparada para lo que pudiera ocurrir.

El tipi donde yacía la parturienta estaba en un extremo del campamento cheyene. Unos quince metros más al norte ardía una fogata, y media docena de ancianas estaban sentadas en el suelo cantando a un ritmo extraño. Con toda seguridad eran parientes de la mujer que estaba pariendo dentro de la tienda. Más en la sombra, ya al final del campamento, estaba un hombre joven, solitario y rígido. Por lo que pudimos ver en la penumbra, estaba de espaldas y tenía la cara vuelta hacia el cielo. Estaba inmóvil con las manos a los costados y los dedos extendidos de forma que parecían desproporcionadamente grandes.

De las sombras que había a su izquierda surgió un muchacho. Era Oso Sauce, y aunque procuraba mantener la compostura, nos dimos cuenta de que había estado llorando. Nos habló en cheyene; sólo pude entender que decía algo de su hermana. Luego señaló hacia el tipi. Habló de nuevo, y creo que dijo:

—Lobo Alto está con ella.

Como si hubiera esperado ese momento, Lobo Alto apareció en la entrada de la tienda. Iba completamente desnudo a excepción de dos largas plumas trenzadas en su pelo que le llegaban hasta las rodillas. Rayos blancos y negros de una pintura grasienta cruzaban su torso y su cara, y alrededor de los ojos llevaba pintados sendos círculos de color bermellón. Sacudía de un lado a otro unos sonajeros. Emitió una especie de maullido que hizo estremecerse visiblemente a Fanny. El cabo de la escolta volvió a adelantarse para protegernos, pero le detuve.

—Tranquilo, soldado. Quieta, Fanny. Es Lobo Alto, el hechicero.

Ni Fanny ni yo dimos muestras de que el aspecto de Lobo Alto nos hubiera afectado. Fanny apartó los ojos de su desnudez pero se quedó quieta mientras el hechicero daba vueltas en torno a nosotros. Con un chillido, éste agitó sus sonajeros delante de mi cara. Estaban hechos de cráneos de perro con los ojos taponados y montados sobre astiles flexibles de madera. Eran espeluznantes; las bocas de los animales estaban cosidas como si fueran pavos trufados.

Nada de todo aquello me sorprendió. Era de esperar en un hechicero que ejercía desesperadamente sus artes para salvar a una parturienta. Aquellas artimañas eran más que predecibles viniendo de Lobo Alto, que tenía fama de grotesco e histriónico. Se sabía que le habían despojado de un collar de dedos humanos tras el ataque de Mackenzie a su poblado el invierno anterior. La reliquia había ido a parar a manos del capitán Bourke y yo mismo había entregado aquel collar al National Museum de Washington aprovechando el viaje que hice para dejar al soldado Holden en el manicomio. Lobo Alto desconocía el destino de su talismán y siguió sondeando a Bourke para que se lo devolviera como si se tratara de un recuerdo sentimental. Por desgracia, Fanny había visto aquel objeto, que le impresionó profundamente.

Ahora, al verse en presencia de Lobo Alto, supo que era él el propietario y fulminó al hechicero con una mirada cargada de desprecio. Yo me mantenía impertérrito ante los intentos de Lobo Alto por intimidarnos. El hechicero dio una vuelta más y se quedó totalmente inmóvil, fingiendo estar en trance. Hice señas a la escolta de que tomara posiciones a cada lado de la tienda y agarré a Fanny de la mano para conducirla al interior del tipi.

Una anciana estaba atizando las brasas de una lumbre con un palo chamuscado. El fuego, que ocupaba el centro de la tienda, se avivó al instante poblando de sombras las paredes del aposento. Unas chispas ascendieron hacia el agujero de chimenea que coronaba la tienda. La anciana giró a medias la cabeza en dirección a nosotros, y las arrugas de sus mejillas crearon en su rostro un laberinto de sombras. Llevaba una raída prenda de ante; una de las correas que ceñían sus trenzas se había desprendido. Atizó el fuego una vez más y se retiró hacia el fondo del tipi, donde se sentó con la misma mirada pasiva con que Toca las Nubes vigilaba a Caballo Loco.

En el exterior de la tienda, Lobo Alto emitió un alarido lastimero y un coro le respondió desde la fogata que había a un extremo del campamento. Fanny se quedó rígida al oír aquel sonido horripilante. Traté de tranquilizarla carraspeando un poco.

—No hagas ningún caso —dije mientras me quitaba la chaqueta—. Mira a ver si hay agua en la cantimplora, Fanny. Dale de beber a esa pobre, si es que puede.

Procuraba evitar que se me notara nervioso, pero no sabría decir si llegué a conseguirlo. La muchacha parecía muy asustada, y en cuanto Fanny vio su cara pálida se olvidó por completo de Lobo Alto. Vertió un poco de agua de la cantimplora en un cacillo. Al arrodillarse junto a la parturienta, exclamó:

—¡Oh, qué joven es! —Era cierto. Su piel tersa lo confirmaba, aunque tenía el rostro demacrado y los ojos hundidos. No tendría la mitad de la edad de Fanny—. Demasiado para ser madre —concluyó.

La mirada de la chica expresaba temor, aunque estaba tan exhausta que no pudo ofrecer resistencia. Fanny se aposentó a su lado y le tendió el cacillo. La chica la miró desconsolada, pero no se movió. Era imposible saber si quería o no el agua, pero cuando Fanny acercó el cacillo a sus labios secos, éstos se abrieron. Aunque la joven logró ingerir la mayor parte del agua, unas gotas resbalaron por las comisuras de su boca. Fanny se las secó con el dobladillo de su vestido y luego le palpó la frente.

—Está ardiendo, Valentine.

—Es lo que me temía. —Yo había levantado la manta que cubría el cuerpo de la chica y estaba examinando el proceso del parto—. El bebé viene de nalgas.

Me senté en cuclillas y me remangué la camisa blanca. Al inclinarme para intentar manipular al bebé, pensé que la chica gemiría de dolor, pero se quedó callada como si no sintiera nada.

—No tiene ni fuerzas para colaborar —dijo Fanny.

Llevaba razón. El bebé no iba a venir al mundo por la vía fácil. Vi una cacerola de hierro colgada del asa en uno de los postes de la tienda.

—Hay que hervir agua en esa cacerola —dije—. Pásame el maletín.

Fanny me pasó la bolsa de lona que habíamos traído. La dejé sobre el suelo cubierto de pieles de búfalo, descorrí el cierre de latón y eché un vistazo a las toscas herramientas obstétricas de un campamento militar en la frontera.

Mientras Fanny vertía el resto del agua en el puchero y la ponía a hervir, yo me despojé de la camisa y me quedé en ropa interior militar. Luego dispuse los utensilios de la bolsa sobre

el lado curtido de un pellejo de antílope. Aunque temía una respuesta negativa, mi esposa me preguntó:

—¿Está vivo el bebé?

Yo estaba poniendo en orden los relucientes instrumentos.

—No estoy seguro —dije distraído. Fanny me perdonó de inmediato mi falta de sensibilidad; sabía que estaba pensando en el bebé. Cuando levanté la vista y vi que me miraba, traté de sonreír—: Intentaremos sacarlo haciendo una cesárea. Pásale la cantimplora a la anciana. Vamos a necesitar más agua.

Mientras Fanny lo hacía, hablé en mi elemental lakota:

—Mni. Ota mni.

La mujer debió de entender, porque le cogió la cantimplora a Fanny y retiró el faldón de la tienda para salir.

Acto seguido me quité la camiseta y dejé al descubierto mi blanco y huesudo pecho. Siempre he sido delgado y de musculatura fibrosa —una complexión poco o nada estimulante para la mayoría de las mujeres—, pero advertí que Fanny me miraba de un modo curioso y con una sonrisa en los labios. En una botella medio llena de un líquido incoloro vertí con cuidado el contenido en polvo de un vial. Ella me observó mientras yo volvía a tapar la botella y la agitaba vigorosamente. Respondí a la pregunta que creí ver en su mirada:

—Es opio y alcohol. La ayudará a soportar el dolor. —Pasé la mitad del compuesto a una taza pequeña de peltre—. Tiene que tomarse esto.

Fanny agarró la taza, sabiendo por instinto que su tarea consistía en hacer que la chica tomara la medicina. Se sentó junto a ella e intentó sacarle una sonrisa sonriendo a su vez. La chica se mantuvo seria, pero sus ojos mostraron un brillo repentino. Y cuando cogió la taza que Fanny le ofrecía, tocó sin querer la mano de mi esposa. Capté de soslayo la ternura de aquel roce y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pero el láudano era amargo y a la cheyene le acometió una arcada. Pese a todo, Fanny sostuvo la taza pegada a sus labios hasta que la chicaapuró el contenido.

—Hemos de lavarle bien la piel del vientre —dije. Retiré lentamente la manta para dejar expuesto el abdomen. Con sus escasas fuerzas la chica se aferraba a la manta, pero Fanny, aunque el recato la impelía a apartar la vista, le retiró los dedos y bajó suavemente la manta dejando al descubierto el cuerpo de la joven. Ésta tenía el vientre hinchado y la piel muy tensa sobre el cuerpo del bebé. En contraste, sus piernas se veían flacas, y apenas tenía vello alrededor de la dilatada vagina, de la que asomaba una rodilla que se esforzaba por salir al mundo.

Pedí el agua caliente y la vertí sobre mis manos, que restregué con un jabón basto propiedad del Estado. Luego empapé en el agua una buena cantidad de gasa y la enjaboné a fondo. Sin que yo se lo pidiera, Fanny cogió la gasa y empezó a lavar con delicadeza el vientre de la joven y sus partes privadas. Las Grandes Praderas eran una tierra de extremos. No hacía ni un año, después de que la columna de Crook partiera en busca de Caballo Loco, yo estaba deseando pelear en los Slim Buttes.

Nadie me había enseñado puntería, pero cuando los exploradores nos anunciaron que había indios hostiles en la zona, agarré de la silla de un oficial herido un rifle y una bayoneta y

los até a la silla de Buford. Y ahora mi mujer y yo estábamos atendiendo a una muchacha india como si fuera nuestra propia hija.

Era la misma contradicción de la que Fanny había sido testigo durante el trayecto en tren de Chicago a Washington, cuando yo le espeté al soldado Holden —en términos nada ambiguos— que dejara de asustar a mí esposa contándole cosas de la Marcha del Hambre que ambos habíamos padecido. Pero más adelante, mientras yo pensaba que ella dormía en la litera, Fanny me pilló instándole en voz baja a Holden que me explicara con detalle aquellas heréticas opiniones por las que le habían declarado loco.

La anciana reapareció con otra cantimplora de agua. Detrás de ella iba Lobo Alto. Ahora llevaba un taparrabos, pero los rayos blancos y negros seguían adornando su pecho. Ya no se hacía pasar por un ser sobrenatural. De hecho, casi parecía un hombre civilizado. Agitó sus sonajeros sobre la chica pero no se arriesgó a salmodiar. Nosotros hicimos como que no estaba y el hechicero tampoco nos hizo caso.

Lobo Alto y yo nos dedicamos cada cual a lo nuestro hasta que saqué un escalpelo de su funda de piel. La visión de lo que debió de parecerle un cuchillo siniestro soliviantó al hechicero. Dio un salto en el aire y giró en círculo para quedar después perfectamente inmóvil, señalando al escalpelo.

—La vas a matar —dijo en una comprensible mezcla de gestos y cheyene.

Yo había procurado no mirar a Lobo Alto desde que entró en la tienda, y ahora alcé la vista con gestos tan teatrales como los suyos. Hablé pausadamente.

—Es posible —dije, levantando el escalpelo de modo que quedara entre los dos como un arma peligrosa—. Pero si no uso esto, ella morirá seguro.

—No —dijo Lobo Alto.

—Sí. Morirá ella, y si el bebé no ha muerto aún, morirá también.

Nos miramos a los ojos y por un momento ni él ni yo supimos con certeza qué iba a pasar. Pero entonces la anciana, que estaba de pie al otro lado de la lumbre, habló en cheyene. Aunque no la entendí, me pareció que formulaba una pregunta. Lobo Alto respondió con palabras y ademanes.

Sin mucha habilidad, hice señas a la mujer, quien gruñó y fue a situarse entre Lobo Alto y yo. La tienda estaba en silencio y la mujer empezó a cabecear. «Mapa yo», dijo, y Lobo Alto prorrumpió en una retahíla de sonidos excitados. Sin embargo, la anciana siguió en sus trece y contraatacó de la misma manera, gritándole a la cara. Como Lobo Alto intentara decir algo más, ella le clavó las uñas en el pecho.

Una anciana no podía hacer ningún daño a un guerrero como Lobo Alto. Con todo, el hechicero retrocedió y la mujer retiró las uñas, manchadas ahora de sangre y de grasienta pintura blanca y negra. Luego dijo en voz baja pero intensa: «Iya yo», y Lobo Alto hubo de salir del tipi. Acto seguido la anciana me miró y, con una expresión extenuada, asintió con la cabeza. Miró a la chica y dijo: «I glustan.»

Cuando apliqué ligeramente el escalpelo a la línea media del vientre, la piel se separó como los pétalos de una rosa al abrirse. Apenas salió un poco de sangre, que Fanny retiró casi antes de que se lo pidiera. Yo, por costumbre, hablaba de un modo preciso y sucinto. Fanny obedeció mis instrucciones como lo habría hecho Johnny Provost.

La joven india no se movió. Tenía los ojos vidriosos por efecto del láudano, pero no notaba ningún dolor.

—Ahora viene la capa muscular —dije—. Procura que la muchacha no se mueva.

Fanny no supo qué hacer. Abrazó el cuerpo de la chica por los muslos.

—No —le dije—. De las piernas me ocupo yo. Tú evita que agite los brazos. No quiero que dé un golpe al escalpelo sin querer.

Fanny asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Sin duda se estaba imaginando que un manotazo de la joven empujaba el frío acero hacia su propio abdomen y hacia la criatura que llevaba dentro. Fanny se inclinó sobre los hinchados pechos de la chica, cuyas manos seguían aferradas a la manta, y la agarró de las muñecas. Debió de sentir la angustia de la joven madre, pues empezó a musitar una oración para que el bebé se salvara. Cuando la capa muscular empezó a abrirse bajo el escalpelo, la muchacha levantó el torso. La fuerza de la pobre chica era increíble, de un momento a otro podía librarse de la sujeción de Fanny. Yo no sabía si Fanny podría dominarla, pero estaba demasiado ocupado para prestarle ayuda. Una y otra vez la joven levantaba los brazos, que mi esposa intentaba mantener pegados al suelo. Por fin apareció la anciana, y entre las dos consiguieron inmovilizar la mitad superior del cuerpo de la chica. Fanny cerraba los ojos para concentrarse en su tarea y en la oración. Aunque la joven no emitía sonido alguno, su fuerza interior era como la de una serpiente enorme. Fanny abrió los ojos un momento y me vio cortar la pared uterina. De la incisión saltó un fluido sanguinolento, y yo presioné la parte alta del vientre. La chica se retorció. Fanny cerró los ojos con mucha más fuerza.

De pronto, los gritos de la muchacha atronaron el tipi, y las dos mujeres hubieron de emplear todas sus fuerzas para que no se moviera. Era como sujetar al mismo diablo. Fanny me dijo después que al oír los gritos pensó que era de nuevo Lobo Alto entonando sus infernales cánticos. Pero de súbito el cuerpo de la parturienta se relajó. Cuando Fanny levantó la vista, la anciana estaba ya limpiando al bebé y yo daba puntos con la rapidez y pulcritud de un sastre.

—Está vivo —le dije—. Débil, pero vivo.

Habíamos retirado la placenta, que ahora yacía en el piso del tipi. El útero es un tejido frágil y hay que coserlo fuera del cuerpo. Pero no es muy difícil; en un momento está listo. Lo introduje de nuevo y empecé con el músculo abdominal mientras Fanny me ayudaba en lo que podía.

La chica estaba agotada; sin embargo, trató de sonreír. Con una gasa enjabonada, Fanny le limpió la sangre que le cubría el abdomen y los muslos. La blusa de Fanny tenía una mancha en la pechera, y vi que se la limpiaba como si fuera de sangre. Pero no era sangre, sino leche de la madre, y cuando Fanny advirtió que tenía la piel empapada en aquel líquido tibio, su labio inferior empezó a temblar.

Puso más agua a hervir y preparó vendas mientras yo limpiaba los instrumentos. La anciana había envuelto al niño en una piel de animal cuyo tacto, tan suave, hacía pensar en pétalos de rosa. El niño era menudo y sonrosado y Fanny supuso que se lo darían a la madre, pero la anciana se lo llevó.

—Lo llevan a la nodriza —le expliqué—. Los indios creen que el calostro es veneno. —Meneé la cabeza y verifiqué que la incisión hubiera quedado perfectamente limpia.

Luego examiné cada punto a conciencia, concentrado en finalizar la operación sin complicaciones. Pero cuando terminaba de pintar la incisión con violeta de genciana y me disponía a aplicar el vendaje, una sonrisa asomaba ya en mis labios. Fanny me miró al fin, y ambos sonreímos a placer. Fue entonces cuando un soldado apareció en la entrada de la tienda.

—Me envía el cabo Provost —dijo—. Dice que venga el doctor.

Me enderecé antes de que el soldado hubiera acabado de hablar.

—¿Es una emergencia?

—Lo siento, señor. No lo sé.

—Quiero que me acompañe, soldado. La escolta que está fuera se encargará de acompañar a la señora McGillicuddy a nuestra casa. —Abrochándome la camisa le dije a Fanny—: ¿Puedes terminar tú de venderla?

—Creo que sí —dijo Fanny.

—Debo irme. Daré instrucciones a la escolta para que te acompañe a casa.

—Descuida. —Fanny miró a la chica—. Aquí estaremos bien.

—Gracias, Fanny. —Recogí mi chaqueta y me incliné para salir. Pero antes de marcharme le dije—: Gracias por todo. Te admiro muchísimo, sabes.

En aquella época, eso era lo más íntimo que yo podía decir, y Fanny se me quedó mirando, estupefacta. A buen seguro quería decirme muchas cosas, pero no consiguió articular palabra. Lo único que acertó a decir fue que tuviera cuidado.

—No sé qué haría sin ti, Valentine.

El brillante cinturón de Orión aparecía ya sobre el cerro que había al este mientras mi escolta y yo nos apresurábamos a alejarnos del campamento cheyene. Traté de recordar si era la primera vez que veía la constelación aquel otoño. Orión es una señal celeste que siempre me levanta el ánimo. La aparición del «gigante cazador» en el este significa que el verano termina y que llega la época de hacer acopio de carne. Por desgracia, las luces de la ciudad impiden verlo desde Oakland (California); diría incluso que no se distingue desde cualquier otra ciudad. Y es una pena, porque Orión anuncia una época del año que debería remover en todos nosotros lo que de primitivos llevamos dentro.

Como tantos otros muchachos de Michigan, yo solía ir a cazar con mi padre, pero él consideraba la caza un trabajo que había que realizar. Para él era sólo cuestión de cantidad, de capturar el mayor número de animales creados por Dios para nuestro solaz en el mínimo de tiempo posible. En aquel tiempo el arte de la caza nunca era tomado en cuenta, y por ello mismo el significado de esa actividad apasionante —la excitación y la virtud inherentes a ella— no se me hizo patente hasta que llegué a las Grandes Praderas.

Mientras me dirigía hacia el extremo de la plaza de armas aquella primera noche del reinado de Orión, reparé en las lejanas fogatas de los nerviosos lakotas. Era la gente de Nube Roja, y nadie podía adivinar cuál sería su reacción si Caballo Loco moría, como tampoco que harían en el caso contrario. Cuando vi que los nuestros habían reforzado la guardia y oí mezclados los sonidos de los dos campamentos, se me ocurrió que podía seguir andando sin más. Me dije que estaría bien ordenar a mi escolta que regresara a su unidad y continuar solo. Bastaba con salir de la plaza de armas, dejar atrás el campamento y adentrarme en las colinas. Allí podría cazar cuantos animales quisiera. Encontraría agua para beber y dormiría a pierna suelta bajo las estrellas. Podía sobrevivir sin ayuda. Esa sensación de confianza en los recursos de las Grandes Praderas y en mi habilidad para aprovecharlos es un secreto que siempre he guardado para mí solo. Ya antes de conocer las praderas habría sido capaz de internarme en la naturaleza, y seguramente habría fracasado. Pero al caer la noche supe que esta vez podía salir airoso de la empresa. Había aprendido a confiar en mí mismo gracias a los habitantes de las praderas. Fue como encontrar un valioso objeto que había perdido sin saberlo. Siempre habrá cierta grandeza en la idea de buscarse la vida sin valerse de la agricultura o del comercio. No es difícil comprender por qué los sioux se resistían a abandonar la caza del búfalo para empuñar el arado. Gran parte del asunto que nos tenía en vilo a los militares, a los indios y a las praderas del norte era consecuencia de una promesa incumplida. Lo que finalmente convenció a Caballo Loco de que debía rendirse no fue sino la promesa hecha por Crook de que el jefe y su pueblo no se verían privados de cazar búfalos en otoño. Pero los rumores de que quizá Caballo Loco no regresaría después de la caza a la reserva asustaron tanto a Crook y a Sheridan que simplemente anularon la caza.

Lo que a Crook se le escapaba es que había prometido a Caballo Loco que éste podría llevar a su pueblo —hombres, mujeres y niños— al norte para celebrar allí el sacramento esencial de sus vidas. Luego se lo había negado como un padre negaría a un niño un caramelo. Fue el gran fracaso de Crook. Incumplir aquella promesa fue el mayor engaño de todos, el inicio de la confabulación que finalmente condujo a aquel bayonetazo que pondría a Caballo Loco bajo mis cuidados.

El hechizo de Orión era grande, pero no tanto como el deber que me ligaba a mi paciente.

Cuando me aproximaba a la ayudantía otro oficial surgió de la oscuridad de la plaza de armas. Era Philo Clark, pero dudé un momento antes de esperar a que me alcanzara.

Clark parecía preocupado.

—He oído decir que había surgido un problema.

—Sé lo mismo que tú —dije mientras abría la puerta.

Toca las Nubes estaba sentado en el suelo, muy tieso él, justo donde yo le había dejado. Su mirada era imperturbable; el gesto de su boca no transmitía nada. Johnny estaba inclinado sobre Caballo Loco, aplicando a su cara un paño húmedo. Volvió rápidamente la cabeza cuando nos oyó entrar, y yo comprendí enseguida que Caballo Loco había empeorado.

—El corazón está más débil, y no hay modo de parar la hemorragia.

Johnny se apartó para dejarme sitio al lado del paciente. Caballo Loco miraba hacia el techo, tenía los labios entreabiertos y respiraba con dificultad.

—McGillycuddy —dijo—. ¿Está bien la mujer cheyene?

—Sí. Creo que está a salvo.

—Iloksicala ki tan yan hwo?

—El bebé está vivo —contesté. Caballo Loco asintió, y al oírle gemir de dolor mascullé—. Maldita sea.

—¿Qué ocurre? —preguntó Philo a mi lado—. ¿Se está muriendo?

—Aún no. Pero se encuentra muy débil.

—Tienes que hacer algo, Mac. No podemos dejarle morir en estas circunstancias.

—Puede que no haya otra alternativa.

Puse a Caballo Loco de costado. El vendaje estaba totalmente empapado en sangre.

—Cielo santo —susurró Philo. No era una exclamación de asco: Philo había visto heridas mucho peores que ésta. Era su propia frustración lo que salía a la superficie—. ¿Se nos va a morir, Mac?

—La cosa no pinta nada bien. Tiene algún órgano dañado. La herida no termina de coagular.

—¿Qué se puede hacer?

—No estoy seguro.

—Pero algo podrás hacer, ¿no?

Yo estaba retirando el vendaje y Johnny me ayudaba en lo que podía. Meneé la cabeza.

—Quizá —dije.

—Es importante, Mac.

Miré a mi amigo.

—Por supuesto que lo es. —Philo captó la impaciencia en mi respuesta y se apartó para dejarnos trabajar.

Volvimos a vendar la herida y administramos más morfina al paciente. El pulso de Caballo Loco era errático, el corazón latía débilmente. Cuando me enderecé miré a Philo y luego a las otras dos personas presentes en la habitación.

—¿No podríamos —pregunté volviendo de nuevo la vista a Philo— hablar un momento fuera?

Clark asintió con la cabeza y salió al pequeño porche de la ayudantía.

Un soldado montaba guardia a cada lado. Nos situamos en las sombras que arrojaba el cuarto de luna recién aparecido por el este.

—Los indios están organizando una danza del sol en su honor —dijo Philo como si hablara para sí. Era la ceremonia más sagrada de los sioux. Sin duda, Philo temía que eso pudiera excitar los ánimos de las tribus—. El Congreso va a refrendar una ley que lo prohíbe —afirmó.

Ya entonces me pareció una parodia de justicia el prohibir una ceremonia religiosa, pero yo estaba absorto en la tarea más inmediata y no me tomé la molestia de hacer comentarios.

Saqué del bolsillo lo que me quedaba del puro de la mañana. Como si lo hubiéramos practicado, Philo extrajo del suyo un grueso fósforo de cocina y lo encendió con la uña del pulgar. La lumbre iluminó nuestras caras. Me acerqué a la luz, di unas caladas al cigarro y expulsé lentamente el humo.

—Tiene una sola oportunidad, Philo, y no es muy buena.

—Sigue.

—Estoy convencido de que la bayoneta le ha perforado un riñón. —Hice una pausa, pensando en cómo explicarlo—. Los riñones son muy delicados. Prácticamente es imposible que dejen de sangrar por sí solos. Caballo Loco ha perdido ya mucha sangre, y el caso es que se está muriendo mientras nosotros hablamos.

Philo se cruzó de brazos, exhaló el humo y miró al suelo.

—Esto es malo para todos —dijo—. Nuestro amigo el teniente Lee anda por el campamento removiendo odios con un palo. He recibido un telegrama del general Crook ordenándome que haga todo lo posible para que Caballo Loco no se muera. Me lo ha ordenado, Mac. ¿Te das cuenta?

Philo sacó un frasco de peltre del interior de su casaca. Desenroscó el tapón y se llevó la botella a los labios. El olor a whisky me pareció delicioso. Que te ordenen salvar a toda costa la vida de alguien es cosa difícil de imaginar; no me resultó difícil, en cambio, imaginar el contacto del whisky en la lengua de mi amigo. Éste deglutió una vez, luego una segunda, y cuando alejó el frasco de su boca, me di cuenta de que lo estaba mirando con ansia.

—¿Quieres un trago? —preguntó Philo. Examiné de cerca la escena de batalla grabada en el frasco. Se parecía mucho al que el soldado Holden llevaba consigo durante el viaje al

manicomio. Yo había bebido del frasco de Holden, y a partir de entonces había jurado mantenerme sobrio.

—No —respondí.

—Has dicho que tenía una posibilidad.

—Pero muy remota...

—¿Y en qué consistiría?

—En teoría es posible reparar un riñón mediante sutura. Y también es posible extraer un riñón dañado de forma que el organismo siga funcionando perfectamente con el otro riñón.

—¿En teoría, dices?

—Se ha escrito bastante al respecto. Hay rumores de que en Europa se han practicado operaciones de esa clase.

—¿Y tú podrías hacérselo a Caballo Loco? —preguntó Philo, entusiasmado por la perspectiva.

—Eso es mucho suponer.

—Pero es una vía que podría utilizarse...

—En efecto. Pero yo no puedo dar ninguna garantía de que el resultado sea distinto a dejar que se vaya desangrando hasta morir.

—Pues tienes que intentarlo, Mac. Todos los médicos hacéis un juramento a ese respecto.

—El juramento va por ahí, en efecto, pero el principio básico es no causar daño.

—Pues dejar que Caballo Loco muera causaría un enorme perjuicio a todos. —Philo hizo una pausa con la esperanza de que yo captara el significado de sus palabras.

Pero yo aún no veía qué perjuicio podía causar a los demás la muerte de Caballo Loco. No estaba seguro de adónde quería ir a parar Philo, pero no era el momento de exigirle más detalles.

—¿Podríamos trasladarlo al hospital? —aventuré.

—Creo que no.

—Entonces, si es tan importante que lo intentemos, ¿por qué no lo es aprovechar todas las posibilidades de conseguirlo?

—Es importante para Crook. Y lo es para mí. Pero Bradley ha recibido órdenes y no podemos esperar que Calhoun olvide que su cuñada era hermana de Custer. ¿No se puede operar aquí mismo? —preguntó señalando la oficina del ayudante.

—Tal vez no sea posible hacerlo en ninguna parte.

Nos quedamos callados y, momentos después, Philo me puso una mano en el hombro.

—Haz todo lo que puedas, Mac. Por mí, por Crook y... —Hizo una pausa—. Por Caballo Loco.

—Descuida, Philo —dije mientras asentía con la cabeza e intentaba reflexionar— Ya me conoces. Haré todo lo que pueda.

Johnny abrió los ojos como platos cuando le expliqué lo que me proponía hacer. En un papel que busqué en el escritorio, le anoté todo el material que yo creía iba a ser necesario: las grapas y fórceps de rigor, una selección de escalpelos, toda clase de instrumentos de sutura. Mucho de lo que pedía a Johnny era mera conjetura, pues yo jamás había invadido la cavidad corporal de un ser humano vivo, al menos de aquella manera. Johnny examinó la lista y meneó la cabeza de puro asombro.

—¿Es que piensa abrirle la espalda?

—El costado, creo. Dése prisa. Tardará un poco en reunir todas las cosas. Si se le ocurre algo más mientras está allí, tráigalo también. Confío en su intuición, cabo.

Johnny sacó pecho y me saludó marcialmente.

—Gracias, señor. Se lo agradezco, señor.

Le despedí con un gesto y me froté la cara con las manos. Santo Dios, pensé, ¿en qué lío me estaba metiendo? Con la palma de las manos me cubrí los ojos y me los apreté concentrándome en la presión. Cuando los volví a abrir, lo primero que vi fue a Toca las Nubes, todavía inmóvil, inescrutable, exudando una fortaleza casi sobrehumana.

Me senté en la silla al otro lado de Caballo Loco. Con los codos apoyados en las rodillas, junté las manos y crucé los dedos.

—Bueno, enigmático hijo de puta —mascullé en dirección a Toca las Nubes—, ¿crees que podrías darme una pista sobre lo que me he estado preguntando desde hace un año?

Toca las Nubes no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, así que los señalé a él y a Caballo Loco.

—Vosotros dos —dije—. ¿La batalla de Big Horn?

Toca las Nubes asintió apenas con la cabeza.

—¿Y después, cuando levantasteis los campamentos, en qué dirección fuisteis? To ketki ya hwo?

—Wiyokiyapata kiya.

—¿Hacia el sol de la mañana? —Hice el signo del este y el sur.

—Han —repuso Toca las Nubes.

—Al sureste.

El jefe asintió de nuevo. Había entendido adónde quería ir yo a parar, pero me constaba que Toca las Nubes aprovecharía nuestros precarios medios de comunicación para soslayar la verdad.

—¿Mandaba Caballo Loco vuestra marcha? —Volví a emplear el lenguaje de signos.

—Había varias bandas —me respondió él por el mismo sistema.

—Pero la banda en que ibas tú, ¿la mandaba Caballo Loco?

—Han.

—Y os dirigíais hacia el sureste.

—Han.

—Hacia las Black Hills. Paha Sapa. —Bien, ya lo había dicho. Esperé ver una sombra de desilusión en los ojos de Toca las Nubes, pero no detecté ninguna—. Había unos dos mil colonos en esas colinas. ¿Pensabais hacerles la guerra?

—Paha Sapa nos pertenecía, según el tratado. —Toca las Nubes agitó violentamente las manos y eso me impidió comprenderle del todo.

—¿El tratado del 68?

—El que se firmó después de la guerra de Nube Roja. Estábamos en nuestro derecho al querer ir a Paha Sapa. —El jefe levantó sus enormes manos y las cruzó frente al pecho como si tuviera frío. Luego las bajó otra vez y con gestos fluidos agregó—: Los mineros no tenían ningún derecho a estar en nuestras colinas. —Y con pausados movimientos, sentenció—: Estaban arrancándole las entrañas a nuestra tierra.

Lo que Toca las Nubes decía era la pura verdad. Es difícil imaginar lo que fueron para los vencedores aquellos días tras la batalla de Big Horn. Fueron sin duda jornadas emocionantes y memorables. ¿Se habría mostrado demasiado engreído Caballo Loco? ¿Llegó a pensar que era invencible? ¿Era su intención aniquilar a los civiles en las Black Hills, como Crook temía?

Dirigí la vista hacia la figura postrada delante de mí. Incluso en su estado, seguía teniendo en sus músculos aquella tersura de caballo que tanto me atrajo el primer día, en las frescas aguas del Knife.

—Así que ibais hacia allá cuando os encontramos en los Slim Buttes.

—Ya habíamos estado antes —respondió por señas Toca las Nubes.

Yo estaba seguro de que no me había entendido bien. Los Slim Buttes están a doscientos cuarenta kilómetros de las Black Hills. En septiembre, hacia la mitad de la Marcha del Hambre, cuando la tropa empezaba a desesperar, nos topamos con unos sioux escondidos entre los riscos de los Slim Buttes. Fue espantoso; resultó que en su mayoría eran mujeres, niños y ancianos. El segundo día del asedio aparecieron guerreros en el horizonte, pero yo dudé de que fueran los hombres de Caballo Loco.

—Nuestras mujeres y nuestros niños —dijo Toca las Nubes por señas—. Por eso regresamos. Habíamos ido a las colinas que hay cerca de vuestra Deadwood City. Íbamos de regreso. No pudisteis alcanzarnos. Sólo a nuestras mujeres y niños. Estaban escondidos en los Slim Buttes.

Fue una masacre a sangre fría, motivada por el miedo y la furia. Los ocupantes del campamento que no murieron en la primera carga buscaron refugio en las grutas, donde soportaron una lluvia de balas hasta verse obligados a salir. Los soldados de Philo eran como animales enjaulados, desesperados por las derrotas y las privaciones de la campaña militar. Pasando ahora a la ofensiva, su sed de sangre no se sació con nada. Los gritos de las mujeres

y los niños hicieron que el propio Crook ordenara a voces el alto el fuego. Pero nadie hizo caso. Al final había un montón de cuerpos agonizantes y destripados. El último en salir de las grutas fue el jefe en persona: Caballo Americano apareció muy digno y muy tieso, pero no podía levantar las manos en señal de rendición. Las tenía ocupadas tratando de impedir que los intestinos le cayeran al suelo. Hice lo que pude por salvarlo a él y a otros, pero tuvo una muerte horrible. Y cada vez aparecían más guerreros para cargar contra nuestra retaguardia.

—¿Erais tú y Caballo Loco los que nos disparabais? ¿Cómo lograsteis ir a reconocer nuestros campamentos de las Black Hills y volver tan deprisa?

Toca las Nubes no me entendió, pero me lanzó una mirada mezcla de desdén e ironía.

—Somos rápidos —dijo por signos—. Seguimos a Caballo Loco, montados cuando era cuesta abajo y a pie cuando era cuesta arriba. Tardamos tres días en encontrar vuestros apuestos poblados. —Movía las manos cada vez más rápido; a mí me costaba seguirle—. Estuvimos vigilando a los mineros, y Caballo Loco mató a dos que cavaban en un arroyo. —Las manos se detuvieron y ambos miramos a Caballo Loco. Luego volvieron a moverse, esta vez más despacio—. Los mineros chillaron como niños. Eran cobardes y Caballo Loco los persiguió y los mató con su cuchillo. Invocaban a vuestro Dios, pero no les sirvió de nada.

Todavía hoy me acosa la imagen de Caballo Loco persiguiendo a dos hombres blancos, probablemente dos muchachos, que trataban de huir con el agua por las rodillas de un arroyo que creían llevaba oro. A veces casi les oigo sollozar, implorar por sus vidas. El segundo en morir debió sin duda de rezar mientras veía cómo asesinaban a su compañero. Esa fue la pesadilla que debió de atosigar a Crook mientras conducía a su hambrienta columna de hombres extenuados hacia las Black Hills.

Si los lakotas hubieran planeado echar a los colonos de las colinas, habría sido sin duda el peor desastre experimentado por la raza blanca a manos de los pieles rojas. Habían ido a reconocer los campamentos mineros para preparar un ataque que podría haber aniquilado a un millar de personas. De pronto caí en la cuenta de lo que se había evitado cuando los indios renunciaron a atacar y regresaron a los Slim Buttes porque nosotros habíamos encontrado a sus mujeres y sus niños.

Toca las Nubes desvió la mirada hacia el rincón oscuro de la habitación. Tragó saliva despacio, recordando todo aquello.

—Nosotros queríamos luchar —me dio a entender—. Pero Caballo Loco siempre protegía a aquellos que no podían defenderse. —No creo que eso pueda decirse nunca de los jefes a cuyo mando servíamos—. Cuando vosotros lucháis, siempre abandonáis a las mujeres y los niños. Nosotros no. Y fue por esa razón que nos alcanzasteis.

No cabe duda de que Toca las Nubes estaba en lo cierto. El trayecto que a ellos les había llevado tres días había significado una marcha de varias semanas para las derrotadas columnas de Crook. Nuestra misión era salvar a los colonos de las Black Hills de un posible ataque y, en una fracción del tiempo que tardamos en alcanzar esas colinas, los guerreros a los que perseguíamos habían tenido tiempo de ir y volver y también de defender su poblado. Fueron sin duda los peores momentos que he pasado en mi vida. Tan duros, estoy seguro, como lo fueron para los indios a los que perseguíamos.

Había tristeza y desafío en el rostro de Toca las Nubes, pero era un pesar leve al lado del horror y los padecimientos que experimentamos nosotros en la Marcha del Hambre hacia las Black Hills, y nada comparado con el sufrimiento de las mujeres y niños sioux que murieron a nuestras manos. Los supervivientes no sufren de la misma manera que sufrieron aquellos a quienes lloran. Pero a veces sobrevivir no me parece ser ninguna ganga si pienso en los trasgos que infestaban la mente de hombres como el soldado John Holden.

A los ojos de un observador fortuito Holden no parecía estar loco, y siempre me he sentido algo culpable por haber sido quien dictaminara que no estaba en sus cabales. De modo que, aunque era una tarea ingrata, tenía su lógica que me encargaran a mí llevar a aquel hombre al Manicomio Nacional. Quizá si le hubieran dado la baja permanente en virtud de su estado, Holden se habría evitado los incidentes que causaron su ruina. Pero los meses que siguieron a la matanza de Custer fueron el período más horrible de toda la Campaña de Yellowstone. Para eludir el servicio activo uno tenía que estar muerto o moribundo, de modo que insistí en que Holden permaneciera en su unidad.

Y no es que los actos de Holden fueran especialmente peculiares: muchos soldados tenían reacciones raras debido a las privaciones que comportaba la campaña. La negativa de Holden a dejar de disparar una vez dada la orden de alto el fuego era comprensible y muy común. Arrancar cabelleras estaba prohibido, pero no respetaba esa prohibición. Más insólita era la manera escalofriantemente serena con que Holden hablaba de las batallas en la víspera de su comienzo. Pero su mayor transgresión se produjo cuando, al término de un combate de una crueldad especialmente repugnante, encendió un fuego para él solo, se desnudó del todo y bailó en torno a las llamas con su trofeo reciente de cabelleras colgado al cuello. Como Holden tenía el pecho y los brazos embadurnados de sangre, algunos soldados dedujeron que estaba poseído por el diablo. Desnutridos y exhaustos, rezongaron que había que colgarle; hube de intervenir para impedir que hicieran algo que todos habríamos lamentado. A partir de aquel día, y hasta que fuimos rescatados por una columna de refuerzo procedente de Crook City, Holden no se apartó de mí.

Los hombres de Crook arribaron a Camp Robinson dos semanas más tarde. Después de otra semana para recuperarnos, una mañana de noviembre Holden y yo subimos a un carro de carga que regresaba de vacío a la estación ferroviaria de Gordon (Nebraska). El camino era escabroso y estaba surcado de roderas producidas por el intenso transporte de provisiones, tanto para el famélico ejército de Crook como para los lakotas que durante el verano habían ido volviendo a la reserva debido a la guerra en el norte. Los carros iban y venían en grupos, arrastrados por ristras de mulas o bueyes; durante el día atravesaban zanjas de agua estancada, y de madrugada, cuando el frío nocturno atenazaba todavía la región, traqueteaban sobre grumos de un lodo helado y duro como la piedra.

El carretero era medio negro y lucía una barba muy ensortijada, sus ojos enrojecidos habían visto demasiado sol de agosto. Sabía que transportaba a un médico y a un soldado que se había vuelto loco en la ya famosa Marcha del Hambre que había puesto fin a la Campaña de Yellowstone, y el hombre detestaba tener que dirigirnos la palabra. Les gritaba a los bueyes y hacía restallar su largo látigo por encima de sus cabezas, pero no apartaba del camino aquellos ojos de zorro salvo para escrutar rápidamente las colinas. No creía que los problemas con los indios hubieran terminado.

En el tren había un coche-cama reservado para el ejército; Holden y yo subimos nuestro equipaje a bordo y lo colocamos encima de los asientos. Una vez en Omaha el medio de transporte sería más confortable, pero esta primera etapa del trayecto fue, por decir poco, espartana. Estábamos aún en la frontera, y hasta el propio tren parecía afirmar que en aquel punto toda pretensión de civilización era ridícula.

Allí no había ningún mozo que nos echara una mano. La locomotora silbó y, sin más preámbulos, arrancó de una sacudida. Cargamento y pasajeros de última hora se izaron al tren cuando los pistones ya empezaban a funcionar. Me acomodé en mi asiento y observé a Holden, que estaba contemplando la eterna ondulación de las dunas de Nebraska central. Holden tenía una belleza clásica. Sus facciones eran pronunciadas, sus ojos penetrantes. Tenía

el pelo negro e iba bien afeitado. Como yo, vestía el uniforme del Segundo de Caballería. Se había bañado hacía poco y no daba la menor impresión de padecer ningún trastorno mental. El sorgo, ya seco, punteaba las dunas hasta el infinito. Holden señaló a un pequeño grupo de antílopes que se apartaban del tren con movimientos tan erráticos como los de una bandada de aves. Por encima de la hierba, un torbellino de grullas de las dunas ascendió en espiral para planear de nuevo cuesta abajo hacia sus terrenos de invierno.

En las semanas precedentes me había faltado tiempo para hacer diagnósticos y, de todos modos, no me sentía capacitado para determinar la falta de cordura de un paciente. Me encontraba mucho más cómodo con dolencias más tangibles como la gangrena, la malaria o las heridas de bala y flechas. Había pedido al doctor Munn y a un médico que tenía consulta privada en Deadwood que confirmaran mis sospechas. Su opinión fue unánime:

Holden era víctima de la fatiga de guerra, sufría alucinaciones y no tenía contacto con la realidad: estaba más loco que una cabra.

Pero Holden parecía menos cansado que cualquiera de los otros centenares de hombres que habían sobrevivido a la marcha de Crook hacia las Black Hills. De hecho, después de un par de semanas de descansar y comer bien, Holden tenía un aspecto realmente saludable. Se cruzó de brazos, apoyó la cabeza en el gastado respaldo del asiento de piel y sonrió mientras veía desfilas ante la ventanilla las peladas colinas de sorgo. Luego volvió la cabeza para mirarme a mí.

—Seguro que los búfalos se hartaron de comer en esos pastos —dijo.

—Es un territorio muy hermoso —concedí—. Ya están trayendo ganado desde Tejas.

—Vacas —se mofó Holden—. Los animales más tontos que he conocido.

Esta moderada beligerancia formaba parte de la enfermedad de Holden y yo sabía que era mejor no incitarle, pero quería estar seguro de que el soldado me había entendido.

—Es un gran adelanto —dije—. Estos pastos pueden alimentar a cientos de miles de reses. Aquí hay potencial para cambiar la economía de todo el país.

—Hace sólo veinte años estos pastos alimentaban a cientos de miles de búfalos. —Holden soltó una más de sus escalofriantes carcajadas—. Por otro lado —dijo de pronto—, ¿a quién le apetece comer carne de una res matada por otro? —Era una pregunta retórica y yo no supe responder—. Usted ha comido búfalo, ¿verdad, doctor?

—Sí.

—¿Le gusta?

—Sí, es excelente.

Holden sonrió antes de preguntar:

—¿Alguna vez mató uno y luego se lo comió?

Asentí al recordar la caza del búfalo. Yo tenía entonces un año menos que Holden y trabajaba en la frontera entre Estados Unidos y la Norteamérica Británica. Fue la época en que más a gusto me sentí en las dehesas, sólo un mes después de conocer casualmente a Caballo Loco.

—Sí, he matado algunos para guisar.

—¿Montado a caballo?

—Lo intenté. —Ahora fui yo el que sonrió—. Pero no tuve suerte.

Holden rió de nuevo. ¿Acaso esa risa era lo que había convencido a los otros de que estaba loco?

—Cuéntemelo, doctor —pidió.

—No hay mucho que contar. Fue en la zona septentrional del territorio Dakota, y había muchos animales. Estuvimos varios meses viviendo de ellos.

—Ya. El primero que mató, ¿formaba parte de una manada?

—Era un grupo de unos quince búfalos. Nosotros íbamos equipados con carabinas Sharp de gran calibre. Teníamos un cazador, pero no le importaba llevar consigo a uno de nosotros cuando iba de batida. Imagino que estaría cansado de matar búfalos.

—No lo dice en serio.

Tras pensarlo un momento, hube de admitirlo:

—No, me parece que no. Supongo que sólo quería compañía. A mí me gustaba mucho ir con él. De hecho le acompañaba siempre que se me presentaba la ocasión.

—Y ese primer búfalo, ¿era un macho?

—No, una hembra estéril.

—Son las mejores —dijo Holden.

—En efecto. Iba en cabeza del grupo, estaban paciando en un trugal silvestre que crecía en un barranco ancho. Nos acercamos a favor del viento para que no detectaran nuestra presencia.

—Nada como sentir la brisa en la cara y oler a un búfalo de cerca. —Holden cerró los ojos como si aspirara el café matutino. Al principio esta exhibición casi perversa de sensualidad me turbó.

Pero luego recordé también ese olor. Es un poco rancio, penetrante, y lo mejor de él recuerda efectivamente al aroma del café. Todavía se me hace la boca agua cuando rememoro aquel olor. El sabor del búfalo asado lentamente en una lumbre de fresno no tiene parangón, y ojalá este maldito hotel pudiera procurarle a su médico un poco de búfalo asado. Entorné los ojos (casi como lo estoy haciendo ahora) tras el despliegue hedonista de Holden y advertí que también yo me deleitaba con mis recuerdos como lo hacía el loco en el asiento de aquel vagón de tren.

El revisor me hizo volver en mí al detenerse junto a nosotros para anotar en su libreta que dos soldados viajaban en tren a Omaha. Cuando se llevó la mano a la gorra para saludarnos tuve la sensación, no poco inquietante, de que arqueaba las cejas.

Durante el resto de aquella primera fase del viaje, decliné entablar conversación con Holden. El tren se detuvo a las afueras de Omaha ya al atardecer, y bajamos a estirar las piernas. Sólo habíamos parado para repostar y recoger a otros pasajeros. Omaha era una ciudad joven pero próspera; lamenté no tener tiempo de visitarla y quizá probar la comida en algún restaurante de la localidad. Holden se limitó a encogerse de hombros. Se sentía a gusto esperando, y dimos un paseo junto a los raíles que convergían en la distancia.

El tren recogió a tres oficiales y un grupo de reclutas que, al igual que Holden y yo, planeaban viajar en tren hasta Chicago. Fanny nos esperaba allí para seguir viaje hasta Washington. Durante varias horas, los oficiales me cosieron a preguntas sobre mis experiencias en la guerra de los sioux. En otra parte del coche-cama los reclutas estaban haciendo lo mismo con Holden. El alcohol no dejó de correr en ambos puntos del vagón. Me imaginé lo que Holden les estaría contando a quienes, como aquellos soldados, habían pasado la guerra en el cuartel general del ejército en Omaha. Yo era consciente de que a causa del whisky me estaba poniendo locuaz, pero nunca habría sido capaz de explicar a aquellos oficiales, que estaban pendientes de mis palabras, lo que había significado la guerra.

Era casi medianoche cuando llegamos a Des Moines, en Iowa. La locomotora se detuvo para repostar una vez más agua y combustible, pero nadie bajó del tren. Para entonces el alcohol se había cobrado sus víctimas. Cuando partimos hacia la negra noche de Iowa, casi todos los hombres dormían. Yo era responsable de Holden, y mientras estuvimos bebiendo no dejé de vigilar de lejos a mi pupilo. Más tarde, mientras el farol se balanceaba en mitad del vagón y las sutiles sombras se mecían como las olas del mar, fui a sentarme al lado de Holden. No había razón para pensar que fuera un hombre peligroso; sin embargo, habría sido un terrible engorro si hubiera desaparecido en algún punto entre la frontera y Washington, D.C.

Al sentarme a su lado me sorprendió encontrarle despierto y bastante sobrio.

—Duerma un poco —dije, tratando de aparentar que le recetaba el sueño como un remedio para su dolencia.

Pero Holden hizo que no con la cabeza.

—No voy a poder. —Se encogió de hombros y sonrió—. Me cuesta un poco dormir si no me da el aire en la cara. —Luego, con los ojos muy abiertos e inquisitivos, añadió—: ¿Sabe a qué me refiero?

Nos miramos a la luz mortecina que bailoteaba en el vagón y sonreímos con aire conspiratorio.

—Sí —admití—. Creo que sí. —Traté de cambiar de tema—: Pero no se lo diga a mi esposa.

Holden lanzó una carcajada.

—Hábleme de ella —dijo. Miraba al techo como hace un niño esperando que le cuenten un cuento.

—Bueno, sólo llevamos casados un año.

Holden levantó la cabeza y luego me miró, sobresaltado.

—Usted ha estado en esa maldita campaña durante todo un año.

—Casi.

—Imagino que se alegrará de verla —dijo bajando de nuevo la cabeza.

—Desde luego que sí.

El tren siguió traqueteando en la noche y yo dejé que mis ojos se entornaran.

—Es usted un hombre con suerte —dijo Holden—. Creo que yo nunca conoceré a una mujer. Supongo que me tendrán encerrado en alguna parte lo que me queda de vida.

Quería evitar esa clase de conversación y observé a Holden a hurtadillas. Él me miró a su vez y dedujo que me había dormido. Volvió a contemplar la oscuridad que corría del otro lado de la ventana.

—Es el peor castigo que podrían haber inventado —dijo en voz queda—. Sobre todo para alguien que sabe lo que nosotros sabemos.

Holden se quedó callado, pero yo sabía que él tampoco dormía. Era interesante lo que había dicho acerca de que el aire fresco en la cara le ayudaba a conciliar el sueño. Ya hace años que no duermo al raso, pero de vez en cuando saco una manta al amplio porche que da renombre a este hotel y dormitorio en una butaca hasta que el guardia de seguridad me hace entrar otra vez. Esta necesidad de zafarme del aislamiento que produce un edificio fue una de las sensaciones que traté de explicarle a Fanny cuando regresé de mi primera gran aventura geodésica en los Grandes Lagos.

Parecía que la misión de los trenes consistía en acercarnos a Fanny y a mí o en separarnos el uno del otro. Al término de aquella primera misión acuática, mi dotación amarró la barcaza al muelle público de Milwaukee (Wisconsin) y firmó su entrega en manos de la autoridad portuaria. Cada cual siguió su camino. Yo estaba encargado de las notas de campo y de los cálculos celestes que más tarde se traducirían en mapas. Tenía cinco días para presentarme en la Oficina de Investigación Geodésica de la capital. Otro tren me llevaría hasta allí, pero primero quería pasar por Detroit y ver a dos personas: el doctor McGraw —para explicarle algo que se me había hecho evidente en los Grandes Lagos— y Fanny Hoyt —por motivos que ni yo mismo podía admitir.

Después de nuestro encuentro en Otter Point yo había escrito varias cartas a Fanny, pero antes de franquearlas las releí a la luz de la fogata en algún islote o playa desolada y me sonaron estiradas y ceremoniosas. Una noche, mientras el resto de la dotación dormía alrededor de la hoguera en la playa de la península de Keweenaw, arrojé al fuego una carta especialmente insulsa y probé de nuevo. Yo buscaba precisión y sabiduría. Traté de concentrarme, pero Keweenaw es una península que se adentra en el lago Superior, y cuando miré hacia las negras y heladas aguas en las que se reflejaban puntitos de luz, un meteoro rasgó el cielo por el este, llameó con gran intensidad y se extinguió en el horizonte acuoso.

Me puse en pie de un salto y me volví entusiasmado hacia los demás, pero todos estaban dormidos. Yo era el único que había visto el meteoro. Se había ido para siempre y no había podido compartirlo con nadie. Cuando caí en la cuenta, me sentí invadido por una tristeza que no había conocido jamás. Pasado el meteoro, la noche se volvió más negra aún. Poco a poco las estrellas volvieron a brillar y yo reparé en ellas como por primera vez. Cuando volví al papel que había dejado encima del escritorio portátil, me puse a pensar en Fanny con una intensidad desconocida. Las palabras empezaron a fluir rápidamente. Describí la aparición del meteoro y lo comparé con el modo en que me sorprendía a mí mismo cada día pensando en ella. Le escribí que todavía sentía en los labios el sabor de los suyos aquella noche en Otter Point y cuánto deseaba aspirar el olor de su cuerpo. Tenía la mente llena de palabras maduras como fruta de octubre y de este modo la carta llegó a ocupar diez u once páginas. Escribí durante toda la noche.

Pero mientras los demás empezaban a despertar, releí en silencio algunos párrafos y me resultaron chocantes. No era la carta que un doctor mandaría a una señorita culta, y cuando el cocinero había acabado de avivar la lumbre yo ya estaba avergonzado de lo que había escrito. Aproveché un momento en que nadie miraba para arrojar la carta a las llamas. Me fue imposible no imaginar aquella fogata como una metáfora del infierno. Mi contrita y estúpida esperanza era que ese fuego aniquilara mi pasión. Y con esa idea en la cabeza, escribí unas cuantas líneas amables y eché la misiva a la saca de correos destinada a Detroit.

En esa carta aséptica informaba a Fanny de cuándo llegaría a Detroit. Tenía dos días para ver a McGraw y le decía que esperaba encontrarme con ella también. Nunca se me ocurrió que Fanny pudiera estar en la estación a mi llegada, pero cuando bajé del tren sus

ojos me miraron, bajo su sombrero de paja blanco, de esa curiosa manera con la que he soñado cada día desde que nos vimos por última vez.

—Bueno, doctor —dijo Fanny—, te veo sano y fuerte. ¿Te ha gustado eso de dormir al raso?

Yo no podía apartar la vista de ella. Asentí distraído.

—Creo que sí —dije. Entonces mi lengua decidió hablar por cuenta propia—. Estás preciosa —afirmé. Era algo que no le habría dicho nunca seis meses atrás, algo de lo que deseé retractarme en cuanto lo hube pronunciado. Pero Fanny sonrió y mi lengua siguió traicionándome—. Te he echado de menos —añadí—. Y quería disculparme por lo que pasó en Otter Point.

—No tienes por qué disculparte —dijo ella tomándome del brazo—. ¡Qué músculos! —Apoyó su delicada mano blanca en la mía huesuda y bronceada y contempló el contraste. Se estremeció un poco y luego sonrió como una colegiala.

—¿Es ése todo tu equipaje? —preguntó señalando la pequeña maleta que yo llevaba en la mano.

—Sí.

—Viajas ligero de equipaje, doctor. —Cruzamos la estación hasta un carruaje que aguardaba—. Espero que no me consideres una fresca —dijo mientras el cochero abría la puerta—, pero he pensado que podíamos cenar juntos. Una familia de italianos ha abierto un bonito restaurante en Deerborn Road.

Un año después yo me encontraba en otro tren camino de reunirme una vez más con Fanny. Todo lo que recordé entonces y todo lo que recuerdo ahora de aquella cena en Deerborn Road fue un trozo de pan untado con mantequilla de ajo que Fanny me acercó a los labios. Mis papilas gustativas explotaron como un millar de diminutos cometas y cada terminación nerviosa se estremeció. Mis pensamientos me horrorizaron y pugué por mantenerlos a raya. Pero cuando poco después de la boda Fanny y yo estuvimos separados durante casi un año a causa de la guerra sioux, la pasión engendrada por la perspectiva de reunirme con ella en Chicago me fue imposible de reprimir. Anhelaba notar el sabor a ajo en sus labios. Incluso ahora, treinta años después de perderla, cuando como a solas a veces froto un diente de ajo en un poco de pan y lo saboreo con la mayor lentitud posible.

Holden iba a quedar provisionalmente al cuidado de los médicos del cuartel general de Sheridan en Chicago. El personal del hospital militar no tenía experiencia de la crueldad que entrañaba una guerra contra los indios y lo tratarían como un simple loco. Abandonar a mi paciente me causó un doble sentimiento de culpa porque me movía el deseo de estar a solas con mi esposa. Fue un día dedicado a incriminarme a mí mismo: por los sentimientos de lujuria que experimentaba hacia Fanny y por mi decisión de dejar a Holden en manos de desconocidos. Pero ese cargo de conciencia sólo duró un día. A la mañana siguiente debíamos partir los tres rumbo a Washington.

Al salir del hospital bajé a la calle para parar un coche. Había oscurecido y yo ya llegaba tarde a nuestra cita. Habíamos quedado en el hotel Drake, en la esquina de las calles Michigan y Walton. Fanny habría llegado de Detroit dos días antes y me estaría esperando.

El cochero era un viejo alemán de pelo blanco que hablaba poco inglés y no tenía una prisa especial. También el caballo era viejo y canoso, y el alemán sólo empleaba el látigo para ahuyentar las moscas de la grupa del caballo. Estuve tentado de subir al pescante, hacerme

con las riendas y espabilar al jamelgo. Pero ¿qué eran unos minutos más después de casi un año separado de mí joven esposa? En muchos sentidos iba a ser como nuestra noche de bodas. No había por qué apresurarse.

Por supuesto, Fanny y yo habíamos estado juntos el tiempo suficiente para consumir el matrimonio, pero ambos éramos tímidos y faltos de experiencia, y el primer año de casados nos comunicamos sobre todo por correspondencia. En lo que duró la guerra Fanny me había escrito ciento diez cartas; yo las había contado y llevaba la cuenta también de las mías, tan numerosas casi como las de Fanny. En ocasiones, cuando el deber lo permitía, le había escrito dos o tres en un día. No me separé de sus cartas a lo largo de toda la campaña. Eran esmeradas, alegres y llenas de noticias. Fanny sabía que un exceso de emoción me ponía nervioso, pero de vez en cuando yo detectaba una palabra con doble sentido o una broma un tanto maliciosa. A pesar mío, entre dos operaciones o tras una larga marcha, volvía a leer varias veces aquellas cartas en concreto. Algunas estaban muy ajadas.

Cuando divisé el gran hotel, experimenté un temblor de duda. ¿Y si algo había cambiado? ¿Y si la mujer de las cartas era distinta a la de carne y hueso? El viejo caballo arrimó el carruaje al bordillo y se detuvo sin que el alemán le instara a hacerlo. «Sesenta y cinco centavos, por favor», dijo el cochero.

Lancé mi maleta al suelo y salté al suelo adoquinado, mientras sacaba mi monedero del bolsillo. Pero sólo encontré cincuenta centavos y un pequeño fajo de billetes. El cochero no tenía cambio y yo, frustrado, le lancé un dólar y le dije que se quedara con la vuelta. Un conserje se acercó a mí y, al volverme yo, hizo ademán de coger mi maleta. Le despedí con un ademán y empecé a subir los escalones de granito con mi magro equipaje hacia la puerta giratoria chapada en latón.

Una vez en el vestíbulo traté de calmarme. Aminorando conscientemente el paso, me acerqué al mostrador con aire de forzada despreocupación. El recepcionista era un hombre atezado que lucía unas gafas sobre la punta de la nariz. Me miró con lo que me pareció desdén hasta que le di mi nombre. Entonces desplegó una gran sonrisa.

—Claro, el doctor McGillicuddy. Su esposa ha bajado dos veces preguntando por usted. Me ha dicho que le dé esta llave. —Me la entregó por encima del mostrador y su sonrisa se hizo tan amplia que casi me sentí incómodo—. Habitación 415. Está al final de la escalera. ¿Quiere que avise a un botones?

—No —dije—. He llevado yo solo este maletín a lo largo de siete mil kilómetros. Puedo subir unas cuantas escaleras.

—No me cabe duda, señor. —El empleado hizo un saludo que no me molesté en devolver—. Si necesitan alguna cosa, no duden en llamar.

—Entendido.

Subí los peldaños de dos en dos. Tan rápido, en realidad, que estaba sin aliento cuando llegué a la 415. Me llevé la mano a la boca e inspiré hondo. Al tocarme el bigote y la barba me sobresalté. ¿Le había mencionado en alguna carta que afeitarse en campaña era casi imposible? No podía recordar si le había explicado a Fanny cual era mi aspecto actual. Quizá le dieran asco mis patillas. Pensé en la posibilidad de buscar un lavabo y afeitarme en un momento, pero antes de que pudiera moverme oí ruido al otro lado de la puerta. El tirador empezó a girar, y de súbito me encontré a dos palmos de Fanny.

La presencia de un hombre ante su puerta debió de asustarla. Se llevó las manos al pecho y desorbitó los ojos. Pero apenas un instante después su mirada se suavizó y Fanny me echó los brazos al cuello.

—Oh, Valentine. Has venido.

La maleta cayó al suelo y mis brazos la levantaron en vilo. Sepulté la cara en sus cabellos y aspiré su olor como había soñado hacer tantas veces. La estreché con fuerza porque quería sentir sus pechos contra mis costillas, y, aunque temía hacerle daño, seguí sujetándola apretada a mí. Cuando por fin me decidí a soltarla noté que ella se arrimaba a mí pidiendo más.

Fue como si su reacción despertara en mí a un animal. Emití en su oído un sonido gutural mientras me la llevaba hacia el interior de la habitación. Cuando Fanny cayó de espaldas en la cama sus piernas se abrieron sin esfuerzo y yo tomé su cabeza entre mis manos y se la eché hacia atrás para besar la blancura de su cuello.

Aquella noche, con Fanny dormida y hecha un ovillo contra mi pecho, traté de olvidar cómo le había arrancado el vestido, cómo había buscado sus pechos para lamer sus duros y rojos pezones. El recuerdo de Fanny tirándome de la ropa, ávida a su vez de mi cuerpo, me provocó un escalofrío. Intenté echarle la culpa a la guerra, considerar que nuestros actos eran el ritual que ponía punto final a la contienda. Sin duda alguna había habido escenas como aquella desde el principio de los tiempos, pero eso no me tranquilizó. No estaba seguro de mi cordura. Puesto que era joven e idiota, me juré que la bestia que llevaba dentro no me dominaría nunca más. Pero no bien había hecho ese juramento cuando noté la pierna de Fanny sobre la mía y su humedad abrasándome el muslo. Me aparté y cerré los ojos con fuerza.

Cuando los abrí otra vez, nada había cambiado. La luz de la farola entraba por los visillos e iluminaba la cama de través. La desnudez de su espalda refulgía blanca bajo mi brazo tostado por el sol. Asustado, expresé el cobarde sentimiento que había invadido mi cerebro.

—Jamás debí dejar el hospital —susurré.

Para mi sorpresa, Fanny empezó a menear la cabeza en adormilada negación.

—Yo me alegro de que te fueras de allí —susurro semiinconsciente—. La próxima vez quiero ir contigo. —Se arrimó más a mí y luego se quedó otra vez dormida.

Pensé que estaba soñando en la vida que le esperaba. La guerra había concluido y por la mañana debíamos partir rumbo a Washington. Fanny disfrutaría de todo cuanto una mujer como ella merecía. La buena sociedad washingtoniana, sin embargo, ya no tenía el menor atractivo para mí. Las praderas y la guerra me habían transformado, y tuve la misteriosa certeza de que todavía me iban a cambiar más.

Tras la batalla de Little Big Horn la moral bajó hasta niveles jamás conocidos por la oficialidad. Estábamos a trescientos kilómetros de la civilización y agotados después de tres meses en campaña. Crook había perdido toda su vitalidad al conocer la noticia de la muerte de Custer y sus hombres. Cuando le observaba jugar a las cartas con desgana o sentado a solas con la mirada perdida en el este, me parecía ver a un hombre presa de una gran desconfianza en sí mismo. A cualquier otro hombre aquejado de melancolía yo le habría recetado reposo y una combinación de sales, pero Crook era un soldado: el único remedio real para su dolencia era el desquite en el campo de batalla.

El día 5 de agosto, con un sol implacable que ponía la temperatura en treinta y ocho grados a la sombra, Crook dio órdenes de que todas las tiendas, catres y bagaje fueran cargados en los ciento sesenta carros del convoy de suministros. Cada soldado recibiría ciento cincuenta cartuchos, una manta, un sobretodo y raciones para cuatro días. Los carros serían sustituidos después por una recua de mulas, en pro de una mayor rapidez. Crook estaba convencido de que los lakotas se dirigían a las Black Hills con la intención de echar a los mineros cuya presencia allí violaba el tratado de 1868. Estaba ansioso por pasar a la acción y pretendía alcanzar a Caballo Loco y a los otros asesinos de Custer antes de que llegaran a los campamentos mineros. Pero el entusiasmo le había enturbiado el juicio. No previó una línea de abastecimiento; nos dejó expuestos a los peligros de la pradera en una muestra de arrogancia que hubimos de pagar muy caro.

Como todos los demás, Johnny y yo recogimos ciento cincuenta cartuchos y la correspondiente carabina. Ni él ni yo estábamos allí para luchar, pero los acontecimientos del último mes habían cambiado las cosas. Hasta el viento y la hierba que mecía me parecían siniestros. Y, si se daba el caso, a esas alturas estábamos dispuestos a tomar el relevo en la batalla. Además de munición y rifles, nos entregaron un par de mulas para transportar el equipo médico. Johnny quedó a cargo de cuatro pares de caballos de carga pues las ambulancias tampoco iban a viajar. Si había heridos —y los iba a haber— serían transportados en narrias tiradas por caballos. Yo conservaba a Buford; mi buen caballo parecía más que dispuesto a llevarnos a mí y a mi flamante rifle otros mil kilómetros, si hacía falta.

Íbamos en la retaguardia de la columna que se dirigía al este dejando atrás los montes Big Horn. El fino polvo rojo que los caballos y las mulas dejaban a su paso no habría podido yo soportarlo de haber viajado en el pescante de la ambulancia. No conseguía acostumbrarme a ir en el carro, y la verdad es que me alegraba de poder montar a Buford. Me incliné hacia delante, le acaricié el pescuezo, le dije al oído lo bueno que era y sonreí al ver que agitaba las orejas, alerta a lo que pudiera venir.

Era una suerte estar de nuevo en movimiento, y aunque me daba cierta vergüenza reconocerlo, resultaba excitante y hasta placentero ir en busca de los asesinos del Séptimo de Caballería. A excepción de los exploradores crow y shoshones y de varios franceses mestizos, yo era el único de los dos mil hombres que conocía un poco la región. De hecho, el mapa que el general Crook desplegaba cada mañana sobre su mesa de campaña era una copia del que yo había dibujado a partir de las notas topográficas tomadas en el verano de 1873. Pero, ay, cuánto había cambiado la región desde aquellos días felices. El ondulante sorgo había desaparecido, reducido a grises cenizas por los incendios que los sioux habían provocado en su huida. Estas colinas ya no eran el verde paisaje que me había cautivado tres años atrás, sino áridas, crueles, y parecían sucederse hasta un agobiante infinito.

Antes de la guerra, estando una noche en la cama, había intentado explicarle a Fanny cómo me seducía esta tierra. Había procurado describir lo mejor posible la belleza de la región a través de mis cartas, y es posible que ella comprendiera en parte por qué me atraía tanto.

Pero al expresarlo en voz baja en la oscuridad de nuestra alcoba, tuve miedo de que ella pensara que la pradera me había cautivado como podía hacerlo otra mujer. Le pedí que no imaginara esta tierra como si de una seductora sirena se tratara, sino que la viera como algo que también ella podía llegar a amar. Le pedí que viniera a verlo con sus propios ojos y Fanny accedió; pero ¿qué pensaría, me preguntaba yo, si la veía tal como había quedado tras la matanza de Custer, un erial por el que avanzaba este ejército de harapientos y derrotados hombres blancos?

Los caballos levantaban con sus cascos polvo y ceniza que se pegaban a sus flancos sudorosos. Cuando pasaban por un trecho que no había sido abrasado por el fuego, bajaban la cabeza para arrancar la escasa hierba que allí había sobrevivido. Por orden expresa de Crook, sólo veinte mulas transportaban forraje para los caballos. Todos pensábamos que más allá de la pradera calcinada hallaríamos unos frescos pastizales donde los caballos podrían saciarse y donde nosotros podríamos cazar para comer. Pero pasaron los días y los animales no encontraron pasto, los cazadores nada que cobrar, y tampoco sombra alguna donde guarecerse del sol abrasador. El calor de aquellos primeros días dejó resecos a caballos y jinetes. Buford y los caballos del Gobierno estaban habituados a comer grano, y un poco de hierba de vez en cuando no bastaba para sustentarlos. Cada día perdían diez, veinte o treinta libras de peso.

Cuando por fin llegaba la noche, cada hombre recibía solamente dos tazas de grano por cada caballo. Eso era apenas un bocado para un animal agotado, pero las raciones eran sagradas. Y no había excepciones de ninguna clase.

A las mulas se les cambiaba la carga por riguroso turno. Eso permitía curarles los lomos llagados, y para esa operación venían a pedirme consejo médico. En consecuencia, el convoy de mulas estaba siempre a punto cuando se daba la orden de marcha, nunca se rezagó de la columna de soldados ni perdió ningún cargamento. El convoy estaba dirigido con una competencia tal, que para mí se convirtió en un símbolo de la cultura que avanzaba región adentro, desplazando y destruyendo a su vez la cultura de los indios de las praderas y su democrático desorden.

Si el convoy de mulas era muy eficiente, la tropa no le andaba a la zaga. Al aproximarnos a la confluencia de los ríos Rosebud y Yellowstone divisamos una gran nube de polvo; el rumor de que teníamos en frente a los sioux recorrió toda la columna. Crook ordenó rápidamente que se adelantara un comando y envió varios exploradores hacia el norte. No vieron ningún sioux: era solo una escaramuza desplegada por las tropas del general Terry, que había tomado a la columna de Crook por el enemigo. Los dos ejércitos se habían encontrado.

Pero ¿dónde estaba Caballo Loco? ¿Cómo podían haberse esfumado millares de guerreros y de no combatientes? Crook y Terry estaban furiosos y siguieron el rastro de Caballo Loco con ansias de venganza. Nos pusimos en marcha hacia el sureste, nuevamente por terrenos expresamente calcinados. Cada día recorríamos casi cincuenta kilómetros. Cuando las dos columnas se separaron —Terry para reabastecerse en el río Yellowstone y Crook para adentrarse en el territorio Dakota— los caballos se derretían como los ventisqueros en mayo.

Terry nos proporcionó raciones para una semana. El café, que nuestra columna no probaba desde hacía días, levantó un poco el ánimo de la tropa. Pero empezó a hacer frío: de temperaturas casi insoportables durante el día pasamos a lluvias y escarcha por la noche. Y con la lluvia el terreno se inundó. Como habíamos partido sin las tiendas de campaña, no teníamos donde guarecernos. Un soldado despojó de la silla a su famélica montura y la dejó caer en el suelo empantanado. Se sentó a horcajadas como había hecho a lo largo del día y su cubrió con el sobretodo. Uno a uno, los otros dos mil le imitaron hasta que una superficie de cien acres quedó convertida en un campo de pequeñas, miserables y solitarias tiendas de

campaña de donde asomaban riendas a manera de vientos para impedir que unos caballos igualmente miserables se movieran bajo la lluvia incesante.

Cada cual hizo lo que pudo para dormir sentado, rezando para que el amanecer nos trajera un poco de sol. Pero a la mañana siguiente los caballos se hundían en el fango porque el sol apenas secaba el suelo. Las patas se les hincharon de mala manera y su ya comprometida fortaleza menguó todavía más. Verlos sufrir así hizo que muchos soldados de a caballo decidieran desmontar. También sus pies se volvían tan pesados como si arrastraran grilletes en cada tobillo. Fue como si la pradera nos estuviera poniendo a prueba, colocándonos obstáculos en nuestro camino hacia el desquite por la destrucción del Séptimo de Caballería. Todo empezaba a parecer inútil: la única esperanza radicaba en saber que los sioux estaban sufriendo tanto o más que nosotros.

Mirando al hombre que había sido nuestra presa durante aquellas semanas del otoño anterior, me pregunté cómo había conseguido llevar adelante a su pueblo. Caballo Loco tenía los ojos contraídos de dolor, y pensé que probablemente estaría recordando la tortura de aquellos días. De una manera u otra había alentado a los suyos —mujeres y niños, ancianos y enfermos— a avanzar en las mismas circunstancias que tanto habían desmoralizado a nuestra columna. Ellos llevaban a cuestas sus tipis y sus pertenencias, y aun así no había forma de alcanzarlos.

Toca las Nubes contemplaba el cuerpo de Caballo Loco con la inescrutable expresión que yo ya esperaba de él. «Dios —dije para mis adentros—, ¿por qué tarda tanto Provost?» Saqué mi reloj y lo miré sin reparar en la hora.

Las noches del 20 y el 23 de agosto el cielo descargó sobre nosotros sendas granizadas. Azotados por el viento del norte, no teníamos otra protección que nuestros sobretodos. No había leña para encender lumbre y muchos hombres estaban enfermos de disentería y raquitismo. Necesitábamos desesperadamente agua potable y fruta, pero aún pasamos otra semana sin más que medias raciones de tocino crudo, galletas y café hervido en taza sobre la hierba seca que les negábamos a los caballos.

Podíamos haber ido hasta Fort Lincoln, pero el rastro de Caballo Loco nos llevaba hacia el sur. El suelo pisoteado y las marcas de las narrias ocupaban cuarenta metros de anchura. Llegados al río Grand los sioux empezaron a desechar enseres domésticos. Querían aligerar carga a fin de mantener la distancia que los separaba de un ejército que estaba más sediento de sangre con cada día que pasaba. Del otro lado del río, la pista se dividía en dos. Eso era cosa de Caballo Loco, el estratega. Los oficiales experimentados sabían que el grupo de indios se iría dividiendo una y otra vez hasta que nuestro famélico y tambaleante ejército se encontraría persiguiendo a un solo individuo. Los asesinos de Custer estaban desperdigándose por una región que cada vez nos era más hostil.

El día en que la columna encontró el punto donde los indios se habían separado por cuarta vez, el soldado Holden pareció perder el control. Con unas risas que resonaban en todo el campamento, Holden se puso a bailar con más vigor del que conservaba todo el conjunto de la hambrienta y desmoralizada tropa.

—¡Ahora —gritaba— es cuando se va a poner a prueba nuestro temple!

Y aquella misma tarde los caballos empezaron a dar muestras de desfallecimiento. No había anochecido aún cuando sonaron seis disparos. A cada detonación, la moral de los soldados de a caballo bajaba un grado. Hacia el mediodía siguiente Crook ordenó que ya no remataran más caballos.

—Es como asesinarlos —dijo el teniente Schuyler—. Nos han llevado a la batalla con todo su coraje.

Y con ese mismo coraje, los famélicos y lisiados caballos, a los que se negaba la dignidad de una bala, se arrastraron detrás de la columna. La hilera era larguísima; había sido necesario formar una retaguardia a fin de que los soldados no abandonaran la columna para estar con sus monturas desechadas y condenadas a morir.

La malaria hizo estragos en el campamento y Johnny y yo nos quedamos sin quinina. Enfermos y heridos daban tumbos en sus narrias, ora tiritando, ora empapando sus apestosas

mantas de un sudor febril. No podíamos hacer otra cosa que escuchar sus desvaríos y apoyar una mano tranquilizadora en algún que otro hombro. Para combatir el raquitismo di orden a los cazadores (que no encontraban qué cazar) de que recogieran cebollas, cerezas y ciruelas silvestres. Pero no había suficiente de nada, y media columna se quejaba de que le dolían las articulaciones. No obstante, ni siquiera los peores casos, esos soldados cuyos huesos empezaban literalmente a doblarse, podían disponer de un catre en nuestro convoy. Y es que no había suficientes caballos sanos para tirar de hombres que no estaban del todo inválidos. Aquellos desventurados se arrastraban como podían, igual que la reata de caballos que cerraba la columna.

El convoy del hospital fue creciendo hasta que me vi a cargo de una parte considerable de la tropa. Johnny y yo no dormíamos ya más que unas horas cada noche. Todo estaba asqueroso. Sentía la ropa sobre la piel como un papel de lija grasiento; todo el mundo necesitaba algo que yo no tenía. Y a pesar de todo, resistí. Resistí la congoja que todo aquello nos producía hasta el día en que noté que Buford empezaba a cojear.

Cuando un caballo brioso empieza a flaquear es como si tu corazón perdiera el pulso, el preámbulo de un ataque al corazón que te fulminará como una tea ardiendo. De todo lo que sufrí durante la Marcha del Hambre, lo de Buford fue lo peor. Recuerdo perfectamente el proceso de su agonía. La cosa empezó por un tirón en la mano derecha que en una situación normal habría sido producto de una piedra o una callosidad en la pezuña. Sin embargo, como Buford no daba bandazos al igual que el otro centenar de caballos que seguían a la columna, alimenté la esperanza de que se recuperaría. El día en que Crook revocó su orden de no matar más caballos volví a montar a Buford y cabalgué hasta que oí seis disparos. Aquella noche los soldados más hambrientos comieron carne de caballo. Era la primera comida decente en varias semanas. Al siguiente día volví a caminar tratando de convencerme de que Buford aún podía mantener la cabeza erguida. Johnny me rogó que montara su caballo, uno de los pocos que aún soportaba el peso del jinete, pero yo me negué. Habría sido una enorme infidelidad.

Todo esto me vino a la cabeza mientras contemplaba a Caballo Loco. En realidad, pensaba con tanta concentración en la infidelidad que no veía lo que tenía ante los ojos. Estaba inmerso en el pasado. Me parecía oír el crujido del cuero gastado, notar el olor a hombres y caballos; aún hoy día recuerdo aquella marcha de la maltrecha columna que se dirigía hacia el sur rumbo a las Black Hills, veo a los soldados, famélicos e irascibles, más pendientes de la mera supervivencia que de la persecución. Tengo ante mis ojos aquella hilera de caballos desdichados que hacían esfuerzos por seguir a la columna. Y escucho los disparos que acababan con los animales para que la tropa pudiera comer carne.

Así me encontraron Fanny y Jesse Lee, encorvado sobre mi paciente y recordando el pasado. Cuando la mano de Fanny me tocó el hombro, supe que era Johnny y volví al presente sacudiendo la cabeza. Pero al darme la vuelta y ver su cara de preocupación, supe que algo andaba mal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Creo que deberías hablar con Jesse —dijo Fanny—. Ha averiguado algo que seguramente te interesa.

Jesse Lee estaba cruzado de brazos, tenía los ojos entornados y la mandíbula tensa.

—¿Está mejor? —preguntó entre dientes.

—No —respondí—. Vamos a hacer un último intento. Estoy esperando que Johnny llegue con el material. —La tensión en la mirada de Jesse hizo que me apartara de Fanny—. ¿Qué pasa, Jesse?

Fuimos a apoyarnos en la pared del fondo. Nos miramos el uno al otro y hablamos en voz baja.

—Se trata de un complot —dijo Jesse—, y tu amigo Philo Clark está metido hasta el cuello. —Yo no dije nada—. El intérprete, Billy Garnett, me ha dicho que hace dos días hubo una reunión clandestina en casa del coronel Bradley. Bradley no estaba presente pero Crook y Clark sí, además de una muestra de lo peor de la reserva india. Acordaron planes siniestros, Valentine. Planes indignos del ejército de Estados Unidos.

Aunque Jesse me miraba muy serio, algo en sus palabras me hizo sonreír.

—¿De qué siniestros planes estás hablando?

—De asesinar a Caballo Loco.

Mi sonrisa se desvaneció al punto, aunque aquella intriga me resultaba en cierto modo divertida.

—No fue ningún asesinato, Jesse —dije—. Yo vi lo que pasó. Y tú también. El cabo que le clavó la bayoneta estaba allí por pura casualidad.

—Sí, ya lo sé. El plan fue abortado por alguna razón, pero Clark ofreció trescientos dólares y su caballo al hombre que se atreviera a matar a Caballo Loco.

Meneé la cabeza.

—Es una acusación muy grave. ¿Y dices que eso ocurrió en presencia del general Crook?

—En efecto —dijo Jesse—. Con el beneplácito de varios de los jefes de la reserva.

Yo estaba perplejo. Volví la cabeza y posé los ojos primero en Fanny, luego en Caballo Loco y por último en Toca las Nubes. Vi que éste se adelantaba para secar la frente de su amigo.

—Pero la conspiración se disolvió.

—Sí —dijo Jesse—. La orden fue cancelada, pero antes de que eso ocurriera había ya cuarenta oglagas dispuestos a llevarla a cabo. Eso provocó lo que ocurriría después. Los conspiradores son tan culpables como el pobre diablo que empuñó la bayoneta.

Me costaba creerlo y meneé la cabeza.

—No, Jesse. Si revocaron la orden es que se les ocurrió una táctica más prudente. Las cosas se desmandaron, eso es todo.

—Reconozco que se desmandaron —dijo Jesse—, pero en cuanto a lo de una táctica prudente, a ver qué opinas de esto. —Bajó la voz aún más—. No sé por qué, pero nuestros amigos, Philo y sus camaradas, decidieron que lo mejor que podían hacer con Caballo Loco no era matarlo sino enviarlo a prisión en Florida.

—¿A las Dry Tortugas? —Yo no me lo podía creer.

—O a Saint Augustine. En estos momentos un tren lo está esperando en Omaha para llevárselo a esos pantanos. No hay duda de que cumplirá cadena perpetua, sin juicio (incluso sin cargos), y en medio de ladrones, violadores y delincuentes habituales. —Jesse estaba fuera de sí—. ¡Era mejor el primer plan de Clark!

Estábamos cerca de la puerta, y cuando ésta se abrió, Jesse dio un salto hacia atrás. Pero yo me quedé allí, pensando en lo que significaría para Caballo Loco pasar el resto de su vida en prisión en una región húmeda y sofocante, la antítesis de la pradera por la que él había luchado desde que era un chico.

Johnny entró en la ayudantía con una bolsa de lona debajo de un brazo y un par de alforjas debajo del otro. Al momento captó toda la tensión que había en el ambiente.

—Dejaré los instrumentos de cirugía encima de la mesa —dijo como disculpándose—. He traído todo lo que me ha parecido que podía servir.

Yo estaba ensimismado y ni siquiera sé si llegué a contestar nada. ¿Y si era verdad que en Omaha había un tren esperando a Caballo Loco? Se me ocurrió entonces una idea poética que ya no me ha abandonado desde entonces: ¿Qué diferencia había entre encarcelar a un hombre como Caballo Loco por defender a su pueblo y su tierra, y enjaular a un águila por tener la impertinencia de volar? ¿Dónde está la lógica? ¿Dónde la justicia?

Jesse me puso una mano en el hombro.

—He creído que debías saberlo —dijo—. Me marchó. Voy a dejarte trabajar. Pienso ir a hablar con Bradley, pero no creo que sirva de nada.

Una vez que Jesse cerró la puerta me di cuenta de que Johnny estaba preparando las cosas para la operacion. Deseaba ayudarle a ordenar el material, pero algo me impedía poner manos a la obra. Fanny me dijo después que yo entrecerraba los ojos, como si tuviera la vista fija en un punto muy distante, como si hubiera encontrado una idea a la vez fascinante y aterradora. Ella me había visto mirar así en otra ocasión y confiaba en que no se repitiera nunca más.

Traqueteo de ruedas de acero bajo el suelo del vagón. Suave balanceo mientras el tren tomaba las curvas en las colinas de Pennsylvania. Íbamos hacia el sur camino de Washington, noche cerrada y sólo un mes después del final de la Marcha del Hambre; estaba previsto que llegaríamos por la mañana. Por alguna razón siempre he imaginado que Fanny estaba soñando con un hombre, con su propia piel tersa y sin vello en contacto con unos músculos de granito, con olor a humo de leña, a pintura grasienta, y el tacto de unas trenzas aceitadas. Desde luego no era conmigo con quien soñaba en la litera superior del vagón, y ahora que soy viejo y menos ignorante, me da lo mismo. Me gusta pensar que Fanny quería que ese hombre fuera yo. Habría notado las lisas piernas del hombre contra las suyas propias, y esa minúscula fricción imaginaria pudo ser lo que la sacó de su sopor. Más balanceo. El traqueteo de las ruedas. Y Fanny despertó totalmente cubierta de una película de sudor.

No había ninguna luz en la diminuta cámara, de modo que debió de tantear en la oscuridad. Quizá mientras dormía se le había ocurrido que quería acariciar mí cuerpo. Es agradable pensar que mi fuerza de espantapájaros podía tener algún atractivo. Es posible que mi falta de grasa corporal y el suave vello de mi pecho se hubieran inmiscuido en lo que ella soñaba. Pero la litera estaba vacía. Fanny me dijo que había palpado una y otra vez las sábanas como si yo pudiera estar escondido en algún pliegue, pero al despabilarse del todo advirtió el tacto frío del algodón y supo que me había levantado hacía horas.

Los viejos dedos del miedo la atenazaron al sentarse en la litera. Fanny había despertado centenares de veces con parecido temor durante los años en que yo trabajaba de topógrafo y casi cada noche durante la guerra con los sioux. Pero más vaivén, más traqueteo de ruedas. Era el tren que nos llevaba a Washington, a fiestas particulares, al teatro, al reconocimiento para ella y para mí. No había motivo de preocupación, pero la sensación de ahogo le hizo descorrer la cortina y atisbar en la negrura del exterior.

En el vagón que precedía al coche-cama se balanceaba un farol. La luz amarilla penetró por las ventanillas proyectando fluctuantes sombras grises en las cortinas y el techo. Contra la pared del fondo del compartimiento una mano oscura se meció grandiosa, y Fanny debió de saber al instante que era la mía. Me había visto hacer ese gesto un millón de veces, cuando le contaba cosas de la pradera, cuando le hablaba de pastos interminables y de gente que se desplazaba por ellos sin límites de caminos o cercas. Agarró su bata del pie de la cama y se la puso. Ir al coche-salón tan escasamente vestida era una osadía, pero Fanny sabía que yo estaba allí y que el único pasajero que estaría levantado a aquellas horas y con ganas de escuchar sería el soldado Holden.

Pasó del coche-cama a la plataforma que unía los dos vagones. El balanceo del tren era más fuerte en aquel punto, y seguro que debió de disfrutar un momento con un pie en cada vagón. Si el tren recorría un trecho liso el movimiento habría sido suave, como estar entre dos mundos ruidosos pero benévolos. El aire era muy cálido aquella noche, de modo que seguro que no se dio prisa en abrir la puerta del coche-salón. A Fanny siempre le gustó posar los dedos en la luna de un cristal e imaginar lo que podía estar ocurriendo del otro lado. Sólo debió de haber visto a dos hombres sentados uno junto al otro, sin mirarse. Habría tratado de comprender nuestra conversación a través de vibraciones captadas por las yemas de sus

dedos, pero no podía saber de qué estábamos hablando. Sólo pudo vernos de espaldas: el pelo largo de Holden, revuelto y aplastado por haber estado apoyado en el reposacabezas; mi propia cabeza, diez dedos más arriba, con las escasas y pelirrojas greñas despeinadas porque me había deslizado de la litera para charlar con el soldado.

El hecho de que mi cabello empezara a ralearse me producía cierto embarazo, y cuando Fanny me dijo que a ella le gustaba yo todavía me azoré más. A veces, cuando creía que me estaba mirando el pelo, me tapaba la cabeza con la mano. Si tuviera que volver a empezar desde el principio, desnudaría lentamente a Fanny y le frotaría hasta el último rincón de su cuerpo con esta vieja calva.

Fanny debió de sentirse como una chiquilla al colarse en el coche sin que ni Holden ni yo nos diéramos cuenta, y al escucharnos a escondidas hablar de la guerra. Le encantaba oír hablar a los hombres, más aún si eran mayores. Tenía la esperanza de enterarse de acontecimientos y situaciones a los que sólo tenían acceso los más sabios y experimentados. Supongo que más de una vez se sentiría decepcionada.

El coche estaba lleno de una tenue bruma de humo azul, que sumada al olor del whisky creaba una atmósfera que a juicio de Fanny era intensamente viril.

Levanté el frasco y lo agité para ver lo que quedaba dentro. Entonces Holden me lo arrebató. Vi cómo lo alzaba y mientras el fondo de la botella ascendía imaginé que una burbuja ambarina subía hacia la cámara de aire dentro del recipiente de metal. Después de tomar un trago, Holden me devolvió la botella y luego dijo con voz muy juvenil:

—Lo único bueno de todo esto es que mi madre se ha mudado a Filadelfia. No está tan lejos de Washington, ¿verdad, doctor?

—No —dije—. Seguro que podrá ir a visitarle a menudo. Si me da su dirección me ocuparé de que sepa dónde encontrarle.

Holden no respondió enseguida. Asintió en silencio. Finalmente, su fina voz llegó hasta donde se encontraba Fanny.

—Muy amable de su parte, doc. Estoy seguro de que mi madre está preocupada por mí. —Pareció recuperar un poco de su vitalidad—. Ella le creerá cuando le explique dónde he estado. Tendrá una desilusión porque siempre quiso que yo fuera culto, pero le dirá que soy como mi padre. El hijo de puta se fue a California en el cuarenta y nueve y ya no supimos más de él. Yo aún no había cumplido el año. —Holden rió y siguió hablando con infantil deleite—. Imagino que echó un vistazo a las montañas y se olvidó por completo de la Costa Este. Hasta que se largó trabajaba en una fundición. ¡Se imagina, una fundición! Fabricando sartenes y cojinetes de ruedas.

—Un trabajo tan noble como muchos otros.

—¡Bah! Trabajo de esclavos. Toda la gente que conocí de pequeño trabajaba en esa fundición seis días por semana. No salían nunca, no veían el cielo cuando era de día, se pasaban la vida discutiendo con el vecino. Puede que yo sea como mi padre. Puede que todos seamos así...

—Tranquilo, soldado. No se sulfure. —Lo dije en plan de broma, porque el whisky me hacía reír.

—Yo entiendo que papá se fuera. Mamá siempre echaba pestes contra él, pero creo que tenía sus razones.

El frasco seguía su ronda. ¿Qué tendrá el whisky que lo convierte en piedra de toque universal? El sabor es espantoso, sus efectos entumecedores. ¿Por qué los hombres porfían en empañar el aire que los rodea?

—Sé de lo que habla, soldado. Yo creo que en la ciudad una persona no puede conocerse a sí misma. —Carraspeé y añadí—: Yo me convertí en alguien distinto después de dejar Detroit.

Fanny debió de aguzar el oído en ese instante. Seguro que quería saber más cosas de mí, pero Holden intervino:

—Yo no sabía absolutamente nada de mí mismo —dijo—. Nunca supe de qué materia estaba hecho hasta que crucé el Missouri. —Eso nos hizo reír a los dos, y no hay duda de que a Fanny le costó entender nuestras carcajadas.

—¡Eso es! —exclamé—. Creo que cuando regresé, el hombre que me había instado a salir de Detroit se asustó de mí. Un buen tipo, el viejo doctor McGraw. Cuando volví de mi primer viaje como topógrafo, el hombre al principio se entusiasmó. Creía que iba a seguir trabajando en el hospital. —Probablemente eché un trago en memoria de McGraw—. Y es posible que ésa fuera mi intención. Ahora no estoy muy seguro. Pero McGraw parecía tan preocupado cuando le hablé de mis experiencias, que supe que ya no podía volver a mi antiguo trabajo.

Holden emitió aquella risa que algunos consideraban un síntoma de su estado.

—¿Y qué fue lo que le dijo a ese individuo? ¿Le explicó que se puede llegar a ansiar un trago de agua del arroyo tanto como se desea a una mujer? ¿Le habló de esa reliquia que el capitán Bourke le dio para que la entregara en Washington?

—No. Eso fue mucho antes de que yo conociera al capitán. Mucho antes de que las praderas se llenaran de crueldad y confusión.

—Vamos, doctor, usted y yo sabemos que no se trata de crueldad, sino de realidad. ¿Qué le dijo al viejo doctor para que se asustara?

—Una tontería, a decir verdad. Le dije que había aprendido algo de mí mismo y que pensaba que era importante. Que había aprendido a percibir cuándo el viento traía lluvia.

Holden había estado mirando al techo, pero al oír mis palabras giró la cabeza y me lanzó una mirada penetrante a sabiendas de que compartíamos un secreto.

—Somos como hermanos —me dijo.

Me negué a manifestar abiertamente que yo también sentía ese parentesco. La botella volvió a pasar y Holden rió.

—Y eso de que pudiera oler la lluvia como los búfalos o los antílopes hizo que al viejales le diera un tembleque.

—En efecto. Él creía en el avance imparable del progreso humano. Supongo que olfatear el tiempo le pareció algo así como un retroceso.

—El avance imparable del progreso, ¡tonterías!

—Bueno, bueno. No hay que exagerar.

Yo no estaba dispuesto a aceptar el cinismo de Holden, y su certidumbre de demente me ponía de mal humor. Para defenderme pasé a hablar de algo que me había rondado por la cabeza desde niño. Venía de mi padre, que una vez me había sacado a rastras de casa tirándome de una oreja.

Acababa de enterarse de que yo había participado en una pelea en el colegio.

«—No quiero camorristas en casa —me advirtió. Me llevó hasta la parte de atrás y me dijo que me quitara la camisa—. Esta familia dejó atrás todo eso cuando embarcó en el muelle de Galway. —Mientras hablaba iba pelando una vara de sauce—. Si es preciso, te molere a palos hasta que dejes de ser un bruto. —Y mientras los golpes se sucedían sobre mi espalda, mi padre me decía lo mismo que yo le decía ahora a Holden—: Nuestra meta en la vida es luchar por la civilización.»

Holden soltó una risotada.

—Si tan civilizados somos, ¿por qué nos peleamos por la carne de los caballos que nos transportaron a través de aquel infierno?

Eso me hizo callar entonces, y me hace callar ahora. Trato de no pensar en el poder y el dolor que lleva consigo el hambre. Es un hecho comprobado, pero procuro no pensar en ello porque cuando lo hago me hace dudar de todo. Buford se fue debilitando hasta que sus aterciopelados belfos de antaño empezaron a rozar el suelo. Cuando dieron orden de matarlo para que los hombres pudieran comer, me sentí morir de pena. Traté de no cenar aquella noche, pero el hambre hizo que me lanzara como una hiena sobre la carne de Buford.

—Ese paseo que nos hizo dar Crook puso los debidos puntos sobre las íes a la civilización —dijo Holden.

Creo que fue entonces cuando noté que Fanny estaba allí, tratando de captar el máximo posible de nuestra conversación.

—Fue una situación extrema —dije para defenderme.

—La vida lo es.

Holden tenía razón, pero yo no podía rendirme.

—Fue un incidente aislado —dije.

—¿Ah, sí? —Holden rió—. Saque ese collar otra vez. Echemos una ojeada al imparable avance de la civilización.

—Es contra eso, precisamente, contra lo que luchamos.

—Vamos, doc. Sáquelo. Donde voy a vivir a partir de ahora no tendré oportunidad de ver nada parecido. Qué diablos, seguro que lo meterán en una caja cualquiera y nadie lo volverá a ver. Será como sí no existiera. Vamos, sáquelo.

Noté que Fanny se ponía de pie y venía hacia nosotros, pero no pude resistirme al desafío de Holden. Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué a la luz el collar de dedos momificados.

—Lo encontraron en un campamento cheyene —dije. Fanny se acercó un poco más, atraída por la espeluznante reliquia—. Es un talismán para todos nosotros.

—Igual podría ser nuestro altar —rezongó Holden.

Al oír esto Fanny se precipitó hacia mí y me propinó una palmada en el hombro.

—¡Basta, Valentine! ¡Basta! Guarda esa cosa horrible. —Me volví, y al parecer la expresión de mi cara la asustó aún más que el objeto que sostenía yo en la mano.

Más tarde, aquella misma noche, me lancé a hacerme en voz alta toda una retahíla de reproches. Afectado por el whisky, imploré perdón a Fanny con voz de borracho. Hablé del demonio y juré que nunca más volvería a beber. Fanny sacudía la cabeza, asegurando que no me culpaba de nada. Tenía miedo de lo que había visto pero se alegraba de haberlo visto. Me abrazó y me aseguró que no pasaba nada. No era culpa del whisky, sino del mundo. Al oír eso, empecé a sollozar. Fanny me había visto llorar anteriormente, pero nunca como esa vez, porque nunca había estado tan asustado. La pena me salía a borbotones. Balbucí disculpas por ser como era. Ella me sujetó la cabeza entre sus pechos y me acunó.

—No pasa nada —susurró—. No pasa nada. No pasa nada.

Así hasta que me dormí.

Al día siguiente, a la puerta del manicomio, traté de aparentar que nada había ocurrido. Actué como si mi conducta de la víspera hubiera sido motivada solamente por el alcohol, y como si al haber jurado no volver a beber estuviera a salvo. Un desconocido no habría visto nada inusitado en el modo en que Holden y yo nos miramos a los ojos. Pero en nuestro largo abrazo sí hubo una fuerza inusitada.

Fanny me observaba con ojos llenos de empatía desde las sombras de la oficina. Abismado en mis pensamientos, debí de parecerle ajeno al hombre que yacía gravemente enfermo y también a Johnny, que ordenaba el material para la operación. Yo estaba viendo cosas que ella no podía imaginar ni comprender. Fanny me tocó el hombro e instantes después levanté los ojos. Nos miramos tratando de penetrar en los pensamientos del otro. Al percibir en su rostro una sonrisa triste le devolví una réplica perfecta, como si ambos estuviéramos mirándonos en un espejo.

—¿Puede echar un vistazo, señor? Dígame si necesita alguna otra cosa.

Me enderecé y fui hasta el escritorio, donde Johnny había dispuesto los instrumentos en dos filas paralelas. Fanny trató de mirarme a los ojos, preguntándose, supongo yo, en qué habría estado pensando, pero yo ya había dejado atrás mis recuerdos y aparté la mirada. Estaba concentrado en la tarea que me disponía a llevar a cabo.

Los riñones, según recordaba de mi experiencia en la facultad con un cadáver, tenían forma de judía y eran asombrosamente pequeños. Estaban situados junto a la columna vertebral en la parte baja de la espalda. En el cadáver que había examinado, el riñón izquierdo estaba ligeramente más alto que el derecho, pero yo ignoraba si el muerto había sido normal o había padecido alguna anomalía. Era una pregunta ociosa, puesto que en cualquier caso yo tenía que explorar el riñón dañado.

Componer o extirpar, pensé en ese momento. Una vez hecha la incisión podía ser que el tejido fuese demasiado endeble para admitir suturas. Si se daba este caso, mi plan era extirpar la víscera y tratar de coser las arterias y venas que la conectaban al resto del aparato urinario. Es una operación que ahora se realiza con cierta regularidad, pero jamás se me habría ocurrido que tendría que intentarlo en el suelo de la ayudantía. En aquel entonces era difícil pensar que un ser humano pudiera salir adelante sin uno de sus órganos.

Imaginar el camino que había de tomar a través de la piel, los músculos, las costillas y el tejido conectivo, no era difícil. Antes de cada operación siempre procuraba repasar las distintas fases, anticipándome a lo que pudiera encontrar, a lo que pudiera salir mal, y qué instrumentos serían los más convenientes en cada contingencia. Johnny había dispuesto en la hilera superior una serie de escalpelos. Éstos servirían para cortar la epidermis y la capa muscular. Dos sierras, una en forma de cepillo de ingleses y otra como un serrucho de calar, venían a continuación. Cogí la primera de ellas y la dejé aparte. No habría sitio entre las costillas para accionar una sierra de hoja tan ancha. Había un surtido de grapas y retractores, lo cual podría servir para separar las costillas. En la hilera inferior estaban la lupa, media docena de agujas de diferentes formas con material de sutura ya enhebrado, una jeringa hipodérmica, una botella de agua purificada con tapón de cristal, un montón de torundas y esponjas y un frasco grande de sulfato de morfina —el suministro para todo el campamento. En mitad del escritorio estaba la omnipresente botella de whisky.

Toqué uno por uno todos los instrumentos, los viales de morfina, las torundas, las gasas y finalmente la botella de whisky. Repasé mentalmente el procedimiento una vez más y luego asentí con la cabeza:

—¿Ha traído el cloroformo y la mascarilla?

—Sí, señor. Están en esa bolsa. Puedo hacer la mezcla en un santiamén.

Asentí de nuevo.

—Excelente trabajo, cabo. Como de costumbre.

Johnny bajó la vista al oír el cumplido y sólo acertó a murmurar «gracias». Pero cuando me arrodillé para mirar a Caballo Loco, vi que el cabo sonreía a placer. Luego hizo pequeños ajustes en los instrumentos desplegados sobre el escritorio.

Caballo Loco gimió al ser colocado sobre el costado a fin de que yo pudiera examinar la herida. Era difícil verla con claridad porque estaba llena de una sangre acuosa. La piel que bordeaba la laceración se había abarquillado, de forma que el músculo emergía de dentro cual el chorro de una fuente.

—¡Oh, Valentine! —Era Fanny, que estaba a mi lado—. Me alegro de que hayas decidido hacerlo.

—Habrá que limpiar esta zona con violeta de genciana —le dije a Johnny.

—Sí, señor. Ya he preparado un poco.

Se puso a ello, y cuando hubo terminado de limpiar la herida me miró para ver qué más quería yo que hiciera.

—Muy bien, cabo. Quiero que vaya a buscar al teniente Clark. Creo que debería estar presente.

—Sí, señor. —Johnny se levantó estirándose el uniforme—. Lo traeré enseguida, señor.

—Gracias, cabo. Fanny, vamos a sujetar al paciente y levantarle un poco la cabeza para que podamos administrarle el cloroformo.

Yo había colocado las piernas y los brazos de Caballo Loco de modo que estuviera lo bastante estable y no se moviera cuando empezáramos a operar. Le puse una manta debajo de la cabeza y le cubrí con otra para que no se enfriara.

Miré a Fanny mientras trabajábamos y me pareció que algo le rondaba la cabeza. Sonreí en un intento de aligerar la situación, pero la expresión de Fanny estaba llena de preguntas.

—Doctor —dijo.

La miré como si me hubiera sorprendido oírle hablar.

—¿Sí?

—Aquel día en el manicomio, cuando dejamos al soldado Holden...

—Sí, ¿qué? —dije mientras ajustaba las mantas.

—Te dijo algo al oído, ¿verdad?

—Sí, creo que lo hizo. —Estaba montando la jeringa, simulando concentrarme en mi tarea.

Fanny no se dejó engañar. Se me quedó mirando hasta que hablé.

—No sé si lo entenderías, Fanny —dije al fin—. Ni siquiera estoy seguro de comprenderlo yo. —Tenía la jeringa a punto. La sostuve a la luz para cerciorarme de que funcionara correctamente. Un chorrillo de morfina salió disparado hacia arriba—. Habíamos estado hablando de que él pasaría un tiempo en aquella institución. Holden estaba preocupado por su falta de libertad, pero era un hombre inteligente y valeroso. Sabía que no le quedaban muchas opciones.

—¿Qué fue lo que dijo?

Dudé otra vez. Era difícil decírselo.

—Quizá recordarás que nos dimos un abrazo —confesé para ganar tiempo—. Cuando se me acercó me dijo que no me preocupara. —Miré a Fanny a los ojos—. Me aseguró que no les diría a los doctores que yo aún estaba suelto. —Me reí—. Estaba absolutamente loco —concluí al fin.

—Fue por todo lo que tuvo que pasar en aquella horrible marcha.

—En parte, sí. Aquello nos volvió a todos un poco locos. —Miré hacia el fondo de la habitación y allí, en la misma postura sedente que adoptara horas antes, estaba Toca las Nubes. Entonces me dirigí a él—. Debíamos de ser todo un espectáculo, jefe. Imagino que tú y Caballo Loco os habríais reído de nuestros apuros si no hubierais estado en una situación muy parecida. —Se produjo un momento de silencio, pero era evidente que Toca las Nubes no me había entendido y no iba a decir nada.

Caballo Loco se agitó en el suelo y un gemido grave salió de sus labios resecos.

—¿Puedes humedecerle la cabeza, Fanny?

Retiré el tapón de vidrio esmerilado de los frascos de morfina, puse en un plato varias medidas para sendas dosis fuertes y añadí agua purificada. Agité la mezcla con una varilla de vidrio y la absorbí con la jeringa. Ésta podía contener diez centímetros cúbicos, pero un centímetro bastaba, ya que esa mezcla tan potente equivalía a cincuenta miligramos de morfina, la suficiente para aliviar el dolor a una docena de recién amputados. Cuando miré la jeringa al trasluz, la morfina ocupaba solamente una pequeña porción del tubo de cristal.

Fanny sujetó el brazo de Caballo Loco mientras yo introducía la aguja en el músculo. Ella deslizó las manos hacia abajo y yo me di cuenta de que con la izquierda estaba tocando la derecha del paciente. Tenían las manos casi del mismo tamaño, pero las de Caballo Loco mostraban el pulpejo de los dedos lleno de callos y cicatrices. Vi que Fanny pasaba las yemas de sus dedos sobre los de Caballo Loco mientras la jeringa se iba vaciando. Pero eso no me molestó, al contrario, me satisfizo ver que Caballo Loco abría los ojos. Estaba extenuado y muy débil.

—McGillycuddy —dijo. Le palmeé un brazo.

—Sí, soy yo. Vamos a ver si te arreglamos.

El jefe intentó hablar, pero apenas se le oyó. Fanny y yo hubimos de inclinarnos para entender lo que decía.

—¿Volaré otra vez, McGillycuddy?

Le palmeé el brazo de nuevo. Parpadeé varias veces.

—Confío en ello —dije—. Y si lo consigues, espero volar contigo.

Caballo Loco sonrió débilmente:

—Es lo que siempre he querido hacer.

Se produjo un breve silencio antes de que la puerta se abriera y el distante sonido de un tambor y un lamento fúnebre inundara la habitación. Philo Clark cruzó la entrada seguido de Johnny. Se quedaron callados y Philo se quitó el stetson blanco como habría hecho ante cualquier otro enfermo.

La morfina empezaba a hacerle efecto a mi paciente; Caballo Loco tenía los ojos otra vez cerrados. Fanny estaba arrodillada a su lado, enjugándole la frente. Yo estaba junto al escritorio, amolando un escalpelo. Antes de saludar a Philo probé el filo en el dorso de mi mano. Tres pelos rojos se desprendieron como por ensalmo.

—El cabo me dice que vas a operarle. —Era Philo.

—Esa es mi intención. —Me quité la chaqueta—. No parece que esto vaya a curarse solo. No me cabe ya ninguna duda de que se trata de un riñón. El tejido es muy frágil. —Dejé la chaqueta sobre la silla del ayudante, y la cadena del reloj produjo un ruido metálico al chocar con la madera.

Philo se acercó a Caballo Loco y lo miró con una expresión muy preocupada. Al levantar los ojos, vio la botella de whisky que había encima de la mesa. La señaló con un gesto.

—¿Te importa?

Negué con la cabeza, agarré la botella y se la pasé. Philo echó un trago y me la tendió a mí. Yo la miré fijamente y noté que Fanny observaba mi posible reacción.

Ahora sé que el diablo no está en la botella. Ahora sé que las cosas no son tan sencillas. Pero entonces sólo pude mirar la botella. Por último, señalé con la cabeza a Johnny.

—Adelante, cabo. Se lo ha ganado.

Johnny se sirvió dos dedos de whisky. Levantó el vaso y engulló el líquido de un solo trago.

—Gracias, señor.

—Creo que deberíamos empezar—dije—. Pero Philo, primero me gustaría hablar contigo.

—Por supuesto —dijo Clark.

—¿Podemos hacerlo fuera? —Nos miramos el uno al otro y Philo asintió—. Cabo, prepare el cloroformo, por favor —dije—. Será sólo un minuto.

Fanny se había puesto de pie y estaba a mi lado, y cuando fuimos hacia la puerta ella lo hizo también. Quizá pensó que le pediríamos que se quedara dentro, pero si Philo tenía esa intención al momento vio en mi mirada que yo se lo prohibía.

Había refrescado. Del otro lado de la plaza de armas se veían pequeñas fogatas, junto a las que los centinelas estaban calentándose las manos. Más hacia el este los fuegos proyectaban sombras en los tipis de los oglagas, los cheyenes y los brules. En las negras colinas del norte puntitos de luz de hogueras lejanas se confundían con las estrellas, y era

difícil decir dónde terminaban las tiendas de la gente de Caballo Loco y dónde empezaba el cielo. El aire estaba en calma y, como Philo y yo sabíamos muy bien, en las praderas eso significaba que el sonido podía burlar la distancia. El roce de un cucharón contra una olla nos llegó del campamento brule, un soldado resopló ante el comentario de un amigo, un caballo piafó en las colinas. Y dominándolo todo el hueco redoble de tambor y el lastimero gemir de una mujer que cantaba.

—¿Es un lamento por Caballo Loco? —pregunté.

Philo aguzó su experto oído y escuchó durante un minuto entero.

—Quizá —dijo al cabo—. La canción habla de búfalos y de la migración de las aves acuáticas.

—Hay algo que necesito saber, Philo.

—Eso pensaba. Llevo cinco horas siguiendo a Lee, intentando asegurarme de que reciba la información correcta.

—¿La información correcta o la más conveniente?

Philo se frotó la cara antes de dar una respuesta.

—Supongo que es justo que me digas eso. Pero yo también te diré algo: lo que le ha pasado a toda esta gente no me hace más feliz que a ti. Se han cometido errores y todos tenemos parte de culpa. Pero es inútil pretender que esto se podría haber solucionado como quien va a tomar el té con unos amigos. En este asunto nadie es inocente.

—Pero tú planeaste asesinar a un hombre.

—No. Eso fue idea de Nube Roja. Sus celos son tan maquiavélicos como los de cualquier monarca europeo.

—¿Le ofreciste tu caballo a quien le matara?

Fanny miró a Philo, que se quitó el sombrero, miró a las estrellas y suspiró.

—Sí. Creí al indio que me dijo que Caballo Loco pretendía matar al general Crook, quise poner fin a todo aquello. Quería la paz para esta tierra, que fuese como tú me la describiste una vez. El dar consentimiento a esa conspiración es uno de los errores a que antes aludía. Cuando me di cuenta, cancelé el plan.

—Ya lo sé, Philo. Sólo quería oírtelo decir a ti. —Estábamos los tres apoyados en la pared que miraba a la plaza de armas. Fanny estaba a mi lado y yo la sorprendí pasándole el brazo por la cintura y atrayéndola hacia mí—. Jesse me ha contado más —dije—. Él afirma que si Caballo Loco vive, tienes intención de mandarlo a la cárcel.

—Lee es muy concienzudo —dijo Philo—. Eso he de admitirlo.

—Entonces es verdad.

—No puede quedarse aquí. Mac. A su lado los demás indios enloquecen ya sea de fervor o de envidia.

—¿Y a Florida, nada menos? Ese clima bastará para matarle. Sería como arrancar un árbol de raíz.

—Es necesario.

—¿Necesario?

—Verás, Mac, tiene que ver con el mito y la leyenda. Si Caballo Loco hubiera muerto junto al Little Big Horn, casi no nos acordaríamos de él. Si vive y acaba muriendo en prisión, su nombre perderá fuerza y morirá también con él. —Calló de pronto y dejó que sus palabras calaran en nosotros. Luego, con voz glacial, añadió—: Lo que me asusta, Mac, es que pueda morir ahora, de esta estúpida herida de bayoneta. Si eso ocurre, su nombre tal vez no perecerá nunca. Estaremos combatiendo su mito durante un millar de años.

Fanny me observó y vio que tenía la mirada entumecida, fija en lo que debió de parecerle el vacío. Ella había guardado silencio hasta entonces, pero lo que Philo había dicho la inquietó como me inquietaba a mí, y entonces habló por los dos:

—También tiene cosas buenas. Todos reconocéis que Caballo Loco encarna lo que nosotros consideramos bueno: la bravura, la caridad, la responsabilidad...

En ese momento dos formas surgieron de la oscuridad al fondo de la plaza de armas. Iban un poco encorvadas y parecían dirigirse muy juntas hacia la ayudantía, arrojando a su paso unas sombras que se veían pálidas a causa del resplandor de las estrellas. Eran dos ancianos indios, hombre y mujer, que aún rondaban por ahí en una noche en que todo el mundo debería haber estado junto a la lumbre. Pero siguieron avanzando tenazmente hacia el porche en donde nos encontrábamos nosotros.

Cuando estuvieron a cinco o seis metros, se detuvieron. Parecían asustados. Pese a ello, el anciano, que se apoyaba en un bastón torcido, dio dos pasos al frente. Se plantó allí e hizo un signo con la mano. Philo le respondió al momento. El viejo se apoyó el bastón en la cadera y se lanzó a hacer un torbellino de signos. Philo le entendió a la perfección y dio su respuesta con ademanes perfectos.

—Son los padres de Caballo Loco —dijo—. Han venido a ver a su hijo.

Philo y Fanny me miraron a mí.

—Diles que esperen, Philo. Dentro de poco rato habrá novedades.

Philo se dirigió al hombre en lakota, demasiado rápido para que yo le entendiera, pero los dos ancianos asintieron con la cabeza.

—Les he dicho que salvarás a su hijo.

Cuando Fanny se volvió para calibrar mi reacción, vio que mi rostro tenía la dureza y la textura de los cerros de piedra arenisca que rodeaban el campamento. Es posible que mis pensamientos estuvieran entre aquellos cerros o en la hierba alta que se mecía del otro lado.

—He dicho que salvarás a su hijo —repitió Philo. Empecé a mover la cabeza al ritmo del tambor que sonaba a lo lejos.

—¿Salvarle...? —dije—. Bien, haré lo que pueda. —No miré a Philo, sólo alargué el brazo y lo enlacé con el de Fanny—. Haz que esperen aquí, Philo. —Fanny y yo nos miramos y ella comprendió que yo estaba enfadado, un poco confuso también, decididamente asustado por lo

que podía pasar—. Mejor aún. Espera aquí con ellos, Philo. Creo que les debemos al menos eso.

Johnny había alargado la mecha del farol, y su silueta arrojaba una sombra nítida en la pared del fondo mientras ordenaba los instrumentos sobre el escritorio. Toca las Nubes y Caballo Loco quedaban iluminados por la indirecta claridad amarilla que rodeaba el círculo proyectado por el farol. La luz oscilaba lentamente al ritmo de la llama que iba consumiendo el impuro petróleo de la lámpara. Toca las Nubes se mecía de atrás adelante como si siguiera el compás del vaivén de la luz. Tenía los ojos cerrados y canturreaba con voz grave y queda. Las palabras de su salmodia eran ininteligibles para nosotros, que estábamos de pie junto al escritorio cubierto por una sábana blanca para que los instrumentos quirúrgicos no se ensuciaran; pero sin duda alguna era una oración.

Yo acaricié los instrumentos aunque mi mente seguía estando muy lejos de allí. Al mirar a Caballo Loco lo encontré dormido pero tenso. Y cuando miré de nuevo a Fanny, vi que se daba cuenta de que me costaba mucho tomar una decisión.

—Cabo —dije—, ¿quiere hacer el favor de alcanzarme el reloj? —Señalé hacia mi chaqueta, colgada sobre la silla del ayudante.

Johnny sacó el reloj y se lo pasó a Fanny antes de volver a ocuparse de las vendas. Fanny miró la esfera del reloj. El delicado segundero de oro dio un paso más en su incesante círculo.

—Son las doce menos cuarto —dijo. Nuestras miradas se encontraron.

La habitación entera pareció inmovilizarse a la luz vacilante del farol. Debí de parecer absorto en mis pensamientos acerca del estado de Caballo Loco, pero Fanny seguramente sabía que yo estaba lejos, rodeado de pastos ondulantes, entre miles de kilómetros de hierba y bajo un cielo inmenso. Finalmente tomé la decisión que he mantenido en secreto toda mi vida y asentí casi imperceptiblemente con la cabeza. Fanny lo entendió. Sus ojos serenos y su mandíbula resuelta me tranquilizaron. Sin un segundo más de vacilación cogí el vial de morfina, pero no mezclé el polvo con agua hasta que Fanny se hubo situado discretamente entre Johnny y yo. Una vez protegido por ella, vertí todo el contenido del vial en el agua purificada, lo agité rápidamente y llené la jeringa hasta el tope.

Cuando me arrodillé junto a Caballo Loco no me permití claudicar. Introduje la aguja en su brazo y empujé el émbolo hasta que su cuerpo absorbió la última gota de morfina letal. En ese momento vi a Fanny de rodillas a mi lado. Con la mano derecha sujeté firmemente el brazo de Caballo Loco. Fanny tomó mi mano izquierda y con la otra mano agarró el brazo izquierdo de Caballo Loco. Nos acarició a ambos con las yemas de los dedos pero sólo yo noté la caricia. La cosa no duró mucho. Juntos observamos cómo las facciones de Caballo Loco se volvían flácidas y descoloridas.

Cuando Johnny miró al suelo supo de inmediato que el jefe había muerto.

—Dios mío —musitó.

El tono de su voz puso en alerta a Toca las Nubes. Fanny y yo nos habíamos levantado ya y estábamos junto al escritorio. Sin aspavientos, Fanny sirvió dos dedos de whisky en el vaso y con el índice empujó el vaso hacia mí. Yo lo cogí sin decir palabra y me lo llevé a los labios. Entonces cerré los ojos y dejé que el líquido ambarino se deslizara lentamente por mi garganta.

Toca las Nubes se alzó cuan alto era y se acercó a Caballo Loco. Se dobló elegantemente por la cintura y tocó la cabeza de su camarada.

—Está bien —dijo en lakota. Y mientras iba hacia la puerta puso en mi hombro su enorme mano y dijo—: Pilamayaye, McGillycuddy. Eres un amigo.

Johnny salió detrás de él y Fanny y yo nos quedamos mirándonos desde ambos lados del escritorio. Oí maldecir a Philo y llorar a los padres de Caballo Loco. Inmediatamente, como si un rayo hubiera transmitido la noticia, los gemidos de los campamentos y cerros circundantes poblaron la noche. Fue el canto más lúgubre que la pradera haya oído jamás. Fanny vio que los ojos se me inundaban de lágrimas. Me tocó la cara, y su mano ardía con una pasión que no he olvidado jamás.

Desde aquel día las Grandes Praderas se han ido marchitando y encogiéndose bajo el yugo del hombre blanco. Permanecí un tiempo en aquella región pero al final, tras la muerte de Fanny, no pude soportarlo más. Llegaban reses procedentes de Tejas para reemplazar a los búfalos; arados de acero se hundían en la carne de los campos. Estuve en las montañas Rocosas, en Nevada, en Alaska y, por último, me mudé a California. El tiempo transcurría como si nada hubiera pasado. Durante años y años no volví a tener noticias de los indios ni de la pradera; Philo se había equivocado al predecir una vida eterna para Caballo Loco.

Y un buen día, cuando volvía al hotel después de mi paseo matutino, el portero me llevó a un aparte y me señaló a un hombre que estaba parado cerca en la calle.

—Le he dicho que esperara allí —me informó—. Insistía mucho, y el director del hotel no ha permitido que entrara en el vestíbulo.

Al mirar a aquel hombre, sentí un no sé qué en las entrañas. No le conocía, pero había algo familiar en su porte, en su manera de estar de pie sin apoyarse en nada. Tendría unos sesenta años y tanto su abrigo oscuro, largo hasta los pies, como su bombín color marrón estaban muy gastados.

—Si quiere puedo echarlo, doctor.

—No. —Me aparté del portero y empecé a bajar los escalones. Había pasado tanto tiempo que al principio lo tomé por chino, pero era demasiado alto para serlo. Su cara parecía esculpida por unas manos enormes y gentiles. Bajo el raído dobladillo del abrigo vi unos bonitos mocasines indios.

Soy un tipo viejo y descarnado, con el pelo blanco y unas patillas finas, pero el hombre me reconoció.

—¿El doctor McGillicuddy?

—Sí.

—Soy Oso Sauce. Una vez casi me electrocuta. El mismo día ayudó a nacer a mi sobrino. Fue el día en que murió Caballo Loco.

Me quedé de una pieza.

—Lo recuerdo —dije—. ¿Qué está haciendo aquí?

Oso Sauce sonrió.

—Formo parte del espectáculo El Salvaje Oeste. Hemos estado de gira por todo el país y también en Europa. Voy a dejarlo. Me queda una actuación y después vuelvo a la reserva. Quisiera pedirle unos dólares para el viaje de regreso.

—Cómo no —dije, buscando mi cartera—. ¿Y cómo supo que yo estaba aquí?

—En la reserva todo el mundo conoce su paradero. El agente indio nos dice adónde va. La gente habla de usted por las noches. Le recuerdan con cariño.

Entregué a Oso Sauce todo el dinero que llevaba, veinte dólares. Él me dio las gracias y me puso un sobre en la mano.

—La reserva me necesita —dijo—. El pueblo ha estado dormido, pero ahora empieza a despertar. Quieren recuperar la danza del sol. Ha estado prohibida y ya somos pocos los que recordamos cómo era.

Meneé la cabeza y pensé: «Lodo sea Dios.» Pero no podía ni hablar.

—Mi sobrino —prosiguió Oso Sauce—, el niño que usted ayudó a nacer, será el primero en ejecutar la danza desde hace muchos años. —Sonrió—. Bailará como el espíritu de Caballo Loco. —Levantó el puño en que tenía el dinero—. Y bailará por usted, McGillycuddy.

Mi estúpido mentón de viejo se puso a temblar cuando Oso Sauce me estrechó la mano con fuerza. Yo quería decirle algo, pero no pude hablar.

—He de irme —dijo—. Mi última actuación es a la una. Salgo montado en un gran caballo blanco con pinturas rojas y me persiguen seis oficiales de la caballería. —Se echó a reír—. Montan como labriegos adolescentes.

Dicho esto se marchó, y yo me quedé en la calle viéndole alejarse y preguntándome si no habría tenido una alucinación. Pero dentro del sobre que Oso Sauce me acababa de entregar había una entrada para El Salvaje Oeste. Aquella tarde asistí a la función.

A algunos podía parecerles un espectáculo indigno y melodramático. Mucho galopar de un lado a otro y mucha bala de fogueo disparada al aire. Y, ciertamente, aquello parecía el Séptimo de Labriegos más que el de Caballería. Pero para un viejo como yo, aquella tarde fue muy provechosa.

Ahora, sentado en esta mecedora observando las luces de los barcos en la bahía, puedo ponerme a pensar en Oso Sauce a lomos de su gran caballo blanco. Mentalmente le veo cabalgar por la pista. Va ganando velocidad a cada paso; tan rápido que el caballo pierde sus chillonas pinturas; luego la blancura del pelaje se va difuminando hasta que su montura se convierte en un poni castaño con una solitaria pluma de águila trenzada en su crin. No lleva silla de montar, y el jinete semidesnudo es enjuto y elegante. Sus largos cabellos se mecen al viento. Siguen girando alrededor de la pista hasta que los espectadores y las paredes del edificio desaparecen. Oigo el sonido de los cascos y noto que la pradera tiembla. Huelo la hierba y saboreo el viento que les da en la cara. Largas zancadas. Cada vez más rápidas. Hasta que los cascos del caballo se separan del suelo. Cuando ambos empiezan a volar, puedo cerrar los ojos y estar seguro de que finalmente voy a poder dormir.